

DRAMATURGIA DE SALTILLO

Vol. 3



Compilador

Medardo Treviño

Dramaturgia de Saltillo
Volumen 3

Dramaturgia de Saltillo
Volumen 3

Compilador: Medardo Treviño

ING. MANOLO JIMÉNEZ SALINAS
PRESIDENTE MUNICIPAL DE SALTILLO

MTRO. IVÁN ARIEL MÁRQUEZ MORALES
DIRECTOR GENERAL DEL INSTITUTO MUNICIPAL DE CULTURA

SALTILLO, 2021

© D.R. Gobierno Municipal de Saltillo

© D.R. Instituto Municipal de Cultura

© Medardo Treviño González
© Luis Arturo Gatica López
© Araceli de la Peña Mora
© Víctor Antero Flores Zertuche
© Aldo Arael Ledezma Silva
© José Domingo Ortiz Montes
© Luis Humberto Monterrubio Hernández
© Brenda Peña Vera
© Adriana Elizabeth Hernández Ramírez
© Mariana Alejandra de la Peña Mora
© José Guadalupe Torres
© Cirilo Recio Dávila
© Leidy Alejandra Ortiz Ariza
© Sarai Sidartha González Galván
© Alicia Deyanira Romero Gaytán
© Juan José Garza Valdés
© Alejandra Azucena Guardiola Ramírez
© Susana Trousselle Garcés
© Griselda Elizondo Arreola

EDITOR: Jesús de León Montalvo

COMPILADOR: Medardo Treviño

DISEÑO EDITORIAL: Nereida Moreno

PORTADA: Memo

ISBN: 9786078419463

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO
PRINTED AND MADE IN MEXICO

ÍNDICE

MANSEDUMBRE LUIS GATICA	25
PABELLÓN ARACELI DE LA PEÑA	43
HERENCIA VÍCTOR ANTERO FLORES	55
CRÓNICA DE VUELOS ALDO ARAEL	85
CABEZA DE VACA JOSÉ DOMINGO ORTIZ	105
TRINIDAD LUIS MONTERRUBIO	129
AL FILO DE LA NOSTALGIA BRENDA PEÑA VERA	155
ANIMALES RACIONALES ELIZABETH RAMÍREZ	181

EN LOS OJOS DEL BUITRE	209
MARIANA DE LA PEÑA	
EN UN LUGAR LLAMADO ZIMBÁNGUARO	227
JOSÉ GUADALUPE TORRES	
EL ENGAÑO	245
CIRILO RECIO DÁVILA	
LA MARCA DEL DESTINO	263
LEIDY ALEJANDRA ORTIZ ARIZA	
SÓLO TÚ	291
SIDDHARTHA GALVÁN	
LABERINTO SIN LUZ	305
DEYANIRA ROMERO	
EL VALLE DE LOS ELEFANTES	327
JUAN JOSÉ GARZA	
EL ABISMO DE LOS LAMENTOS	341
ALEJANDRA GUARDIOLA	
TAXI	357
SUSANA TROUSSELLE	
EL MUNDO DE LOS BOCONES CON OREJAS GIGANTES Y MANOS PEQUEÑAS	373
GRISelda ELIZONDO	

DRAMATURGIA EN TIEMPOS DE RETO

El Gobierno Municipal de Saltillo, a través del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo, ha cumplido con la responsabilidad de promover el arte y potencializar la cultura dentro de la capital de mi estado, tierra de sarape y matlachines, de leyendas y tradiciones, de batallas ganadas a la adversidad y a los tiempos de reto.

Saltillo es una ciudad modelo, porque en ella las metas se cumplen, gracias a que sus habitantes son mujeres y hombres dispuestos a derrocar diques y levantar sueños en el desierto, a recuperar de la historia los años de aprendizaje, porque Saltillo es una ciudad que no pierde su memoria, sino que ha estado atenta a la misma para, gracias a ella, construir su presente como ciudad ejemplar, habitada y visitada por ciudadanos libres.

Entre ellos se encuentran los miles de artistas que nos han acompañado en este viaje, en esta cruzada cultural, dentro de la cual se inserta el taller de dramaturgia promovido por el IMCS. En él, 105 dramaturgos participaron a lo largo de los cuatro años de su realización, y ellos sumaron a sus grupos, a sus compañeros actores. Juntos salieron a

las calles a representar sus historias, a regalar su libro, sorprendiendo a la gente en los cruces de calles, aprovechando el rojo de los semáforos, y sonrieron satisfechos cuando alguien se identificó con sus personajes, los cuales reflejaron el alma y la pasión con la que un día fueron imaginados y desarrollados por sus autores, sobre una hoja blanca o ante la pantalla de la computadora.

Fue en estos talleres donde los participantes supieron más acerca de estructuras, géneros y otros autores, quienes, al igual que ellos, creen y están convencidos que las artes, en general, y el teatro, en particular, otorgan elementos para ser libres y vivir con mayor plenitud. Por ello, como Presidente Municipal de Saltillo —su ciudad, mi ciudad— estoy orgulloso de los artistas saltillenses, y les agradezco que sigan fomentando sus creaciones a lo largo y ancho del país, porque en Saltillo, sustentados en el legado de nuestras tradiciones, pensamos a lo grande y en el futuro, para poder disfrutar el presente.

Ing. Manolo Jiménez Salinas
Presidente Municipal de Saltillo

UN BALANCE QUE CONSTRUYE

Más allá de los géneros, de las estructuras dramáticas, de la construcción de diálogos, de la puesta en escena, está el primer sueño, la primera idea del creador, de la creadora... Ella o él, dramaturga o dramaturgo, es alguien que ve su entorno, se identifica con lo que lo rodea, construye y transforma “sus demonios” de acuerdo a las necesidades más apremiantes, y conforma, al final de cuentas, su misma historia, la de sus vecinos, la de su aldea...

Así nacen los símbolos representados con letras que, en una alquimia de lenguaje, son capaces de recrear la vida de una sociedad en voz de alguien que forma parte de ella, quien —con palabras que habrán de convertirse en productos escénicos— la representa para otros semejantes a él, o antagónicos en cuanto a ideas y concepciones del mundo, pero todos piezas importantes de la sociedad.

Conscientes del valor sociocultural y estético de la dramaturgia, en esta administración municipal que preside el ingeniero Manolo Jiménez Salinas, atendimos llamadas y necesidades de nuestros creadores en este campo de producción artística y, en tal línea, hoy termina un ciclo que

se debe cerrar para que los escritores de este tipo de textos transiten —con las ideas e instrumentos adquiridos en el Taller de Dramaturgia “Teatro Testigo de la Vida”— por sus propios senderos, donde encontrarán, seguramente, historias nuevas que los seguirán sorprendiendo, conmoviendo, y que quieran compartir con los demás.

Son 18 los dramaturgos que hoy ven su obra publicada en este tercer volumen, y ellos corresponden a los nuevos tiempos, siendo testigos de la vida que no se detiene —como su imaginación— ni por las pandemias ni por los olvidos o los miedos. Así, nada inmovilizará sus ideas ni su necesidad y derecho a expresarlas, de ello estoy seguro, confirmando sus mil y un motivos para seguir escribiendo, como los demás creadores que estuvieron en este taller durante los años de su realización, siendo 105 el total de dramaturgos con los cuales trabajamos, bajo la confianza de que el teatro y las artes, en general, transforman para bien al ser humano y son capaces de llevarlo hasta su Ítaca personal, donde encontrará los tesoros escondidos que le den fortaleza para salir adelante de cualquier lucha.

Mtro. Iván Márquez Morales

Director del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo

SE CIERRAN CÍRCULOS

El escenario es ese espacio habitado por dioses y duendes, por espíritus rebeldes, por almas de seres que no se saben quedar callados, el espacio donde el rito siempre está presente, la ceremonia que comunica con seres divinos que habitan en los sueños y en latitudes que solo se alcanzan con la verdad circulando por las venas. El ritual que conecta, que hermana conciencias, que descubre los secretos más íntimos, que reflexiona y que se planta frente al espejo de la mirada de otro espejo para explicarse la existencia.

Pero también es el sitio donde se agradece, donde se brinda y se habla directito con la vida, donde se crean mundos semejantes al que vivimos, donde se intenta explicarse y dar solución, aunque solo sea en la escena, ante los problemas que aquejan al mundo. Y para mí, en estos momentos de cierre de ciclos, que son necesarios para avanzar al siguiente, es el momento de agradecer desde lo más profundo de mi vida, de mi amor al teatro, a la ciudad de Saltillo, al Instituto Municipal de Cultura y, primordialmente, a Iván Márquez que ha sido cómplice eterno de sueños cumplidos, a los 105 compañeros que tomaron el taller, que simplemente era un

vínculo para comunicarnos, para encontrarnos con nosotros mismo, gracias a todos y a cada uno de ellos, que no llegaron solos, sino que llegaron en tropel, acompañados de sus grupos, de sus actores, de sus sueños, de sus demonios, de sus cuestionamientos y de las historias que ahora tenían que contarse en voz alta.

Gracias por aceptar estar conmigo, por enseñarme, que lo mejor que pudo pasarme es todo el aprendizaje que me llevo de cada uno de ellos. De su verdad, de sus desvelos, de sus lágrimas y frustraciones y de la madurez para aceptar la crítica de sus compañeros, de su valor para enfrentarse desnudos al monstruo de los mil ojos, que siempre los premió con aplausos y bendiciones.

Gracias por sus letras vertidas en estos tres volúmenes que se crearon a partir del taller, de las cincuenta y cuatro obras que se montaron, de los teatros que abrieron sus telones para descubrir verdades sin prejuicios. Este volumen, donde 18 autores nos cuentan sus historias, es un triunfo, porque a pesar de la pandemia, de los miedos, de los enfermos que tuvieron que abandonar el taller para ir a sepultar a sus muertos, de las madrugadas de un Saltillo de pronto lleno de niebla y el miedo de una pandemia, de las calles solitarias, donde las historias se seguían escribiendo. Gracias por continuar, por aprender juntos las nuevas maneras de conducirnos en este mundo de las letras, de comunicarnos por medios electrónicos, donde suplíamos la ausencia con llamadas e imágenes repetidas en las computadoras, nomás para averiguar que seguíamos vivos y seguíamos escribiendo, deseando que alguien de nosotros no escribiera nuestra historia, nuestra ausencia.

Gracias, licenciado Iván Márquez, por permitir encontrarme como creador y reencontrarme con creadores de estas tierras, por seguir defendiendo, como desde la primera vez que nos conocimos, el rescate, el presupuesto adecuado, los proyectos que ayudarán a fortalecer y reafirmar nuestra

actividad cultural. Gracias por la Compañía de Teatro Cam-pesino, por la Compañía de Teatro del Centro Penitenciario Femenil de Saltillo, por las tres emisiones del Festival de la Dramaturgia de Saltillo, por las temporadas, por coincidir con los creadores de estas tierras, por el premio más impor-tante de la dramaturgia nacional, por permitirme ser testigo de la vida en una ciudad como Saltillo.

A los compañeros dramaturgos, participantes de este tercer volumen: Brenda Peña Vera, Domingo Ortiz, Araceli de la Peña, Mariana de la Peña, Víctor Antero, Griselda Eli-zondo, Juan José Garza, José Guadalupe Torres, Susana Trousselle, Cirilo Recio, Luis Monterrubio, Elizabeth, Leidy Alejandra Ortiz... para Aldo Arael, gracias por el viaje de los eternos siete años, gracias a todos porque seguramente nos volveremos a encontrar en las páginas de algún libro, en un escenario, en el abrir y cerrar de un telón, porque aquí la obra que nos permitimos escribir juntos no tiene un final, porque aquí no hay oscuros repentinos, porque aún hay mu-cho que escribir, muchas historias que contar.

Satisfecho estoy de ver la defensa que han hecho de sus historias, de las batallas que han tenido que librar con sus demonios, de las bocas que han callado cuando la concien-cia dicta, cuando la única lucha es y debe hacerse aquí en estos metros del tablado. Gracias por demostrar que en Sal-tillo ya hay una dramaturgia sólida que abrirá puentes entre espíritus afines para construir siempre la paz y la armonía.

Medardo Treviño González

Dramaturgo y director de escena
Coordinador del Taller de Dramaturgia
“Teatro Testigo de la Vida”.

Y DE CÓMO UNA NOCHE EL TEATRO GARCÍA
CARRILLO SE CONVIRTIÓ EN UNA NAVE EBRIA

JOSÉ DOMINGO ORTIZ

31 de julio del 2020

En medio de la pandemia más feroz,
un grupo de escritores se reunía,
cuando al día reportaban la salida de cadáveres humeantes,
en todo el país,
a lo largo y ancho de sus fronteras.
Como una suerte de relicario,
que la realidad nombra en los seres fallecidos,
mientras la peste corría a lo largo de las calles,
y al menor contacto con los ojos o las manos,
te podías contagiar con algo invisible,
no sabemos si traído de estas tierras o de remotos lugares,
algo muy pestífero que devora seres humanos
los desahucia
los toca con el borde feroz y el hocico de lagarto,
nada cierto que pudiéramos ver
o transferible.
No era un ladrido de perro,
siseo de cascabel,
o víbora ponzoñosa.
Era algo pequeño y enfermo,
con cierta bondad o benignidad aparente,
como si fuera cualquier cosa,
algo inofensivo e inocente
que no daña y mata de voladita.
No lo vemos,
no sabemos si lo tuvimos
o lo trajimos desde fuera en las botas,
viene y nos clava los agujones en la espalda,
o en la boca,
algo secreto e íntimo, como la muerte eterna,
no la que danza festiva y nos da gracia de vivir
y de reír y que nosotros enfiestamos,
no la de huesos fosforescentes y palabras ambiguas

la que es y no es, en la vida y la muerte,
no esa ilustrísima señora del diente pelón,
que nos sonroja las almas,
una feroz de verdad, que no miente y tampoco perdona,
pues este grupo de amigos míos y yo
nos reuníamos todos los viernes a hacer algo de teatro,
a calcular infinitas posibilidades que tiene la palabra del que
actúa
o mueve el horizonte,
una cierta noción de nombre
o vaguedad de las palabras que nombramos,
era como una celebración y un disturbio en el arte de narrar
historias,
pero no era solamente contar los nombres de los horizontes
y de los personajes,
más bien era como mortificar a los cristianos,
diciéndoles sus verdades o sus yerros.
Algo que se llama hacer dramaturgia,
donde los que hablan
son de hueso y verdaderos.

Pues ahí nos reuníamos mientras la noche
afuera aullaba como una perra
eriza a sus cuidados y a sus esmeros,
eriza en sus nombres y víctimas,
dispuesta a que por el más suavcito toque de la vida
y ausentes, se pudiera cargar de víctimas,
para llenarlas en un saco y pasearlas
por el mercado.
Una razón incólume que tiene la dicha de vivir,
porque si los vemos desde la óptica
de los que saben de nombres y hacen filosofía,
veríamos emocionados
que la verdad se erige sobre sus cuatro costados,
puede ser el norte de las estrellas,

el sur de los hielos polares,
el este de los vientos
y de los horizontes despertares,
y del occidente las razones ambidiestras
que le dan el peso a la escena y sus razones
a la vida y que despiertan los cauces de los significados.
Éramos como animales de noche
cruzando infinitos las praderas artificiales,
puesto que ya habría de cruzar los caminos impredecibles
con la salida de una amiga o de un desconocido,
podríamos ser como los testigos que nadie quiere nombrar,
porque saben de todo, a veces los dioses
o sujetos que no dejan nada al viento de los días,
bueno, pues déjame decirte que esa nave ebria
tiene que ver con los poetas malditos,
los que le pueden trozar la yugular a un niño y sus
desventuras,
los que pueden morder a la novia en la boca
o cortarle el cuello al badajo de una campana
y aquilatar el peso de la moneda,
saber el peso de los razonamientos más adustos
o menos alcanzables,
por eso significan, porque son humanos o terrenos,
ése es el peso de los hechos que nos dictan la historia,
antes de ser como si fuéramos dignos de ser tomados en
cuenta,
cuando todavía habríamos de saber
que la altura es una forma de alcance
y que nombrar tiene que ver con el peso
de la existencia en las historias.
Una incesante manera de fluir más cercana al infinito y sus
roces,
cercana a los nombres, a los acertijos,
ese suave develar que se convierte en sentido
en un significado que podemos ver

o que sabemos de cada hora,
de cada segundo,
de cada instante
o cada molécula, cada átomo de vida
hasta la infinitud más pequeña que nombra el ser
y lo que está reproducido como por todo el mundo,
bueno, así es la historia de los horizontes y te decía
que éramos como marineros en el paquebote de Baudelaire,
en el horizonte sin límites
¿o es el horizonte el límite?
¿o Verlaine hablando de esta nave ebria
fosforescente como una idea obtusa ópera simétrica y verdadera
como el tres punto catorce dieciséis?
Ése era el poema, lo inaudito con las patas p'arriba
o porque era necesario saber el vestigio
no corromper el meollo de los hechos,
los hechos con atribuciones extraordinarias
ni manchar los recuerdos de los que ya partieron,
no es atribuible otro significado del que muere,
porque muere, porque se tenía que morir un día,
es una manera de recorrer los días y los hechos,
y las remesas y los significados,
tiene que ver que nos morimos muchos al día,
unos se murieron y otros significan,
pero los que se van muriendo
se mueren porque son un acomodo involuntario de los hechos.
Creo que a veces descubro
que existen otras razones que no son las mías,
salimos de ese teatro de la imaginación y de los resplandores
porque Harry Haller, el de *El lobo estepario*,
caminaba de puntitas deslumbrado por el hachís bodeleriano,
una suavidad de guantes negros corría en toda la noche
como si fuera un teatro fantástico de la mente,
se abría la calle al universo,
estábamos sitiados ante nosotros mismos

y creo que no había nadie que nos lo pudiera impedir,
colores que estallaban en signos, en números,
se convertían en nombres, en animales fantásticos
que era hasta cierto punto, inexistentes.
La poesía pura rebotaba por las sienes de los escuchas,
que dictaban sentencias infinitas,
creo que era la agonía
de un enorme distanciamiento en la vida a de la humanidad,
pues, al fin y al cabo,
era lo mismo.
Como una nada de calcular
la vida involuntaria y lo que pesan los días.
Creo que así era.

MANSEDUMBRE

LUIS GATICA

PERSONAJES

MARTHA LAURA: 35 años

JOSÉ MIGUEL: su esposo, 37 años

MISS CLARIOND: psicóloga, 47 años

PADRE ANTONIO: director del colegio, 55 años

ESCENA I

Sala de juntas oscura, de paredes grises, con la imagen de un Cristo colgante, sangrante, que ve hacia un cielo que lo abandonó. Sillas de madera oscura, viejas, colocadas en semicírculo, que siempre completa el PADRE ANTONIO con su presencia. En las sillas enormes, están sentados MISS CLARIOND, MARTHA LAURA y JOSÉ MIGUEL. Las sillas y la forma en la que está colocado el Cristo hacen que los personajes se vean pequeños, minúsculos, como si el universo, su universo, los aplastara, los asfixiara. Nadie se mueve, como si esperaran que la gracia de Dios los señalara con la oración del PADRE ANTONIO.

PADRE ANTONIO: ¿Se confesaron y comulgaron antes de empezar la terapia? (*Silencio incómodo. Nadie responde. PADRE ANTONIO, subiendo la voz.*) ¿Se confesaron y comulgaron antes de empezar la terapia?

MISS CLARIOND respira para obtener seguridad, presencia. JOSÉ MIGUEL asiente en silencio. MARTHA LAURA niega.

MISS CLARIOND: (*Alzando la voz.*) ¡Dios es lo más importante! ¡La iglesia Católica siempre está en mi corazón!

MARTHA: No tuve tiempo. Mi hijo ha necesitado de mí.

MISS CLARIOND: Sólo comulgué.

PADRE ANTONIO: Dios necesita más de nosotros. Nada está por encima de los tiempos de Dios. Pidamos perdón a Dios.

MISS CLARIOND: ¡Yo pecador me confieso ante Dios todo poderoso!

PADRE ANTONIO: Que he pecado mucho de pensamiento, palabra y obra y omisión.

TODOS: Por mi culpa, por mi culpa...

Se escucha insistente el timbre del teléfono celular de MARTHA LAURA.

PADRE ANTONIO: (*Voltea a verla, fulminándola con la mirada.*) ¡Por mi gran culpa!

El timbre del celular sigue insistiendo.

MARTHA LAURA: (*Contestando su celular.*) ¿Qué sucede, Lucía?... ¿Pedrito...?

PADRE ANTONIO: (*A JOSÉ MIGUEL.*) ¡Recógele ese teléfono a tu mujer!

JOSÉ MIGUEL le arrebató el celular a MARTHA LAURA.

MARTHA LAURA: Pedrito quiere hablar conmigo.

JOSÉ MIGUEL: (*En voz baja.*) Estamos en terapia.

PADRE ANTONIO: ¡Basta! Estamos viviendo los tiempos de las tribulaciones. Es muy fácil caer en pecado, fortalecer al maligno con nuestras apatías.

Pausa. Los personajes se quedan inmóviles viendo hacia el infinito. El teléfono sigue insistiendo. La luz baja poco a poco hasta hacerse un oscuro.

ESCENA II

MARTHA LAURA y JOSÉ MIGUEL, de pie frente a MISS CLARIOND, sentada en su silla, en medio de la estancia con actitud prepoten-

te y autoritaria, fría, casi majestuosa. Los pies de la escultura de Cristo, a escasos centímetros de su cabeza, como una flecha que la señala, como una tiara sangrienta que se ciñe a su energía.

MARTHA LAURA: He notado al niño extraño, distraído, ausente y en ocasiones agresivo. Antier lo sorprendí en el baño, llorando. “Su conducta es normal. Está creciendo”, pensé.

JOSÉ MIGUEL: Su conducta es normal. Está creciendo.

MARTHA LAURA: Extraño, distraído, ausente, llorando.

JOSÉ MIGUEL: ¡Creciendo!

MISS CLARIOND: (*Amenazante.*) El padre Antonio no ha de tardar, pero nos preocupa mucho la conducta de su hijo. Sobre todo esas actitudes extrañas que está tomando, y eso está contagiando a sus compañeros. Se multiplican sus actos rebeldes.

JOSÉ MIGUEL: No volverá a pasar, Miss Clariond.

MARTHA LAURA: El niño está pasando por algo, como si estuviera en peligro, lo presiento.

JOSÉ MIGUEL: No entiendo.

MARTHA LAURA: Nuestro hijo es un buen niño.

MISS CLARIOND: Nos desconcierta. Ha tomado unas conductas que ya están rayando en obscenidades.

Desde el fondo de la estancia avanza el PADRE ANTONIO. Queda justo a la espalda de MISS CLARIOND y justo atrás de él, la escultura del Cristo sangrante que mira al cielo. Como si fueran la imagen de la Santísima Trinidad.

PADRE ANTONIO: Pero todo tiene un límite.

MISS CLARIOND: Hemos sido...

PADRE ANTONIO: (*Interrumpiéndola.*) ¡Tolerantes al extremo con él!

MISS CLARIOND: Y con todos los demás niños, que parecen haberse contagiado.

PADRE ANTONIO: No lo podemos permitir.

MARTHA LAURA: Hemos acordado mi esposo y yo ir con Lucía mi amiga. Ella es especialista en niños. Quiere tratar su caso a fondo.

MISS CLARIOND: Su caso debe tratarse en el colegio. Además, la reputación de Lucía no le conviene a nadie. Ni a ustedes y mucho menos a nosotros. ¡Vive en unión libre con Rubén!

JOSÉ MIGUEL: Puede perjudicar nuestra imagen.

MARTHA LAURA: (A su esposo.) ¡Quiero tratar a mi niño con una profesional! ¡Tú me tienes que apoyar!

Se escucha música de órgano, celestial. El Cristo sube un poco más, cediendo su lugar al PADRE ANTONIO que llega vestido como si fuera a oficiar misa. MISS CLARIOND mueve las sillas y las alinea como habitualmente se encuentran en las iglesias.

PADRE ANTONIO: ¿Llego a tiempo?

MISS CLARIOND: Siempre, padre.

La música del órgano sube de volumen. Se escucha un coro cantar. Mientras el padre extiende su mano para que se la besen las otras tres personas.

PADRE ANTONIO: Créanme: tuve que cancelar mi viaje a Roma, tenía una reunión muy importante en el Colegio Cardenalicio. Ustedes comprenden. Nuestros planteles se multiplican. Pero Dios es más importante. ¿Ya se confesaron y comulgaron antes de empezar la terapia?

MISS CLARIOND: ¡Gloria a Dios!

Todos cantan acompañando al coro.

PADRE ANTONIO: Antes pidamos perdón a Dios.

Se escucha fuertemente el timbre del celular de MARTHA LAURA. El coro canta más fuerte como queriendo opacar el timbre del celular.

MARTHA LAURA: (Contesta y grita angustiada.) Dice Lucía que Pedrito está en peligro. ¡Alguien le está haciendo daño!

PADRE ANTONIO: ¡Basta! Estamos viviendo los tiempos de las tribulaciones. Es muy fácil caer en pecado, fortalecer al maligno con nuestras apatías.

Pausa. Los personajes se quedan inmóviles viendo hacia el infinito, cantando como autómatas.

ESCENA III

El PADRE ANTONIO cubre el rostro de Cristo con un manto, de tal forma que solo vemos la escultura desde la cintura a los pies. Hasta ahí, hasta ese pasado jala a JOSÉ MIGUEL. Las dos mujeres continúan en su presente, cantando con el coro.

PADRE ANTONIO: Qué gusto me da, José Miguel, verte convertido en un hombrezote de veinte años: un hombre de éxito igual que tu padre. Supe que Martha Laura y tú son novios. No sabes cómo me alegra. Quiero, si tú me lo permites, por supuesto, oficiarles la misa de la boda. A tus papás y a los de Martha Laura les va a dar muchísimo gusto. ¡Ah! Este plantel ha visto desfilar a tantas y a tantas generaciones. Hemos formado hombres de bien. Excelentes empresarios, servidores públicos y hasta líderes sindicales honestos. ¡Siempre bajo nuestros más valiosos principios de la obediencia! (Se acerca a él, lo toma del brazo.) Dime una cosa, José Miguel: ¿te dedicarás a lo mismo que tu papá?... ¿a las tutorías empresariales? Porque yo tengo pensado... (Se acerca más. Le

sonríe.) Tú sabes que... tal vez hablando con los miembros del patronato... Empezarás con una enorme cartera de clientes y sirve que no le haces sombra al señor ingeniero Pedro de la Garza. *(Lo abraza fuertemente, suspira profundo. Mientras se escucha el órgano tocar la marcha nupcial. MISS CLARIOND le pone un velo y una tiara a MARTHA y el PADRE ANTONIO le pone unos azahares a JOSÉ MIGUEL en el saco. MISS CLARIOND les coloca el lazo a los novios, mientras el PADRE ANTONIO descubre el rostro de Cristo y oficia la misa.)* En una de las Encíclicas el Papa Juan XXIII se refirió a la familia como sostén primordial de la sociedad. Y decía: “La Iglesia tiene que abrirse al mundo”.

JOSÉ MIGUEL: A los seis meses encargamos a Pedrito. Tenía que llevar el nombre de mi padre.

MARTHA LAURA: ¡Nunca estuve de acuerdo! Y tampoco que estuviera en el Instituto Fulton J. Sheen y, sobre todo, rendirle honores al gran benefactor: ¡al señor Juan de Dios Legorreta! ¡Mi padre! ¡Ay mi padre! ¡Ya me tenía harta! “La moral que te hemos inculcado ha sido gracias a que perteneces al Instituto Motolinía y a su anexo el Fulton J. Sheen”.

En esos momentos se escucha el teléfono celular de MARTHA LAURA. Ella contesta, por equivocación pone el altavoz.

PEDRITO: *(Se escucha su voz a través del celular.)* ¡Mamá, mamá! ¿Es cierto que me voy a ir al infierno por desobedecer al padre consejero? ¡Los ojos de Dios todo lo ven y están en todas partes! ¿Por qué Dios no lo ve a él?

MISS CLARIOND: Solamente obedece.

MARTHA LAURA intenta apagar el altavoz. Su marido la detiene con la mirada.

PADRE ANTONIO: *(Su voz retumba en la sala.)* ¿Qué dice el segundo mandamiento?

PEDRITO: ¡Honra a tu padre y a tu madre!

PADRE ANTONIO: ¡Ahí está la clave! En la obediencia.

MARTHA LAURA: ¡Pedrito! ¡Pedrito...! ¡Colgó!

Vuelve a escucharse el timbre del teléfono celular.

PADRE ANTONIO: ¡Anda, pues, contesta ese teléfono!

MARTHA LAURA: ¡Lucía, todavía no salgo de la terapia! ¿Los dibujos de Pedrito? ¿Estás segura?

PADRE ANTONIO: *(Se turba al ver los dibujos.)* Prosigamos con la dinámica.

MARTHA LAURA: Un momento. *(Mostrando las imágenes que mandó por WhatsApp Lucía.)* ¿Pueden ustedes decirme qué significan estos dibujos que hace Pedrito?

PADRE ANTONIO: ¿Esto qué es? Un simple grafiti de un niño hiperactivo que últimamente se está convirtiendo en un verdadero dolor de cabeza.

MARTHA LAURA: ¡No, Padre! Mi amiga me acaba de mensajear y me dice que algo grave está sucediendo con mi hijo en este colegio.

MISS CLARIOND: ¡Qué disparate! Además, tu amiga...

MARTHA LAURA: Fue obligada en este mismo lugar a callar. Después de que contamos lo que vimos, los amoríos entre una moja y... uno de los sacerdotes.

MISS CLARIOND: ¡Una santa!

MARTHA LAURA: Le contamos lo que pasó a la madre superiora. ¿Por qué se nos acusó de complicidad? Si ella y yo hicimos un pacto. Nos dijo que Lucía tenía que contarle todo al padre consejero y en eso no convenimos. Estuvieron largo rato platicando. Lo único que dijo el padre consejero fue: "Lucía, tus papás no tienen por qué saber esto". ¡Y la monja terminó colgada en su habitación!

MISS CLARIOND: Prefirió una muerte digna ante los ojos del Señor.

MARTHA LAURA: Desde entonces, Lucía y yo prometimos nunca quedarnos calladas.

JOSÉ MIGUEL: ¡Pero eso me lo ocultaste!

PADRE ANTONIO: ¿Se acuerdan de la historia de Domingo Savio? El prefirió morir antes que pecar. Pero tuvo primero que anteponer su cuerpo para purificar su espíritu. Y como él, están todos los santos y los mártires a través de la historia de nuestra santa iglesia Católica. Estamos haciendo una tempestad en un vaso de agua, solo porque tú amiga cree o supone que a tu hijo alguien...

MARTHA LAURA: ¡Estoy dispuesta a lo que sea padre! No me importan las consecuencias.

JOSÉ MIGUEL: ¡Martha, por favor! ¡Todo esto puede traer graves consecuencias, no estamos seguros!

PADRE ANTONIO: Decía en misa, hace unos momentos: la iglesia tiene que abrirse al mundo. Dejar de ver a las entidades religiosas como algo ajeno y superior a sus fieles. Creo que quienes estamos aquí nos conocemos lo suficiente, pero no sé nada de sus vidas internas. La siguiente dinámica tiene por objetivo hablar a nuestro niño. Respiren, llénense de energía, nadie nos escuchará, tomen la luz que Dios nos otorga y ahí está él, su niño, agazapado en su interior. Véanlo. Hablen con él. Pidámosle perdón si lo hemos dañado... y, si es algo vergonzoso que perjudique la imagen que tenemos ante Dios y nuestra iglesia, cállenlo. De aquí nada se sabrá, se los prometo.

Oscuro.

ESCENA III

Solo el Cristo en la gran estancia y una gran silla donde está acurrucada MISS CLARIOND.

MISS CLARIOND: ¿Eres tú mi niña? Pensé que me habías olvidado. Olvidaste mi niñez, te fuiste, me dejaste sola, sentada siempre en la última hilera de pupitres, la última en la fila para evitar que se burlaran de mí. “¡Con aserrín, en lugar de cerebro!”, decía la maestra. Dios nunca me dio buenos dones, solo el de taquimecanografía. La madre superiora se lo contó al padre, él necesitaba alguien que lo atendiera en lo administrativo. ¡Fui la elegida! Un día ya no me bajó... Mis padres lo solucionaron con el dinero del padre. Me llevaron a un lugar asqueroso. Perdí mucha sangre y tiraron al bote de basura mi deshonra. Terminé mis estudios con mención honorífica... “¿Y la niña?, ¿nuestra niña?”. Ésa se perdió en la oscuridad de un confesionario.

PADRE ANTONIO: Uno de los grandes legados que nuestro señor Jesucristo nos ha dado es el Perdón.

Oscuro.

ESCENA IV

PADRE ANTONIO: *(Su voz desde el final del salón, tomando café. MISS CLAIROND lo ve fijamente y sale rápido. Él va tras ella.)*
¡Tomémonos un leve receso!

MARTHA LAURA: *(Tomando su celular.)* Dime, Lucía. La sesión todavía no termina, pero tengo tiempo. ¿Rompió los dibujos? ¿Está contigo? ¡Pásamelo por favor! ¡Pedrito, mi amor! *(Angustiada.)* ¡Cuéntale todo a tu tía Lucía!

JOSÉ MIGUEL: ¿Qué sucede?

MARTHA LAURA: ¡Papi quiere hablar contigo! ¡Escúchalo por favor!

JOSÉ MIGUEL: ¿Qué paso, mi campeón? ¿Por qué llora? ¿En qué quedamos, güey? Que lo iba a llevar a Richie Pack a esquiar en la nieve; pero, si sigue llorando, pos no... Póngase las pilas. Su mamá y yo vamos para allá. *(A su esposa.)* Lucía lo único que hace es alterarlo más. Tiene que estar con nosotros.

MARTHA LAURA: ¡José Miguel, siempre te he apoyado en todo! Pero Tratándose de la salud de nuestro hijo, yo tomo las decisiones.

MARTHA LAURA va a salir y su marido la detiene fuertemente del brazo, impidiendo su salida.

PADRE ANTONIO: Prosigamos.

ESCENA V

JOSÉ MIGUEL entra al espacio donde está el Cristo. Se ve imponente, poderoso, tal parece que la luz se concentra en la escultura.

JOSÉ MIGUEL: ¡Cuánta razón tiene mi padre! ¡No cualquiera viene a este colegio! Aquí nomás puros hombres de éxito. Soy afortunado de estar aquí, Dios... Cuántas veces escuché el timbre del receso, corrí por estos pasillos, me aburrí eternamente en estos salones. Suena el timbre para ir al receso. Empiezo a recorrer los salones y empiezo a recorrer mis culpas. Cómo olvidar a aquel niño, que injustamente acusé de copiar las tareas y de robo... Lo jalé a pesar de sus súplicas con el padre Antonio. Me rogaba que por favor dijera que solo estaba copiando la tarea de mis compañeros.

De las sombras sale el PADRE ANTONIO, exageradamente bondadoso.

PADRE ANTONIO: Ay, muchachos. Ya saben que está prohibido quedarse en los salones durante el recreo. ¿Gustan pastel y refresco? Es de chocolate. Está bien rico. ¡Ándenle, con confianza! Copiar tareas es pecado y más abrir mochilas de tus compañeros, Sebastián. Como diríamos es pecado

pero venial. No tiene mayores consecuencias, pero tú y yo tenemos que platicar muy seriamente en privado, Sebastián. Tú puedes irte, José Miguel. Ah, dile a tus papás que los visito este sábado.

EL PADRE ANTONIO vuelve al mundo de las sombras.

JOSÉ MIGUEL: ¡Mi padre me felicitó! Me dijo que hice lo correcto: Solo así se triunfa en la vida y en los negocios. Sebastián no me habla. Todavía. Sigue guardándome rencor. Después me di cuenta que su padre era empleado de mi papá. “¡Pinche puto!”, le dije. Tú vas a ser gato igual que tu papá. ¡Te metiste con el director! ¡Te metiste con el director! ¿Qué? ¿Te bajó los calzones?... Pero primero te persignó. (*Burlándose.*) ¡Sebastián es puto! ¡Sebastián es puto, muchachos! ¡Se lo cogió el director! ¡Y, además, el hermano celador! ¡Vamos a salarlo! ¡Vamos a meterle un palo de escoba en el culo! ¡Que al cabo le gusta!

Cae prostrado, llorando, ante la imagen de Cristo.

JOSÉ MIGUEL: ¡Dios! Primero me burlé de Sebastián. Después pasé a ser víctima... Pero después le sacaría todo el provecho. Lo juré por ti, Dios. Seré digno heredero de tu iglesia.

MARTHA LAURA entra al salón corriendo, angustiada.

MARTHA LAURA: ¡Habló Lucía...! ¡Pedrito escapó de su casa! ¡No lo encuentra...! ¡Voy para allá enseguida!

PADRE ANTONIO: ¡Por la misericordia de nuestro señor Jesucristo! (*Enojado.*) ¿Y ahora? ¿Qué pasa?

MARTHA LAURA: ¡Pedrito no está con Lucía! ¡Ha escapado!

PADRE ANTONIO: ¿Otra vez tu amiga psicóloga? ¡Por Dios! Si ella vive en un fraccionamiento privado. El niño no debe andar muy lejos. Deja que los vigilantes lo encuentren. Prosigamos.

MARTHA LAURA: ¡No, padre! ¡No, Miss Clariond! ¡Ya basta! Nuestro hijo nos necesita. José Miguel. ¿Vienes o aquí te quedas?

JOSÉ MIGUEL: Tenemos que terminar la sesión. Lucía y Rubén lo van a encontrar.

MARTHA LAURA se queda pensativa por un momento. Los mira fijamente a uno por uno.

MARTHA LAURA: Tienen razón. Terminemos la sesión. Padre, hablemos en tercera persona. Nos falta usted.

PADRE ANTONIO: Yo soy aquí el que dice lo que se debe hacer. Esa amiguita tuya está metiéndote ideas...

MARTHA LAURA: No, padre. Yo al igual que todos nosotros y usted, me supongo, hemos tenido que callar... Por vergüenza o por miedo o por conveniencia. Padre Antonio, lo escuchamos.

PADRE ANTONIO: Al igual que nuestro señor Jesucristo que recibió de los hombres golpes, insultos, blasfemias, escarnios, los perdono a todos. Para salvar al hombre de las garras del maligno por medio de la redención.

Sale enfurecido.

ESCENA VI

El PADRE ANTONIO solo frente al reflejo de la sombra de Cristo que se escurre por el piso.

PADRE ANTONIO: Una mañana, ingresa un oficial de la guardia civil al Seminario de San Elmo, provincia de Toledo. Lleva de la mano a un pequeño de casi doce años. Al dirigirse con el padre superior, le besa la mano y lo único que dice: "Su paternidad, la madre de mi hijo murió. Sé que va estar bien con

vuestras mercedes. Quiera Dios que sea un buen sacerdote”. Y lo abandonó ahí a pesar de su llanto. En las noches sentía miedo, frío, pero sobre todo no debía de llorar, porque los hombres no lloran. Al sonar la campanada de aquel seminario, todos en el dormitorio se alistan para ir a la capilla. Aquel niño se percata de que mojó las sábanas y no quiere levantarse. Y así, noche tras noche, por años, obligado a bañarse con agua fría para escarmiento, y un trato especial. ¡Los hombres no lloran! Aquel niño no sabía si contárselo todo al padre superior, que lo obligó a autocastigarse, flagelarse con un cinturón. Tenía que confesarse. Sabía que callando ofendía a Dios... Cintarazos que siempre había recibido. Sus padres hacían lo mismo, demostrarle el amor con golpes. Arrojado a la esquina de la vergüenza, hincado cargando una gran piedra.

Entran los demás como sombras siniestras, que lo acusan, que se meten en su cerebro.

MARTHA LAURA: ¿Qué fue lo que te hicieron, Padre Antonio?

TODOS: ¿Qué fue lo que hiciste, Padre Antonio?

PADRE ANTONIO: ¡Domingo Savio prefirió morir antes que pecar! Antepuso su cuerpo para salvar su espíritu. Lo que te hayan hecho en el colegio, tienes que callarlo... y aprender a perdonar.

Los personajes permanecen inmóviles. Transcurre un largo silencio. Se escucha el sonido del teléfono celular.

MARTHA LAURA: ¡Encontraron a Pedrito! ¿Te contó todo?

JOSÉ MIGUEL: ¿Qué pasa, por Dios?

MARTHA LAURA: ¡Lo violaron aquí en el colegio! No, Dios mío... Vamos para allá enseguida. ¡Esto se acabó! ¡Yo me voy con mi hijo! ¡Voy a denunciar al colegio y contra quien resulte responsable!

PADRE ANTONIO: Estás loca. Nadie te lo va a creer.

JOSÉ MIGUEL: Martha, no tenemos pruebas. Sería nuestra ruina.

MISS CLARIOND: Este colegio nos ha dado todo. A ti y a tus padres mucho más. Piensa en eso que vas a hacer. Arruinarías el futuro de tu familia y Pedrito.

MARTHA LAURA: Ya no me importa. Me voy con mi hijo. Empezaré una nueva vida. Padre Antonio, pronto tendrán noticias mías, para que estén preparados. Y tú, José Miguel, salva tu futuro. Salva tus empresas.

PADRE ANTONIO: Es tu palabra contra la institución donde se han formado las mejores familias de México.

MARTHA LAURA: ¡Esta vez será diferente! Si tuvimos que guardar silencio Lucía y yo, era para que mi familia no cayera en la ruina. Lo peor fue que mi padre se quedó callado, para él fue más importante su estatus que su hija. ¡Esto va contra el colegio y contra quien resulte responsable!

MISS CLARIOND: ¿Dónde dejas el perdón, Martha?

MARTHA LAURA: ¡Sepulcros blanqueados! (*En esos momentos se escucha un teléfono celular.*) Lucía, ¿qué ocurre? ¿En cuál hospital, por Dios?

JOSÉ MIGUEL le arrebató el teléfono a su esposa.

JOSÉ MIGUEL: Si algo le pasa a nuestro hijo es por tu culpa. Te juro que lo pagarás muy caro. (*Cuelga. Desencajado voltea a ver a todos.*) Me dice que le lavaron los intestinos y está ya fuera de peligro. ¡Y que alcanzó a decir que el padre Antonio lo obligaba a tener sexo! ¡Maldito, te voy a matar!

JOSÉ MIGUEL lleno de furia se abalanza sobre el PADRE ANTONIO. Lo golpea brutalmente y trata de estrangularlo pero las dos mujeres logran detenerlo.

MARTHA LAURA: ¡Déjalo! ¡Qué se pudra en la cárcel!

PADRE ANTONIO: Se han olvidado del perdón. Mi padre Dios vio pasar sobre mi rostro las caras de todos los hombres. ¿No comprenden que yo he dado la vida por ustedes? El desfile era terrible. Repugnante. Grosero. *(El padre ya fuera de sí sube a la mesa de centro y desde ahí intenta colgarse.)* Mi padre Dios nos amó a todos y perdonó nuestros pecados.

JOSÉ MIGUEL logra someterlo y evitar que se ahorque. La estatua del Cristo se empieza a quebrar, caen sus manos, sus piernas y, finalmente, su cabeza rodando llega hasta el proscenio. Sus ojos siguen viendo a un cielo que lo abandonó.

PABELLÓN
ARACELI DE LA PEÑA

PERSONAJES

JAMES

FRANK

ESCENA I

Un hombre dormido en un pequeño cuarto. Otro hombre lo despierta, trae unos calcetines atados en las manos.

FRANK: ¿Qué quieres?

JAMES: ¿Te ato o te mato así nomás?

FRANK: *(Se sienta en la cama.)* Ninguna de las dos.

Empieza una lucha. JAMES estrangula a FRANK con los calcetines. Oscuro.

ESCENA II

JAMES tiene un tic nervioso en las manos la mayor parte del tiempo.

JAMES: No nací siendo un monstruo o algo así, y acepto toda responsabilidad por la forma en que resultó mi vida. El mundo es injusto pero, nadie dijo que tenía que ser justo. Para algunos, como yo, no hay nada. *(Voltea a su alrededor.)* Solo esto, por pendejo. Las carencias son el mejor camino para llegar aquí. Mis primeros demonios fueron la pobreza y mis padres. Tengo cicatrices que empecé a acumular desde niño. Golpes y días enteros olvidado y sin comer, son los mejores recuerdos de mis padres drogadictos. Será por eso que aprendí que a la vida hay que arrebatársela en ese preciso momento lo que es valioso para ti. Empecé robando cosas de niños y ahora, mírame, ya perdí la cuenta

de cuántos años me quedan de condena, creo que alrededor de cien. La vida es un grillete, un ancla, solo que la mía tiene una cadena más larga, en medio de un torbellino sin fin. Ellos lo llaman “Régimen de Aislamiento”, separado de los demás reos hasta por veintitrés horas al día. Seguridad máxima a largo plazo. Sin ningún contacto con el mundo exterior. Ni siquiera puedo leer el periódico. Y esta mierda es una tortura. Me quitaron todo lo de mi propiedad, mi televisor. ¡Me dejaron sin nada! No ves el sol, te olvidas de la vida, de tu identidad, pierdes tu esencia, tu religión. Quedan tus sentimientos muy lejos. Te preguntas: ¿cómo será el mundo? Aquí no hay nada, solo ignorancia, ansiedad y podredumbre. No hay música, ni colores, no hay bailes ni ilusión. Solo un retrete y una cama. Sin derecho a nada ¡A nada! Terminas siendo un pagano buscando su falso Dios. Y eso te vuelve loco. Tengo que vivir en la humillación cada maldito día, los jodidos guardias te tratan como a un gusano, ¡hijos de puta!, usan cualquier pretexto para meterme en aislamiento.

Oscuro.

ESCENA III

JAMES duerme. Despierta bruscamente al sentir una presencia que solo es una sombra.

JAMES: ¿Otra vez tú? Ya te dije que no quiero hablar contigo. *(Se vuelve a acostar y le da la espalda.)*

SOMBRA DE FRANK: Anda, aquí son las noches largas y quiero platicar.

JAMES: *(Se sienta en la cama.)* Sabes qué difícil es mantenerse dormido. ¿Por qué chingados me despiertas? *(Empieza su tic en las manos.)*

SOMBRA DE FRANK: Quiero saber más de ti.

JAMES: Llevas no sé cuánto tiempo visitándome. Ya no hay nada que contar.

SOMBRA DE FRANK: No lo sé todo. Quiero saber por qué me sorprendes tanto, y mira que ya he visto mucho. Todo lo que no imaginas. Y pocas cosas me llaman la atención. Tú eres una de ellas. ¿Pero qué chingadera hiciste para acabar aquí?

JAMES: (*Ríe irónicamente.*) Robé unas bocinas. ¡Me cerraron por robo! Delito agravado y fuga. ¡Me dieron diez años! Luego, asesinaron a un tipo y me culparon. Por eso fueron otros quince años. Por intento de fuga, ocho más. Otros tantos por participar en un motín y, en fin, no se cuánta mierda más. ¡Setenta y nueve informes disciplinarios hablan por sí mismos!

SOMBRA DE FRANK: ¡Todo un caso! ¡Una vida desperdiciada! Llegaste a los diecisiete y, de los treinta y siete años que llevas aquí, veinte los has pasado en aislamiento. Eres un círculo completo de errores.

JAMES: (*Retándolo.*) No te equivoques. Siempre están chingando con cualquier pretexto para aislarme. ¿Sabes a lo que me refiero? (*Se toca la cabeza con ambas manos.*) Siéntate en esta celda todo el maldito día, por años y años. Eso me enloqueció. ¿Entiendes? Ahora mismo no sé si estás aquí o solo te imagino.

Oscuro.

ESCENA IV

JAMES en su cuarto, hablando para sí mismo. Se filtra una luz que ilumina su rostro.

JAMES: Anoche tuve un sueño y fue muy real. Volaba muy alto, podía ver los edificios con sus techos y sus patios, cuando me di cuenta ya estaba enfrente del gran pabellón de la muerte. Me asomé por sus ventanas. ¡Era cierto lo que

dicen! ¡Hay una gran diferencia entre Aislamiento y el Pabellón! Es como ir de los barrios marginales a Beverly Hills. Ellos tienen su propia televisión, sus propias colchas, la comida es muy diferente. ¡Hasta tienen un área de ejercicio! ¡Yo deseo estar ahí!

Aparece la SOMBRA DE FRANK.

SOMBRA DE FRANK: Fue por eso que decidiste matar a Frank.

JAMES: Por supuesto. En el corredor de la muerte hay una larga lista de condenados y dicen que pueden pasar de veinticinco a treinta años antes de la fecha de tu ejecución.

SOMBRA DE FRANK: Ahora entiendo por qué no simplemente te suicidas. ¡Luchas por la pena de muerte para salir de este agujero!

JAMES: Siempre fui una amenaza para todos, hasta para mí mismo. Ahora que estoy más viejo no será tan fácil ganar batallas. En el corredor todo es tan tranquilo que puedes escuchar caer un alfiler. Cuando me dieron el privilegio de un compañero aquí en aislamiento, pensé: “lo mataré”. (*Voltea retando a la SOMBRA. Se escucha un ejército marchar.*) Me sentía seguro de dominarlo. (*Se escucha el sonido de unas llaves que poco a poco se va alejando.*) Esperé que el guardia terminara su ronda y lo demás ya lo sabes. Le gané. Lo estrangulé. No me arrepiento. (*Ríe.*) Crees que es demasiado, ¿no? Basta de esta mierda. Me voy al corredor de la muerte. Que se pudra esta maldita celda. (*Ríe.*) Me miras como si pensaras: “este tipo está loco”.

SOMBRA DE FRANK: Aquí, en aislamiento, hay mucha ira, mucha frustración e intentos de suicidio. Pero no siempre están enojados como tú. Nunca hablas con nadie. No te gusta tener reglas. Todo lo solucionas con una navaja.

JAMES: Aquí todos se meten en problemas. Solo a mí me castigan. Me encierran casi todo el tiempo en esta jaula. Con

tanto tiempo en aislamiento me volví frío y calculador. Si pensaba salirme con la mía, lo haría; si no, ni me arriesgaba. Por eso algunos me ven como un cobarde, cosa que no me importa. Aquí hay muchos cabrones peores que yo. Simplemente Frank, era un pedófilo (*nervioso*). Fue otra razón para matarlo. Yo no lo quería en mi celda.

SOMBRA DE FRANK: ¿Qué pasó, James? ¿Qué te hicieron?

JAMES: (*Enojado.*) No sé por qué platico. Me vuelves loco.

Oscuro.

ESCENA V

JAMES: Estoy perdiendo la cordura, llevo meses sin salir de Aislamiento. Solo me sacan dos horas por semana.

SOMBRA DE FRANK: ¿Qué pasa? Hoy no pareces ese león amarrado que sueles ser.

JAMES: Solo quiero saber si en verdad estás aquí.

SOMBRA DE FRANK: Soy real, créeme.

JAMES: Eres una sombra, no veo tu rostro.

SOMBRA DE FRANK se acerca lentamente tomando el aspecto de Frank.

JAMES: ¡Eres tú, Frank! (*Lo ve fijamente. Lo enfrenta.*) Solo fuiste un pasaporte para una mejor vida. Eres una pinche mierda. Te gustan los niños, te los coges no vales nada.

FRANK: Que lloren... como tú.

JAMES: Nunca me arrepentiré de matar un cerdo. Mi delito no fue tan grave, pero nadie luchó por mí. Me dejaron en el fango y me atasqué de toda esta mugre.

FRANK: (*Burlándose.*) Y ese enfermero con guantes revisando tu cuerpo y metiéndote el dedo, solo dijo: “¡son las reglas!” Y aceptaste.

JAMES se le va encima a Frank y se enfrentan en una lucha violenta.

FRANK: ¿Y la bienvenida que te dieron los tres tipos en las regaderas?

JAMES: No me dieron tiempo de nada. Yo solo sentía el peso de sus cuerpos sobre mí, uno a uno, desgarrando toda mi vida.

FRANK: ¡Te gustó!

JAMES: Estuve en enfermería por tres días. Ahí me prometí que jamás volvería a pasar lo mismo. Ya tenía mi plan cuando salí por primera vez al patio. Estuve observando a los guardias y fue fácil elegir a uno, el que me pareció menos fuerte. Sin miedo me le fui encima, lo tiré al piso y no dejé de patearlo hasta dejarlo inmóvil. Subí un pie encima de él, levantando el puño. Todos estaban eufóricos. Llegaron otros guardias y no me dolieron sus golpes. Era mi primer triunfo y mi primer castigo en aislamiento y por supuesto, el primer aumento de mi larga condena. Ahí solo pensaba en mi venganza. Lo primero que hice fue conseguir una navaja y, en la primera oportunidad, herí de muerte a uno de ellos. Jamás confié en nadie. *(Ve a FRANK fijamente.)* ¿A qué regresas?

FRANK: Mírame, James. Dime: ¿quién soy?

Se ilumina solo el rostro de FRANK y se miran fijamente.

JAMES: ¡Eres tú! *(Se sienta muy desconcertado en la cama.)*

FRANK: ¿Quién soy?

JAMES: Eres en lo único que creo.

Oscuro.

ESCENA VI

JAMES: (*Con un aspecto más descuidado.*) Sueño con una sirena. Me enreda con su larga cabellera y me embulle. Siento que sigo en una cárcel, solo que ésta no tiene rejas. Me siento tan deliciosamente preso y espero que igual mañana venga a sumergirse en el esperma acumulado de toda mi vida. Despierto y la noche empieza a roer mis pensamientos, es eterna, y empiezan las pláticas con mi eco y le cuento de esta virilidad ingrata con su inútil semen, queriendo salir a bocanadas al ensueño de una musa que nunca me visita despierto. Y sigo añorando entregar estos besos en un grito desgarrador y callado de mis labios guardados en esta eterna soledad. Y es cuando lo poco que queda de cordura me ubica en esta mazmorra y me corroe el coraje de la realidad de saber que toda mi vida se fue por el caño de ese retrete y fue tan fácil como jalar la palanca. Quedaron mis anhelos perdidos en los recovecos de lontananza de esta alma podrida por la humedad de estas paredes, cada vez más frías, que poco a poco fueron enterrando mi juventud. Yo solo pido a la vida cosas simples, como sentir el sol en mi frente, refrescarme con el aire tempranero, ver las aves, cuidar un jardín y saludar al vecino. La gente va llenando sus maletas por el camino de la vida y las mías están vacías. Nunca viví, solo existí. (*Voltea a todos lados enloquecido.*) Frank, Frank: ¿en dónde estás?

FRANK: (*Aparece de entre las sombras.*) ¿Qué pasa, James? Te ves más inquieto de lo habitual.

JAMES: ¡Ayúdame! Eres...

FRANK: (*Lo interrumpe.*) Cada día estás peor, más alterado. Alucinas con frecuencia.

JAMES: Si realmente eres tan poderoso, regresa el tiempo, regrésame a los doce años y te prometo que esta vez haré todo bien. (*Suplicante.*) Anda, viejo. Sé que tú puedes.

FRANK: No funciona así, no es tan fácil como rebobinar tu vida. No es el tipo de milagros que yo hago. Traigo ya tantos colgados. (*Abre su saco mostrándole la parte de adentro.*) Mis milagros son muy diferentes. Me pesan demasiado...

Oscuro.

ESCENA VII

De las sombras brota FRANK.

JAMES: (*Indiferente.*) Me otorgaron la pena de muerte. ¡Gané! Sabía que lo lograría.

FRANK: No te emociona tu gran logro. Estás aquí desde tu pubertad y no te diste oportunidad de vivir. Aquí en tu pequeño mundo pareciera que no le temes a nada.

JAMES: Siempre te imaginé muy distinto.

FRANK: La gente me ve como quiere, según sus culpas.

JAMES: ¡Por eso estás aquí! ¡Por eso tomaste el aspecto de Frank!

FRANK: Así es. Solo que la gente pide y pide por vivir y, en cambio, tú eres tan cínico. Por eso ganaste mi simpatía. Me agrada mucho escucharte.

JAMES: Me estoy acostumbrando a tus visitas. Espantas mi soledad.

FRANK: ¿Sabes? El poder mío es el más codiciado, porque entre otras cosas decido cuándo, dónde y cómo muera cada persona. Puedo retrasar fecha, hora y me doy el lujo de escoger la forma que los llevará al final de los finales.

JAMES: ¿Cómo es el camino? ¿Es cierto que hay un túnel?

FRANK: Es como lo perciba cada cual. Para empezar, te meten en una perrera con un bozal y manos atadas: eso es lo que ustedes llaman “ataúd”. Van tan atados, que solo su mente divaga. Y sí, hay una tenue luz que alumbra el camino por el que ves pasar toda tu vida. Y en esa pequeña jaula de perros, te llevan tan lento. Ustedes lo llaman marcha fúne-

bre. En ese último paseo hay ollas que van hirviendo a un lado tuyo. Te hablan por tu nombre y se van derramando hasta destaparse. Cada una contiene un recuerdo o una acción de lo bueno, lo malo, lo imposible: logros, fracasos, odio, amor, desamor y tantas cosas más. Éstas solo te indican lo que cargarás cuando te dejen solo y viertan tierra sobre ti. Entonces, se verá más intensa esa luz que te llevará a la colina, que forzosamente subirás con temor de haber olvidado algo que haga más pesada tu carga. Cuando llegas a lo más alto, es porque ya te perdonaste a ti mismo y, entonces, soltarás todos tus amarres. Se sentirá una infinita tranquilidad. ¿Sabes, amigo? Ésa será tu libertad.

Oscuro.

ESCENA VIII

FRANK sentado a un lado de JAMES.

JAMES: Quisiera que siempre fuera de noche para soñar con ella y bailar. (*Inicia música: la Serenata de Schubert, suave. Simula bailar con una mujer.*) Bailar sin fin hasta morir.

FRANK: ¡Ahora sueñas despierto!

JAMES: Sólo quiero dormir.

FRANK: Llevas días sin comer.

JAMES: Eso no importa. Ya ni siquiera me interesa estar en el pabellón.

FRANK: ¿No le temes a la silla eléctrica?

JAMES: Preferiría tener una aguja clavada con el maldito químico, a ser electrocutado, pero podría irme de cualquier manera.

FRANK: Sólo yo decido cómo será y tú no estarás en el pabellón. ¡Me recuerda al Monte Calvario! Si hay algo de lo que quieras despedirte, hazlo.

JAMES: Lamento no saber lo que es una despedida.

FRANK: *(Le habla al oído.)* Dime: ¿qué quieres?

JAMES: A ella.

Se escucha el sonido de puertas que abren y cierran, cadenas que caen, llaves abriendo cerrojos, paso de tacones lejanos que poco a poco se acercan.

JAMES: ¡Es ella cada vez más cerca! ¡Aquí está su olor! Quiero recorrerla con todos mis sentidos que le gritan y dejar mi vida en su piel. ¡Ya viene! ¡Ya quiero tenerla! *(Los ruidos cesan, solo se escuchan los tacones casi en la puerta de la celda.)* ¡Aquí estás! *(Voltea a ver a Frank con una risa de satisfacción.)* ¡Estoy listo! *(Se abre la puerta.)*

Oscuro repentino.

HERENCIA
VÍCTOR ANTERO FLORES

PERSONAJES

OLAF BASIL

GLADYS: esposa de OLAF

ABRAHAM: padre de OLAF

VOZ: analista

JAVIER: amigo

JOSÉ: tío

ABUELA: paterna

ABUELO: materno

I

Exterior de la casa de ABRAHAM. OLAF y GLADYS llegan.

GLADYS: Olaf, no sé por qué tienes que venir aquí.

OLAF: Ya traté de explicártelo, pero no has entendido. Es inútil contigo.

GLADYS: ¿Inútil? Para mí esto es una pérdida de tiempo.

OLAF: Acepté que me acompañaras sólo por...

GLADYS: ¿Sólo por qué?

OLAF: Mira, voy a entrar...

GLADYS: Estás haciendo cosas muy extrañas desde que vas con ese psicólogo.

OLAF: Psicoanalista.

GLADYS: Lo que sea. Sólo estás abriendo viejas heridas, y no sé qué buscas aquí.

OLAF: A mi padre.

GLADYS: Pensé que lo odiabas.

OLAF: Lo odio.

GLADYS: ¿Entonces a qué vienes? ¿A abrir viejas heridas?

OLAF: Estoy bloqueado.

GLADYS: ¡Tu eterna salida! No soporto tu... eso que tienes. Depresión, frustración o pereza.

OLAF: Para ti todo es blanco o negro.

GLADYS: Para mí, todo eso que alegas, son pretextos. Quieres una vida cómoda y sin responsabilidades. Te quejas de tu trabajo, te quejas de tus jefes, te quejas de mí, te quejas de tu fracaso, te quejas de todo.

OLAF: ¿Fracaso? Solo si hablamos de dinero. Soy un pobreton, como dices. Y eso me molesta, porque soy un profesional, pero mal pagado.

GLADYS: ¿Y por qué no cambias de trabajo? Ya me canso de decírtelo. Pero ahí estás empeñado en ese periódico donde te tratan como empleado de segunda. Estamos pobres. ¿No lo ves? ¿No ves que tus hijos no tienen buena ropa ni escuelas? No tenemos una casa bonita, ni un coche... Ni siquiera comemos bien.

OLAF: Es el periódico que mejor paga en la ciudad. Y sí, es una desgracia que el trabajo que más amo nos tenga en este estado. Pero no soy un huevón, Gladys. ¡Por eso estoy aquí! Para enfrentar el mal que me ha pisado la cabeza por más de veinte años.

GLADYS: No sé cómo podrás hacer lo que pretendes. Me parece de locos. Estoy cansada de ti y tu derrotismo.

OLAF: Yo también.

Pausa.

GLADYS: ¿Vas a entrar entonces?

OLAF: Es eso, o seguir igual.

GLADYS: Espero que encuentres lo que buscas.

OLAF: Ya no sé lo que busco. Sólo quiero reclamarle, hacer que me oiga. ¡Quiero que me diga por qué! ¿Por qué...?

GLADYS: Estás mal, Olaf. Muy mal.

OLAF: Sí, lo estoy. *(Se encamina a la puerta.)*

GLADYS: ¿Te espero?

OLAF: No...

GLADYS comienza a retirarse.

OLAF: Gladys, si quieres puedes esperar. Pero no sé cuánto tiempo voy a estar ahí.

Se miran. GLADYS se va.

II

Sala de la casa de ABRAHAM. OLAF se presenta.

OLAF: Ya estoy aquí.

ABRAHAM: No te pedí que vinieras, pero pásale.

OLAF: Colgaste las viejas fotografías.

ABRAHAM: Los tengo a todos ahí, a ti y a tus hermanos.

OLAF: Pensé que...

ABRAHAM: Ahí estás, en tu primera excursión.

OLAF: La recuerdo vagamente, yo...

ABRAHAM: Tenías cuatro años. No creo que te acuerdes.

OLAF: Recuerdo el rifle de juguete, el burro en el que me subieron, recuerdo la cabaña y...

ABRAHAM: Te la pasaste asustado, preguntando por tu mamá. Pensé que se te iba a pasar, pero no... Llorabas porque el burro rebuznaba o porque los leños de la fogata tronaban. Todo te daba miedo.

OLAF: Tenía cuatro años.

ABRAHAM: Siempre fuiste así.

OLAF: No... Soy diferente.

ABRAHAM: A mí me gusta esa vida, pensé que a ti te gustaría también.

OLAF: Me gusta.

ABRAHAM: Te gusta para veranear... El monte es una prueba de supervivencia diaria. ¿De qué sirve ir con comodidades? La confrontación, hijo, eso es lo que nos hace hombres. Pero no soportaste las rudezas del campo. Te puse un talache en las manos, te enseñé a sembrar, a construir, a cazar... ¿Para qué? Para que prefieras irte con tu madre.

OLAF: En el monte no me muero de hambre, gracias a ti, pero había cosas...

ABRAHAM: Me puse estricto y te quebraste. Mi intención fue hacerte un hombre, pero tu madre te volvió blando.

OLAF: Pudiste enseñarme todo eso sin insultar.

ABRAHAM: ¡Ah, qué pendejo *mijo*! La vida no es fácil, acostúmbrate. Los militares no se quejan.

OLAF: Aquí nadie es militar. ¿Por qué siempre quisiste hacer de la familia un regimiento?

ABRAHAM: ¡Disciplina! Eso era todo. Tu madre los mimaba demasiado. Me los estaba haciendo jotos. (*Se sirve un vaso de mezcal.*) Se lo dije muchas veces. Tratándolos así me los iba a desgraciar. Ustedes solo quieren que se los trate suavemente... ¡Pues no! (*Bebe.*) Así no se forman los hombres.

OLAF: ¿Y cómo se forman? ¿Siendo borrachos y agresivos?

ABRAHAM: ¡Cállate! ¡Tú qué sabes! ¡Los hijos no deben juzgar a sus padres! ¡Deben obedecer! Uno sabe lo que es bueno para ustedes.

OLAF: Esa cosa, ¡el cabrón mezcal!

ABRAHAM: ¡A ti qué te importa si bebo o no!

OLAF: Pues yo opino que...

ABRAHAM: ¡Tú no opinas nada! En esta casa nadie puede opinar, hasta no ser mayor de edad.

OLAF: ¡Lo soy!

ABRAHAM: ¡No! ¡No lo eres! Eso de los dieciocho lo impusieron para rellenar el servicio militar. En mi época la mayoría de edad era a los veintiuno. ¡Y así es en mi casa!

OLAF: Soy mayor que eso...

ABRAHAM: La última vez que estuviste en esta casa tenías diecisiete. Yo ahí me quedé. No te he visto crecer. ¡Aquí yo digo cuándo es la mayoría de edad! Ni tú ni nadie va a opinar nada. Tu madre también quiere opinar. Piensa que tiene inteligencia. Es una tonta.

OLAF: Nunca encontraste otra manera para arreglar las cosas más que siendo un...

ABRAHAM: ¿Un qué? Dilo, si tienes valor. Apréndete esto: ¡cuando yo diga “bacinica”, entonces te arrastras de debajo de la cama y opinas!

OLAF: ¿Sabes qué? ¡Chinga tu madre!

Enojado, OLAF intenta retirarse.

ABRAHAM: ¡Ándale! ¡Vete con tu mamá porque ella es rica! Espero que un día llegues a ser alguien.

OLAF se detiene.

OLAF: Lo seré.

ABRAHAM desaparece.

III

OLAF está solo. Se escucha Voz, en Off.

Voz: Entonces, le mentó la madre a su padre.

OLAF: No es algo de lo que me enorgullezca. Me educaron para ser respetuoso con los mayores. Siempre lo fui. Ahora siento culpa por lo que dije.

Voz: ¿Qué es lo que más le duele?

OLAF: Fue el cambio, de papá. Antes era divertido, inquieto, contaba historias, nos fabricaba juguetes, nos llevaba de paseo. Después fueron solo gritos y mentadas. Tenía los muros tapizados de carteles.

Voz: ¿Cómo cuáles?

OLAF: Horarios para lavar platos, barrer, trapear, reparar...

Voz: Eso parece solo disciplina.

OLAF: No, había otros. El de la puerta decía: “La entrada diaria a esta casa es para las mujeres a las ocho de la noche, para los hombres a las diez”. Había uno más junto al teléfono.

no: “El tiempo de llamada máxima es de tres minutos; si te excedes, pagas”.

Voz: ¿Qué nunca tuvo un celular?

OLAF: Eran tiempos de los teléfonos fijos. Para cuando llegaron los celulares ya se había vuelto a casar, y ya no mantenía ese estúpido régimen fascista en su casa. Sólo fue cabrón con nosotros.

Voz: No lo diga en plural. Fue cabrón sólo con usted. Sus hermanos se salvaron.

OLAF: ¿Cómo lo sabes?

Voz: En tantos años, nunca ha hablado usted del sufrimiento de sus hermanos. Además, le recuerdo... Conocí a su padre y conocí a amigos de su padre.

OLAF: ¿Sus amigos sabían?

Voz: Evidentemente.

OLAF: ¿Y nadie se lo recriminó?

Voz: Los que se atrevieron, perdieron su amistad.

OLAF: Mi padre era un hombre de muchos amigos. Lo admiraban. Era alegre, sabio, tocaba el piano, cocinaba, no había problema que no arreglara. Él me puso mi primer libro en las manos. Pero se le atravesó el alcohol. He pensado que Stevenson se pasó de listo, la pócima que convertía a Jekyll en Mister Hyde no era otra que mezcal. Me cae.

Voz: (*Ríe.*) De acuerdo. Así, así... ponga un poco de humor.

OLAF: Por eso no bebo. No quiero ser con mi familia como mi padre fue con nosotros.

Voz: Con usted.

OLAF: Sí. Conmigo. Y aquí estoy, licuando mi cerebro para descubrir mis demonios.

Voz: No. Usted ya llegó aquí con el cerebro licuado.

OLAF: Estoy atorado. ¿Por qué no subo? Si tengo estudios, preparación, sentido común...

Voz: E inteligencia. Sí. El misterio es, por qué, con esos ciento cuarenta puntos de IQ, no le es posible darse cuenta de las razones que lo tienen estancado.

OLAF: Las razones las conozco. Es estrés postraumático.

Voz: Apenas, ni se emocione.

OLAF: Pero no encuentro dónde conectan el dolor y el fracaso. ¿Por qué sigue este sentimiento de desahucio?

Voz: Y ese desahucio le quita motivación.

OLAF: Exacto. Me pesa tener que trabajar en algo que me gusta. Es frustrante, sobre todo a cambio de...

Voz: A cambio de una paga miserable.

OLAF: ¿Y por qué? ¿Qué hice yo para que me traten como empleado de segunda?

Voz: La verdadera pregunta es: ¿hasta dónde provoca usted mismo esa reacción?

OLAF: ¿Yo? No...

Voz: Ha transportado el problema del padre a sus jefes.

OLAF: No, qué va. Nunca los vería como a mi padre.

Voz: Por supuesto, no los mira con el terror que le tiene a su progenitor. Los mira como la versión débil de su padre. Los confronta como debió confrontar a su padre. Ellos sienten esa hostilidad.

OLAF: Pero eso no les quita lo nepotistas, lo corruptos.

Voz: Se defiende, qué bien. Pero no es por ahí.

OLAF: Alguien les tiene que apretar las tuercas.

Voz: Los pendejos no se defienden porque no tienen argumentos. ¡No es por ahí! Incluso un tacle de fútbol americano, con setenta puntos de IQ, entiende cuándo el entrenador le dice que por ahí no es.

OLAF: Sí, soy terco. Me quiero convencer de que se puede vivir del periodismo honesto.

Voz: ¿Y eso existe?

OLAF: A medias. Al principio me dijeron que tengo libertad para hablar de cualquier tema y, al final, quieren controlar mi mente y mi opinión. Y lo peor, ¡gratis!

Voz: No está hablando de su padre, ¿verdad?

OLAF: No. Hablo de los jefes.

Voz: Se lo repito. Los confronta como le gustaría con-

frontar a Abraham López de la Renta. Y la pregunta es: ¿por qué nunca pudo plantarse frente a su padre?

OLAF: Tal vez, porque... me da miedo llegar a ser como él.

Voz: Mientras más intenta no parecerse a su padre, más se parece a él.

OLAF: ¿Cómo?

Voz: Continuamos la próxima...

OLAF: Pero...

Voz: Que sea pronto.

IV

OLAF está en su casa.

GLADYS: ¿Eres tú, Olaf?

Olaf inquieto, se pasea por la sala en silencio.

GLADYS: Estás peor desde que fuiste a casa de tu padre. Termina ya con eso. Entierra el pasado, déjalo allá.

OLAF: Eso ya lo hice. Lo enterré por años y estoy siguiendo los mismos pasos de mis ancestros.

GLADYS: ¿O sea?

OLAF: Gladys, ¿me parezco a mi padre?

GLADYS: No mucho.

OLAF: ¿No mucho? ¿Soy egoísta? ¿Gruñón? ¿Los hago sentir mal?

GLADYS: Pues cuando te enojas, los niños te tienen miedo.

OLAF: Pero ni les hablo, ni les digo nada.

GLADYS: No es lo que dices, es cómo te ves.

OLAF: Manuel insinuó que me estoy pareciendo a mi padre.

GLADYS: Pareciendo, ¿en qué?

OLAF: ¿Sabes que mi abuelo nunca tuvo un coche propio? Nunca tuvo una casa propia y papá tampoco. Toda la vida en casa de renta. Siempre dijeron que un coche era cosa

de ricos. Esa frase me pega como badajo de campana en la cabeza. No somos ricos. No pidas eso. Olvídате de aquello. Eso está muy caro... ¿Sabes, Gladys? Me enseñaron a conformarme. Fui programado para anular mis deseos. “Prohibido desear”. Faltó ese letrero en casa.

GLADYS: Yo solo quiero que no seamos tan pobres, no lo merecemos. Eres un profesionista reconocido.

OLAF: Sí, tengo una caja llena de diplomas y aquí estoy diciendo lo mismo que los viejos: “no se vender”, “no me pagan bien”, “no tengo coche”, “no tengo casa”... No la he sabido hacer, Gladys, y te aseguro que no es por pereza.

GLADYS: Es la crisis. Así hay muchos.

OLAF: Con crisis hay muchos que les va bien. Como al esposo de Mayté, tu amiga. Ese que le da todo, que es “súper chido” y súper bien pagado. ¡Cada vez que lo alabas me siento de la mierda!

GLADYS: Ya no lo he mencionado.

OLAF: Pero nomás falta el dinero y ya me parece escucharte...

GLADYS: Discúlpame.

OLAF: No tienes la culpa. Yo estoy condicionado como los perros de Pavlov. Evoco la voz de papá y me pongo mal. Pero tienes razón en desesperarte. No merecemos esto.

GLADYS: Tal vez necesites encontrar otra persona con quién hablar.

OLAF: Iré al estudio de Javier.

GLADYS: Olaf...

OLAF: Son círculos por cerrar. Javier pasó por lo mismo que yo.

GLADYS sale.

V

OLAF está en el estudio musical de JAVIER, quien toca unos bongós.

JAVIER: ¡Hey, bro!

OLAF: ¿Qué haciendo, Javo?

JAVIER: Aquí, viviendo en la música.

OLAF: Dejamos un proyecto pendiente.

JAVIER: ¿En serio?

OLAF: Te estuve esperando aquel día, pero nunca llegaste.

JAVIER: Discúlpame, no fue mi intención.

OLAF: Lo sé. Oye, necesito hablarte.

JAVIER: Habla.

OLAF: Tú pasaste cosas muy parecidas a las mías.

JAVIER: Y tú me recomendaste a tu psicoanalista.

OLAF: Pero encontraste un grupo de apoyo.

JAVIER: Sí, y me fue muy bien. Claro que todavía no termino. A veces me pega duro el recuerdo. Por eso dejé la casa de mi madre. Ella ahí murió y ya sabes cómo estuvo.

OLAF: Quiero preguntarte algo, Javo, ¿qué ves en mí?

JAVIER: ¡Chale! Que no te oiga nadie porque van a creer que somos putos. (*Ríe.*) No te creas. ¿Por qué la pregunta?

OLAF: Mucho tiempo traté de ser alguien, pero el concepto que tengo de mí, nadie más lo tiene. Soy una decepción.

JAVIER: Qué no te importe el qué dirán.

OLAF: No es el qué dirán, sino el quién soy. El otro día me encontré a tu hermana. Ella me agradeció que yo fuera tu amigo.

JAVIER: ¿En serio? ¿Ella te dijo eso?

OLAF: Sí. Fue muy sincera. Emotiva, diría yo.

JAVIER: Mira: mi carnala sí me quiere.

OLAF: Dijo, que cada vez que tú hablabas de mí, era para expresar cosas muy buenas.

JAVIER: Claro, cabrón. Pues cómo no. Conozco un chingo de personas, y todas a toda madre, pero ninguna me organiza un espectáculo escénico como el que tú escribiste, además lo dirigiste muy bien. Acuérdate cómo se quedaron con los ojos cuadrados en Acuña y en Saltillo, porque muchos no daban un cacahuete por nosotros.

OLAF: A veces siento que eso fue pura llamarada de petate.

JAVIER: Nel, compa. Las trabas que te ponen son por efecto de la envidia. Pero eso vale madre. Si no nos quieren aquí, en otras ciudades nos adoran. Hay un chingo de gente que sí nos quiere, y ¿sabes por qué? Por nuestra calidad humana.

OLAF: Puede ser.

JAVIER: Anímate, cabrón. Es más, felicítate a ti mismo.

OLAF: ¿Cómo?

JAVIER: Felicítate a ti mismo, por quien eres. Tú y yo hemos vivido cosas bien cabronas y aquí estamos, de pie. ¿Cuántos de esos hijos de papi y mami que andan por ahí aguantarían lo que tú y yo hemos soportado? ¡Estamos bien, cabrón! ¡Felicítate! Es más, yo me felicito a mí mismo. Me abrazo a mí mismo. (*Se abraza a sí mismo.*) Si nadie te felicita, ¡felicítate tú! ¡Ándale! ¡Abrázate! ¡Abrázate! Sé sincero contigo mismo. ¡Felicítate!

OLAF se abraza a sí mismo.

OLAF: Javier, discúlpame. Siento que no he sido tan buen amigo.

JAVIER: Nada, bro, nada de eso. Has sido un compa a todo dar.

OLAF: Era todo. Te dejo en tu ensayo.

JAVIER: Hey, ¡yo te felicito!

OLAF: Gracias, Javo.

JAVIER desaparece.

VI

Sala de la casa de ABRAHAM.

OLAF: ¡Papá!

Entra ABRAHAM con un vaso de mezcal en la mano.

ABRAHAM: ¿A qué has vuelto?

OLAF: A decirte que sí soy alguien.

ABRAHAM: ¿Y quién eres?

OLAF: Soy el que soy.

ABRAHAM: Palabras del Éxodo. ¿Entonces, eres Dios?

OLAF: No, yo...

ABRAHAM: Me fastidia vivir en una familia de mediocres. Tus tíos todos, borrachos de a madre. (*Levanta su vaso de mezcal.*) Yo, esto lo puedo controlar. Pero a ellos, pobres pen-dejos, hay que recogerlos de la calle. No lograron nada con sus vidas. Y tus tías, pobres ilusas, se creen artistas. Deberían mejor ponerse a limpiar sus casas. Tú te crees Dios, y tu madre, es una niña rica a quien le parecí poca cosa. Qué tristeza.

OLAF: No, papá. Mi madre dejó su vida por ti.

ABRAHAM: Ella vivió en la opulencia, siendo señorita de sociedad.

OLAF: Se casó contigo y nunca se quejó por dinero.

ABRAHAM: Sí se quejó, por eso recibió esas casas del viejo.

OLAF: Eso fue después del divorcio. El abuelo le donó esas casas de renta porque no teníamos ni para comer. Si no lo recuerdas, él la había desheredado por casarse contigo, y a ella no le importó. Pero veo que a ti sí te importaba el dinero del abuelo.

ABRAHAM: Perdí veinte años de mi vida con ustedes, a cambio de qué... Yo ya cumplí, ¡quiero ver qué me toca!

OLAF: La paternidad no es un negocio.

ABRAHAM: ¡Nos casamos por bienes mancomunados, y el matrimonio es una institución legal! Por lo tanto, me corresponde la mitad de esas casas.

OLAF: ¿Eso es lo que querías? ¿La herencia del abuelo? ¿Y tú, qué das a cambio?

ABRAHAM: ¡No entiendes que ya lo di! Fueron veinte años de mi vida. Yo te di la existencia, te puse nombre, te man-

tuve, te di escuela y hasta religión. Y mantuve a tus hermanos y a tu madre también. ¿Y cómo me pagan? Tratándome como a un criminal.

OLAF: Nadie te trató así.

ABRAHAM: En el juicio de divorcio, tú y tu hermano testificaron en mi contra. Vi el citatorio del juez. Ahí estaba tu nombre. ¡Un hijo no hace eso a su padre! Ni los hijos de los verdaderos criminales lo hacen. Es más, aquí se acabó. *(Toma papel y pluma. Escribe y lee en voz alta.)* “A partir de hoy, 22 de abril de 1985, Olaf Basil López Gabiña, deja de ser oficialmente mi hijo”.

Firma el papel y se lo entrega a OLAF. ABRAHAM se retira.

VII

Aparece el tío JOSÉ. Le da de comer a los peces de una pecera. OLAF lo observa.

JOSÉ: Tu papá fue buen cuate, Olaf. Siempre tuvo el carácter atravesado, pero no es malo.

OLAF: Pero algo está pasando, tío José.

JOSÉ: A veces las parejas tienen problemas. Eso es normal y los hijos no deben meterse.

OLAF: La bronca ya no es solo con mi mamá. Es conmigo.

JOSÉ: Entiendo.

OLAF: Tío, yo no puedo hablar con él. ¿Tú podrías?

JOSÉ: Ya lo hice. Aquella vez en el rancho que te llevaste los binoculares y los estuvo buscando. Cuando volviste te trató del carajo. Yo me metí...

OLAF: ¿Y qué pasó?

JOSÉ: Me dijo que él sabía cómo educaba a su hijo.

OLAF: ¿Y?

JOSÉ: Le dije que tú eras mi ahijado y que debía ver también por tu bienestar. Ahí se detuvo de insultarte.

OLAF: No recordaba ese momento.

JOSÉ: ¿En serio?

OLAF: Te lo juro, tío. No lo recordaba. ¿Y papá dejó de hablarte?

JOSÉ: No, qué va. Se enfurruñó, pero luego se le olvidó. Mira, tu papá parecerá muy ogro, pero no le hagas caso. No lo provoques, no vale la pena.

OLAF: Pero tengo cosas pendientes con él, tío. Cosas que necesito cerrar.

JOSÉ: Mejor riete de todo eso. Olvidalo.

OLAF: Pero siento como si me hubieran amputado una parte del cuerpo.

JOSÉ: Mira el animalito que tengo en esta pecera. Parece una cría de dragón. Es un ajolote.

OLAF: Los conozco.

JOSÉ: ¿Sabes lo que pueden hacer estos anfibios? Si les cortas una parte del cuerpo, les vuelve a crecer. Tienen una capacidad increíble de regeneración. Incluso, pueden restaurar su cerebro y el corazón. La parte que sientes que te arrancaron no es física, es emocional. Yo creo que puedes regenerarla.

OLAF: ¿Cómo?

JOSÉ: Mira, si un día tu tía me pone el cuerno... Ya lo tomaré con filosofía.

OLAF: Con filosofía. ¡Ah, qué padrino! Siempre fuiste el más divertido. Me gusta tu sentido del humor. Todo lo enfrentas con esa sonrisa. Me hiciste un niño muy feliz.

JOSÉ: Y también te puedo hacer un hombre feliz. Nomás que ya no vamos a jugar a los avioncitos. Te invito un billar y unas cervezas.

OLAF: Ya lo hiciste... y estuvo muy bien. (*Pausa.*) Lamento, tío, no procurarte.

JOSÉ: No lamentos nada, nos llevamos aquí... (*Se golpea el pecho.*) Ahora ve a hacer lo que tienes que hacer. Nomás no hagas lío.

OLAF: Siempre me leíste la mente.

José: Sé como los ajolotes, sobrino.

El tío José se va.

VIII

OLAF se sienta en un diván. Voz habla en off.

OLAF: Kafka odiaba a su padre.

Voz: Kafka le temía a su padre.

OLAF: ¿Crees que confundo el temor con el odio?

Voz: ¿Existe el síndrome de Estocolmo?

OLAF: Pero, yo no estuve secuestrado.

Voz: Tuvo secuestrados su deseo, su palabra, su voluntad.

OLAF: Puedo decir que amo a mi padre. O por lo menos su versión antes de los gritos y sombrerozcos. Mucho antes de esta carta.

Voz: ¿Qué carta?

OLAF: *(Abre la carta y la muestra.)* Me desconoce como hijo. ¡Y por escrito! La firmó con gran solemnidad.

Voz: *(Ríe.)* Y en una hoja membretada de la universidad. Usted sabe que esto no tiene validez legal. Pero esto es un yunque, pesa muchísimo. Yo me la voy a quedar. La tendré en resguardo, mientras usted llega a estar en condiciones de saber qué hacer con esta carga.

OLAF deja la carta en el diván.

OLAF: Sobre lo que el tío José me contó, cuando me defendió de papá por esos binoculares... Lo había olvidado. Creo que olvidé muchas cosas. Pero, no es el olvido de la prueba superada...

Voz: Es la pérdida de memoria como mecanismo de defensa.

OLAF: Debo enfrentar a papá y terminar con todo esto.

Voz: Usted no está preparado.

OLAF: Quiero el desquite, quiero destronarlo, romperle su ego, quiero...

Voz: Usted no quiere nada de eso.

OLAF: ¡Sí lo quiero! No siento otra cosa.

Voz: Éste es el lugar en donde debe pelear esa batalla, conmigo como testigo.

OLAF: ¡No, en su casa!

Voz: ¿Y qué ganaría?

OLAF: ¡Respeto! (*Pausa.*) Nunca he tenido su respeto. Soy un pendejo más para él. ¡Y yo no soy eso! ¡Me le voy a plantar hoy mismo y le voy a escupir sus verdades! Alcohólico mediocre, que no es capaz de aceptar su maldito vicio; arrogante de mierda que se cree el Salomón del pueblo; envidioso, que desea las casas de mi madre. Nunca tuvo un empleo bien pagado, tampoco. No tiene derecho a decirme fracasado, ni bruto por ser zurdo; ni mediocre, por no sacar dieces; ni huevón, por sentarme a pensar historias. Solo tenía diecisiete años cuando me insultaba. Ahora, ya tengo la edad que él tenía.

Voz: ¿Y cómo fue la infancia de su padre?

OLAF: ¿Qué cosa? No sé. La abuela mencionó algo de eso, pero no lo recuerdo bien.

Voz: Tal vez deba ir a casa de su abuela. Continuamos con esto... Pronto.

IX

Aparece la ABUELA.

ABUELA: ¡Qué milagro! Tanto tiempo sin que te acuerdes de mí.

OLAF: Perdóname, Abuelita.

ABUELA: Abuela, no abuelita. Soy tu abuela.

OLAF: Sí, abue...

ABUELA: Ay, *mijo*. ¿Qué andas haciendo?

OLAF: Me acordé de ti. De lo olvidada que te tengo.

ABUELA: Yo siempre te tuve presente a ti y a todos mis nietos. De todos me acuerdo a diario en mis oraciones.

OLAF: Necesito preguntarte algo. ¿Cómo era mi papá de niño?

ABUELA: Sé por qué preguntas eso. Ya me enteré. Tu padre era tremendo: inquieto, travieso, voluntarioso. Yo no sabía cómo controlarlo. Cuando no hacía pleito con sus hermanos, se robaba las conservas de membrillo, o se iba de pinta y regresaba todo sucio. Trataba de regañarlo con palabras, pero se burlaba. Incorregible. Lo metimos a una escuela católica, pero siguió siendo tremendo. Lo regañamos mucho.

OLAF: No te imagino regañando a alguien, abue.

ABUELA: Yo con mis hijos fui muy dura. Por eso con mis nietos fui más amorosa.

OLAF: Yo pensé que habías sido igual de divertida con tus hijos.

ABUELA: Me da mucha lástima el pasado. A tu papá le pegué, le pegué mucho. Pobrecito, cómo lo hacía llorar. Siempre fue necio y siempre le pegué. Es mi culpa que hoy sea así. De muchacho se iba de pinta. Reprobó en ese colegio que le costaba tanto esfuerzo a tu abuelo pagar.

OLAF: ¿O sea que papá, el ser más perfecto del universo, el sabelotodo megalómano reprobó la prepa? Y me acusaba de ser mal estudiante.

ABUELA: Y así ya grandote, le soné con la chancla también. Se fue de la casa una semana. Se quedó con su amigo Martín, hasta que la mamá del joven vino a decirme que ya no le pegara, que lo aceptara. Lo hice. Pero le volví sonar. Era incontrolable. Yo no sabía qué más hacer. Cuando le hablaba, le entraba por una oreja y le salía por la otra. Lo golpeé tanto. Es mi culpa.

OLAF: No te sientas culpable, abuelita. Él te perdonó.

ABUELA: Nunca hemos hablado de esto.

OLAF: Cuando papá estaba en el hospital, en cama, ¿fui-
ste a verlo?

ABUELA: No.

OLAF: Yo estaba ahí. Mis tías te llevaron. Lo viste tan mal
que lloraste y, sentada junto a su cabecera, le acariciaste el
pelo y le pediste perdón por todo lo que le pegaste. Él no po-
día hablar por su debilidad, pero cerró los ojos y asintió con
la cabeza. Fue sincero.

ABUELA: La memoria se me va.

OLAF: Pero a mí no. Él te perdonó, abuelita. Yo lo vi. No
sientas culpa.

ABUELA: Ay, siempre tan hermoso, mi chiquito.

OLAF: Ya me voy, abuelita. Gracias por todo.

ABUELA: ¡Ni abuelita, ni abue, ni güela! ¡Soy su abuela!

OLAF: Sí, güelis. (*La abraza.*)

ABUELA: ¡Ay, bandido! (*Lo persigna.*) Cuidate, hijo.

La ABUELA se retira.

X

*Aparece el ABUELO. Viste overol de trabajo. Hace cuentas en
una libreta, absorto.*

OLAF: ¿Abuelo?

ABUELO: ¡Cuánto!

OLAF: No, abuelito. No vengo a pedirle dinero.

ABUELO: Ah... (*Hace más cuentas.*)

OLAF: Sólo vengo a decirle gracias...

ABUELO: ¿De qué?

OLAF: De tu ayuda. Cuando el divorcio te hiciste cargo de
las cosas.

ABUELO: Eso no importa.

OLAF: Sí importa.

ABUELO: Acababa de cumplir ochenta años. ¿Recuerdas lo que les dije cuando les pedí venirse a mi casa? Un hombre de mi edad ya no puede estar solo.

OLAF: Es cierto. Pero yo sé que en el fondo no era por responsabilidad familiar. Nos quieres, abuelo, pero decirlo va contra las reglas de tu generación.

ABUELO: ¿Reglas? Claro que los quiero.

OLAF: Nunca lo habías dicho.

ABUELO: Que no lo diga no quiere decir que no lo sienta.

OLAF: Siempre fuiste tan seco, tan estricto... ¿Recuerdas el día que nos pegaste porque no te dejábamos dormir la siesta con nuestros juegos de niños?

ABUELO: Fue una sola vez.

OLAF: Lo sé. No volvió a suceder.

ABUELO: Perdí la cabeza.

OLAF: Ese mismo día, cuando indignados por el castigo, mis hermanos y yo salimos de tu casa, fuimos a esperar a mamá en la esquina de la cuadra. Tú pensaste que nos habíamos ido a perder en la ciudad y nos alcanzaste en tu coche amarillo. Te paraste en la esquina y bajaste la ventanilla, Realmente te veías preocupado...

ABUELO: Les pedí que regresaran a la casa. No les haría nada malo.

OLAF: Sentimos un gran alivio.

ABUELO: Mi carácter... Ese día perdí el control y sentí gran culpa. Todo mundo pensaba que estaba enojado. Pero no era así. Hablo golpeado porque así me hablaban a mí.

OLAF: Yo heredé eso de ti.

ABUELO: Mesúralo. Ésa fue mi defensa, mi manera de enfrentar la vida. Yo pensaba que así me haría respetar. Sí, me respetaban, pero con miedo. Lamento que mucha gente me tuviera miedo. Yo me hice así para que no me comieran el mandado. Mi único sueño era hacer dinero, para que a mi familia no le faltara nada. Pero el dinero poco sirvió para que fueran felices.

OLAF: Anoche te soñé. Vestías un overol de campesino, con una camisa roja a cuadros y un sombrero de paja.

ABUELO: ¡Adió!

OLAF: Estabas bailando, sonriendo, muy feliz.

ABUELO: Seguramente porque el rancho reverdeció.

OLAF: Lo mismo pensé. Pero la verdad es que, con dinero o sin dinero, la familia ahora está reverdeciendo.

ABUELO: Gracias por soñarme tan contento.

OLAF: Nunca habíamos hablado así, abuelo.

ABUELO: Es difícil. Ustedes los jóvenes ya piensan de otra manera.

OLAF: Creo que pensamos igual. Queremos ser queridos, queremos querer. Solo que crecimos en diferentes épocas.

ABUELO: ¿En qué más puedo ayudarte, Olaf?

OLAF: Me hubiera gustado que me enseñaras a ser empresario.

ABUELO: No tenías la madera. Tú eras soñador. Batallabas con la aritmética.

OLAF: Flojo, dijiste una vez.

ABUELO: Sí. Te comparé con mi sobrino Gilberto, que a los 23 años ya tenía dos carreras.

OLAF: Y yo apenas estaba terminado la licenciatura.

ABUELO: Tú lo dijiste. Soy de otra época, cuando las cosas se hacían en serio.

OLAF: Sólo olvidaste que al primo Gilberto lo trataban bien, y no tuvo que trabajar para ayudar. Los tíos le pagaron todo. Antes de que tú nos ayudaras, yo no tenía aside-ra. Papá me negó todo apoyo económico desde los dieciséis años.

ABUELO: Lo recuerdo. Me pediste que te ayudara a conseguir trabajo.

OLAF: Y lo hiciste. No quería pedirte dinero, quería ser como tú. Pero nunca me enseñaste de tus negocios.

ABUELO: No eran para ti. Mírate ahora. Eres todo un periodista, de los buenos.

OLAF: De los buenos... y pobres. Soy un simple empleado de empresarios voraces.

ABUELO: Pues cambia eso. Mira... Hice mucho dinero, pero comencé de empleado. Me tocaron los tiempos de las grandes oportunidades y las agarré. Hoy, ya no hay esas oportunidades. La gente se corrompe fácilmente. Tú no te has corrompido. Eres un profesionista honesto. Que no se te olvide. Puedes estar pobre, porque no robas, ni recibes dádivas a cambio de favores. Tú puedes ver a tus hijos a los ojos, sin pena. Yo ya no puedo enseñarte cómo hacer dinero. Tendrás que buscar por tu cuenta. Pero puedo decirte que el primer paso ya lo diste. Hagas lo que hagas, sé honesto. La honestidad te da prestigio. Sea poco o escaso, cuida ese prestigio, porque es oro molido en tiempos malos. Pero entiende, ser bueno no implica ser dejado, si tienes que hablar duro, habla duro como yo.

OLAF: Ya lo hago, abuelo.

ABUELO: Está bueno. Debo ir a ver el riego del rancho... (*Deja lo que hace y comienza a retirarse*). Y recuerda esto: mientras no tengas otro trabajo, no escupas pa' arriba.

OLAF: Adiós, Abuelo.

El ABUELO se va.

XI

OLAF: ¡Abraham! ¡Abraham! ¡Aquí estoy! Vengo a decirte tus verdades. Esas que te atemorizan.

Voz: Usted no está preparado para esto.

OLAF: ¡Ven a gritarme!, ¡a decirme lo inútil que soy! ¡Ven a decirme que ya no soy tu hijo!

Voz: Mientras más intenta no parecerse más se parece a su padre.

OLAF: Eres tan débil que no pudiste escupírmelo en la cara, y lo tuviste que escribir. ¡Ven para decirte lo patético que eres!

Voz: Los pendejos no se defienden porque no tienen argumentos.

OLAF: ¡Abraham! Mira de frente tu avaricia, tu pequeñez, tu violencia... El perdedor eres tú, el temeroso eres tú, el niño golpeado eres tú... ¿Quién es el pendejo ahora?

Voz: El odio, la ira, las groserías son el recurso de quienes se quedaron sin argumentos.

OLAF: ¿Abraham? Ya no te tengo miedo... Me compadezco de ti...

Voz: ¿Cuáles son sus argumentos, Olaf? Si inicia la guerra sin armas, va a perder.

OLAF: ¡Te quiero decir todo lo que pienso de ti! ¡Abraham! ¡Abraham!... ¡Papá!

Voz: Detrás de ese sentimiento de desquite, está la verdad de lo que siente... ¡Sea honesto, Olaf! ¿Por qué le duele tanto?

Aparece ABRAHAM.

ABRAHAM: Yo escogí tu nombre. Tu madre no me permitió ponerte el mío porque le pareció anticuado.

OLAF: Olaf también es anticuado.

ABRAHAM: ¿Sabes lo que significa el tuyo?

OLAF: Era un rey nórdico.

ABRAHAM: Sí, de los primeros vikingos en convertirse al catolicismo. Construyó muchas iglesias. Olaf significa “herencia de los ancestros”.

OLAF: ¡Vaya herencia!

ABRAHAM: ¿Lo dices porque no soy rico como tu madre?

OLAF: Es a ti a quien le interesan sus bienes.

ABRAHAM: ¿Y tú por qué preferiste vivir con ella?

OLAF: Por el trato...

ABRAHAM: Suavecito, de bebé. Yo te iba a hacer un hombre.

OLAF: ¡Soy un hombre!

ABRAHAM: Si te comportaras como uno...

OLAF: No voy a tratar de demostrarte nada. Tienes una idea muy conveniente de mí. Alguien a quien vapulear fácilmente.

ABRAHAM: Saliste débil, como tus tíos. Ahí está el pobre de tu tío José... Qué hombre tan bueno... Aguanta a esa mujer que lo tiene todo azorrillado. Así serás tú. Pendejo como todos. Inútil, bruto de a madre.

OLAF: Ahí están los insultos otra vez. No sé lo que voy a ser. Pero ya sé lo que no quiero ser.

ABRAHAM: De mi lado de la familia estamos mejor, la gente es más cálida, allá con los de tu mamá son todos unos dejados, y el viejo avaro de tu abuelo que no suelta ni un centavo... Nada se puede aprender de alguien tan piedra como él.

OLAF: Era su dinero. Si tú hubieras ganado tanto, harías lo que te placiera con él. ¿Cuál es tu coraje?

ABRAHAM: De mi parte tienes buena herencia, la herencia de tus ancestros.

OLAF: Sí, desde mi bisabuelo cargamos eso de “yo no sé vender”, “tener coches y casa propia es cosa de ricos” y por encima de eso, el alcoholismo. ¡Linda herencia!

ABRAHAM: Ya lo sellaste, eres tan pendejo como todos... ¡Uno menos! Estás borrado de mi árbol genealógico.

OLAF: En tu mente, papá. Ahí, en ese centímetro cúbico de materia gris, está tu caos personal. Toda tu ira. Un centímetro cúbico, ¿qué es eso comparado con el tamaño del planeta o del universo...? Ésa es tu dimensión, papá. Dime una cosa... Has peleado las casas que mi madre heredó como si las merecieras... ¿Para qué las quieres?

Pausa.

ABRAHAM: Yo no tengo nada que dejarles a ti y a tus hermanos en herencia.

OLAF: Esas casas, vengan de donde vengan, de ti o de mi madre, siempre serán la herencia de ese viejo al que acusas de avaro. Si recibo alguna, será herencia de él, no tuya. Pero desde ahora te lo digo: ¡no las quiero!

ABRAHAM: Olaf...

OLAF: ¿Por qué has creído que los bienes materiales son la única herencia?

ABRAHAM: Yo no pienso eso.

OLAF: Papá, la única herencia que quiero de ti son todos los ratos de padre e hijo que nos negamos. Los días en la montaña aprendiendo a sobrevivir, a salir de aprietos; los momentos creativos cuando construimos juguetes de madera, la música de tu guitarra, la seguridad que me daba tu abrazo cuando era niño, que tanto me hace falta de adulto, las historias que me contabas... Tú me enseñaste a escribir, a conocer el arte, a elevar cometas... Ésa es la única herencia que yo quiero de ti, papá. (*Pausa.*) Ya me voy.

ABRAHAM: Olaf. Eres un hombre hecho y derecho. (*Le tiene la mano.*)

OLAF: ¿De mano?

ABRAHAM: Como buenos camaradas.

OLAF: Mejor como padre e hijo. (*Se abalanza y lo abraza.*) ¡Te he extrañado tanto, papá!

ABRAHAM: Yo también te quiero.

ABRAHAM desaparece.

XII

Aparece MANUEL, quien es la Voz, sentado en una silla en la cabecera de un diván.

MANUEL: Un legado es mejor que una herencia.

OLAF: ¿Cómo?

MANUEL: Usted tiene un legado de su padre. No puede

negar que su profesión deriva de todo lo que su padre le enseñó. Hay personas tan pobres que la única herencia que reciben es dinero.

OLAF: El dinero no es malo.

MANUEL: ¡Claro que no! Pero usted lo dijo, la paternidad no es un negocio. Es uno de los estados del amor. Y hablando de dinero...

OLAF: Sí. Perdón, Manuel. No he podido conseguir el dinero de las sesiones que te debo.

MANUEL: Nada de eso. Yo le he dado cabida aquí por la gran estima que le tengo. Ambos compartimos una historia en común. Los dos tuvimos un padre cabrón. Venga a ocupar su lugar en el diván.

OLAF: Hoy no, Manuel. Tengo años escuchando tu voz atrás de mi cabeza, sin verte. Hoy quiero mirarte a los ojos... es importante.

MANUEL: Sí lo es. Déjeme verlo bien a la cara. *(Lo observa con interés.)* Ya no tiene la mirada de loco... Ya sabe a lo que me refiero. Usted llegó aquí lívido, insomne, totalmente despersonalizado. Ya no es más un muerto viviente. La resurrección de los hombres, la verdadera, es en vida.

OLAF: Han sido momentos muy duros.

MANUEL: Claro. Ha exorcizado sus demonios... Es un decir. El día que vaya usted de mochilero a París y visite el Museo de Louvre, vea las estatuas de los exorcizados. Muestran personas abatidas, flácidas, exhaustas... Así ha salido usted de cada sesión de análisis en la que buscó la conciliación con sus personas muertas.

OLAF: Pensé que no era posible.

MANUEL: Lo ha sido. Ve cómo ha podido decirles lo que nunca pudo. Ahí están, con su forma de ser, sus goces, sus palabras.

Aparecen ABRAHAM, JAVIER, el tío JOSÉ, la ABUELA y el ABUELO.

OLAF: Ellos murieron de diferentes maneras... No tuve oportunidad ni el valor de despedirme.

MANUEL: Pocos lo tienen.

OLAF: ¿Me entenderían ellos si le hubiera hablado así en vida? ¿Cómo en este ejercicio de conciliación?

Los aparecidos asienten con satisfacción.

MANUEL: El sentir humano es universal. Pero el efecto importante es el que se da dentro de usted. En ese centímetro cúbico dentro de su cabeza. Se ha despedido de ellos, por fin.

ABUELA: Siempre estoy orando por ti. No olvides hacerlo por mí.

ABUELO: Yo fui práctico, tú un soñador. Aun así eres alguien.

JOSÉ: Se cómo los ajolotes, regenera ese corazón... Y de paso el cerebro.

JAVIER: Felicítate, cabrón... Yo te felicito. No olvides abrazarte.

ABRAHAM: Eres alguien, Olaf. Me importas.

Los aparecidos han ido desapareciendo conforme hablan.

OLAF: Ellos se fueron.

MANUEL: Y para siempre.

OLAF: Me siento como huérfano de todos ellos.

MANUEL: Y eso es verdad. La orfandad nada tiene que ver con la infancia. Se puede ser huérfano a los cincuenta años y sentirse tan asustado y solo, como un niño de ocho años. Pero ellos no se han ido del todo. Viven en usted, en sus recuerdos, en sus evocaciones. Lo seguirán visitando. Solamente recuerde que esos círculos ya están cerrados.

OLAF: Manuel. No sabes cuánto te debo.

MANUEL: Ah, sí que lo sé.

OLAF: Me siento en deuda contigo y no puedo pagarte.

MANUEL: Devuélvale estos favores a la vida, a las personas que lo necesitan. Puede comenzar por Gladys.

OLAF: Ella es la única persona viva con la que debo reconciliarme. No he sido muy bueno para ella.

MANUEL: Sí lo ha sido. Pese a sus errores. Y por eso es una buena oportunidad para enmendar.

Pausa.

OLAF: Poco antes de que murieras, Manuel, me dijiste con gran tranquilidad que no me preocupara por ti, que tú enfermedad era cosa de viejos. ¿Lo dijiste para tranquilizarme, verdad?

MANUEL: Lo dije porque era cosa de viejos. Pero sí.

OLAF: También dijiste un día que ojalá y yo muriera primero, porque podría no salir de mi limbo sin ti.

MANUEL: Y usted me respondió que buscaría la manera de salir por sí solo. Y ahí terminé la sesión. ¿Sabe por qué?

OLAF: Ahora lo sé.

MANUEL: Porque ya estaba listo. Usted, Olaf Basil López Gabiña, ha terminado su análisis, por fin.

OLAF: Lo que más te agradezco, Manuel, es que al final de cada sesión siempre te despedías de mí con un gran abrazo... tan paternal.

MANUEL: Pues claro. Yo a usted le tengo gran estima.

Lo abraza paternalmente. MANUEL desaparece.

XIII

OLAF sale de la casa de su padre. GLADYS lo espera afuera.

GLADYS: ¿Terminaste?

OLAF: Parece que sí.

GLADYS: ¿Cerraste los círculos?

OLAF: Cerré esa puerta.

GLADYS: ¿Y se puede saber qué era lo que buscabas?

OLAF: Mi herencia. La que yo quiero dejarles a ustedes.

GLADYS: ¿Y ahora qué sigue?

OLAF: No lo sé, Gladys. Supongo que la vida.

La toma de la mano y se van juntos.

CRÓNICA DE VUELOS
ALDO ARAEL

PERSONAJES

ADÁN

SOMBRAS

HOMBRE

HOMBRE BRUJA

SOMBRA DE ADÁN

PADRE

NIÑO DE LLUVIA

VIEJO DE LAS CHOCHAS

AVES

En un viaje a su interior. Los personajes se despiden constantemente de su terruño, de su pasado, encontrando en su camino la despedida constante de su entorno.

DESPEDIDA I

Se escucha fuerte el viento. Un aletear de aves. La tierra suda vapor. Solo vemos niebla y el suelo de arena. El viento arrecia. Se forman remolinos alrededor de Adán, rondándolo.

ADÁN: Era el momento de partir. Mi interior me lo decía. Ya es el tiempo. (Grita.) ¡Ya!

Su mirada perdida, confusa, añorante. Aparecen rostros de sombras dentro de los remolinos de viento.

ADÁN: ¿Qué?

SOMBRA: El final de tu travesía.

ADÁN: ¿Mi travesía?

Siempre aparte, de él, de todo. Voltea a todos lados como eligiendo el rumbo. Descubre una maleta pequeña a un lado.

ADÁN: Con mucha incertidumbre de volver, tengo una cínica y leve esperanza de no regresar.

Se intensifica el viento, fuerte, terrible. ADÁN sostiene la maleta.

ADÁN: (Grita.) Lo primero que hice esa noche... (Su voz sobre el ruido que hacen los remolinos.) ¡Alistar las maletas con mis miedos!

Los remolinos arrastran a la SOMBRA DE HOMBRE ante la verdad de ADÁN.

HOMBRE: ¡A mí no!

ADÁN: ¡Las despedidas nunca han sido mi fuerte!

HOMBRE logra desprenderse de los remolinos, se detiene y solo se queda observando a ADÁN. ADÁN le da la espalda. No desea verlo.

SOMBRA: Lo sé. Créeme que lo entiendo. Te he observado. No haré nada para detenerte. Es tu tiempo. Son tus momentos. ¿Pero a dónde vas? Si en mí está tu sitio.

Los remolinos desaparecen llevándose al HOMBRE.

ADÁN: Siempre fui muy recio. No se me movió tantito el alma. Cogí mi maleta, me apreté fuerte el deseo de volver. No quería ver la súplica en sus ojos. Mejor le di la espalda, sonreí y me marché. Allá a lo lejos escuché un sollozo con desánimo, o una desilusión, porque así no esperaba la despedida. Cuando cerró la puerta, lo vi estamparse en mi pared de sombras. Su mano diciendo adiós por la rendija chiquita de la puerta, donde me despedía yo. Mi primera despedida.

DESPEDIDA II

Se despeja la niebla, el vapor de la tierra. Se escucha el tictac de varios relojes.

ADÁN: ¿La segunda despedida? Disuelta entre pláticas, cosas sin sentido.

ADÁN avanza hasta la pared de sombras.

ADÁN: Ya merito y me quedaba.

Se abre crujiendo la puerta de la pared de sombras y aparece PADRE con una urna en sus manos que abre.

ADÁN: Me voy a llevar mi reloj. (*Saca un reloj antiguo de la urna.*)

PADRE: Llévatelo. Dorado. Da buen porte. Lo he guardado mucho tiempo para ti.

ADÁN: Me lo voy a llevar para arreglarlo. Te lo devuelvo cuando...

ADÁN agita el reloj lentamente de lado a lado en frente de PADRE, que queda como hipnotizado.

ADÁN: Me robaba el tiempo en todas sus formas. ¡Lo que hacía para remediar un mal pasado! Tal vez necesitaba quedarme. Para no irme prometiendo que iba a volver. Recogiendo y acomodando. *Buscando* era la palabra... *Buscando*. Así fue. Todo se tornaba a despedida. Hoy adquirieron sentido los rencores, los abandonos y las ausencias que cada vez pesaban menos. Y que, de no ser por estos tiempos, jamás hubiera descubierto.

Le sostiene la mirada al PADRE. Condenándolo a la pared de sombras.

ADÁN: *(Para él mismo.)* Ya he empezado algunas veces de cero. Y tal vez, pensaba volverlo a hacer. *(Al cielo.)* Vereda que me conduces a todos los tiempos.

Se escucha de nuevo el viento. ADÁN camina con el reloj y la maleta. Se topa con la sombra del VIEJO por la vereda, que trae varias chochas colgadas en sus hombros.

DESPEDIDA III

ADÁN caminando por fin en una ruta.

ADÁN: ¡Había más vida por los caminos! Soledad en muchos corazones. Uno que otro ausente. *(Ve al viejo.)* Pobreza, almas viejas. Por eso no me gustaba ser pobre. Primero de pensamiento, se implanta una mirada como a decadencia, como a súplica. Casi pidiendo permiso... Yo sabía que había más. Por eso lo recio. Las ausencias cada vez pesaban menos.

VIEJO: ¡Hey, chamaco! Saludo tu paso. Lo vas logrando. ¡Valiente! ¿Cuántos retenes lograste cruzar? ¿A qué precio para escapar? ¿Fue a tus deseos?

ADÁN: Salió de la bruma y descubrí en su rostro el destino o la vida.

VIEJO: *(Mostrando la flor de chocha.)* Esto es la vida. ¡Mira lo caprichoso que una flor crezca en el desierto! Es como un tanteo de lo que viene.

ADÁN: ¡La flor de chocha! Se le alegraban los ojos.

VIEJO: De este lado hay venados y armadillos. Son cien hectáreas. Pero acá... *(Suspira.)* Están las mejores chochas de estos alrededores. Son las que más me gustan.

ADÁN sólo escucha y responde con movimientos de cabeza.

VIEJO: Mi vieja las cocinaba con chilito rojo. Medio sofreadas. ¡Ándele! (*Le da en la mano un ramo de chochas grande.*) ¡Ándele! Le regalo una para que las pruebe. Si por eso las vendo. ¡Puros recuerdos! (*Toma las manos de Adán fuertemente.*) Hasta que Dios me dé vida, seguiré entregando un pedacito de ella al que se la quiera llevar. (*Insiste. Adán intenta soltarse.*) Llévase la. No me pague. (*Lo suelta.*) Ya pagó con escuchar a este viejo, que no quiere más silencios.

VIEJO se incorpora lentamente a las demás sombras. Desaparecen, mientras se inunda de neblina.

ADÁN: La bruma o la niebla se llevaron la sombra del viejo, como si la desapareciera entre sus fauces grises. Mientras, en su lugar, quedaron cientos de mariposas volando unidas.

Una SOMBRA se desprende del cuerpo de ADÁN.

ADÁN NIÑO: ¡Mira! ¡Mariposas!

ADÁN: Y se nos inundó de lluvias la pradera.

Oscuro.

DESPEDIDA IV

Escuchamos el aletear de las mariposas que huyen y la caída de la lluvia. En un retén, un soldado levanta un techo, con una lona de plástico, para cubrirse de la lluvia.

ADÁN: Los soldados del primer retén que pasamos, resguardaban sus silencios, inmóviles ante la lluvia. Tratando de descubrir verdades. Inquietantes sus miradas. Antes de ser tormentoso, por tanta serenidad en ellas, fue estremecedor. Descubrí a uno de ellos escribiendo una carta. Se le

dibujaban en el rostro las sonrisas y tristezas, que ninguno de nosotros, con esa carga, aguantaría.

En una mesa, dentro de un campamento está SOLDADO, escribiendo.

ADÁN: Su mirada dictaba los sentimientos que escribía su mano, mientras su boca repetía lo escrito.

SOLDADO: Te amo. Aquí sigo como siempre, incansable ante esta lucha. No me rindo. Tampoco tengo miedo, como te lo prometí.

ADÁN: Se le vino encima la nostalgia, la tristeza.

SOLDADO toma otra hoja, sigue escribiendo. Suena la lluvia a nostalgia.

SOLDADO: Esta vez no sé realmente a qué me enfrento. No sé dónde está, para acuchillarlo y que no nos haga daño. No es aliado de buenos ni malos. Extraño te montes en mis hombros y juguemos a las guerras. Y esconderme tras tu escudo para no gritar mis miedos.

SOLDADO sale corriendo a la lluvia.

ADÁN: Clarito vi cómo un recuerdo se escurría de la lluvia y se le plantaba enfrente. Las gotas dibujaban a un niño triste enfrente de él.

NIÑO DE LLUVIA frente a SOLDADO.

SOLDADO: Luchas como un guerrero, igual que tu padre.

NIÑO: (*Jugando.*) Yo te protegeré de todos tus males.

ADÁN: El niño de lluvia, en juegos, apuntó al soldado. Lo tenía en la mira. Se escuchó un disparo.

ADÁN se estremece con el sonido del disparo.

SOLDADO: Lucho para no disparar mis miedos. Traigo colgada tu foto en el pecho. Me das fuerza. Me salvas.

SOLDADO se arrodilla frente a NIÑO DE LLUVIA. Saca una hoja y continúa escribiendo la carta.

SOLDADO: Mis pinches miedos no me quiebran. Mis tempestades no me inundan. *(Se levanta bruscamente golpeando su pecho. Nostálgico.)* Impenetrable. Nada me quiebra. Sólo mi dios y tú, mijo.

SOLDADO se acerca al NIÑO DE LLUVIA y le besa la frente.

SOLDADO: Te amo.

NIÑO DE LLUVIA abre grandes sus alas de lluvia y emprende el vuelo.

SOLDADO: *(Gritando a la lluvia.)* Sé que tu mamá te lee mis cartas antes de dormir.

ADÁN: Con el arma me indicaron que siguiera mi camino y se quedaron allá, nomás azotados por la lluvia.

La lluvia no cesa, se escucha un fuerte aleteo. El viento arrecia. Se forman remolinos de agua alrededor de ADÁN. Aparece el rostro de HOMBRE desprendiéndose de la pared de sombras.

Oscuro.

DESPEDIDA V

ADÁN se topa con la mirada de HOMBRE que le hace una señal

con el dedo. Cientos de mariposas revolotean alrededor de ellos.

SOMBRA DE ADÁN: ¡Tan poco tacto!

ADÁN: No ha sido fácil emprender el viaje mental que esto implica. Tratando de cruzar mis penas y tristezas, al viaje de las desesperanzas. Para que se queden allá.

HOMBRE: También sinsabores. Bolas de fuego que se disfrazan de cuervo en el día y lechuza en la noche.

ADÁN: ¡Oráculo de los destinos! ¡Eso eres!

HOMBRE: Aves venturosas que el vuelo emprenden junto a ti.

ADÁN: Para algunos, los vuelos de las aves son símbolos de esperanza. Una muestra de que el alma humana puede librarse de las cadenas terrenales, de la oscuridad y la confusión y volar hacia la luz.

HOMBRE se acerca a ADÁN.

ADÁN: ¡Las mariposas! ¿Quién espantó a las mariposas?

HOMBRE: Las mariposas inspiran en la historia no solo poemas y canciones.

ADÁN: Son signos de transformación y pureza.

HOMBRE: Pero también de muerte y pecado.

ADÁN: Son efímeras, frágiles.

HOMBRE: Capaces de cruzar tierras y fronteras para llegar a su meta.

ADÁN: ¿Y tú, qué haces aquí?

HOMBRE: Se te nublaban los recuerdos. Por eso estoy aquí.

ADÁN: Contigo al principio y al fin. Ya no importa si son buenos o malos, sino que me hagan olvidar.

ADÁN: Regresé a ti. Que las mariposas te lleven al reencontro, que cierres círculos.

Las mariposas revolotean. Con sus alas forman remolinos de agua, que descubren el rostro de PADRE. A partir de este momento la sombra de HOMBRE siempre está presente atrás de ADÁN.

DESPEDIDA VI

ADÁN se incorpora forzado al recuerdo, con movimientos de cabeza como respuesta y en su aparte. Siempre aparte. PADRE se desprende de la pared de sombras y va con él.

PADRE: Te tengo guardada una botellita de tequila del desierto.

ADÁN: Me lo regaló. Me dijo que era especial.

PADRE: Ahí lo tengo, guardado. En el baúl.

ADÁN: Días antes de partir, le fui a dar una vuelta. Nos caía la noche apenas, sentados junto a las buganvilias... sacó la botella.

PADRE sirve dos vasos y brindan al cielo.

ADÁN: Y me tragaba todos los rencores. Una hora tardé en emprender el viaje. “¡Tequila de las penas!”, juro que leí en la etiqueta... 100% desdichado. Traía un desmadre que me había dejado la tormenta. Unos charcos que al pasarlos, tambaleaban mi camino de cuán hondos.

ADÁN y PADRE indiferentes. Toman, no se ven.

ADÁN: Me acababa la última copa de un vino que tampoco sabía a qué viaje me llevaría. (*Toma la botella.*) Me lo había regalado mi padre. Me lo bebía como sanando.

PADRE no contesta, sigue indiferente. ADÁN se levanta y, hasta entonces, PADRE voltea a verlo.

PADRE: No te vayas. Devuélveme mis sueños.

ADÁN: Salí de ahí gritando con fuerzas a la vida, *pa* que me escuchara la cabrona. ¡Qué aquí estoy!

Se escucha el sonido de un reloj. ADÁN saca el viejo reloj y lo agita como hipnotizando a PADRE.

ADÁN: Que sanen las penas. Las de la vida, las que mal-dices, las que te agobian. Que sigas el viaje.

ADÁN pone en la mano de PADRE el reloj y sale del recuerdo.

ADÁN: Le daba la mano a la vida, le agradecía cada mo-mento, cada recuerdo. Ya estamos a mano.

Frente ADÁN desfilan sombras de soldados. Una sombra se desprende de PADRE, que marcha hacia donde van todos. Es PADRE joven que se descubre como SOLDADO.

ADÁN: (A SOLDADO.) ¿Cuánto hace que empezó tu despedi-da, Padre?

DESPEDIDA VII

Ondea la bandera de México tras un batallón de sombras o coros de soldados, mientras se grita un canto.

SOMBRA DE SOLDADOS: Juro honrar a mi patria.

SOLDADO: Lo juro.

SOMBRA DE SOLDADOS: Juro servir a mi país.

SOLDADO: Juro abandonar mis sueños para servir a un país.

ADÁN parado, viendo cómo se detienen LAS SOMBRA DE LOS SOLDADOS frente a SOLDADO.

ADÁN: A un futuro lleno de mentiras.

SOLDADO: Lo juro. Andar solo jamás fue problema.

Aparece NIÑO DE LLUVIA. Se queda viendo fijamente a su padre que es SOLDADO.

NIÑO: ¿Listo para el viaje?

SOLDADO: Me forjé en el norte del país, en la capital de Tamaulipas.

ADÁN: El sol en los atardeceres pegaba de frente.

NIÑO: ¿Listo?

ADÁN: Pinches atardeceres, cómo me siguen gustando.

SOLDADO: Hasta ahora todo normal. Más frío, claro, de todo.

SOMBRAS DE SOLDADOS: ¿Lo juras?

SOLDADO: Soy de familia humilde, grande y de corazón noble. Herreros todos mis hermanos. José el mayor siempre fue nuestro ejemplo. Los demás trabajamos a voz de mando. Era recio. Me volví igual.

NIÑO: ¿De qué color es el cielo? ¿Sabes de qué color es?

ADÁN: Me decía del cielo y sus nubes blancas.

SOLDADO: Llovía.

NIÑO DE LLUVIA: Mira, los caminos entre montañas.

ADÁN: Me recordaba un cuento de gigantes.

SOLDADO: Gigantes que defienden el mundo.

NIÑO: Que cuidan mi camino, mis miedos.

ADÁN: Las nubes gordas de aquel cuento, me castigaban por seguir creyendo.

NIÑO DE LLUVIA entrega a ADÁN una hoja marcada de sangre.

NIÑO: Con un final diferente cada vez.

ADÁN: *(En el recuerdo. Como mensajero.)* Carta con notificación de urgente.

SOLDADO: Permiso.

ADÁN: *(Sale del recuerdo.)* Con una mirada angustiosa en el rostro. Asentó.

SOLDADO: Lo sabía. Pinche vida. Me arrebataste su vida. Me encarcelaste a un silencio de abandono.

NIÑO DE LLUVIA se para frente a SOLDADO.

NIÑO: Nadie cuidó mi camino. Recorrí medio norte y encontré puras mentiras.

SOLDADO: Se me iban sus atardeceres.

NIÑO: Ni quien los detuviera.

SOLDADO: Las mismas historias.

NIÑO: Flores blancas.

SOLDADO: Mismo cielo.

NIÑO DE LLUVIA le entrega a SOLDADO una flor de chocha y SOLDADO se descubre como VIEJO caminando por una vereda. La noche acecha el camino. El cielo descubre poco a poco la tormenta de arena negra que trae el paso del VIEJO DE LA CHOCHAS.

ADÁN: Ya te he visto en otros sueños. Ahora avanzas con la soga en hombros. Cargada de aves del mal augurio.

NIÑO: Había cazado unas cuantas en otras veredas.

VIEJO: Me la pasé lejos de ella. Por eso las vendo. Por puro recuerdo. Fue lo que me quedó de su partida. Unas flores de chocha. Me las comí rezando su muerte. Me condenaban a llorar por su partida. A cazar de rabia por veredas solitarias. ¡Igual que a ti!

ADÁN: De su morral tejido de palma sacó el baúl pequeño. Tiró un puñado de cenizas, como sembrando la vida.

VIEJO: Siempre admiré su valentía. Pero la alcanzó la desgracia. Aun así luchaba. Ella le sonreía a la vida. Se fue feliz. Voló a los desiertos y dejó en aquellas tierras pura prosperidad. Que renazcan en el campo sus frutos.

ADÁN: ¡También se la llevó la vereda!

VIEJO: Me volvía en ave calva. Quemo mi frondoso plumaje. Me lo arrancaron el día con sus noches. Hasta que Dios me dé vida, seguiré entregando un pedacito de ella al que se la quiera llevar. Toma.

El cielo truena. De nuevo llega la tormenta de arena negra. Se invocan las sombras de todos los sueños de ADÁN.

VIEJO: (*Invocando. Al cielo con la flor de chocha en sus manos.*) Recojo tu fruto a la luz de la luna. Te pienso en forma de lechuza, parada en la palma gorda que ya no da sombra a tus recuerdos. (*A ADÁN.*) Platico con ella. Seguido le miento la madre para que ya no vuele. ¡Chingas a tu madre! ¡Pinche vida!

ADÁN: ¿Para volver con ella?

VIEJO: Para quedarnos juntos. Riego en ofrenda tus penas por su vereda. Para que ella no te olvide. Para que un día me salves. Toma, es su último recuerdo.

ADÁN: (*Aparte.*) Extendí mis manos. Las flores blancas color perla que fueran chochas, se pudrían en gusanos negros. Sentí la presencia de las sombras que aquella noche se me prendieron al miedo, que me chuparon las fuerzas.

VIEJO: Ven con nosotros, nunca te debías haber ido.

ADÁN: (*Toma la flor de chocha.*) Está oscura, es negra.

VIEJO: Así fue siempre tu vida. Abraza el fruto.

ADÁN: ¿Y a qué me condena?

VIEJO: No hay viaje si no estamos juntos ante la muerte. Me quedaré con tu alma.

ADÁN: No más recuerdos así, no más fronteras en mi camino, no más retenes. Tú lo dijiste: llegué aquí cuando tuve la fuerza de cruzarlos todos.

VIEJO: Tu madre murió siempre esperándote.

VOZ DE HOMBRE: ¿Listo para este viaje?

ADÁN: No vi otro soldado en el camino. ¿Los demás? Ya

habían escrito en sus cartas todas las despedidas. ¡Tormen-
ta! Te espero para que me traigas paz.

Oscuro.

DESPEDIDA VIII

HOMBRE se acerca a ADÁN, consolándolo.

HOMBRE: Estás cansado.

ADÁN: Cansa tanto andar.

HOMBRE: (*Señalando el camino.*) ¡Cuántos se quedaron ahí!

ADÁN: Tantos que terminé olvidándolos. Nunca fui de un solo lugar.

HOMBRE: Fuiste fiel al viaje.

ADÁN: Al mío.

HOMBRE: Porque sabías a dónde querías ir.

ADÁN: Me encontré miradas que me tiraron por la vereda y me enterraron vivo. Me abandonaron.

HOMBRE: Ahora tú abandonas. No supiste quedarte. No sabes quedarte.

ADÁN: No supieron quedarse. Nadie lo hizo.

Se escuchan ruidos de aves que amenazan entrar.

HOMBRE: Por eso viajan contigo lechuzas y cuervos. Aves de los caminos.

ADÁN: Me han blindado mil conjuros. La noche me hizo suyo. Me entregó su brillo interminable y con él su oscuridad.

Se escucha la tormenta, chillidos de aves, truenos, las sombras se inquietan y se desprende de ellas EL VIEJO DE LAS CHOCHAS, que ríe fuertemente, mientras se va quitando su piel y sus ropas hasta quedar convertido en la figura esquelética de una bruja con ropaje negro. Que lo acecha.

VIEJO: ¿Y si jugamos a ver quién llega primero a la meta? ¿Y si me adelanto y te espero al final del camino que elegiste?

ADÁN: ¿Y si me pierdo?

VIEJO: Te quedarás sin alma. Me quedaré con ella. Te espero allá, en la meta.

HOMBRE: No lo escuches. Aquí estoy. Estuve ahí desde el principio del tiempo.

HOMBRE BRUJA ronda siempre alrededor de ADÁN. El viento se oscurece y se suelta una tormenta de arena negra. Las aves se desprenden de la pared de sombras.

ADÁN: (Invocando.) Mujer chamana, mujer bruja, mujer madre.

HOMBRE: Éstas son las señales que marcan tu destino. Éstos son los giros de las aves y sus vuelos.

Del fondo de la tormenta de arena negra, aparecen varias aves que vuelan alrededor de ADÁN.

ADÁN: Presentí su llegada.

VIEJO: Auguro tus males.

ADÁN: Duelen.

HOMBRE: Te lo dije tantas veces en tus vuelos.

Se acentúa el gran movimiento de nubes, truenos, torbellinos.

HOMBRE: Y te abracé lo más que pude, pero los buitres esperaban ansiosos tu partida. Te cuidaba el viaje para que pudieras llegar bien a tu destino. Ya te habían probado en otras vidas.

AVE 1, 2, 3: Arrancamos a picotazos tus miedos.

AVE 1: Yo te molía a golpes los sueños. (Vuela cerca de ADÁN y le arranca un pedazo de piel.)

Ave 2: Para que el próximo viaje no fuera tortuoso. (*Vuela cerca de ADÁN y le arranca un pedazo de piel.*)

Ave 3: Para que tu renacer te diera libertad.

Ave 1, 2, 3: Por eso volamos tu camino. Porque tus desdichas nos alimentan. Esperar el turno, para asegurar en el plato las penas.

HOMBRE intenta defender a ADÁN, pero las aves vuelan sobre él como buitres. La tormenta es más negra, hasta que oscurece el cielo. El VIEJO se lanza hacia ADÁN. Le pone las chochas como un collar en su cuerpo. Se le va encima, trata de asfixiarlo. ADÁN logra liberarse y lo vemos de pie agitado. Abre el baúl, muestra el reloj.

ADÁN: Soy hombre recio de estas tierras. Me curté en tus abandonos.

Arroja el baúl con las cenizas lejos de sí y desaparecen en la noche. Al esparcirse toda la ceniza el VIEJO pierde fuerza.

ADÁN: Ahí van tus sueños mediocres. Tus sombras no me detienen.

VIEJO: Destruiste mi pasado, son sus cenizas y las mías también.

ADÁN: No me detengas en recuerdos falsos. Tengo más fuerza en mis sueños. Sé a dónde conduce mi camino.

VIEJO: A la nada.

Se vienen encima todas las sombras. ADÁN como Prometeo moderno lucha contra ellas. Se escuchan aves que vuelan, chillando abatidas. Desaparecen en un gigantesco remolino de sombras.

ADÁN: A otro futuro, a una nueva historia, a la vida.

Un gran destello despeja la tormenta. Es la figura de la madre que solo extiende sus manos hacia ADÁN, que muy cansado se refugia en sus brazos.

Oscuro.

DESPEDIDA IX

ADÁN y el HOMBRE en lo alto de una montaña, admirando el paisaje.

ADÁN: Mis luchas han terminado.

HOMBRE: Entiendo que mi viaje no es a la muerte.

ADÁN: No es a tu viaje, es al mío, contigo.

HOMBRE: El tiempo es algo muy valioso. El amor es algo eterno. No envejece. Mantiene su esencia sin importar las formas. En ti están mis debilidades.

ADÁN: La tarde en que abrí aquel cajón, me robaba no sólo el tiempo. Su recuerdo se escondía dentro de aquel baúl lleno de cenizas. Ahí corría el tiempo casi sin importancia.

HOMBRE: En su lugar dejé venenos y maldije con conjuros. ¡Qué les cobre el silencio y la soledad cuando, ni en pensamientos, quieran hacernos daño!

ADÁN: A la mitad de mi vida, cuando ya me había apartado del camino recto. Tenía que empezar de cero.

HOMBRE: Todo tiene un precio. La vida tenía para pagarlo.

Oscuro final.

CABEZA DE VACA
JOSÉ DOMINGO ORTIZ

*Para Stefaan van den Bremt,
poeta y amigo entrañable*

PERSONAJES

ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA, tesorero y alguacil

PÁNFILO DE NARVÁEZ, hombre de mediana edad

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS,

hombre bajo de estatura y dueño de sí

ESTEBANICO, negro bereber y esclavo.

Toda su vida ha sido esclavo

ANDRÉS DORANTES, compra en Sevilla a Estebanico

ALONSO DEL CASTILLO, soldado español, rubio

HATUEY, primer rebelde de América

o víctima de fama mundial

SOLDADOS ESPAÑOLES

SOLDADO 1

SOLDADO 2

INDIOS FLECHEROS

JEFE INDIO FLECHERO

DANZANTES

ESCENA PRIMERA

Soldados españoles en Cuba. Una rueda de soldados españoles rodea a HATUEY. Al fondo se ven los destrozos en una comunidad indígena, casuchas, animales, llanto y dolor. Cadáveres, desolación, muerte.

SOLDADO 1: Que habíamos de someter. ¡A sangre y fuego! El oro o las mujeres, ¡no son cosa que pueda bastar!

SOLDADO 2: ¡El hambre, los deseos, la sed de venganza, se entran al cuerpo! Aquí en Caonao, dejamos los guardias. ¡Era una guarnición nutrida! ¡Y mira...! ¡No hemos sabido todavía dónde guardan el oro!

SOLDADO 1: ¡Acabaron con todo! ¡Fuego y sangre, de nuevo!

SOLDADO 2: ¡Habremos de vengarnos! ¡Van a recordar el ajusticiamiento de Caonao!

HATUEY: (*Amarrado a un tronco de árbol, con acento.*) ¡Taí-no soy! Hijo y padre de taíno, hijos taínos, hermanos taínos, gente taína. Aquí, en Caonao, asesinaron a mi gente, mis hijos, hermanos, madres, todos los hijos taínos. (*Forcejea.*) Mis hijos, hermanos, niños, mujeres, ¡todos muertos! ¡Ni un hermano vivo! ¡No hay mujeres! ¡No hay niños!

SOLDADO INQUISIDOR ante HATUEY, amenazante. Sonidos de gran bullicio, al fondo unas casuchas y cuerpos de indios regados y asesinados. Grandes gritos, niños, mujeres, señores. PÁNFILO DE NARVÁEZ, sobrecogido, mira las escenas brutales. Se escucha y se ve una matanza.

SOLDADO ESPAÑOL: (*Mostrando su propia espada.*) ¡Esto es el hierro que mata! ¡Y la cruz a la que debéis doblegaros! ¡Más os valdrá confesaros, cristiano! ¡Y vuestros pecados serán perdonados! ¡Los hemos dejado en esta su casa y mirad! ¡Asesinaron a tantos y tantos soldados!

FRAY BARTOLOMÉ: “Todas estas universas e infinitas gentes a todo género crio Dios. Los más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas, fidelísimas a sus señores naturales y a los cristianos. A quien sirven, más humildes, más pacientes, más pacíficas y quietas, sin rencillas ni bullicios, no rijosos, ni querellosos, sin rencores, sin odios, sin desear venganza, que hay en el mundo”.

PÁNFILO DE NARVÁEZ: Me pide mi señor, hacer cosa alguna que me pluguiera salvarles la vida a tantísimos inocentes, de tal maldad he visto a mis soldados, que me he sabido en las noches sin coger el sueño. No puedo yo por virtud de las armas que porto zanjar este acto que por cobarde, debe ser ejercido.

FRAY BARTOLOMÉ: ¡Omisó y cómplice seréis! ¡Por no decir cobarde! “Son asimismo las gentes más delicadas, flacas y

tiernas en complexión, y que menos pueden sufrir trabajos, y que más fácilmente mueren de cualquier enfermedad; que ni hijos de príncipes y señores entre nosotros, criados en regalos y delicada vida, no son más delicados que ellos, aunque sean de los que entre ellos son de linaje de labradores.”

PÁNFILO DE NARVÁEZ: Es juicio sumarísimo o el que le hacen. ¡No digno de un cacique, que otrora fuera amigo!

HATUEY: No puedo hablar de mí, si no lo justifico. ¡Porque faltaron a nuestras mujeres! ¡Debía yo vengar! ¡Tomar su sangre en mis manos! ¡Han mancillado la tierra! ¡La nuestra casa! ¡Y no han sido pocos los daños, las mujeres tomadas! Oro, oro, oro, ustedes reclamad ¡el oro! Nosotros taínos, ¡no tenemos ese oro! ¡Su único interés, el que ellos hablan! ¡Mira mi pueblo en llamas!

FRAY BARTOLOMÉ: (*Alucina.*) ¡No es posible que hagan algo así!

HATUEY se retuerce desesperado.

SOLDADO 1: Guárdate de morir en pecado, indio Hatuey. Si queréis, todavía, podéis arrepentíos. Arrepientete de todos los pecados y acepta a mi señor Jesucristo. ¡Salvo serás, buen indio! (*Sugiere.*) Al cielo habrás de ir.

HATUEY: (*Grita desesperado.*) ¿A dónde llegaría con ese arrepentimiento, soldado?

SOLDADO 1: ¡Al cielo, sí señor! Habrás de ir ¡al cielo! Llegarías donde moran los ángeles, los santos, señor de estas tierras, natural de estos cielos...

HATUEY: (*Se retuerce agónico y desesperado. Con desconfianza.*) ¿Y quién más habría de vivir en ese cielo del que me hablas?

SOLDADO 1: ¡Los otros españoles! ¡Hermanos! ¡Estarían contigo!

HATUEY: ¡Nunca!

SOLDADO 2: ¡Prendedle fuego!

FRAY BARTOLOMÉ: ¡No lo hagáis, cristianos! ¡No lo hagáis! (*Los señala.*) ¡Serán sus cuerpos y almas los que ardan en las llamas del infierno!

SOLDADO 1: (*A HATUEY.*) ¡Arrepiéntete, indio del diablo!

SOLDADO 2 prende fuego. Lo queman vivo.

FRAY BARTOLOMÉ: ¡No! ¡Dios mío! ¡No lo permitas, Señor!

HATUEY en un aullido de dolor, se retuerce y grita ardiendo vivo.

FRAY BARTOLOMÉ: ¡Cómo han sido capaces!

HATUEY: ¡Noooo!

FRAY BARTOLOMÉ: ¡No, mi señor! ¡Detén esta tragedia! (*PÁNFILO DE NARVÁEZ se queda mudo.*) *Mira la macabra hoguera.* ¡A Hatuey lo vinieron a quemar vivo! ¡Amarrado a ese árbol como estaba!... Son ellos, son ellos los verdaderos malvados... Voto a Satán. ¡Malditos!

PÁNFILO DE NARVÁEZ: (*Todavía sobrecojido balbucea.*) ¡No es posible, señor...!

FRAY BARTOLOMÉ: Y era tal su hidalguía, sin que fuera manchego o andaluz. Que cuando le han dicho que estaba a punto de morir, que si se arrepentía y aceptaba la vida de Cristo, nuestro Señor, sería salvo...

PÁNFILO DE NARVÁEZ: (*Reflexivo.*) ¿Y qué ha dicho?

FRAY BARTOLOMÉ: ¿No lo habéis oído? Que si sería el cielo donde mora mi dios a dónde iría, si moriría de igual manera, como estaba dicho que muriera, pero quería saber ¿a dónde irían los españoles que, como él, habrían de morir? Cuando le han dicho que al mismo cielo. Ha dicho que, de ser así, que le matasen, sería cosa mejor le sucediera. ¡Con tal de no volver a ver a estos españoles! Que así lo prefería.

Oscuro.

Al fondo se ven los cinco barcos. En el muelle.

CABEZA DE VACA: Ésta es la armada que comandará mi señor don Pánfilo de Narváez. Me ha correspondido ser el tesorero y el alguacil. La Armada de Florida, cinco buques, seiscientos hombres, habremos de ir a reconocer La Florida. Desde su conquistador, don Juan Ponce de León, estas tierras de Dios, según sabemos, están colmadas de tesoros. Desde siempre sabidas y recordadas historias. Cíbola, fundada por los obispos para defenderos de los árabes, y Quivira las siete ciudades de oro...

PÁNFILO DE NARVÁEZ: No tan rápido, Álvar, no tan rápido que, desde los antiguos, Cíbola fue fundada por los obispos para defenderos de los árabes. Hemos buscado estas ciudades, que según entendemos están colmadas de tesoros. Pero no hay que decirlo así al viento, como si fuera una confesión de las que se escuchan, que este mismo vientecillo la puede llevar a los oídos de malos pasajeros, que hasta ahora; no sabemos. Llevamos la encomienda de poblar y domeñar estas zonas muy amplias de la Florida. ¡Con la venia y gracia del Señor!

CABEZA DE VACA: Muy dignos de nuestros amos y señores reyes don Fernando y doña Isabel, ambos mejor conocidos por el nombre de reyes católicos, que dicho sea de paso, han defendido con todo el puño de la fe y la espada la religión de nuestro señor Jesucristo. El puño por la fuerza y por la razón, la espada porque no acepta dobleces y corta o extermina lo que haya de ser cortado o exterminado.

PÁNFILO DE NARVÁEZ: Serán muy vastos los beneficios que habremos de recibir: oro y bendiciones.

FRAY BARTOLOMÉ: ¡No vayáis tan de prisa, mis señores! ¡No vayáis tan de prisa!. Lo primero será saber si existen y a

dónde quedan los tesoros narrados; que, por lo que hemos sabido, mucha distancia media de aquí hasta donde supuestamente están instaladas esas ciudades, que por fidedignas fuentes, no son menos fantásticas todavía, que los ilustres viajes que hiciera el mercader Marco Polo o el propio marino navegante descubridor de estas Indias, don Cristóbal Colón.

PÁNFILO DE NARVÁEZ: Muy bien dicho habría de ser, si lo ha mencionado Fray Marcos de Niza. Sabemos que nos esperan, y ya veremos si es tan cierto que logremos abreviar de las fuentes de la eterna juventud. ¡Habremos de volver ricos y eternos!

CABEZA DE VACA: ¡Habrase visto más enjundiosa virtud!

FRAY BARTOLOMÉ: Que no suceda lo de Caonao otra vez. Que no sucedan matanzas viles.

PÁNFILO DE NARVÁEZ: ¡Ni hablar de ello! ¡Todavía escucho la gritería de los niños y mujeres!

CABEZA DE VACA: De tal manera han muerto cientos de indios... (*Aparte.*) inútilmente...

FRAY BARTOLOMÉ: (*A PÁNFILO DE NARVÁEZ.*) ¡Completamente innecesario!

PÁNFILO DE NARVÁEZ: (*Aterrorizado.*) ¡No logro reponerme aún de la matanza! ¡El cacique ardiendo en llamas!

CABEZA DE VACA: ¡Nada más claro que el agua, señor! ¡Nada más claro! Estamos aquí, por el destino. ¡Y ni una rueda de buey podría hacerle mella! ¿O acaso hemos sido traídos por algún extraño hado?

FRAY BARTOLOMÉ: No es eso, mi señor. ¡No ha sido eso! ¡Somos conducidos por los brazos del señor y de la virgen María! ¡Y eso sí es cierto, mi señor! ¡Se llama divina gracia! ¡Divina gracia! (*Hace que describe.*) ¡Es un designio! Todos estos seres naturales “son así mismo las gentes más delicadas, flacas y tiernas en complexión, y que menos pueden sufrir trabajos, y que más fácilmente mueren de cualquier enfermedad; que ni hijos de príncipes y señores entre nosotros, criados en regalos y delicada vida, no son más deli-

cados que ellos, aunque sean de los que entre ellos son de linaje de labradores. Son también gentes paupérrimas y que menos poseen, ni quieren poseer de bienes temporales y por esto no soberbias, no ambiciosas, no codiciosas”.

CABEZA DE VACA: ¡Más aún no es posible! Ni fuese necesario darles muerte que, a decir verdad, muy excesivo ha sido.

PÁNFILO DE NARVÁEZ: Habremos de cumplir con la encomienda, señoras, niñas, niños, trabajadores del campo, vienen en estas naves. ¡Habremos de poblar las remotas tierras de Florida!

FRAY BARTOLOMÉ: Sí, mi señor. Es cierto. Pero, le ruego una vez más... ¡sin matanzas! Que tengo la fortuna de informarles que, luego de convivir largamente con ellos, he descubierto que son delicados y “su comida es tal, que la de los santos padres en el desierto, no parece haber sido más estrecha ni menos deleitosa ni pobre. Sus vestidos comúnmente son en cueros, cubiertas sus vergüenzas y, cuando mucho, cúbrense con una manta de algodón, que sería como una vara y media o dos varas de lienzo en cuadro”.

CABEZA DE VACA: Ésta es la armada que comandaréis, mi señor. *(Se dirige a PÁNFILO DE NARVÁEZ. Indica los barcos al fondo.)*

PÁNFILO DE NARVÁEZ: Habremos de ver los buenos vientos, que nos impulsen a esta tierra prometida.

FRAY BARTOLOMÉ: Una cosa os ruego, comandante. Por vida del Santísimo Sacramento, no hagáis más muertes, y llevad mi bendición y del santísimo señor de Santiago de Compostela, que también como vos, fue un ilustrísimo viajero.

PÁNFILO DE NARVÁEZ: Pero no conquistador. ¡No conquistador! ¡Nosotros fundaremos un pueblo! *(PÁNFILO DE NARVÁEZ se hinca junto con ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA. Dictan los dos.)* Que así sea.

Reciben la bendición, hincados.

ESCENA TERCERA

Proa del barco. Se escucha el viento torrencial con todo el fragor, el movimiento del barco es notorio. Rayos y aguacero no permiten que se escuchen con claridad los gritos.

CABEZA DE VACA: Pero he pedido a usted su recomendación para que las embarcaciones fueran amarradas ¡por seguridad nuestra y de la flota! La Armada de Florida perecerá, y ha sido, mi señor, la falta de sensatez que, por ahora, estaremos al borde del hundimiento. ¡Si no es que ya este malhado del clima, nos ha hundido!

Entran los golpes de mar a la proa del barco. La tormenta se escucha en todo lo alto.

PÁNFILO DE NARVÁEZ: ¡Marineros! ¡Marineros! ¡La mar oceánica se ha embravecido contra nosotros! ¡Más parece que ha sido el dios de las tormentas el que nos hunde!

CABEZA DE VACA: ¡No aceptaremos morir por agua, que sería morir por una maldición de malos tiempos! ¡Malhaya ha sido el dios que nos ultraja con este castigo! ¡Que por violento!, parece que fuera un sueño trágico en el que desea vernos hundidos en los adentros oceánicos. ¡Como si fuera la mar! ¡Un animal que con las olas nos tragara!

PÁNFILO DE NARVÁEZ: ¡No blasfeméis., soldado! ¡No blasfeméis! ¿Quién ha de querer el vernos ya hundidos? ¡Si por el contrario vamos en una misión! ¡Encomendada! ¡No hemos de aceptar el que nos hunda! Siendo que es, además, de beneficios muy sagrada.

CABEZA DE VACA: ¡Usted se resistió y poco falta para que nos veamos a la merced de las aguas! ¡Mi señor, debimos amarrar muy bien los barcos! ¡La tormenta arrecia y cada momento más! ¡Parece que se nubla la vista y estamos más cerca de la profundidad oceánica!

Se escucha muy fuerte el estruendo del mar. Estalla en mil pedazos la nave. Gritos: “¡Nos hundimos! ¡Nos hundimos!” La tormenta arrecia. Termina todo. Ruido de las olas del mar. Tormenta. Oscuridad en el espacio y silencio.

ESCENA CUARTA

Se escucha una gaviota. Abre la imagen del cielo. Se ve el mar calmo, una gaviota volar, el mar y una playa hermosa. Un barco al fondo. PÁNFILO DE NARVÁEZ está tirado en la arena. Se escucha golpeado y maltrecho. Se queja.

PÁNFILO DE NARVÁEZ: De los seiscientos hombres, mujeres, niños, solamente salvamos cien.

CABEZA DE VACA: Mi señor, se lo he dicho, debimos amarrar las naves, esperar a que la tormenta amainase...

PÁNFILO DE NARVÁEZ: ¡No estoy para reproches ni reclamos! ¡Mucho menos opiniones adversas! Por ahora nos quedaremos en esta tierra, a preparar mi regreso. Habremos de reagruparnos, de curarnos, de proveernos. Ahora, golpeados como estamos, con cientos de hombres muertos, debemos emprender el regreso. ¡Dios, somos esclavos!

CABEZA DE VACA: Nosotros, mi señor, si no os molesta, nos iremos de largo. ¡A conquistar la Florida!

PÁNFILO DE NARVÁEZ: (*Se levanta airado.*) De mi parte no tendrán reproche si lo hacen, aunque os advierto que no habrá tripulación que los lleve.

CABEZA DE VACA: Si no os afecta, se vienen conmigo Estebanico, que es un esclavo comprado por Andrés Dorantes, el mismo Andrés y Alonso del Castillo, leal y buen combatiente, súbdito de la Corona.

PÁNFILO DE NARVÁEZ: Si ellos son quienes os siguen, pues: ¡Seguid adelante! Que, por un mal hado del destino, he visto mi armada hundir. Ustedes, Álvar, conquistad la Florida y recoged los inmensos tesoros que en ella se guardan.

A la mención, han aparecido los marinos que le acompañan.

ESTEBANICO: *(Recorre el centro del escenario.)* Esclavo soy y he sido desde que nací. Crecí y trabajé, soñé yo desde niño siendo un esclavo. Fui traído del norte de África, *Berebere* soy, *Berebere* he de morir, mi dios es Mahoma, y ni cien monedas de oro me harán cambiar en honrar y en actuar. Desde que nos hicimos a la mar, en este viaje de muchas aventuras por vivir, desde que mi señor Andrés Dorantes me compró, le he sido fiel; ahora, si mi patrón es Álgar Núñez Cabeza de Vaca, con él seremos la fuerza y la guía de los que se saben de una pieza.

ANDRÉS DORANTES: ¡He de atestiguar en favor de lo que habéis dicho, Estebanico! ¡Leal a tu dios Mahoma has sido y, en lo que refiere a mi persona, te agradezco, la lealtad! ¡El compromiso! ¡Ahora, nuevos tiempos nos llevan a otros rumbos! ¡Leal habrás de ser al capitán Álgar!

ESTEBANICO: ¡Así se hará señor!

ALONSO DEL CASTILLO: Mi estrella, mi destino, ¡será como ha de ser! ¡Mi capitán Álgar, daré mi vida si fuere necesario!

ANDRÉS DORANTES: ¡Este naufragio enorme no menguará las fuerzas! No he tenido en mi Andalucía originaria, ninguna oportunidad de hacerme de la fortuna que merezco. Muchos sacrificios y penalidades hemos sufrido, y por lo que veo; habremos de vivir. ¡Seguiremos adelante, mi señor, Álgar Núñez Cabeza de Vaca!

ESCENA QUINTA

Noche-día. En un lienzo, al fondo: pantanos, ríos, distancias, llanos. Se ven cinco barcos siniestrados. Luego de la pérdida de cinco barcos y la desaparición de quinientos hombres, mujeres, niños. Se ven los sobrevivientes: marineros desnudos, flacos, pero siempre alertas, dispuestos a pelear, casi con las

manos. Cuatro sobrevivientes aparecen caminando, maltrechos, descompuestos, raídos, en cueros. Selvas, pantanales, marismas, mosquitos.

CABEZA DE VACA: ¡Maltrechos! ¡No soporto esta garganta que me ahoga! Ocho años llevamos desde que dejamos en las costas a nuestro comandante don Pánfilo de Narváez. Estos indios flecheros nos han acabado. ¡Son asesinos!

ANDRÉS DORANTES: Mi señor, desde que vimos a los españoles comiendo carne humana...

CABEZA DE VACA: ¡No me lo recuerdes, Andrés! Que pese al hambre de días, y a los maltrechos momentos, la repugnancia y el asco me suben por toda la conciencia y el alma. Soldados leales, fieles súbditos a la Corona, en esa orilla de la desesperación, comerse... ¡los unos a los otros!

ANDRÉS DORANTES: Los cinco caníbales se comieron entre ellos, no quedando más que uno...

ALONSO DEL CASTILLO: ...vivo, porque ya no sería posible que se comiera a sí mismo.

ANDRÉS DORANTES: ¡Eran soldados españoles! (*Baja.*) No hemos tenido días ni noches buenas, o... derecho al descanso.

ESTEBANICO: No hemos comido cosa buena de digerirse: raíces, plantas, ratas. Esta caminata ha sido muy luenga, y creo que ya tengo las tripas pegadas a la espalda...

ALONSO DEL CASTILLO: El sol era una piedra golpeando la cabeza, una luz que nos hería y subía a la parte más alta de la vida, era el filo de la luz. ¡Cortaban directo nuestros ojos para dejarnos ciegos!

ANDRÉS DORANTES: ¡Los pasos que dimos eran por la sed y el hambre! ¡Señor, era como si algo nos hubiera tomado a fuerza! ¡Olvidamos nuestros nombres!

ESTEBANICO: ¡Olvidamos nuestras vidas!

ALONSO DEL CASTILLO: Nuestros saberes y deberes.

ANDRÉS DORANTES: A veces creo que había en las hierbas que comimos seres naturales que nos hablaban, nos orilla-

ban a ser más cuidadosos en lo que mirábamos... (*Delirante.*)
¡Parecía que las cosas estaban animadas!

CABEZA DE VACA: Supimos que así era el camino de los retorcimientos.

ALONSO DEL CASTILLO: (*Delira.*) ¡Llegué a ver flores vacilantes que bailaban! Lo hacían sobre los cuerpos de sus tallos. Eran como luces crecientes o resplandores. Parecía que estaban sobre la dicha de sus despertares.

CABEZA DE VACA: Llegué a creer que ni María Santísima nos salvaría; aunque, en esos días de soles y amarguras, nos acordamos de ella, le rezamos con mucho fervor. Era muy raro saber que nos estrecharan sus amorosas oraciones.

ANDRÉS DORANTES: Éramos en ella.

Los soldados lo escuchan y se saben sorprendidos, atemorizados.

CABEZA DE VACA: Desde que salimos con Pánfilo de Narváez, yo recuerdo que veía visiones en el mar. Parecía que estábamos muy lejos del Mar de los Sargazos, desde Colón y desde las consejas en Nueva Galicia que hablaron de sitios extraños en estas tierras. Los resplandores y cosas luminosas nos guiaron. No me atrevería a decir que los destellos fueran humanos, digo de estas tierras o, mejor dicho, de estas aguas. Siempre temí un encantamiento mayor y, sin embargo, llegamos a la isla de Cuba, pero ahí fue la matanza...

VOZ EN OFF: “Todas estas universas e infinitas gentes a todo género creó Dios, los más simples, sin maldades ni dobleces. Obedientísimas, fidelísimas a sus señores naturales y a los cristianos a quien sirven. Humildes, pacientes, pacíficas y quietas, sin rencillas ni bullicios. No rijosos, ni querellosos, sin rencores, sin odios, sin desear venganza, que hay en el mundo”.

ALONSO DEL CASTILLO: Ya se sabía de Cíbola y Quivira. Eran ciudades encantadas, ciudades alzadas en la misericordia del señor, plagadas de oro, como resplandecientes del brillo de esos días... (*Alucina.*)

ANDRÉS DORANTES: ¿No eran los días y sus luces de oro?

ALONSO DEL CASTILLO: Eran la mejor promesa que se tenía desde la Nueva España, la distancia tenía el merecido pago de las riquezas esperadas y logradas.

CABEZA DE VACA: Todos los encantamientos sufridos por caballero alguno fueron poca cosa. Nos sabíamos hijos del señor. ¡Sea por Dios y por la santísima virgen del Carmen, que daríamos la vida por llevar su palabra! Los rayos del sol eran como calambres en los ojos, ya no podíamos ver la luz del día y, al cerrar nuestras miradas, veíamos el destello violento de la luz que nos cegaba.

ALONSO DEL CASTILLO: ¡Mi cuerpo era una tea de hambre!

ANDRÉS DORANTES: ¡Mi señor, que logramos cruzar los territorios y pantanos! Sanguijuelas y bichos, mordeduras y piquetes interminables nos acometieron, la comezón y las uñas no tenía acomodo, un término del sufrimiento jamás nos fue visible, descubrimos que el lodo y la saliva eran un buen remedio para las picaduras que nos sangraban, cuando por necesidad nos rascamos, sabíamos que era placentero. Pero la hartísima comezón en los brazos y en las piernas nos hacía que nos sangraran las heridas, para sufrir el castigo del placer, cuando los ardores nos cogían.

ANDRÉS DORANTES: Yo me restregaba la espalda contra los troncos rasposos... ¡Los indios flecheros!

Aparecen un grupo de cinco indios flecheros con tapa rabos, con arcos y flechas, viene con ellos un líder o jefe. Les apuntan y los someten. Observan a los soldados españoles. JEFE INDIO FLECHERO se dirige a ALONSO DEL CASTILLO. Hace muchos aspavientos: se acerca, se retira, lo ve. Casi lo huele.

JEFE INDIO FLECHERO: Ustedes entraron a nuestras tierras y serán castigados por eso. Nadie puede cruzar estos pantanos sin nuestro consejo. Merecen un castigo. Las flechas serán un camino de calma. *(Se dirige a ALONSO DEL CASTILLO.)*

Este hombre de pelos del sol lo queremos: ¡que nos ayude a curar! ¡Y ustedes nos ayudan a curar! Tenemos enfermos. Deben saber algo que nos ayude a bajar los calores. ¡Tenemos enfermos! Queremos que ayuden y ¡comeremos!

ESCENA SEXTA

Aparecen los indios flecheros en una habitación con dos camastros. Dos enfermos, los soldados todos oran de pie, dos hincados. ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA: a su lado, ALONSO DEL CASTILLO.

CABEZA DE VACA: Si estos bravos indios creen que tenemos poderes curativos... más nos vale tenerlos, que buenas gentes, lo que se dice buenas gentes, no son. Ellos creen que somos capaces de curarlos... Si, ellos piensan que somos capaces de hacerles un bien y en ello, además, nos va la vida, ¡hagámoslo! ¡Prestos oremos al Señor y pidamos por su sanación! Que de no hacerlo, no sabremos cómo reaccionarían estos indios flecheros.

ALONSO DEL CASTILLO: Mi señor, parece que son todavía más peligrosos que los *coahuiltecos* que habitan las tierras. Allende al sur, también son flecheros y rijosos, pero no como estos que al parecer son fieros indígenas, que además por la delgadez del cuero, veo que han de correr grandes distancias... ¡Quién los alcanza!

Los indios los ven con reserva, como si quisieran entender.

CABEZA DE VACA: (*Ora en voz alta.*) Padre, si has sido tú el que nos ha traído hasta estos remotísimos lugares, llegamos más perdidos que guiados por la certidumbre de una buena ruta, si, tú mejor que nadie sabes de nuestras grandes desventuras, si has visto que murieron con nuestro capitán navegante, don Pánfilo de Narváez, más de quinientos pa-

sajeros, entre mujeres, niños, labradores, marineros y buenos guerreros, si tú sabes todas estas cosas, Padre, no nos abandones a nuestra mala estrella. Que desde que hemos zarpado, lo hemos hecho en el nombre de vuestra señora y majestad, madre María Santísima. Y si hemos santiguado nuestros andares y sufrimientos, nuestras muchas carencias, nuestras enormes desventuras, no nos olvides padre. No queremos esta cruz que impide a los mortales viajeros regresar a sus terruños y ha de morir en tierras lejanas con gente que, por buena suerte, es insolente y no matona como otros pobladores que nos ha tocado conocer y exterminar. Ya por mansa, tira flechas como si fueran piedras que los niños arrojan a los ríos cuando juegan en el agua. ¡No nos dejéis fuera de tu misericordia, Señor! ¡Y por favor, ayúdanos a curar a estos enfermos! Que al parecer, tiene la piel cargada de ponzoña, que han de ser de picaduras o de frutas, o animales enfermos que comen, que la ponzoña en la piel y el mal hedor que tienen. Porque no sabemos de qué pecados cometidos pagan sus osadías con estas enfermas creaturas. Si has sido tú el que nos salvaste de los primeros ataques de estos indios, que al parecer no tienen un corazón de bondades. Padre, si has sido tú, te lo ruego, permítenos sanar a este enfermo que, a decir verdad, su mal más parece el vómito negro aquel que hace salpicar sangre a los pacientes cuando tosen, más se parece a esa enfermedad terrible que te hace arrojar las entrañas.

INDIO FLECHERO: Ustedes son de lejanas tierras y traen enfermedades que ahora desconocemos. Desde hace cuatro años que fuimos visitados por otro que ha de ser de su gente. Nos trajo enfermedad y mucha muerte. Ahora nosotros, cobraremos la misma vida si no curan a nuestros enfermos, queremos solamente curar viejas heridas.

CABEZA DE VACA: No somos nosotros responsables de cosas o persecuciones de más antes. Hemos venido porque sabemos de unas viejas ciudades. Queremos que nos digan del

oro y si saben de una fuente de agua milagrosa. Esa agua podría curarlos de cualquier infestación o perdición que le hubiera de haber tocado de una herida. Nosotros somos todos creaturas del Señor, pero esta agua es más milagrosa y sabemos de los tesoros de estas tierras... (*Delira.*)

INDIO FLECHERO: Serán ustedes nuestros cautivos sanadores, usted será curador de los castigos y daños que antes nos hayan ejercido, que sabemos nosotros, que en la tierra y en estos lugares que son de nuestras casas, solamente se curan los que tienen las raíces en agua, o saben las miradas de los pájaros del río, los que entienden de eso, pueden vivir buen tiempo entre caimanes, y si viven entre caimanes y comiendo nuestras mismas comidas y raíces, podremos ver que sean para con nosotros como amigos y visitantes.

VOZ EN OFF: Los pantanos, las persecuciones, las hambrunas, hicieron del grupo de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, un huésped más de las tierras pródigas esperadas. Esperanzas que luego de múltiples penurias, se habrían de diluir. Tres años de incansables combates, peregrinaciones y luchas en territorios desconocidos, le darían la fama. Las curaciones realizadas por Álvar Núñez Cabeza de Vaca, le habrían de dar la confianza de jefes guerreros, de hijos de reyes y de princesas. De otros conglomerados desconocidos vendrían a pedirle el favor de su cuidado, ya que sus sanaciones, serían con el pasar de los años... incontables.

JEFE INDIO, con un guerrero encamado en una habitación rudimentaria.

INDIO FLECHERO: A este guerrero le salvaste la vida. Eso te lo agradecemos por nuestros nombres y por nuestros hijos. Bastante adentro tenía ese cuchillo clavado y tenía la ponzoña de los enemigos de nuestra tribu. Agradecimiento y vida para ti y para los tuyos. Nos hemos de mover a otras tierras, queremos que sigas con nuestras intenciones y deseos. Nosotros somos

un solo cuerpo, y somos una sola mano. Caminamos hacia la puesta del sol todos los días, a veces hacia las estrellas que guían el movimiento del cielo. Queremos que vengan con nosotros, sí, queremos que sean de nuestro cuerpo. Queremos que se muevan en la tierra que vemos. Si hay pastos o raíces, o estas que ustedes llaman lagartijas, o lo que comamos... comerán. Serán de nosotros, vecinos y amistades.

Empieza el ritual. JEFE INDIO y un grupo de acompañantes empiezan a danzar en derredor de CABEZA DE VACA, los soldados españoles contemplan. Están sorprendidos y son parte del evento. ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA está poseído. Pierde la mirada a lo lejos. Empieza a balbucear, siguen estertores, empieza a danzar, está poseído. Tiembla, está sufriendo y empieza el placer, disfruta y salta. Es el placer de la agonía. Tiembla.

CABEZA DE VACA: Loooo agraaaadecemos, Jeeeee, lo agraaaadecemos, nosssstros ssssomos en la palabra, resssspetamos la palabra, honnnnramos la palabra, las palabras son voces... Están caiiidassss del cieloooo... Vienen del aireeee. (*Expele el aire. Se flexiona. Está entrando y saliendo en otra realidad. Salta. Es como si sufriera un nacimiento novedoso. Es un ritual.*)

CABEZA DE VACA: Mi iniciación del viento que arde, mi corazón está abierto... Piedra que sube al viento, risco que baja al cañaveral, árbol en la lejanía. Grito en el cielo. (*Danza y hace giros sobre su cuerpo, un espiral.*) Ayyyy... estoyyy en la música... es una canción la música, es una canción, es una tonadaaa, el toqueee, el roceee de lass avessss...

Empieza la transfiguración. Se hace de noche. Se queda sentado viendo al infinito. Noche. ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA sentado viendo el horizonte.

CABEZA DE VACA: Nocheeee, virgennnn santaaaa. Hijaaaa y madreeee, madreeee divinaaaa. Tu cuerpoooo está en llamas. Estás poseídaaaa. Ámameeee, virgencitaaaa míaaaaa, protégenossss. (*Escucha canciones a la virgen. Cánticos católicos.*) Miraaaa, ésteeee soooooy yoooo. Estoooooy del otro ladoooo. Madreeee piadosaaaa, miraaaa estos cuerpos. Ay, tambores y flautas, escúchalas. Estoy cayendoooo, madreeee piadosssaa. Todaaaa tierraaaa. Toda luzzzzz, tieeeerra distannnte. Carabela. Mira la mar. Está bramando. Ay. (*Tambores. Escucha Voces. Escucha las voces que retumban.*) Ya no eres tú... Alvaaaar, Alvaaaar, estáaaas perdidooo. Álvár... (*Sigue en la danza.*) Madre, padre, cielo, tierra, nubes, pantanooooos, flores zacateeees. Me sabeeee a tierra la vidaaaaa. (*Cae.*) Salva a mi amigoooo. Madreeee tierra, virgeeeeen madreeee. Maríaaaa Santísimaaaa. Por favoor. Ten piedad de nosotros...

JEFE INDIO retira una taza humeante de la que evidentemente han bebido.

JEFE INDIO: Hijo de sombras. Sabedor de caminos y guía.

Baja la música y los atabales elementales. Los soldados españoles se están mirando unos a otros sorprendidos.

ANDRÉS DORANTES: Veníamos por Cíbola y Quivira. Queríamos la fuente de la eterna juventud. Estamos perdidos.

ESTEBANICO: Solamente Mahoma nos puede regresar a la vida.

CABEZA DE VACA: (*Ve a ESTEBANICO, a veces.*) Considera lo que le vas a decir, amigo Estebanico. A veces, pienso que son los mismos Mahoma, Jesús, la Virgen.

Los soldados, sorprendidos, casi espantados, lo ven.

ANDRÉS DORANTES Y ALONSO DEL CASTILLO: No, mi señor. No tanto. Usted ha visto visiones.

JEFE INDIO: Ahora te llevaremos a una curación. Si lo haces, serán libres tú y tu gente, que eso para ti debe ser importante. Es el hijo de un jefe guerrero y queremos que lo salves.

CABEZA DE VACA: En el fondo de todo, somos hijos de los mismos dioses.

ANDRÉS DORANTES: Señor, ya no eres el mismo. ¡Señor!

CABEZA DE VACA: Es cierto, Andrés. Ahora somos los mismos, pero me siento distinto.

ANDRÉS DORANTES: No, señor, ya no somos los mismos. Somos los que venimos, pero ya somos distintos... (*Grita.*) ¡Es como si fuéramos otros!

CABEZA DE VACA: Somos las piedras, somos el agua, somos la luz, estamos en el cuerpo del día. María Santísima lo sabe. (*Balbucente.*) Mucho agradeceremos su beneficio y cuidado, virgencitaaaa...

ANDRÉS DORANTES: Por ahora, queremos descansar y mañana, será otro día. (*Durmiéndose.*)

INDIO FLECHERO: Varios compañeros y amigos de nuestras gentes han sido enfermados. Mañana, a primera hora del día, caminaremos para que les ayudes. Una cuota de tierra recibimos si lo sanas, si los salvas puedes tener tanto de tierra como nunca soñaste.

CABEZA DE VACA: (*Delira.*) Mañana, mañana.

ESCENA SÉPTIMA

Día, noche, transición. ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA, ANDRÉS DORANTES, ALONSO DEL CASTILLO; indios, en torno al poseído. ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA se transforma en chamán.

CABEZA DE VACA: Fuerzas del aire. Fuerzas de la tierra. Virgencita linda. Fuerzas de las distancias. De las raíces del

árbol, del aguaaaa que corre. Estás recorriendo el cuerpoooo de este pobre hombreeee. No te pertenece. Deidades lejanas. Deidades remotas. No les pertenece. Déjenlo pasar, déjenlo llegar. Él es de estas tierras. Bebe del agua. Come del aireeee. Tiene el corazón de colores. Tiene los días de alegría. Déjenlo, señores de la calma. De las partes oscuras del cielo, de las partes muy negras del agua. Déjenlo, deben dárnoslo. Nosotros ya venimos a verlo. Queremos salvarlo. (*El indio se revuelca, se contorsiona.*) Al hacerlo, liberan las aguas. No someten el aire. Maríaaaa Santísima. Intercede. (*ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA se agita en demasía, se revuelca, grita.*) ¡Noooo! (*Se desmaya. Todos guardan silencio. El atabal de fondo sigue. Se están quemando inciensos. ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA está complacido, divertido, alucinado.*) Sí nos escucharon...

Disminuye la luz.

ESCENA OCTAVA

ÁLVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA está viendo al público con hojas en la mano.

CABEZA DE VACA: Y de todas estas cosas que hemos padecido, y descubierto, puedo deciros que la de más asombro, fue la de saber que pudimos hacer curaciones en casos harto difíciles de realizar. Que curamos enfermos de calamidades poco vistas en nuestras tierras allende el mar. Y confieso que de no haber sido por las fieras hambrunas que padecimos, y por una necesidad grande de vivir, hubiéramos sido desprovistos de razón, quedado locos o apergatados de por vida. Sólo Dios y nosotros sabemos lo que sufrimos. Fue una experiencia enorme que cambió mi vida por entero. Mi corazón es testigo de ello. Descubrí la comprensión de estas gentes que, a veces, a pesar de ser harto fieras en las batallas, nos

llegaron a mostrar la amistad, la benevolencia y, a veces, creo que en demasía, la generosidad. Pero no es menos extraño que sin ser hombres muy religiosos, sí respetuoso de las sagradas escrituras y sus ordenanzas, digo sin resabio que lo vivido, fue como si hubiéramos entrado en contacto con las extrañas deidades que pueblan la naturaleza de las plantas, de los rumbos del aire, y de cuanto ser material e inmaterial, vivo y no vivo, habita y circunda la naturaleza de estos lares, que puedo decirlo aquí con claridad: fue como si hubiéramos sido señores de lo natural y su grandeza. Cosa que agradezco, no sólo por los bienes que logramos hacer, que fueron muchos, sino porque es menester decirlo: gracias a ello nos liberaron y perdonaron la vida. De ello, pueden confiar en que daré los detalles de mi testimonio en la historia del naufragio.

Bibliografía:

- Álvar Núñez Cabeza de Vaca (2005). *Naufragios*. México: “Sepan Cuantos”.
- Fray Bartolomé de las Casas (1992). *Doctrina*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Nicolás Núñez (1987). *Teatro antropocósmico*. México: Secretaría de Educación Pública.

TRINIDAD
LUIS MONTEERRUBIO

PERSONAJES

CAPITÁN ORTEGA: 52 años

PADRE MARIANO: 48 años

GONZÁLEZ: 40 años

YOLANDA ORTEGA: 10 años

MARTHA: difunta esposa del CAPITÁN ORTEGA

Voz

ESCENA 1

En un lugar en ruinas, el PADRE MARIANO reza un padre nuestro. A lo lejos se escucha el coro de una iglesia. El sonido de una sirena de policía se acerca. El fervor de su rezo está en el punto máximo. Se ilumina el escenario. Junto al PADRE MARIANO hay un cadáver que cuelga boca abajo en una cruz de madera. El cadáver tiene las manos amputadas.

CAPITÁN ORTEGA: ¡Suba las manos lentamente y póngase de pie! ¡Está detenido!

PADRE MARIANO sigue rezando con la vista al suelo mientras se incorpora.

CAPITÁN ORTEGA: ¡Suba las manos!

PADRE MARIANO levanta la vista al tiempo que sube las manos. Sus ojos en blanco denotan su ceguera.

ESCENA 2

PADRE MARIANO, esposado, es custodiado por GONZÁLEZ. Entran a la sala de interrogatorios.

GONZÁLEZ: Tome asiento, por favor. ¿Gusta un vaso de agua?

PADRE MARIANO: Por favor.

GONZÁLEZ: Con permiso.

González sale. El PADRE MARIANO reza en una lengua desconocida.

PADRE MARIANO: Natzgen Karzinski otomul da spira animi aterna, da spira vite daska luma trasta ojna damul.

Entra el CAPITÁN ORTEGA y el PADRE MARIANO interrumpe su rezo.

CAPITÁN ORTEGA: Padre Mariano Urquiza. Fichado en 1996 por la muerte del padre Jaime Robles durante un exorcismo. Usted era culpable y salió libre. Soy el capitán Ortega.

PADRE MARIANO: Mucho gusto, capitán.

CAPITÁN ORTEGA: No me gusta que se burlen de la ley, Mariano. Yo no me trago eso de que usted apareció de la nada junto al cadáver.

PADRE MARIANO: He dicho la verdad. Anoche, me acosté en mi recámara y desperté junto a él.

CAPITÁN ORTEGA: Ese cadáver es del obispo. Pronto tendremos las pruebas del forense. Esta vez no va a escapar, Mariano.

PADRE MARIANO: Esta vez nadie escapará, capitán. El Dios de la oscuridad ha enviado a su hija, se ha enviado a sí mismo.

El PADRE MARIANO se concentra y comienza a rezar de nuevo.

PADRE MARIANO: Natzgen Karzinski otomul da spira animi aterna, da spira vite daska luma trasta ojna damul.

GONZÁLEZ regresa con el vaso de agua para el PADRE MARIANO. CAPITÁN ORTEGA toma el vaso y bebe el agua. El CAPITÁN

y GONZÁLEZ conducen al PADRE a una celda. En el trayecto, el rezo del PADRE empieza a tener un efecto de eco. Lo encierran en la celda.

Oscuro.

ESCENA 3

En su oficina, el CAPITÁN ORTEGA pone tabaco a su pipa. Antes de prenderla, se detiene a ver un portarretratos en su escritorio. Lo contempla absorto. Entra GONZÁLEZ. Trae consigo dos cafés y un expediente.

GONZÁLEZ: ¿Capitán? Conseguí el expediente que me encargó. ¿Capitán?... ¡Capitán!

El CAPITÁN ORTEGA se percata de la presencia de GONZÁLEZ.

CAPITÁN ORTEGA: ¿Qué averiguó?

GONZÁLEZ le da un café al CAPITÁN ORTEGA.

GONZÁLEZ: Sucedió el 6 de junio de 1996. El padre Mariano era apoyo para el padre Jaime Robles. Lo curioso es que fueron a exorcizar al bebé de una mujer embarazada. La mujer se dedicaba a la brujería. Murió al dar a luz.

CAPITÁN ORTEGA: No cabe duda, estamos tratando con un total demente. Exorcizar a un no nacido. *(Prueba el café.)* ¿Qué es esto? Sabe muy raro.

GONZÁLEZ: Es café Capuchino, Caramel Macchiato.

CAPITÁN ORTEGA: No sabe a café. Continúe.

GONZÁLEZ: Hay un expediente clínico anexo al expediente original. Es un informe sobre la ceguera del padre Mariano. En el documento consta que se le quemaron los ojos con una sustancia muy parecida al veneno de cobra. El padre Mariano

dijo en su declaración que la embarazada le escupió a los ojos y se los quemó. El padre Robles murió asfixiado. Según la declaración, el demonio poseyó el cuerpo del padre Mariano y éste lo estranguló. El padre Mariano tuvo uno de los mejores abogados del país, pagado por la iglesia. Quedó libre.

CAPITÁN ORTEGA: Esto me huele a una conspiración disfrazada de actos paranormales. Aquí, huele a mentiras, González. Mariano asesinó primero al padre Robles, y ahora al obispo.

GONZÁLEZ: Ésa es la primera teoría. La segunda son actos paranormales. En mi vida he visto cosas que no tienen explicación lógica. En casa de mi abuela se aparecía un hombre de blanco que era un espíritu maligno. Una vez habló y caminó una muñeca; mis tíos la vieron. Todo terminó cuando un padre bendijo la casa. Ese padre fue el padre Mariano. Mi abuela lo conocía.

CAPITÁN ORTEGA: La iglesia inventa demonios para que tengamos miedo y así nos acerquemos a pedir su ayuda, ayuda que cuesta.

GONZÁLEZ: Pensé que era católico, capitán.

CAPITÁN ORTEGA: Lo fui... Hace tiempo lo fui. ¿Usted?

GONZÁLEZ: Poco. Ya nomás voy cuando se casa un amigo o...

CAPITÁN ORTEGA: Fieles con poca devoción. Cafés con poco café. Sacerdotes asesinos con abogados pagados por el diezmo y las limosnas. Si quieren inventar demonios, yo les daré uno de verdad.

ESCENA 4

PADRE MARIANO reza en su celda. Siente un fuerte dolor en el pecho. Se escucha una voz lejana, extraña, cruel.

Voz: Adoras al dios que te usa, eres su juguete. Di la verdad, Mariano. Diles por qué te hiciste sacerdote. Diles que me temes más que a tu dios.

PADRE MARIANO: Padre nuestro que estás en los cielos...

PADRE MARIANO es sacudido por una fuerza invisible que lo azota contra las paredes de la celda.

Voz: Maladia natana, maladia humanu, maladia aspira. Benda luma danska a polva.

Oscuro. Voz se convierte en un gruñido aterrador. PADRE MARIANO da un alarido.

ESCENA 5

CAPITÁN ORTEGA revisa un expediente en su oficina. GONZÁLEZ entra con un café.

GONZÁLEZ: Buenos días, capitán.

CAPITÁN ORTEGA: Buenos días, González.

GONZÁLEZ: Al parecer el padre Mariano no tiene motivo alguno en contra del obispo. Su relación de trabajo era distante, sin comunicación directa y, hasta donde hemos averiguado, no compartían amistades. Ni siquiera visitaban los mismos lugares en sus ratos libres.

CAPITÁN ORTEGA: ¿Qué hacía el obispo en sus ratos libres?

GONZÁLEZ: Ir a restaurantes y convivir con sus amistades; gente importante, de un nivel económico alto. El padre Mariano gusta de visitar museos de pintura.

CAPITÁN ORTEGA: Un ciego viendo pinturas. Aún no tenemos nada, González. El forense me dio su informe. No se encontró sangre del obispo en Mariano, no hay señal de que se hayan enfrentado. El cuerpo del obispo no tiene huellas digitales, ni señales de nadie, sin embargo, el asesino usó la sangre del obispo para escribirle algo en la espalda.

GONZÁLEZ: ¿Qué escribió?

CAPITÁN ORTEGA: Un signo desconocido. Debo interrogar a Mariano. Averigüe si ya lo dieron de alta.

GONZÁLEZ: ¿De alta?

CAPITÁN ORTEGA: Sí, de la enfermería. Anoche lo atacaron en los separos. Es obvio que lo quieren silenciar, no sé cómo estando ahí no lo mataron. ¿Está tomando café?

GONZÁLEZ: Si, un Moka-Cherry. (*GONZÁLEZ queda solo.*) Es más chocolate que café. Más azúcar que cereza y chocolate. Su sabor o su azúcar me hacen sentir bien. El Capuchino y el Caramel son para otras ocasiones. Rara vez tomo café Americano. Es más puro, pero más aburrido. Es como la rutina en la vida. La gente busca los granos de más intenso sabor para tener la rutina más rica, la rutina envidiable, la del triunfador. En casa de mi abuela era rutinario tener velas negras y gallinas, sapos muertos, sal en el piso, oraciones para alejar a los malos espíritus. Mi abuela era bruja, una bruja que le quitó el mal a miles de personas. También hizo amarres de amor y cosas de ésas. Era una bruja buena. Yo nunca le pedí nada a mi abuela, bueno, como sea, ella nunca me iba a ayudar en nada, porque ella sabe que cuando se pide algo, hay que pagar. Cobraba con dinero, por ser ella el medio. Pero los espíritus cobran con vida, con lealtades y sufrimientos. Ellos se meten en tu cabeza y poco a poco se roban tus pensamientos. Hacen que no pase un día sin que pienses que todo está manejado por las fuerzas del bien y del mal, por fuerzas superiores a nosotros. Tu vida se convierte en la rutina del miedo. Escuchas ruidos, la soledad te vuelve vulnerable, la oscuridad es lo que más temes, porque se ve igual al mar de incertidumbre que llevas dentro. Te ahoga y no puedes respirar para escapar de ti mismo. (*Pausa.*) Algunas veces pido un té y, después, dejo pasar días sin comprar nada. No quiero caer en la rutina. No me casaré, ni tampoco me quedaré varios años en este trabajo. No. Nada que sea rutina. No voy a dejar entrar a los demonios en mi cabeza. Siempre tengo en la casa un vaso con agua, incienso y una vela blanca. Más vale prevenir. Te extraño, abuela.

Oscuro.

ESCENA 6

PADRE MARIANO en su celda, con la mano izquierda vendada y sentado en una silla de ruedas.

PADRE MARIANO: ¿Capitán? Quiero ver a mi abogado. ¿Capitán?

CAPITÁN ORTEGA: Las campanas sonaron. Eran las cuatro de la tarde. Empecé a sudar frío, mi corazón empezó a latir aceleradamente. Grité desesperado al vacío. Mi celda estaba retirada. No quisieron mezclar a un policía con el resto de los presos. Eran las cuatro de la tarde y yo sabía que algo le estaba pasando, que no podía protegerla. Dios nos abandonó. Eran las cuatro de la tarde. Para mí, nunca dejan de ser las cuatro de la tarde. Nunca puedo soltar ese momento.

PADRE MARIANO: Quiero ver a mi abogado.

CAPITÁN ORTEGA: El cuerpo del obispo tenía un signo en la espalda hecho con su propia sangre.

PADRE MARIANO: El signo es escritura de una cultura desaparecida. Laam aj significa cordero. Es el mensaje del dios de la oscuridad. El cordero es la presa del depredador. Su hija, capitán Ortega, escribió esa palabra en las paredes de su casa. ¿No es así? La escribió durante años.

CAPITÁN ORTEGA: ¡Usted es cómplice de una banda de asesinos! Ustedes, la iglesia, le lavaron el cerebro a mi esposa.

PADRE MARIANO: Conozco su caso, capitán. Su mujer era una valiosa integrante de la iglesia y de la comunidad, pero desgraciadamente perdió la cabeza, enloqueció. Usted hizo lo correcto. No había otra forma de salvar a su hija.

CAPITÁN ORTEGA: Lo correcto es que una madre proteja a su hija. No enloqueció. Ustedes la convirtieron en una bestia.

PADRE MARIANO: Enloqueció al ver que la oscuridad tomó a su hija y no cumplió lo que le había prometido. Usted sabe bien de que le hablo. Cuando la gente cree que Dios no escucha, pide ayuda al demonio. Laam aj. Usted no acepta

que su esposa era cordero del maligno, y que él era su amo. Laam aj.

CAPITÁN ORTEGA: ¿Ya se escuchó, imbécil? Todos esos cuentos sobre ángeles y demonios, pecado y salvación. Todas esas estupideces la volvieron loca. Ustedes son el mal, ustedes mancharon mis manos con su sangre.

PADRE MARIANO: Anoche fui atacado por una fuerza maligna. Me rompió tres dedos de la mano izquierda y el peroné de la pierna derecha.

CAPITÁN ORTEGA: ¿Un demonio? Alguien quiere silenciarlo. Es obvio que usted sabe quién mató al obispo.

PADRE MARIANO: Si no es capaz de comprender lo que va más allá de lo humano, deje todo en manos de Dios. Encomiéndose a Él, capitán.

CAPITÁN ORTEGA: Un dios que abandona a sus hijos no merece ser considerado como tal.

PADRE MARIANO: Rezaré por las almas de su mujer y de su hija.

CAPITÁN ORTEGA: No se atreva a mencionarlas. Eran las cuatro de la tarde cuando mi hija desapareció del orfelinato. Ese lugar al que la llevó cuando me metieron a la cárcel por matar a mi mujer. Mi mujer estaba a punto de dar muerte a nuestra hija cuando las encontré. Disparé y salvé a mi hija. La abracé. Ése fue el último abrazo. Después, la cárcel y ese maldito escalofrío. ¡Las cuatro de la tarde! No se atreva a mencionarlas.

ESCENA 7

PADRE MARIANO en la celda.

PADRE MARIANO: Tres dedos y el peroné rotos no es algo nuevo para mí. Es la quinta vez que me rompen esos mismos dedos. Desde niño escucho su llamado y sufro sus ata-

ques. Me ha fracturado casi todos los huesos. El maligno ha tomado mi cuerpo para humillarme. Otras veces lo ha tomado y lo controla y no puedo hacer nada, me posee. Estando poseído es que maté al padre Robles. Con el maligno en mis entrañas violé y embaracé a mi hermana. Después, tuve que exorcizar a mi propia hija cuando aún estaba en el vientre de ella. Desde niño quise escapar del dios de la oscuridad, escapar de este tormento; por eso fue que cuando tenía doce años tomé la pistola de mi padre, mordí fuerte el cañón, apreté el gatillo y todo quedó en tinieblas. La bala se alojó entre el cráneo y el cerebro. Dios me salvó. Entonces comprendí que no debía rendirme ante el demonio. Vi que Dios estaba conmigo y yo con Él. Dios me dio paz y fuerza para resistir los ataques con los que la oscuridad ha intentado doblegarme. Ante su grandeza, no dudé en dedicar mi vida a su servicio y ahora soy sacerdote. Como sacerdote, me encargué de salvar a Yolanda Ortega. El capitán dice bien: eran las cuatro de la tarde, Yolanda Ortega, su hija, estaba poseída. Tuvimos que sacarla entre cinco personas del hospicio. La llevamos a una catacumba, a la capilla secreta que está debajo de la Catedral. Ahí luchamos contra el demonio más de seis horas. Yolanda Ortega me miró a los ojos y profirió una amenaza: “Serás víctima de tu propia sangre y traicionarás al Dios que tanto amas”, dijo. Sostuve la cruz en su frente, sus dedos rasgaron mi carne, pero seguí con la fuerza que me da el Señor. El exorcismo funcionó. El alma de Yolanda quedó libre. Su cuerpo no resistió. La expulsión del demonio la terminó en esta vida. Cremamos sus restos y guardamos las cenizas en una urna llena de agua bendita. Yolanda Ortega, la niña del capitán, no murió. Yolanda Ortega pasó a mejor vida.

Oscuro.

ESCENA 8

En su oficina el CAPITÁN ORTEGA pone tabaco a su pipa y GONZÁLEZ da un sorbo a un café frappé.

GONZÁLEZ: Marina Urquiza Comte es el nombre de la mujer que murió al dar a luz en 1996. En vez de ir a una clínica de maternidad, parió en un sanatorio para leprosos que es atendido por madres franciscanas de la Inmaculada y padres jesuitas.

CAPITÁN ORTEGA: Marina Urquiza Comte. Se apellidaba igual que el padre Mariano. ¿Así que un sanatorio para enfermos de lepra?

GONZÁLEZ: Tuvo una bebé y, según el informe, se la robaron recién nacida. El padre Mariano fue quien denunció los hechos el 6 de junio de 1996.

CAPITÁN ORTEGA: ¡Qué curioso! El 6 de junio de 1996 fue el día más feliz de mi vida.

GONZÁLEZ: ¿Por qué, capitán?

CAPITÁN ORTEGA: Ese día nació mi hija, Yolanda.

GONZÁLEZ: ¿Cree que haya alguna conexión?

CAPITÁN ORTEGA: ¿Por qué pregunta eso, González? Está hablando de mi hija.

GONZÁLEZ: Perdón, capitán. No creo que el padre Mariano hable, estoy seguro de que hay algo a lo que teme más que la muerte.

CAPITÁN ORTEGA: ¿Usted también cree esas patrañas?

GONZÁLEZ: Creo que hay un factor que no entendemos, nada más. Cortarle las manos al obispo puede ser un trofeo de caza, un mensaje o una lección. ¿Qué tal si abusó de alguien?

CAPITÁN ORTEGA: El misterio es cómo lo mató sin dejar rastro alguno.

GONZÁLEZ: Mi abuela decía que hay seres que vienen del más allá que son capaces de dañarnos, seres sin cuerpo, seres sin huellas digitales, seres sin corazón.

CAPITÁN ORTEGA: Eso decía su abuela: ¿qué dice usted?

GONZÁLEZ: Que nunca debemos dar nada por hecho, que hay una lógica que nos rebasa. Que no todo es tan simple; pero bajo el marco correcto, todo se simplifica.

CAPITÁN ORTEGA: Busque casos similares. Todo tiene un motivo. Le voy a dar un marco correcto. Viva la vida, González. No se quede sin tener hijos. Vale la pena que alguien nos importe más que nuestra propia vida. No todo es andar probando bebidas azucaradas con sabor a café.

GONZÁLEZ: Con permiso, capitán.

GONZÁLEZ sale.

ESCENA 9

CAPITÁN ORTEGA: 6 de junio de 1996. Por primera vez sentí temor de dejar de verla, de que algo le pasara. En cuanto la vi, sentí temor y a la vez no me importó más si las cosas tenían sentido o no, porque mi felicidad venía de sus manitas, de su sonrisa, de su mirada. Mis días estuvieron llenos y di gracias a Dios por tanta dicha, por haberme bendecido con Martha, mi esposa y nuestra pequeña Yolanda. Lo malo es que mi gratitud no fue suficiente. Dios quería algo más, quería divertirse y poner a prueba nuestro amor por Él. ¿Qué pensarían de mí si hubiera hecho sufrir a mi hija para probar su lealtad? ¿Por qué Dios quiere que sus hijos suframos para probarle nuestra lealtad? He combatido el mal y arriesgado la vida cada día por el prójimo. Porque este mundo que Él hizo no esté tan podrido. Pero Él nos mandó pruebas. Él se equivocó. Ese al que llaman Dios no es perfecto; de hecho, es perverso. Fui víctima de falsos profetas. Creí en un mundo de fantasía construido con milagros y cosas imaginarias. Dejé que mi mente se llenara de parábolas y cuentos que nada tienen que ver con la verdadera naturaleza humana. Vírgenes de dudosa reputación que aparecen

hasta en una mancha de cochambre. Santos patronos de la manipulación que sumen pueblos en la ignorancia y la sumisión. Iglesia que pone el pecado en la inocencia y crea miedos en la tranquilidad, a través de esa horda de hombres que, con soberbia, se hacen llamar padres. Sirvientes de ese Dios, que olvidan toda humildad para proclamarse padres: ¡figuras de autoridad del prójimo! No puedo creer en un Dios que pregonar el amor y la justicia y castiga a los que lo aman y a los que lo ignoran por igual. El 6 de junio de 1996 fue el día más feliz de mi vida. Hoy, sobrevivo de recuerdos. El canto de su risa. Cómo lloraba cuando me iba de la casa al trabajo. Recuerdo muy bien que le fascinaban los perros, las papas, dibujar el sol, su osito de peluche y las canciones de *Gorillaz*. Hoy no hay días felices; tal vez, días menos tristes, pero nada más. Quisiera verte aunque sea un segundo y escuchar tu voz. “Papito —así me decías, hijita—: papito”.

Oscuro.

ESCENA 10

GONZÁLEZ sostiene un vaso de agua, el agua está negra.

GONZÁLEZ: Siempre tengo incienso, una vela blanca y un vaso de agua, para alejar las malas vibras. Hoy llegué a mi casa y el agua del vaso estaba negra, la vela se derritió y la cera blanca quedó negra. El incienso se consumió y con la ceniza dejó un mensaje: Laam aj. Eso no fue todo. Golpearon fuertemente, llamando a mi puerta. Salí en seguida para ver quién era. No había nadie y en cuanto cerré la puerta las hojas del expediente del padre Mariano estaban tiradas adentro de mi casa. Saqué mi navaja y me hice una cortada para guardar algo de mi sangre en un frasco. Mi abuela me dijo cómo buscarla, me dijo que lo hiciera en caso extremo únicamente. Sus últimas palabras fueron para pedirle a Dios que

me protegiera. Ella tenía la esperanza de que nunca me viera en una situación como ésta. Tomé el frasco con mi sangre, le puse sal, agua bendita, una raíz y prendí una vela blanca. Cuando prendí la vela, tocaron de nuevo a mi puerta, tan fuerte que casi la tumban. Recé como mi abuela me dijo, y la busqué:

*Arena y polvo, guardián del cielo y de la tierra
te doy mi sangre, mi aliento, el agua de mis lágrimas
y del sudor de mi frente.
Te doy la luz de mi camino y la raíz que vivirá en mí
cuando regresé a ser parte del suelo que sostuvo el
sendero de mi destino...*

Los golpes siguieron, los muebles de la casa se movieron. Vertí la sangre en la vela.

*Guardián del cielo y de la tierra abre paso a su espíritu,
deja que mi abuela sea libre y me proteja.*

Me sentí mareado, cerré los ojos.

*Guardián del cielo y de la tierra
deja que su espíritu venga a protegerme.*

La vela ardió y escuché lamentos de las almas dolientes, presas del demonio que me acechaba. Sentí que mi abuela me tocó la frente y la cabeza. Todo se calmó y yo no podía calmarme aún, sudaba frío y sentí su mano tibia. Tuve la sensación de que mi alma era libre de mi cuerpo y de todo lo terrenal. Abrí los ojos y no estaba en mi casa, estaba en la puerta de la casa de mi abuela. Cada noche rezaba mi abuela al dios del sol, a la virgen, a Huehuetéotl, a Toci. Ella creía en varios dioses y rezaba para protegernos del dios de la oscuridad. Vienen días en penumbras, días tristes y dolorosos.

El demonio desea a los inocentes y caza sus almas, como el lobo desea a la oveja y bebe su sangre. No hay ser que esté a salvo de la oscuridad.

Oscuro.

ESCENA 11

CAPITÁN ORTEGA está en su oficina. Tiene un oso de peluche con manchas de lodo. González entra.

GONZÁLEZ: A sus órdenes, capitán.

CAPITÁN ORTEGA: Esto se está yendo contra nosotros, González. Este oso de peluche era el favorito de mi hija y hoy que entré a mi oficina estaba en el escritorio. Lo mancharon con una especie de lodo.

GONZÁLEZ: Capitán, en mi casa pasaron cosas extrañas.

CAPITÁN ORTEGA: ¿Qué cosas?

GONZÁLEZ: Actividad paranormal.

CAPITÁN ORTEGA: ¿A qué llama usted actividad paranormal?

GONZÁLEZ: A que se muevan los muebles de la casa, por ejemplo.

CAPITÁN ORTEGA: ¿No será que toma cafés demasiado azucarados?

GONZÁLEZ: Creo que, en este crimen, hay que considerar más posibilidades de las acostumbradas. No se encontró indicio de que alguien haya entrado a golpear al padre Mariano, sin embargo...

CAPITÁN ORTEGA: No se deje impresionar, González. Esto es un juego psicológico. Es lo que acostumbra la iglesia.

GONZÁLEZ: Voy a interrogar otra vez al padre Mariano.

CAPITÁN ORTEGA: Hágalo. No olvide que la verdad está en lo que la gente calla.

GONZÁLEZ: Lo sé, capitán. Lo haré con el debido respeto a la memoria de su hija.

CAPITÁN ORTEGA: No se atreva, González.

GONZÁLEZ: Lo siento, capitán. Perdóneme.

Oscuro.

ESCENA 12

Aparece la silueta de una figura esquelética espeluznante y deforme. La figura camina en una forma parecida a un murciélago. Se escuchan voces que susurran en una lengua desconocida.

Oscuro.

ESCENA 13

CAPITÁN ORTEGA sostiene el oso de peluche con manchas de lodo.

CAPITÁN ORTEGA: Primero fue este oso de peluche, después dibujos del sol. Otro día, llegué, prendí la tele y estaba en el canal que a ella le gustaba. En el baño, el espejo estaba salpicado por el cepillo de dientes, así como lo salpicaba ella. Son cosas que nadie sabe, cosas que nunca nadie supo. He visto las huellas de lodo de sus piecitos. (*Viendo el oso de peluche.*) De este mismo lodo. Empecé a escucharla y a verla en mis sueños y, ahora, tengo los sueños más felices. (*Se escucha la risa alegre de YOLANDA.*) Te quiero mucho, hijita. Aquí está, papito. Te quiero, pollita. (*La risa se torna en llanto y gritos de desesperación.*) ¡Yolanda! ¡Yolanda!

YOLANDA: (*Voz en off.*) ¡Papito! ¡No, no quiero que me lleven! ¡Ayúdame, papito!

CAPITÁN ORTEGA: ¡Yolanda!

Oscuro.

ESCENA 14

GONZÁLEZ llega a la celda del PADRE MARIANO para interrogarlo.

PADRE MARIANO: Tenga cuidado. El maligno puede acabar con el espíritu de su abuela.

GONZÁLEZ: Le traje un Capuchino con Snickers, espero le guste.

PADRE MARIANO: Nunca lo he probado, gracias.

GONZÁLEZ: ¿Qué relación hay entre la muerte del obispo y Yolanda Ortega? ¿Por qué le cortaron las manos al obispo?

PADRE MARIANO: ¿Por qué pregunta eso? ¿Qué sabe de Yolanda Ortega?

GONZÁLEZ: Que nació el 6 de junio de 1996.

PADRE MARIANO: Ese día nacería la hija de Mariana Urquiza Comte. Mariana era el vientre, la semilla era del demonio; la niña era el Anticristo y fue sacrificada en el vientre de su madre. Se llevó a cabo un exorcismo mientras se efectuaba el sacrificio.

GONZÁLEZ: El informe dice que usted la reportó como robada.

PADRE MARIANO: No podía reportar otra cosa. Ese mismo día nació Yolanda Ortega.

GONZÁLEZ: Mariana Urquiza es su hermana menor, Mariano. Tenía 14 años cuando dio a luz. ¿Quién la embarazó?

PADRE MARIANO: El dios de la oscuridad.

GONZÁLEZ: Las fechas coinciden, pero eso no significa mucho. Hay algo más, ¿no es así, padre?

PADRE MARIANO: El capitán Ortega sabe más, pero son cosas que nunca revelará. La verdad está en lo que el capitán calla.

GONZÁLEZ: ¿Qué me dice de las manos del obispo?

PADRE MARIANO: Cortarle las manos al obispo es un mensaje, una amenaza. Las tinieblas, con el filo del odio, dejarán sin manos a los apóstoles. No habrá sacerdote que pueda dar los sacramentos, ungir aceite o dar la bendición. Nos de-

jarán sin manos para ordenar más sacerdotes. El ejército de Dios se irá acabando. La oscuridad devora la humildad, convierte la piedad en lodo de saña y lujuria. La oscuridad nos corta las manos. El dios perverso siempre ha tenido fieles.

GONZÁLEZ: ¿Qué es lo que tenía escrito el obispo en la espalda?

PADRE MARIANO: Laam aj. El capitán Ortega sabe qué significa. Su hija lo escribía en las paredes. A los seis años dejó de hablar, lo único que Yolanda Ortega decía era laam aj.

GONZÁLEZ: ¿Conoce usted a algún seguidor del dios de la oscuridad?

PADRE MARIANO: Conocí a la difunta esposa del capitán Ortega. Ella fue una gran colaboradora para la iglesia, pero fue seducida por la oscuridad. No puedo decir más. El capitán Ortega me ha prohibido hablar de su esposa y de su hija. Dice que la iglesia enloqueció a su mujer. Se niega a aceptar la verdad.

GONZÁLEZ: ¿Cómo murió la hija de Mariana Urquiza?

PADRE MARIANO: No dije que murió, dije que fue sacrificada. Su espíritu tomó el cuerpo de otra niña, que nació en el día del sacrificio.

GONZÁLEZ: ¿La hija del capitán?

PADRE MARIANO: Tengo prohibido decirlo. Los demonios están junto a usted, González. Deje el espíritu de su abuela en paz; de otra manera, también ella será presa de la oscuridad.

GONZÁLEZ: ¿Qué sabe usted de mi abuela?

PADRE MARIANO: Su abuela creía en muchos dioses, entre ellos el dios verdadero. Alguna vez la consulté para buscar el camino que siguió el espíritu maldito de la hija de Mariana.

GONZÁLEZ: ¿Es ese espíritu maligno el que mató al obispo?

Padre Mariano: Es más que espíritu o demonio. Anoche sentí su presencia. Nos acecha. Usted heredó los dones de su abuela; úselos si quiere corroborar lo que le he dicho.

González: Le prometí nunca usarlos.

Padre Mariano: Entonces traiga al capitán Ortega aquí, a la sala de interrogatorios.

González: Otra pregunta, padre: ¿por qué visita galerías y museos de pintura? Usted es invidente, no le encuentro sentido a esas visitas.

Padre Mariano: Es verdad. No puedo ver las pinturas. Lo que hago es tratar de sentir la emoción de quien está junto a mí, contemplando la pintura. Es lo mismo que ver a Dios. Para mí la forma más clara de verlo es al lado de alguien más, a través de alguien que atestigüe el milagro de mi vida. Ahora que hablo con usted, sé que compartimos este espacio y la misma incertidumbre sobre nuestros destinos. Usted es el testigo. Nunca dudo de la existencia de Dios, porque lo acompaño y soy su testigo en un museo o en esta celda. Gracias por el café, está un poco dulce, pero refrescante.

González: Ya le traeré otro, seguramente habrá más preguntas.

González sale. La intensidad de la luz baja.

Voz: Maladia natana, maladia humanu, maladia aspira. Benda luma danska a polva.

Padre Mariano siente dolor, reza con mucho esfuerzo.

Padre Mariano: Padre nuestro que estás en los cielos...

Voz: Serás víctima de tu propia sangre, Mariano. Traicionarás al dios que tanto amas. Maladia natana, maladia humanu, maladia aspira. Benda luma danska a polva.

ESCENA 15

Capitán Ortega y González en la oficina del capitán.

González: Hablé con el padre Mariano, capitán. No quiso decir quién embarazó a su hermana. Tampoco fue claro en

cuanto a la muerte del obispo. Sigue atribuyendo todo a demonios y al dios de la oscuridad.

CAPITÁN ORTEGA: Entonces es importante saber quién embarazó a su hermana.

GONZÁLEZ: Si, capitán. La verdad está en lo que calla. Otra cosa de la que no quiso hablar fue de su hija, capitán. Se limitó a decir que usted sabe que significa *Laam aj*, porque su hija repitió esta palabra durante varios años.

CAPITÁN ORTEGA: González, esa gente le hizo algo a mi hija y a mi esposa. Esos fanáticos religiosos me las arrebataron.

GONZÁLEZ: Dijo que su esposa era sobresaliente en la comunidad religiosa, mas fue seducida por la oscuridad. Que la verdad está en lo que usted calla, capitán.

CAPITÁN ORTEGA: Esas son mis palabras, González. Ese Mariano se cree muy astuto.

GONZÁLEZ: Mariano insinuó que su hija, Yolanda, fue poseída por la misma fuerza que intentaron exorcizar cuando quedó ciego.

CAPITÁN ORTEGA: Primero enloquecieron a mi esposa, ahora manchan el nombre de mi hija y usted me traiciona y empieza a creerles.

GONZÁLEZ: No hay que descartar lo que no comprendamos. Cuénteme qué pasó, capitán. ¿Qué es lo que hizo su esposa?

El escritorio se mueve, la luz baja, el oso de peluche manchado de lodo mueve la cabeza lentamente de un lado a otro. Se escucha la voz de YOLANDA.

YOLANDA ORTEGA: ¡No, papá! ¡Mamá no tiene la culpa! ¡Déjala, papá!

CAPITÁN ORTEGA: Hija, ¿en dónde estás? ¡Yolanda!

Se escucha la voz de MARTHA, difunta esposa del CAPITÁN ORTEGA. GONZÁLEZ entra en un trance y es parte de la voz del espíritu de MARTHA.

MARTHA: Ese que es el capitán Ortega, ese que defiende la justicia, me golpea y me encadena en el sótano...

GONZÁLEZ: ... me tortura, me deja sin comer, encadenada...

MARTHA Y GONZÁLEZ: ...en el sótano por muchos días.

YOLANDA ORTEGA: No la castigues, papá.

CAPITÁN ORTEGA: ¡Silencio, teniente!

MARTHA: Dios no me ha escuchado, no tiene piedad. Ofrezco mi alma al dios de la oscuridad, mi alma y la de mi hija, a cambio de que nos libre de Matías Ortega. Ofrezco mi sangre...

MARTHA Y GONZÁLEZ: ... y la de mi hija al dios del odio y la maldad. Libranos de Matías Ortega con tus garras. Somos ovejas para el lobo. Llévanos al lado de Lucifer. Libranos de Matías Ortega.

GONZÁLEZ cae desmayado.

CAPITÁN ORTEGA: ¡Deja a mi hija! ¡Déjanos en paz!

VOZ: Maladia natana, maladia humanu, maladia aspira. Benda luma danska a polva. Ortega Laam aj, Mariano danska a polva. Evig mørke egen deres sjæle.

CAPITÁN ORTEGA dispara a GONZÁLEZ.

ESCENA 16

CAPITÁN ORTEGA: Golpeé y torturé a mi mujer, por mi naturaleza de castigar a quien abusa de los demás. ¿Soy culpable? Al llegar a la casa encontraba a mi niña golpeada por esa bruja. Golpeada por no saberse el credo, golpeada por no entender la Biblia. Golpeada por interrumpir a su madre mientras estaba hundida, como loca, en oraciones de misericordia y alabanza. Tal vez no hice lo correcto, tal vez debí matarla y desaparecer sus restos. Ella ofreció el alma de mi hija a la oscuridad.

Cuando la golpeé rezó por mí y porque este mal que me invadía desapareciera, yo pedí a Dios que le quitara esa crueldad a mi esposa, le pedí que cuidara de mi hija, que pusiera un ángel para protegerla. Él no me escuchó. Dios habla en otra lengua, mira otros colores. Dios atiende a unos cuantos para que sean testigos de que existe. Yo, no niego su existencia porque conocí su ausencia. Conocí el vacío que dejó, conocí la destrucción que causa su pasión. Hizo sufrir a mi hija a manos de su madre y dejó que otro dios se ocupara de las sobras de sus actos, de las consecuencias de su abandono. Mi mujer ofreció su alma y la de mi hija al dios de las tinieblas y para mí siguen siendo las cuatro de la tarde siempre, pero sé que un día volveré a abrazar a mi hija. Sí, Yolanda. Aquí está papito.

Oscuro.

ESCENA 17

CAPITÁN ORTEGA lleva al PADRE MARIANO a la sala de interrogatorios. Asegura las manos de PADRE MARIANO con los grilletes de la mesa de interrogatorios.

CAPITÁN ORTEGA: ¿Qué pasa, padre Mariano Urquiza? ¿Por qué esta vez la iglesia no ha mandado a sus abogados a rescatarlo?

PADRE MARIANO: Porque no hay pruebas contra mí. Estoy a la caza del padre del maligno. Es mejor que me liberen para unirme a la guerra contra la oscuridad.

CAPITÁN ORTEGA: ¿Qué pasó con mi hija, padre?

PADRE MARIANO: Su hija fue poseída, su esposa entregó su alma al dios de la oscuridad. Usted dijo bien, eran las cuatro de la tarde cuando fuimos por ella, para exorcizar al demonio que la poseía.

CAPITÁN ORTEGA golpea al PADRE MARIANO en la cara.

CAPITÁN ORTEGA: ¿Qué le hicieron a mi hija?

PADRE MARIANO: La llevamos a la capilla que está debajo de la Catedral. Pudimos liberarla del demonio. Su alma quedó libre, pero su cuerpo no resistió los ataques del espíritu maligno.

CAPITÁN ORTEGA: La mataron. Una pandilla de fanáticos mató a mi hija.

PADRE MARIANO: Pusimos sus cenizas en agua bendita. Su hija no murió: Yolanda pasó a mejor vida.

CAPITÁN ORTEGA saca su pistola y dispara al PADRE MARIANO en el hombro.

CAPITÁN ORTEGA: No. Yo no voy a matarte. Serás víctima de tu propia sangre y traicionarás al Dios que tanto amas.

CAPITÁN ORTEGA sale. La luz de la sala de interrogatorios parpadea.

Voz: Mariano danska a polva. Evig mørke egen deres sjæle. Serás polvo Mariano. La oscuridad eterna poseerá tu alma.

Tras un oscuro breve, aparece YOLANDA, cubierta con el lodo creado por sus cenizas y el agua bendita.

Voz: Maladia natana, maladia humanu, maladia aspira. Benda luma danska a polva. Ortega Laam aj. Ortega es el cordero que saciará mi sed. Malditos son tus hijos, tu padre y tu espíritu, tu luz quedará en cenizas.

CAPITÁN ORTEGA regresa con un hacha y de tajo corta las manos al PADRE MARIANO. Oscuro.

YOLANDA, triunfante, levanta las manos del PADRE MARIANO, a manera de trofeo, y grita.

ESCENA 18

GONZÁLEZ usa un bastón, está ciego. Busca velas para ponerlas en un altar.

GONZÁLEZ: Esa noche murió el capitán Ortega. Se suicidó de un balazo. Yo quedé mal herido. Pasé varios días en coma. Tuve pesadillas que se volvieron realidad. En mis pesadillas sentía la presencia de Yolanda, sentía que estaba rodeado de odio y maldad y que una víbora vertía su veneno sobre mis ojos. En esas pesadillas sentí mucho miedo, todo era una profunda oscuridad. El día que desperté, estaba ciego. El padre Mariano también se suicidó. Traicionó sus creencias, traicionó a su dios. Mariano mordió la curación que le hicieron en los muñones, hasta que logró hacer un charco con su sangre. En ese charco, hundió la cara para ahogarse. Fue víctima de su propia sangre. Nunca pude llevarle otro café. (*GONZÁLEZ prende incienso.*) Cristo resucitó, dejó su cuerpo. Así, cuando el padre Mariano y sus ayudantes exorcizaron a Yolanda, ella dejó su cuerpo. La liberaron. Resucitó. Han aparecido más cadáveres de sacerdotes sin manos en varios lugares del mundo. La gente se horrorizó con la noticia al principio, después, se acostumbró; como se ha acostumbrado a los secuestros, a las violaciones, a los desaparecidos. Bien dijo el padre Mariano: las tinieblas, con el filo del odio, dejarán sin manos a los apóstoles. El filo del odio, de la soberbia, del egoísmo, de la indiferencia. La sociedad le está abriendo el paso al dios de la oscuridad. Yo ya no tomo esos cafés, ya no soy policía. Ahora tomo agua, cerveza, a veces tequila y café. Café americano sin leche ni azúcar. Ayer te llevé flores, abuela. Te prometo que voy a amar y a acariciar con estas manos a una esposa. Te prometo que voy a tener hijos. Te lo prometo, abuela.

GONZÁLEZ termina de poner las velas en el altar y se hinca a rezar. Repite el rezo hasta que se hace el oscuro total.

González: Natzgen karzinski otomul da spira animi ater-na, da spira vite daska luma trasta ojna damul. Arena y polvo, guardián del Cielo y de la Tierra. Te doy mi sangre, mi aliento, el agua de mis lágrimas y del sudor de mi frente. Te doy la luz de mi camino y la raíz que vivirá en mí cuando regresé a ser parte del suelo que sostuvo el sendero de mi destino.

AL FILO DE LA NOSTALGIA
BRENDA PEÑA VERA

PERSONAJES

ANA: 50 años

ENFERMERA: 60 años

DOCTORA: 55 años

NOVIO DE ANA: 40 años

HIJA: 25 años

VOZ DE HOMBRE

VOZ DE VIEJO

Voz 1

Voz 2

Voz 3

Voz 4

ESCENA I

Un pasillo largo de hospital, en penumbras, en sombras. Un pasillo con una camilla, allá, al final o al principio. ANA sale de las penumbras, avanza lentamente hacia la camilla y espera que vengan por ella. Se siente desvalida, humillada, vestida con esa ridícula bata que ponen a los enfermos al llegar al hospital. Larga pausa. Nadie viene. Ella se aferra fuertemente a la camilla.

ANA: ¿Dónde están todos? ¿Dónde? (*Nadie viene.*) Soy una guerrera. (*Grita.*) ¡Eso es lo que soy! (*Solo se escucha el eco de su voz.*) ¿Y a quién le importa? No tengo miedo. Eso menos les importa. ¿A qué horas vienen por mí? No encuentro mi cuarto. He tenido que avanzar por horas buscándolo. El pasillo es muy largo, interminable, y no tengo el menor sentido de ubicación. Ni a quién preguntarle. Ni una nariz se asoma por aquí.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Sigue esperando. Cuando se llega aquí, lo único que hay que hacer es esperar.

ANA: Cállate, te van a descubrir y entonces sí, te van a separar de mí.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: ¿En cuántos melodramas actuaste?

ANA: En algunos, horrendos...

VOZ DE HOMBRE EN OFF: (*Ríe.*) Pues te afectaron.

ANA: Es que estoy muy cansada. El pasillo es muy largo.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Y tu voz se hace chiquita. Y hablas bajito para que nadie te escuche... Melodrama puro.

ANA: Quitito, mi vida, sé que te salvarás.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: No me compadezcas.

ANA: Esto no es nada.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Me la pellizcan los doctores.

ANA: Por favor, cállate.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: ¡Me la pelan!

ANA: Baja la voz.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Te dije que traieras suficiente pan de pulque.

ANA: Casi alcanzaron todos.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Mezquina.

ANA: Me faltaron algunos, pero se lo repartieron.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Guzgos, muertos de hambre.

ANA: Me vas a hacer quedar mal.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Súbete a la camilla y déjate de hacer pendejadas.

ANA: Habla en voz baja, por favor.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: ¿Y quién me va a escuchar, si están atragantándose de pan?

ANA: Pero...

VOZ DE HOMBRE EN OFF: ¡Cállate y péinate!

ANA: Estoy tranquila. ¡Me la pellizcan los doctores! Va a ser una biopsia por aspiración, esta bolita tiene que ser grasa, hasta brinca la cabrona.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: No estés repitiendo lo que yo digo... Cállate, alguien viene...

Aparece una enfermera como si brotara de las sombras, como si siempre hubiera estado ahí.

ENFERMERA: Señora, es su turno. ¿Le ayudo?

ANA: A mí no me ayuda nadie. Siempre he podido sola.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: (*Sarcástico.*) Y ahora vas a decir...

ANA Y VOZ DE HOMBRE EN OFF: (*Al mismo tiempo.*) Ni cuando aquel cabrón me abandonó dejándome sola con mi niña.

Aparece HIJA a un lado de ENFERMERA, quien trata de subir a ANA a la camilla.

HIJA: ¡Tú le pusiste el cuerno, mamá!

ANA: Como haya sido...

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Ésta es tu versión.

ENFERMERA: Súbase a la camilla, señora. La doctora la espera.

ANA: (*Molesta.*) Si no me subo, no me lleva usted. ¿Verdad? (*Muy enojada.*) ¿Porque siempre les falta tela a estas garras?

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Y si te subes se te va a ver la cola.

ANA: (*Subiéndose a la camilla enojada.*) ¡Pues que se me vea la cola!

La ENFERMERA y la HIJA avanzan con la camilla.

ENFERMERA: ¿Y qué hace aquí?

HIJA: Mi madre...

VOZ DEL HOMBRE EN OFF: Le dijo que viniera.

HIJA: Bueno, en realidad no estoy aquí.

ENFERMERA: Es lo de siempre, ya lo sé.

HIJA: Es su deseo que así sea.

ENFERMERA: (*Compadeciéndola.*) La pacientita.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: ¿Cuál pacientita? ¡Hija de tu chingada madre!

ANA: ¿Cuántos kilómetros faltan para llegar con la doctora?

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Puedo sentir la energía de esta camilla, me golpea negativamente, ya me movió mis chacras.

Oscuro. Se escucha fuerte el tema “Torero” de la ópera Carmen. La gente aplaude. Se escucha en el oscuro la VOZ DEL HOMBRE.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: (*Ahora como comentarista de fiesta brava.*) Y se prepara la doctora, como si estuviera vestida de luces. Avanza con su figura gallarda. Trae las banderillas en sus manos. Me mira fijamente. Le regreso la mirada, la reto... ¡Y da la primera estocada! Las enfermeras aplauden, le pasan instrumentos. Ella hace reverencia, como si hubiera hecho una gran faena y me adormece, pero no me noquea, me defiende. “Trátame con cariño”, le digo. Siempre he estado con ella, soy hermosa. Sé que le gusto... ¡Y me río a carcajadas! Sí, soy yo, soy su chiche izquierda, la que más les gusta a todos, hasta a ti... Y de un trazo magistral me arrancó la bolita de grasa, la arrojó en un recipiente de cristal. Fue lo último que alcancé a escuchar, me durmió toda.

ESCENA II

Vuelve la luz al pasillo. La camilla sigue avanzando sola. HIJA y ENFERMERA han desaparecido.

ANA: Este olor me está matando.

HIJA EN OFF: Eres fanática del olor a alcohol.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: ¡Pero el de los hospitales no!

ANA: ¿A qué hora me van a dar mis resultados?

VOZ DE HOMBRE EN OFF: No lo sé. Quiero mantenerme dormido aún, para no sentir dolor.

ANA: ¿Quién está moviendo la pinche camilla?

VOZ DE HOMBRE EN OFF: No mames, qué viajesote.

Allá, al final del pasillo, se ve a la ENFERMERA que aparece y desaparece de acuerdo a los parpadeos de ANA al tratar de abrir los ojos.

ENFERMERA: ¡Señoral Coopere, por favor. Ya va al siguiente paso. La doctora no tarda.

ANA cierra los ojos y la ENFERMERA desaparece. La camilla se detiene y ANA se sienta inquieta.

ANA: Como si tuviera todo el tiempo del mundo. Tengo un montón de cosas que hacer.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Como si no supieras que un doctor nunca es puntual.

ANA: *(Se mira los senos. Se tranquiliza. Sonríe.)* ¡Estoy completa! Aquí están.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: ¡Las dos!

ANA: ¡Tan perfectas!

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Yo soy la mejor... la más perfecta, la más moldeable, la más acariciable, la más sensible, la más mordible.

ANA: Son mi orgullo. Mi escote es mi carta de presentación.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Tus “Nenas” te hemos abierto las puertas del éxito.

ANA: Sí, aún a mis cincuenta siguen levantando suspiros... y se encuentran en su lugar.

ANA repentinamente abre los ojos y aparece HIJA a un lado de ella, viendo espantada los senos de su madre.

HIJA: ¡Mamá! ¡Las tienes bizcas! ¡Y caídas!

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Bien que te di de tragar, malagradecida.

HIJA: Todos vemos la evidencia, no digas mentiras.

ANA: ¿Sabes cómo me dicen en mi oficina? ¡El mejor escote!

HIIJA: Mamá, no te dejan en tu trabajo llevar escote.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Agradece a Dios que estoy dormido, si no te agarraba a cachetadas, a chichazos yo solito.

ANA: Tengo mi trofeo de camisetas mojadas. ¿O no?

HIIJA: ¡Ay, mamá! Es una botella de caguama cromada; además, eso fue hace treinta años.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Pero no tenía que usar rellenos... ¡Como tú!

ANA: Si alguien sostenía una copa en sus senos, era yo.

VOZ DE HOMBRE EN OFF empieza a cantar la canción de “Chiquitibum” del comercial de la Carta Blanca del año 1968. ANA canta junto con VOZ DE HOMBRE EN OFF.

ANA Y VOZ DE HOMBRE EN OFF: “Chiquitibum a la bim bom bam...”.

HIIJA: ¡Qué asco, mamá! ¡Voy a pedir que te hagan un análisis del hígado!

HIIJA desaparece por el pasillo. Mientras se escucha VOZ DE VIEJO EN OFF.

VOZ DE VIEJO EN OFF: ¡Hija de tu chingada madre! ¡Huerca pendeja! ¿Pues qué te crees? ¡Pinche niña perfumada! ¡Ridícula, pendeja!

ANA: ¿Del hígado?

VOZ DE VIEJO EN OFF: Si ahora estoy mejor que nunca.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: ¡Putra madre!

VOZ DE VIEJO EN OFF: No estoy enfermo. Me encuentro en mis mejores momentos. Pero es que trabajo mucho, me das mucho trabajo...

ANA: ¿Eres...?

VOZ DE VIEJO EN OFF: Fines de semana y entre semana y a mediodía para agarrar valor y en la noche para poder dormir, y en la mañana para poder despertar.

ANA: No estoy ante un confesionario...

VOZ DE VIEJO EN OFF: ¿Y las botellotas de plástico de vino de consagrar que compras?

VOZ DE HOMBRE EN OFF: (A Ana.) Hazte la dormida. Es mejor y así lo callarás.

Oscuro.

ESCENA III

En el oscuro se escucha la voz de la DOCTORA, exageradamente melosa.

DOCTORA: Pacientita, pacientita: ¿cómo se encuentra mi señora?

ANA abre los ojos. Todo gira alrededor de ella, la camilla gira. Rodeándola aparecen la HIJA, la ENFERMERA y la DOCTORA.

ANA: Embarrada de angustia.

HIJA: No te desesperes.

ENFERMERA: Pronto todo pasará.

ANA: ¿Qué prosigue? No me tenga con el Jesús en la boca.

DOCTORA: El siguiente paso es... otra biopsia.

ANA: ¿No le bastaron dos?

DOCTORA: Tendrá que entrar a quirófano.

ENFERMERA: Es necesario este siguiente estudio.

HIJA: Mantente tranquila, mamita.

DOCTORA: Un estudio que nos pueda arrojar un mejor diagnóstico.

ANA: ¿Qué me quiere decir? ¿Qué va a pasar? ¿Cuánto tiempo me queda? ¿Es la única opción? ¿Es algo grave?

La camilla deja de girar. ANA se levanta de la camilla, va hacia la DOCTORA, hacia la HIJA, hacia la ENFERMERA, que desfilan frente a ella como sombras, sin expresión. Avanzando como autómatas con un plato de sopa y una cuchara.

HIJA: Tienes que comer.

ENFERMERA: Debes estar bien alimentada.

DOCTORA: Debes llegar robusta al hospital.

ANA: No me gustan los caldos de pollo del hospital. Saben a nada, caldo de nada. *(La empiezan a rodear, a darle de comer a fuerza. ANA se revuelve, las logra tirar.)* ¡No me pueden obligar a comer! Odio los hospitales.

HIJA: ¡Mamá! ¡Qué vergüenza! Eres tan ridícula.

ENFERMERA: Cíérrese la bata.

DOCTORA: Se le ve todo... Y no es momento.

HIJA recoge los platos y los avienta a una bolsa que cuelga de la camilla.

HIJA: A mí tampoco me gustan los hospitales.

ENFERMERA: Manténgase en la camilla, por favor.

ANA: Ya me siento enferma. Me está asustando... ¿Por qué me amarran a la camilla?

ENFERMERA: Es el protocolo.

HIJA: Para que no te muevas. Todos somos vulnerables en un quirófano.

ANA: Porque tú no eres la que está aquí como Santo Cristo.

DOCTORA: Señora, no me puedo aventurar a decirle nada, pero tenemos que hacerlo. *(Llama a la ENFERMERA a gritos.)* ¡Enfermera! ¡Prepare a la señora para la operación!

De la cabecera de la camilla descuelga un botiquín, de donde saca una jeringa para canalizarla. Entra la ENFERMERA con materiales para encontrarle la vena.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: ¿Otro piquete más? Parezco pavo navideño ¡Ya, por favor!

ANA: Si lo que quieren es dormirme, mándenme con mi psicólogo. A ver si en dos segundos no me quedo dormida.

VOZ DE VIEJO EN OFF: (*Sarcástico.*) O denle un poquito de alcohol, verá cómo se pone...

ANA: Yo no sé qué hago aquí, pero sí le voy a pedir que la anestesia sea de esa que te da un viaje agradable.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Denle un churro, y va a ver que ni el apellido recuerda.

La DOCTORA y la ENFERMERA ríen.

DOCTORA: Confíe, señora. Por favor, esto es rápido.

ENFERMERA: Señora, aquí está su mamá. ¿Quiere verla?

Poco a poco la conectan a más tubos que salen de las pa-redes, que bajan sobre su cuerpo.

ANA, VOZ DE VIEJO EN OFF Y VOZ DE HOMBRE EN OFF: ¡Sí, por supuesto!

VOZ DE VIEJO EN OFF: Mejor no. Me va a echar la culpa por no tener el poder suficiente para sacarle todo el alcohol del cuerpo.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: ¿Cómo me va a ver así toda cableada? Dígale, enfermera, que es un rotundo *no*.

ANA: Soy una cobarde, pero no quiero que mi madre, ni mi hija me vean así, aquí en el quirófano, oliendo a nervios.

DOCTORA: Tranquila, relájese. Solo faltan unos cuantos piquetitos.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Así le dijeron a Frida Kahlo y la dejaron bien madreada. Duérmete, duérmete solita...

Entre la DOCTORA y la ENFERMERA logran poner a ANA en posición fetal.

DOCTORA: Tranquila, tranquila. Encórvese para que entre bien la aguja.

ANA grita por el dolor.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Te dije que te durmieras, pendeja.

ESCENA IV

Se ilumina lentamente el escenario.

ANA: (*Despertando de la anestesia.*) ¿Estoy bien? ¿Cómo están mis chiquillas? Mis nenas adoradas.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Bien cogidas.

VOZ DE VIEJO EN OFF: Déjanos dormir.

ANA trata de reincorporarse. La ENFERMERA la recuesta despacio. La DOCTORA a un lado con los guantes llenos de sangre y un frasco transparente en la mano con la muestra.

DOCTORA: Ana, ya quitamos el tejido, fue solo esto.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: ¡Por Dios! ¡Ahí va la mitad de mí!

ENFERMERA: Ana, solo fue un trocito de tejido.

DOCTORA: Ahora esperaremos unos diez días para los resultados. Recupérese, por favor.

ANA buscándose su cicatriz.

DOCTORA: Ahorita no va a poder ver su cicatriz, le pusimos un vendaje.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Suélteme, por favor. Suélteme, vieja horrenda.

DOCTORA: Tranquila. (*Voltea con la ENFERMERA.*) Cuando se le pase la anestesia y se sienta un poquito mejor, le traes un caldito de pollo.

ANA: No, caldo de pollo no... ya sentí el vendaje. Ni el corsé de mi boda estaba tan apretado.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Apenas puedo respirar. Libérenme, por favor.

DOCTORA: Me tengo que retirar. Tranquila, madre. Mañana paso a chequeo. Le dejo la receta. Con permiso.

ANA: (*Exaltada.*) ¡Doctora, no se vaya!

VOZ DE VIEJO EN OFF: Te prefiero borracha, aunque me chingues más.

ANA: Diez días. No puede ser. ¿Cómo vivir ese tiempo entre la zozobra y la angustia?

ENFERMERA: En un momento regreso por usted. Tranquilita.

ANA: Está igual que la doctora: me hablan como si estuviera retrasada o sorda.

Oscuro.

ESCENA V

ANA está acostada aún en la camilla. Sigue canalizada. Se ilumina su rostro por la luz blanca que proviene de la cabecera de la camilla.

ANA: Esto es una eternidad. ¿Dónde están todos? ¿Por qué no están cuando estoy paralizada de dolor? ¡No me salgan con que aquí están conmigo! ¡Si ni se han aparecido en el hospital! ¡No puedo pensar otra cosa que no sea mi miedo! Las vendas aprisionan mi alma y mi corazón. Mis lágrimas mojan las gasas, confundiéndose con la sangre atrapada. ¡Y esta cabrona soledad! (*Les habla a las voces de hombres en off.*) Despierta, yo ya desperté. ¿Y tú, pinche hígado? ¿Ya no me vas a seguir chingando?

NOVIO DE ANA repentinamente aparece atrás de la camilla. Trae un ramo de flores en sus manos.

NOVIO DE ANA: ¿Con quién hablas?

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Ahí está “tu niño”.

ANA: Solo es diez años menor que yo.

NOVIO DE ANA: ¿Otra vez con lo mismo? Me encantas por madurita.

ANA: ¿Qué pasaría si en los resultados saliera algo mal?
¿Dejarías de quererme?

NOVIO DE ANA: Nunca.

ANA: Tócame. (*Toma la mano del NOVIO y la pone en su pecho.*) Dime que siempre vas a estar aquí.

NOVIO DE ANA: ¡Intactas! (*Acaricia el pecho de ANA sensualmente.*) ¡Sin control!

VOZ DE HOMBRE EN OFF: ¡Pendejo! Suéltame, me duele.

NOVIO DE ANA sigue acariciando su pecho. ANA se tranquiliza.

NOVIO DE ANA: Ahí están aplacaditas, mis nenitas.

ANA: Un día, mi mamá llegó con un regalito. Muy feliz me lo entregó. Era una cajita rosa. Mi padre sonreía muy orgulloso por heredar los genes de su madre. Adentro tenía guardado mi primer brasier. Sentí que el cielo se me caía completito de la vergüenza. Peor me sentía cuando mis compañeras en primaria se reían de mí. ¡Chichona!

VOCES EN OFF: (*Burlándose.*) Chichona, chichona, chichona...

NOVIO DE ANA: ¡Envidiosas!

ANA: O el apodo de “Bubicienta” en secundaria.

NOVIO DE ANA: Se pusieron más frondosas seguramente.

ANA: (*Ríe.*) Me ponía doble suéter y me jorobaba, para que no se me asomaran; así como ahorita me arqueo, pero por el dolor. Después, me di cuenta que, mientras yo sufría, mis amigas se ponían papel de baño en sus corpiños y... ¡Todo empezó a cambiar! (*Se escucha un jazz alegre a lo lejos, poco a poco se esfuma la presencia del NOVIO DE ANA.*) Cuando el chico que me gustaba me sacó a bailar el día del estudian-

te, quitó mi grueso suéter que tapaba mi vergüenza. Nunca olvidaré su mirada atenta a mi reluciente pecho. Ese día tomaron vida propia, hablaban por mí. Jamás se volvieron a quedar calladas. Gritaban las condenadas.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Por eso siempre debes realizar una buena obra con los hombres que las aprecian.

*ANA se descubre sola. Todo pasó en su mente. El jazz sue-
na a melancolía.*

ANA: No vino a verme, ¿verdad?

VOZ DE VIEJO EN OFF: Alucinaste. ¡Y sin tomar una sola gota de vino!

Oscuro.

ESCENA VI

*ANA sentada en la camilla. Ya no está canalizada. Solo ella y
SU HIJA viéndose a los ojos.*

ANA: Sigue viéndome a la cara. No me desvíes la mirada.

HIJA: Siempre me has ganado en este juego.

ANA: Ahora es diferente. ¿Por qué traes los ojos rojos? ¿Lloraste? No te quedes muda por el amor de Dios. ¿Hay malas noticias?

Se quedan viendo fijamente.

HIJA: Mamá, tranquila. Ya viene la doctora.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: *(Hablando a la soledad del pasillo.)*
Las piernas de Ana sostenían su cuerpo, no sé cómo. Un hilo frío de sudor corría por su espalda.

La DOCTORA aparece a un lado de la camilla con papeles en la mano.

ANA: ¿Quién se murió? Quiten esas caras.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Ya. Díselo. Vieja de mierda. No alargues su sufrimiento. Aquí los minutos se hacen horas. ¡Díselo ya!

DOCTORA: Ana, los resultados no han sido favorables. Pero estamos a muy buen tiempo.

VOZ DE HOMBRE EN OFF: ¡No mames!

ANA: ¿Tengo...?

DOCTORA: Si, Ana. Tienes cáncer.

ANA: ¿Cáncer?

VOZ DE VIEJO EN OFF: ¡Ya nos llevó la chingada a todos!

DOCTORA: Pero estamos a tiempo. El siguiente paso es retirar tu pecho izquierdo. Serán necesarias las sesiones de quimioterapia y radiación.

ANA se levanta y empieza a caminar como enloquecida.

ANA: ¡A mi cuerpo no me le va hacer nada ni usted ni nadie! (*Camina en círculos.*) ¡No, no, no! No quiero operarme, no quiero perder mi pecho. ¡Que pase con mi cuerpo lo que tenga que pasar! Y en el tiempo que tenga que ser.

La DOCTORA y la HIJA caminan atrás de ANA intentando calmarla.

HIJA: Ésa no es mi mamá.

DOCTORA: Ana.

HIJA: Mi mamá siempre ha luchado.

DOCTORA: Ana, detente.

HIJA: Mi mamá siempre sale adelante. (*La HIJA logra detenerla, viéndola fijamente a los ojos.*) Mi mamá es una mujer que lucha, que se levanta, que sale adelante, que enfrenta sus miedos.

ANA respira profundamente.

ANA: Y que está loca. (*Ríe resignada.*) Perdón. No es la mejor noticia, doctora. Usted entiéndame. ¡Haga lo que tenga que hacer! Opéreme, pero le voy a pedir un favor... ¡No me vaya a dar caldo de pollo!

Oscuro.

ESCENA VII

Del fondo del pasillo aparece la ENFERMERA llevándola en la camilla. La HIJA y el NOVIO DE ANA hacen una valla.

HIJA: Mami, pase lo que pase, recuerda que te quiero mucho.

NOVIO DE ANA: ¡Chiquita! Ya sabes que estoy en tu corazón.

VOZ 1: Dios contigo.

VOZ 2: ¡Pobre de ti!

VOZ 3: ¿Cómo te pudo suceder?

VOZ 4: Mis oraciones están contigo.

VOZ 5: ¡Lástima, tan joven!

ANA: Se despiden de mí como si fuera directo al pozo. ¡Sigo viva, cabrones! ¡Solo me van a quitar una chiche!

VOZ DE HOMBRE EN OFF: A mí... Sentí todos sus pensamientos.

ANA: ¿Cómo me verán los demás? ¿Cambiará mi vida? ¿Perderé a mis amigos?

VOZ DE HOMBRE EN OFF: Temblaba todo su cuerpo. Parecería que todo el dolor se le acumulaba en su cabeza, en sus pensamientos. El dolor mental es una locura total. Quería levantarse e irse corriendo. Las ganas de gritar no disminuían. Pero las ahogó recordando sus buenos momentos.

Oscuro.

ESCENA VIII

La luz de la ventana ilumina la camilla. ANA está conectada a cientos de mangueras.

ENFERMERA: Madre... ¿Cómo se siente?

ANA: ¡Infame! (*Se toca el pecho.*) Me recuerda minuto a minuto mi pérdida. Y su compañera lo siente de tal modo, que se manifiesta también con un dolor, como forma de protesta.

HIJA: Mamá, ¿estás bien?

ANA: Bien madreada. Tengo todos los miedos. Tú lo sabes: todas las fobias... Pero esto es diferente.

DOCTORA: Ana, esto es una etapa, vamos a salir bien de todo.

ANA: En esto estamos solas. Si supiera que difícil es desprenderme de una parte de mí. Pinche enfermedad, mira que venir a quitarme algo mío...

ENFERMERA: Tiempo al tiempo, señora. Usted tranquila siempre.

ANA: ¡Mutilada! Cuando sentí que ya no estaba me quise morir junto con ella. ¡Me siento derrumbada! ¡Derrotada! ¿Cómo voy a llenar mi brasier vacío?

HIJA: Mamá, podemos comprar una prótesis; es más, si quieres hasta copa c.

DOCTORA: Todo está bien, Ana. ¿Puedo hacer algo por usted?

ANA: Quiero mi bubi. No quiero estar incompleta. Nací enterita. Usted sabe que no me faltaba nada. ¡No me voy a mover si no me la entregan de regreso!

HIJA: Mamá, por favor...

ANA: No me doy de alta si no me la entregan.

HIJA: ¿Para qué la quieres? ¡Qué horror!

DOCTORA: Me obliga a fallar al protocolo... Pero aquí la tiene. (*Le entrega un gran frasco con el seno izquierdo en alco-*

hol.) Enfermera, súbala en una silla de ruedas y llévela a la salida. Ana, tienes que ajustarte a las siguientes reglas por tu propio bien.

Aparecen los demás personajes manoteando exageradamente, a modo de conciencia.

ENFERMERA: Adiós reuniones.

DOCTORA: Adiós alcohol, porque te vamos a traer bien monitoreada.

HIJA: Adiós al tabaco.

NOVIO: Adiós a los *litrotes* de cerveza en el beisbol y adiós mi conejita *Playboy*, en la que se convertía después del segundo litro.

DOCTORA: Recuerde, señora: hay que comer bien.

ANA: Con la raquítica dieta que me dejaron, ¿cómo quiere?

ENFERMERA: Pórtese bien, señora.

ANA: ¿Sin salir? Claro que me voy a portar bien.

HIJA: Mamá, tienes que cambiar de ritmo de vida.

ANA: Ya lo sé. No tienes que recordármelo. Todo mundo me lo dice.

NOVIO: Échale ganas, mami. Por acá te estoy esperando.

ANA: Sí, toda la gente me dice lo mismo: “échale ganas”, como si fuera la frase mágica.

Oscuro.

ESCENA IX

ANA al final del pasillo viéndose en un espejo, lentamente baja la bata y descubre su pecho.

ANA: ¿Qué demonios pasó? ¿Por qué mi espejo se opaca cada vez que me reflejo en él? ¿Cómo explicarle a la gente que me habla y me pregunta cómo me encuentro?

¿No saben que tuve que enterrar parte de mí? (*Mirando la zona en la que se encuentra su cicatriz.*) Sé que ahí estarás bien, debajo de los rosales, protegido por uno de mis duendecitos de madera. Te recé como si le rezara a una parte de mi muerte. Sé que así será, en pedacitos, sigo viva a pesar de todo.

Atrás de ANA aparece la HIJA que ve la gran cicatriz en el espejo.

ANA: (*Se toca la cabeza.*) Tendré que raparme, hija. Voy a parecer bola de billar.

Se ven y sonríen.

HIJA: Conseguiremos una peluca, hay unas muy bonitas y modernas.

ANA: ¡Claro que no! ¿Quieres que me vea como una muñeca vieja? Además, terminas aventándola y usando un turbante o una mascada. ¿Ya viste mi cicatriz? Es enorme.

HIJA: Te puedes hacer un *tattoo* de un dragón o un ciempiés. Mira, ya lo llevas empezado... (*Las dos se ríen.*)

ANA: ¿Te das cuenta? Ahora tienes una mamá con un diseño aerodinámico.

HIJA: Sí, del lado izquierdo ahora nos parecemos más. Las dos somos copa a. (*Ríen.*) Esa cicatriz debes llevarla con orgullo. Es digna de una guerrera.

Oscuro.

ESCENA X

ANA de nuevo en la camilla.

DOCTORA: ¿Me permite? Vamos a poner unos puntitos para marcarla.

ANA: Ni que fuera vaca. Bueno, lo tomaré como mi primer *tattoo*. (*Hablando con su seno izquierdo*.) ¿Sabes? Hoy iré a visitarte a ese sepulcro de rosas. Me tatuaron puntitos por todos lados, mi cicatriz, mi barriga. El de mi escote, una amiga lo confundió con un barro; con una cara de asco, me lo hizo saber. Pero poco a poco, con esta situación, se te van resbalando las opiniones pendejas de la gente.

DOCTORA: Ana, prepárese. Son seis meses de radiación y aquí no contamos con los aparatos necesarios, así que la tendremos que trasladar a otro estado. Le tocó cerquita, son seis horas de camino.

ENFERMERA: Sentirá algunos malestares, pero son leves.

ANA: (*Sigue hablando con su seno izquierdo*.) Imagínate: seis meses de quimio y radiación lejos de mi casa, qué pesadilla. Con la quimio, ¿cuál leve malestar? Se me quería salir el intestino, los olores ya no los soportaba y toda la comida me sabía a hoja de tamal. ¡A nada! Mi desasosiego empezaba al llegar a casa.

HIJA: Sí, me esmeraba para recibirla con el baño limpio, porque llegaba directo a sacar el veneno que la estaba consumiendo amargamente. ¡Tres días de vómito y cama mínimo!

ANA: Según yo, era experta en resacas; pero esto, lo superaba todo.

NOVIO DE ANA: Pagó un precio muy alto: endosando la vida, como si fuera un cheque. Me decía que ya no soportaba ver la cara de sus seres queridos, por el cansancio, la depresión y lágrimas. Toda esta lucha grandísima en una sola firma. Ese proceso bombardeó sus emociones, ya no sabía ni cómo tratarla.

HIJA: Fue un shock de ira, incredulidad e impotencia.

NOVIO DE ANA: Comenzó a compadecerse de sí misma... y no estaba padre.

ENFERMERA: En la terapia empezó a sentarse con las peloncitas. Me comentó que ya no quería para ella una vida triste y lastimera. Así que tomó el toro por los cuernos y empezó a platicar con ellas.

ANA: Me enteré de la vida de todas y sus procesos. También me di cuenta que no soy tan distintita. Soy exactamente igual que ellas y pude ver que teníamos un fin común: ganar la gran batalla.

DOCTORA: ¿Por qué existe una barrera entre una enfermedad y otras? ¿Por qué me relegan a mis pacientes como si el cáncer se cociera aparte? Al fin y al cabo, es una enfermedad.

ANA: Llegué a una conclusión. Es por sus miedos. Relacionan nuestra enfermedad con un olor a muerte temprana. Y luego te encuentras con la gente que te conoce. ¡Y pelona! Se acercan y te preguntan: “Ana, Anita, ¿qué te pasó?” ¡Pendejos! Con ganas de decirles: “¡No es nada, me llené de piojos y me raparon!” De éstas hay muchas historias que me pasaron, como la de aquella fulana que se me acercó... (*Imitándola.*) “¡Amiga, si meditas te vas a acostumar al dolor! Hasta puede ser placentero”. ¡Pinche vieja sadomasoquista! A mí lo de la rapada me valió madre, si no fuera porque el sol me tatemaba la pelona, nada más por eso me puse turbante; bueno, en contadas ocasiones: no lo soportaba.

ENFERMERA: Luego, la pasaron a radiación. ¡Otra aventura más! Su rostro cambió. Ya no era el mismo. Se le veía a lo lejos el cansancio.

HIJA: De nuevo lejos de la casa, la recibió en el hospital una doctora que apenas volteaba a verla.

DOCTORA: ¿Sí sabe, señora, qué grado y tipo de cáncer tiene? ¿Y cuál es su tratamiento? ¿Conoce el número de sesiones que le vamos a dar?

ANA: Me le quedé viendo a los ojos. “¿Tengo acaso una bola de cristal, pendeja? El turbante es porque tengo cáncer, no porque soy adivina, infeliz. Si supiera todo no estuviera aquí”.

ENFERMERA: La doctora era de carácter agrio; vamos a llamarlo, difícil: obcecada y necia.

DOCTORA: ¿Si sabe, señora, que su tipo de cáncer puede regresar en cualquier momento? ¿También está enterada de que su pulmón se va a quemar en cierto grado y que sufrirá de quemaduras y una mancha oscura cubrirá su piel? ¿Verdad?

ANA: Ya tenía bastante con verme la cicatriz que me había dejado la otra doctora, ¡por Dios! ¡Estamos tan sensibles en esos momentos! Hay maneras de decirlo. Pero la historia cambió... Los dulces de Parras y el pan de pulque me consiguieron un mejor trato. Me abrieron mágicamente las puertas del hospital. El trato cambió, del cielo a la tierra. A veces por pequeños detalles te tratan excelentemente bien.

Aparece la DOCTORA con el pan de pulque en la mano.

DOCTORA: ¿Cómo le va, Anita? Si gusta, mañana le cambiamos turno para que sea usted la primera y pase directo. ¿Cómo ve?

ANA: Y la nueva enfermera no se quedó atrás...

Aparece la ENFERMERA con la bolsa de pan de pulque en una mano y en la otra los dulces.

ENFERMERA: ¡Señora Ana! Muchas gracias por su presente. ¿Se le perdió el tarjetón de citas? ¡Pierda cuidado! Yo se lo tramito, para que ya no vaya a Trabajo Social. (*Se acerca a ANA y le susurra al oído.*) ¡Me encantaron los molletes! ¡Pero soy fan de las empanadas de piloncillo con nuez! ¡Y de las semitas y de los dulces de Parras! El de higo es mejor, digo, por si se llega a darse la vuelta por allá.

NOVIO DE ANA: En ese tratamiento también tuvo momentos bien canijos. No nos podíamos ver, solo hablábamos por teléfono, y en ratitos. Se dormía todo el día y no aceptaba mis video llamadas porque, según ella, se sentía muy fea.

ANA: Eran tan fuertes las punzadas, que sentía como cu-chillos por las quemaduras. Semejaban abrir mi piel nuevamente. Pasaba a ese túnel, que me hacía sentir tan indefensa al entrar con mis brazos hacia arriba, y mi pecho al descubierto. Sentía que me aferraba a la vida los minutos que estaba dentro, tomando con fuerza las manijas de los aparatos. Eran tan recurrentes los dolores que no me avisaban, pero me gritaban mi enfermedad. Empecé a dormir como koala. Entre sueño y sueño, me tomaba la pastilla deseada para matar el dolor tan infame, ese que me recordaba minuto a minuto la pérdida de una de mis nenas. (*Ve su cicatriz.*) Tu pérdida. Lloraba como una Magdalena. Me dolía respirar y no aguantaba la ropa. Me retaqué de hojas de guanábana, laurel, la planta de calonche, el veneno del alacrán azul, la terapia de agua de mar y todas las pastillas naturistas que me pude encontrar: todo para no volver a pasar por esto. (*Viéndose el pecho que le queda.*) Solo quedamos tú y yo. No me abandones. Cuando mi gordito me vio desnuda, después de la operación, tapé con mis manos donde alguna vez estuvo mi hermoso seno. Estaba parada frente a él y lentamente bajó mis manos. Su reacción me dio confianza y amor, su mirada me enterneció y, con su voz clara y profunda, me dijo...

NOVIO DE ANA: Te amo. No eres nada más un seno, eres mucho más que eso. Eres una gran mujer, la que yo escogí como compañera. No es necesario que me ocultes nada, mamita. Ven, acércate.

ANA: Sus brazos fueron los más cálidos. Besó mi cicatriz y fue el mejor beso que me ha dado, el más valioso. Desaparecieron mis temores...

La luz se concentra en el espejo, no hay nadie. ANA está sola.

ANA: Nunca vino. Ni se atrevió siquiera a hablarme, mucho menos a ver mi cicatriz... Se esfumó así como una bocanada de humo.

Se empieza a ver que un rosál florece en la pantalla del espejo.

ANA: Te despido. Sé que vas a florecer en los rosales y te prometo que hay mujer para rato, que hoy más que nunca gozaré la vida, sus momentos. Independientemente de tener o no tener una pareja, siempre tendremos a alguien dándonos su amor en este proceso.

VOZ DE VIEJO EN OFF: Aquí sigo yo, no se te olvide. Y si quieres, por esta noche ponme a trabajar. ¡Empédate de vida! Tómatela a borbotones, chingao.

NOVIO DE ANA: Y aquí traje el tinto, el vodka y el mezcal.

HIJA: ¡Salud!

ENFERMERA: ¡Lucha, Ana! Tienes una hija por quien luchar.

DOCTORA: ¡Vive el momento, Ana! Día a día.

NOVIO DE ANA: Siente.

HIJA: Vive.

ANA: El cáncer fue solo un capítulo en tu vida, no es toda tu historia. Tu historia... apenas comienza.

TODOS: ¡Viva la vida! ¡Salud!

Los demás personajes se van perdiendo por el pasillo. ANA voltea a verlos hasta que desaparecen. Una música tranquila se escucha. ANA se para en el proscenio. Se quita la bata de hospital y queda elegantemente vestida.

ANA: Gracias, yo soy Ana. Solo un personaje escrito en mis horas de angustia, pero que me dio la fortaleza de estar frente a ustedes, luchando, como tantas mujeres en el mundo.

Oscuro.

ANIMALES RACIONALES
ELIZABETH RAMÍREZ

PERSONAJES

ALBERTO: hombre de 26 años

BRENDA: mujer de 25 años

FERCHO: hombre de 29 años

UNO

Es de noche. BRENDA llega con un par de maletas al pequeño departamento de ALBERTO. Timbra. ALBERTO abre y ella entra rápidamente. ALBERTO, dirigiéndose siempre al público. BRENDA siempre a ALBERTO.

ALBERTO: Abrí la puerta y entró como un vendaval.

BRENDA: ¡Por fin mi amor! ¡No sabes qué alivio!

ALBERTO: Aventó las maletas al piso.

BRENDA: Ya no aguanto a mis papás.

ALBERTO: Sus papás son buena onda. La apoyan en todo.

BRENDA: Sí, pero ya estoy grandecita para seguir en su casa.

ALBERTO: Fue a la cocina, abrió el refrigerador, sacó la única... mi única cerveza, se sentó en el sillón y se la tomó de un solo trago.

BRENDA: No sabes qué feliz me hace que estés aquí.

ALBERTO: ¡Aquí vivo! ¡Es mi departamento!

BRENDA: Y que viviremos juntos.

ALBERTO: ¿Los dos? ¿Ella y yo?

BRENDA: Juntos, mi amor.

ALBERTO: ¿Ya?

BRENDA: ¿Qué tienes de cenar?

ALBERTO: Nada, no pensaba cenar. Lo que menos planeaba era ponerme a cocinar. Que cocine ella.

BRENDA: ¿Cocinar? ¡No, qué flojera! ¡Me acabo de pintar las uñas! (*Sonríe y se le acerca coqueta.*) Qué te parece si mejor salimos por una pizza. Tú invitas. ¡Ándale! Y así festejamos que ya estoy aquí.

ALBERTO: Aún no me depositan la beca y tengo poco dinero...

BRENDA: Bueno, solo la pizza y dos cheves cada uno.

ALBERTO: ¡Y acepté!

Ella lo toma de la mano y lo jala. Él sale viendo desconcertado al público.

Dos

Departamento de ALBERTO. BRENDA notoriamente ebria. ALBERTO sigue dirigiéndose al público.

ALBERTO: Pues no, no fueron dos cervezas, ni poquitas horas... ¡Nos pasamos! Son casi las tres y me tengo que levantar temprano a aplicar encuestas para la investigación. Apenas alcanzo a dormir cinco horas.

BRENDA: ...Quizá cuatro, o tres. *(Se le acerca y comienza a acariciarlo.)*

ALBERTO: El alcohol la excitó. *(Entra melodía erótica de saxofón.)* Puso música en su celular, empezó un baile sensual y no me hizo caso cuando le pedí dormir porque tenía que levantarme temprano.

BRENDA: ¡Ándale, flaquito! Es nuestra primera noche... *(ALBERTO voltea a verla extrañado.)* Oficialmente, me puse ropa sexy, para ti...

ALBERTO: ¡Soy débil! ¿Quién se puede negar ante una mujer así?

BRENDA continúa bailando y quitándose la ropa. Con movimientos sensuales se dirige a la lámpara de mesa. Apaga las luces.

Oscuro.

TRES

Suena el despertador. ALBERTO se levanta sobresaltado, se le ha hecho tarde. Ahora es BRENDA quien habla al público y ALBERTO a ella.

BRENDA: ¡Apenas acabábamos de dormir y sonó el despertador! A él no le importó que yo estuviera dormida, tenía un ruidazo. Ni siquiera hacía el mínimo intento por apagar ese mugrero.

ALBERTO: (*Vistiéndose para irse a trabajar. Secándose el pelo. Gritándole a BRENDA para hacerse escuchar sobre el ruido de la secadora de pelo. Se escucha además el ruido de la licuadora moliendo un par de plátanos.*) Oye, ¿tú qué onda? ¿Cómo vas con el curso?

BRENDA: (*Cubriéndose la cabeza con la almohada.*) Del curso de estilista, me salí. Tuve un roce con Moni. ¡Vieja hipócrita! Además, ¿qué iba a hacer una mujer como yo de estilista? Barriendo pelos ajenos, quizá hasta con piojos, talqueando pescuezos... ¡Qué horror!

ALBERTO: ¿Te peleaste con Moni? ¿Con tu gran amiga Moni? La semana pasada me hiciste comprarle un regalo por su cumple, por cierto, algo caro.

BRENDA: ¿Qué los hombres no entienden que a uno le puede caer mal una persona de un día al otro? Aunque ya ni recuerdo la razón. Me cayó mal, punto. Quiero dormir.

ALBERTO: Me voy. Haces la comida, mi amor.

CUATRO

BRENDA se incorpora y comienza a cambiarse, va de salida. En eso, llega ALBERTO. Ella dirigiéndose todo el tiempo al público.

ALBERTO: ¡Mi amor, qué guapa! ¿Festejamos algo?

BRENDA: Le aventé un beso al aire. Además, no soy como

cualquier mujer aburrida que espera a su hombre con la comida lista y viendo su cara para recibir signos de aprobación. Tampoco soy de esas que hasta la ubicación le manda a su marido para que sepa dónde está y no tenía por qué explicarle que iba con mis amigas por un café.

ALBERTO: ¿Qué hay de comer?

BRENDA: Todo lo que tiene en la alacena, que prepare lo que se le antoje. ¡Yo, me voy! Odio cuando se pone en plan de víctima. De reojo, vi que se sentó en el sillón con los ojillos de perro apaleado y sacó de su mochila una bolsa de botana, empezando a comer “desanimado”. Obvio, hacía teatro para que yo lo viera. (*Sale.*)

CINCO

Se escucha el sonido de las llaves. Es BRENDA quien llega, ebria. ALBERTO la observa molesto. Ella continúa dirigiéndose al público.

BRENDA: ¡Estaba emputadísimo cuando llegué!

ALBERTO: ¿Qué onda contigo? Es súper tarde, hueles a alcohol. ¿No que ibas a un café?

BRENDA: No entendía que en el café también venden cerveza. Tanto escándalo por una cerveza. Me tomé una, una, o quizá dos... tres. Mejor me voy a dormir.

Se tira en la cama y comienza a platicar por WhatsApp. ALBERTO se acerca.

ALBERTO: Amor, necesitamos hablar. Mira... yo... te amo... mucho. Eres atractiva, buena onda, cariñosa...

BRENDA: Y pronto se le terminaron mis atributos.

ALBERTO: Me gusta que estés conmigo, me siento feliz...

BRENDA: Pero...

ALBERTO: (*Con temor al decirlo.*) Mi beca algún día se va a

terminar y... me gustaría que me apoyes mientras me titulo y consigo un buen trabajo.

BRENDA: Díganme que no escuché mal. ¿Quiere que yo lo mantenga?

ALBERTO: No, escúchame. Pienso que sería conveniente que busques un trabajito de medio tiempo y me apoyes por lo menos con los servicios. Tú consumes mucho internet.

BRENDA: ¿Merezco que me trate así? ¡No! Yo sé lo que valgo.

ALBERTO: Mereces lo mejor del mundo, pero estamos empezando y por ahora no puedo solo.

BRENDA: Para eso son los hombres los proveedores. ¿Qué? ¿Éste no tienes huevos? Si quiere vieja que la mantenga ¿Trabajar yo? Es más que claro que no me valora.

ALBERTO: Eso no es cierto.

BRENDA: Además, vean donde me tiene, en este cuartocho. Esto es... es un... un...

ALBERTO: Un pequeño departamento de soltero...

BRENDA: ¡Es una pocilga! Y no está soltero.

ALBERTO: No te enojés, no te pongas así.

BRENDA: Es que estoy sorprendida. Mírenme bien, soy guapa, tengo buen cuerpo, tengo muchos batos tras de mí. Y vine a terminar aquí. A mí me tratan de reina para arriba y, si no, mejor... *(Toma su maleta para comenzar a guardar sus cosas.)*

ALBERTO: Espera, ¿qué haces?

BRENDA: ¡Me voy!

ALBERTO: ¿A dónde? ¿A esta hora y en ese estado?

BRENDA: Cualquier lugar es mejor que éste.

ALBERTO: Será mejor que regreses con tus papás.

BRENDA: No faltará quien me quiera recibir.

ALBERTO: ¿Qué quieres decir con eso?

BRENDA: Quiere que me vaya con mis papás para ser el hazmerreír de todos. ¡Ahí va la quedada! ¡Tres meses y el bato no las pudo! ¡Ni siquiera se casó y ya la regresaron!

ALBERTO: Solo estamos en una pequeña crisis que vamos a resolver. (*Tratando de calmarla.*) Mira, termino la tesis, busco trabajo, me cambio a un depa más grande, voy a pedirte a tu casa, compro el anillo que tú quieras y planeamos la boda. Pero todo a su tiempo.

BRENDA: ¿Ya ven que no le importo? Ni siquiera me lo ha dado.

ALBERTO: (*Harto.*) No he tenido dinero para comprarlo.

BRENDA: Si le importara, por lo menos me pediría que me quede.

Saca su celular y marca a su amigo FERCHO, quien contesta inmediatamente. La escena se desarrolla en los extremos del escenario. Al centro, ALBERTO observa a BRENDA hablar. Se escucha la voz en off de Fercho.

FERCHO: ¿Qué onda, mami?

BRENDA: ¿Dónde estás?

FERCHO: En un rave con unos cuates.

BRENDA: (*Levanta la voz para ser escuchada por ALBERTO.*) Pásame la ubicación del rave, en un rato te caigo. (*Cuelga.*)

ALBERTO: ¿Rave? ¿Es neta?

BRENDA: ¿Qué? Vamos a ser novios normales, ¿no? Cada quien en su casa, ya no somos una pareja, así que vale madre lo que yo haga.

ALBERTO: (*Pensándolo mucho.*) ¡Quédate!

BRENDA: Y pedí el uber.

ALBERTO: Cancelalo. ¿A quién le llamaste?

BRENDA: ¿Tengo un anillo? ¿Soy su prometida? No, ¿verdad? Soy una mujer soltera y encontraré quien sí me trate como merezco. Este cuerpo y este tipo de mujer son para un hombre, no para un intento, como él.

ALBERTO: (*La toma de la mano e intenta convencerla.*) Mañana buscaré un trabajo de medio tiempo. Con la beca y el trabajo lograré que salgamos adelante. Perdóname, anda, dame un beso.

BRENDA: *(Lo va a besar, pero antes, voltea al público y habla como niña triunfadora después de un chantaje.)* No sé. Creo que lo voy a tener que condicionar. Entiendan. Me hizo sentir muy mal. *(Voltea a verlo y se dirige a él como si lo fuera a besar. Le susurra, provocativa.)* No habrá sexo hasta que me des el anillo, aunque vivamos juntos.

ALBERTO: *(Sonríe resignado.)* Será difícil pero... sabré respetarte. Si quieres yo me voy a dormir al sillón.

BRENDA: Puedes dormir conmigo, yo no propiciaré nada. Tendremos sexo tan pronto nos comprometamos. Así que... depende de ti.

Lo lleva hacia la cama y lo empuja. Haciendo un juego erótico, desempaca su maleta volviendo al desorden que hizo cuando llegó por primera vez.

ALBERTO: Como tú quieras.

Se van a dormir. BRENDA sonríe y le guiña un ojo al público.

SEIS

Suena la alarma, ALBERTO se levanta y se sienta a estudiar. BRENDA comienza a platicar por WhatsApp. Ahora los dos hablan al público.

BRENDA: La misma rutina... Él estudiando a cualquier hora y yo inventando qué hacer con mi tiempo...

ALBERTO: Metida todo el día en el celular, hablando con quien sabe quién. Y lo voltea cuando paso cerca de ella o cambia de conversación en el *WhatsApp*.

BRENDA: Platico con Moni. No sé por qué me espía.

ALBERTO: Y decía que ya no eran amigas. Hace mucho ruido. No me puedo concentrar.

BRENDA: ¿Concentrarse? Yo lo veo muy metido en la laptop. A mí se me hace que está platicando con alguna vieja.

ALBERTO: Platico con los compañeros de la escuela. Hacemos un trabajo en equipo.

BRENDA: Pero no me deja ver.

ALBERTO: No tengo nada que esconderle, pero no tenemos por qué estar invadiendo nuestra privacidad, los dos, mutuamente.

BRENDA: ¿Y él sí puede saber con quién hablo?

ALBERTO: Necesito estudiar.

BRENDA: ¿Y por qué mejor no se regresa a dormir otro ratito?

ALBERTO: Me quedan tres meses para terminar el semestre y ni siquiera he aplicado las encuestas. Me preocupa la beca.

BRENDA: (*Sensual.*) A lo mejor por hoy le perdono lo del anillo.

ALBERTO: Sólo una hora. Pondré la alarma. (*Emocionado comienza a desvestirse.*)

BRENDA: Estoy hasta la madre de su maldita alarma.

ALBERTO: (*Reflexiona y vuelve a vestirse.*) No puedo seguir así. Mejor me voy a trabajar a la biblioteca de la escuela, tal vez llegue tarde. (*Sale apresurado para evitar ceder.*)

BRENDA: ¿Me va a dejar aquí sola todo el día?

Se escucha un tic tac de reloj anunciando el paso del tiempo. BRENDA camina por la casa. Le marca a ALBERTO. Éste no le contesta.

BRENDA: De seguro anda con alguna tipa de su escuela, ya son las cinco de la tarde. ¿Qué puede ser tan importante para que no conteste? No, a mí no me la hace. (*Saca su celular y le marca a FERCHO mientras se arregla. Escuchamos la voz de FERCHO en off.*)

FERCHO EN OFF: ¿Qué onda, mami? ¿Y ese milagro?

BRENDA: Imagínate que estoy presa y es domingo.

FERCHO EN OFF: ¿Necesitas visita conyugal?

BRENDA: Urgente.

FERCHO EN OFF: ¿No están tus papás?

BRENDA: Estoy en otra parte, te mando la ubicación. Ahorita tengo departamento de soltera.

FERCHO EN OFF: ¡Fiesta!

BRENDA cuelga. Saca una cerveza, pone música y recoge el departamento a medias. Suena el timbre. Abre.

SIETE

FERCHO llega al departamento, se saludan y abrazan íntimamente.

FERCHO: Listo para todo, mi Bren.

BRENDA: ¿Cheve o tequila?

FERCHO: Cheve. (*BRENDA le da la cerveza y no deja de mirarlo. Hay un silencio incomodo, el cual FERCHO intenta romper.*) Entonces... (*Observa el departamento mientras ella va por otra cerveza.*) ¿Te juntaste?

BRENDA: (*Molesta.*) Estoy casada, güey.

FERCHO: Ne, las cosas como son, legalmente estás en unión libre. Pero te haces más apetecible. Ven chiquita, aquí en mis piernas platicamos mejor.

BRENDA: ¡Qué pesado! ¿Ya vas a empezar?

FERCHO: ¿Entonces para qué me hablaste? (*Ella accede.*) Siéntate bien, como siempre. Así, chiquita.

BRENDA: Estaba aburrida. Es muy temprano para salir a algún bar y, además, sola.

FERCHO: ¿No te da miedo que llegue tu bato?

BRENDA: (*Con hartazgo.*) ¡Ay, no! Tenemos mucho tiempo para divertirnos.

FERCHO: No jodas, Brenda. ¿Es neta?

BRENDA: ¿Qué? ¿A poco ya no te gusto? ¿Qué te parece si mejor jugamos? *(Se para y va por un par de dados.)*

FERCHO: Espérate, no me dejes así. *(Le muestra el bulto que se le ve a través del pantalón.)*

BRENDA: Pares: tienes derecho a una pregunta; nones, te quitas la prenda que yo diga.

FERCHO: ¡Va! Empiezas.

BRENDA: Cuatro.

FERCHO: Pregunta.

BRENDA: ¿Quién te dijo que estoy viviendo con alguien?

FERCHO: ¡Güey, Saltillo! Mi *dealer* vive por aquí. Te ha visto que entras y sales con tu chavo.

BRENDA: ¡Chismosos! Peor que mujeres. Tira.

FERCHO: Pfff... Par: ¿quién es ese cabrón? No lo ubiqué con la descripción.

BRENDA: ¿Tu *dealer*? ¿No será más bien que tú estuviste investigándome?

FERCHO: ¿No será que andas haciendo tu vida pública en las redes sociales? Fotito aquí, fotito allá. Suben foto hasta para cagar y luego se sienten vigiladas.

BRENDA: Se llama Alberto. Es de Querétaro. Sigo. ¡Vientos, ocho! Ya, dime la neta: ¿estuviste investigándome?

FERCHO: ¡De nuevo tu ego! No. Neta que no. O sea, lo normal. Curiosidad. Cuando troné con Sonia pues... quería coger y pensé en buscarte. Cada que tengo ganas de coger pienso únicamente en ti.

BRENDA: Mentiroso. Dale.

FERCHO: Nueve, ¡no!

BRENDA: *(Ríe.)* ¡Los calzones! ¡Órlale! ¡Quítate los calzones! ¡Muéstramelos, putita!

FERCHO: ¡Mejor la playera!

BRENDA: Y los calzones.

FERCHO se quita la playera y está a punto de quitarse los pantalones cuando se escucha que intentan abrir la puerta.

ALBERTO: ¡Brenda, mi amor! ¿Pusiste el pasador? Ábreme.

BRENDA: ¡Dijo que llegaría tarde! Ponte la playera, siéntate. Estamos pisteando normal y te callas. ¡Tú acabas de tronar, estás dolido!

FERCHO: ¡No chingues, Brenda! ¿Y ahora cómo se me baja esta chingadera?

BRENDA: (*Burlista.*) Con un cojín.

Le avienta un cojín para que se tape el bulto. Le abre a ALBERTO.

BRENDA: Mi amor, hola. ¿Terminaste temprano?

ALBERTO: (*Sacado de onda.*) Sí, me cansé... (*Voltea a ver a Fercho.*) Hola.

FERCHO: Hola, soy Fernando. (*No se para, aprieta más el cojín.*)

BRENDA: Fercho... es un viejo amigo de la Prepa. Acaba de tronar y se siente muy triste. Me pidió que nos viéramos para platicar y preferí que viniera aquí. Él es Alberto, amigo. Mi prometido.

FERCHO: Sí, así es. Ando un poco mal.

ALBERTO: ¡Ah, qué mala onda! (*Todos están incómodos.*) ¿Y tenías mucho con tu novia?

FERCHO: Pues... casi tres años...

BRENDA: Amor, ¿te traigo una cerveza?

ALBERTO: Sí, por favor.

FERCHO: Me platicaba Brenda que eres de Querétaro.

ALBERTO: Sí.

FERCHO: ¿Y qué tal te trata Saltillo?

ALBERTO: Bien, me gusta. Es una ciudad tranquila. He notado que hay gente medio grosera, como mal encarada. No saludan. Pero también me he topado con gente muy amable.

FERCHO: Gracias.

ALBERTO: ¿Por qué?

FERCHO: Porque yo soy amable.

ALBERTO: ¡Ah! ¿Sí?...

FERCHO: Aunque son doble moral. Tragan santos y cagan diablos.

ALBERTO: Siento que esto no es cuestión de regiones, sino de vivir y dejar vivir. ¿No crees?

FERCHO: ¡Me encanta que la gente viva!

ALBERTO: (*Ríe.*) ¿Te late?

FERCHO: Sí, sin limitaciones.

ALBERTO: Me refería a que si te laten *The Beatles*.

FERCHO: ¡Claro! ¿Te importa si me doy un toque?

ALBERTO: Dale, no tengo problema.

FERCHO: ¿*Let It Be*?

ALBERTO: (*Pone en su celular la canción "Help".*) Ayuda, amigo.

Ríen los dos. Por los movimientos que le provoca la risa, FERCHO deja caer el cojín. ALBERTO reacciona rápido y lo levanta.

FERCHO: ¿Quieres?

ALBERTO se detiene con el cojín en las manos. FERCHO estira las piernas.

FERCHO: ¿Churro?

ALBERTO está a punto de tomar el churro y en eso entra BRENDA, avienta el cojín en las piernas de FERCHO y rechaza la mota.

BRENDA: ¿De qué hablan?

FERCHO: De nada. Alberto se iba a dar un toque.

ALBERTO: (*Incomodo.*) No, gracias.

FERCHO: (*Después de fumar.*) Yo pienso que eso de vivir y dejar vivir es lo idóneo.

ALBERTO: (*Muy incómodo.*) Sí, respetar la libertad de ser... (*Rompiendo con la idea.*) Estoy haciendo una investigación

respecto a los matrimonios prematuros y los principales factores de divorcio.

FERCHO: ¿Qué estudias?

ALBERTO: Antropología social.

FERCHO: (*Jactándose.*) Motivo principal de matrimonio forzado: ¡la calentura! Y motivo principal de divorcio: se les pasó la calentura, se brincaron etapas y ahora las quieren vivir. También hay mucho maltrato por parte de la mujer; ante todo, maltrato psicológico. Pasivo agresivo...

ALBERTO: ¡No! ¡Más bien activo! (*No hila las palabras.*) Hace poco comencé a leer un artículo donde...

BRENDA: (*Pausa la música.*) ¿Saben? Mañana me levanto temprano y ya son las diez. Alberto, aún tenemos cosas que hacer.

ALBERTO: ¿Ah sí? Un rato más, ¿no?

FERCHO: Luego nos ponemos de acuerdo, bro. Seguimos platicando, Anota mi cel: ocho, cuatro, cuatro...

BRENDA: Sí, claro. Cuidate, Fercho. (*Conduciéndolo a la puerta.*) Y siento mucho lo de Sonia. (*Cierra fuertemente la puerta.*)

FERCHO: (*Escuchamos su voz del otro lado de la puerta.*) Cuarenta y cuatro, cuatro, cuatro, cuatro. Puros cuatros.

ALBERTO: Casi lo corriste. Qué grosera, Brenda. Me calló muy bien. ¿Qué vamos a hacer? ¿Dijo que puros cuatros verdad?

BRENDA: Después te lo paso. Tenemos que limpiar aquí.

ALBERTO: ¿A qué te ayudo?

BRENDA: A lavar el baño.

ALBERTO sale y deja su celular. BRENDA comienza a revisarlo. ALBERTO regresa.

ALBERTO: Oye, ¿dónde está el cloro?

BRENDA: (*Hacia ALBERTO.*) ¿Quién es Nancy Martínez? (*Al público.*) ¿Y por qué le escribe tan noche?

ALBERTO: (*Al público.*) Es mi maestra. (*Hacia BRENDA.*) ¡A ver! ¿Qué me escribió?

BRENDA: (*Al público.*) ¡Cuánta emoción! (*Hacia ALBERTO.*) ¿Tu maestra? ¿Tan joven?

ALBERTO: (*Hacia BRENDA.*) Tiene como 47 años. Está casada. (*Al público.*) Pero muy bien conservada.

BRENDA: (*Hacia ALBERTO.*) Bien buena, querrás decir. (*Al público.*) Sí, claro: pervirtiendo alumnos, escudándose con su título de “maestra”.

ALBERTO: (*Al público.*) Claro que no. Es una mujer muy inteligente, seria y respetuosa.

BRENDA: (*Al público.*) ¡La mujer perfecta!

ALBERTO: (*Al público.*) Solo es mi asesora de tesis, me escribe para enviarme correcciones.

BRENDA: (*Al público.*) No son horas. Está todo el día en la escuela. ¿No puede esperar a mañana? (*Hacia ALBERTO.*) ¡Préstame tu celular!

ALBERTO: (*Hacia BRENDA.*) ¿Para qué?

BRENDA: (*Hacia ALBERTO.*) Le voy a decir que estás casado y que respete, que no son horas de estar con tarea.

ALBERTO: (*Hacia BRENDA.*) Claro que no le vas a decir eso.

Comienzan a forcejear por el celular.

BRENDA: (*Hacia ALBERTO.*) Tienes algo con esa vieja. (*Al público.*) Por eso no me lo quiere prestar.

ALBERTO: (*Hacia BRENDA.*) No es eso. (*Al público.*) Debe respetar mi privacidad.

BRENDA: (*Al público.*) Las parejas no se ocultan nada. (*Hacia ALBERTO.*) ¡Dámelo!

ALBERTO: (*Hacia BRENDA.*) Brenda, por favor no me hartes. (*Le arrebató el celular y lo mete en la bolsa del pantalón.*) Voy a seguir lavando el baño.

BRENDA: (*Hacia ALBERTO.*) Más harta me tienes tú con tu cuento de terminar la carrera. ¿Sabes qué? Necesito pensar.

Me voy. Ahora sí, me voy. (*Sale apresurada sin llevarse sus cosas.*)

OCHO

Se escucha el timbre. Es FERCHO quien llega al departamento de ALBERTO.

FERCHO: ¿Qué onda, bro? ¿Qué pasó?

ALBERTO: Brenda se fue hace varios días. Quería saber si te ha buscado.

FERCHO: Desde la vez que casi me corrió no he hablado con ella.

ALBERTO: No la entiendo, yo estaba muy enamorado de ella.

FERCHO: ¿Estabas?

ALBERTO: Intentaba darle gusto en todo, pero por todo discute. Todo le disgusta. A veces, no sé si es mejor hablar o quedarme callado. Sobre todo cuando tiene su cara de...

FERCHO: Mierda, estás en el hoyo.

ALBERTO: Insiste en que nos casemos, y siento que eso es lo que la tiene molesta. Quiere que todo sea cuando ella dice.

FERCHO: Mejor no te cases...

ALBERTO: Le he explicado que espere a que termine la escuela.

FERCHO: Menos con Brenda.

ALBERTO: (*Reaccionando de inmediato.*) ¿Te gusta?

FERCHO: La conozco. Es muy voluntariosa. Ya no quiere estar con sus papás. Cree que ya se le pasó el tren y por eso te presiona.

ALBERTO: Solo está irritada. A veces siento que soy yo quien no da en el clavo con ella.

FERCHO: A Brenda nadie le llena el ojo, pero ahorita sientes que ya no está para rechazar a quien la saque de casa de sus papás.

ALBERTO: ¿Tú crees que se quedaría por conformismo conmigo?

FERCHO: Así son algunas viejas, hermano. Muchas se unen a hombres que no aman por conveniencia, ya sea económica o emocional... No se abren a conocernos, a escucharnos, a entender nuestra manera de ser. Ni siquiera saben con quién chingados están compartiendo la cama... con quién están haciendo el... “amor”.

ALBERTO: Estas insinuando que... que yo solo soy para ella un...

FERCHO: Titere. (*Irónicamente.*) Todos a veces lo hacemos. Queremos poseer la libertad de ser y pensar del otro, de ese al que llamamos “pareja”. Es por miedo que no sabemos ser... libres.

ALBERTO: ¿No sabemos ser...?

FERCHO: Libres... (*Despertando de su introspección.*) ¿La amas? (*Alberto tartamudea al querer responder. Fercho lo presiona.*) ¿La amas?

ALBERTO: Güey, estoy aquí. Vivimos juntos.

FERCHO: Lo que me dices no lo es todo. Esto se siente, cabrón, no se piensa. Amor es paz, confianza, es poder sentirte seguro siendo tú y fusionarte con el otro, como si fueran dos engranes que embonan para que la vida en pareja funcione.

ALBERTO: (*Al público.*) Siento que todo es muy prematuro.

FERCHO: (*Al público.*) Debe haber paciencia, tolerancia, respeto. Primero hacia ti y después hacia los demás. No se puede dar lo que no se tiene.

ALBERTO: (*Al público.*) Yo le he tenido paciencia y mucha.

FERCHO: (*Hacia ALBERTO.*) Por darle paciencia a ella, te estás jodiendo tú. ¡Mírate! (*Al público.*) ¡Esto es de dos! Se trata de saber hacer equipo y escuchar la voz del otro... Nadie es más, nadie es menos...

Ambos se quedan pensativos. Voltean a verse.

FERCHO: Piensa si quieres vivir así por lo que te reste de vida.

ALBERTO: No sé qué hacer. La quiero, pero siento un azúcar amargo cada vez que la abrazo o la beso, cada vez que quiere... (*Desesperado.*) A veces batallo para... para que se me pare. ¡Y me grita que soy un pinche maricón! Y permanece enojada hasta que se cansa de insultarme.

FERCHO: Eso pasa cuando una pareja se ha lastimado mucho, bro. Mejor termina la investigación. No pierdas la beca y no le digas nada aún. Cuando termines, te regresas a Querétaro. Yo te llevo.

ALBERTO: Güey, ¿por qué eres tan buen pedo conmigo? Apenas y nos conocemos.

FERCHO: ¿Vamos por uno tragos?

ALBERTO: (*Pensativo.*) Mejor dame un aventón a la escuela. Me urge entregar mis avances. Necesito pensar bien las cosas.

Salen.

NUEVE

BRENDA entra al departamento.

BRENDA: ¡Alberto! ¡Alberto, mi amor! (*Busca. Nadie responde.*)

BRENDA escucha el sonido de la puerta, corre a esconderse bajo la cama, ALBERTO y FERCHO, cada uno a un extremo del escenario hablando. Brenda saca de pronto la cabeza para asombrarse, enojarse o mentarles la madre a señas.

FERCHO: ¿Siempre que decidiste?

ALBERTO: No sé nada de ella, me manda a buzón. No me tiene bloqueado, pero no me responde. Me deja en visto. Pregúntale a tu amigo cuándo la vio.

FERCHO: Cálmate. No entres en crisis, güey. Es lo que busca para seguir controlándote. (*Hablando por WhatsApp.*) A ver, mira. Mi *dealer* me está diciendo que el viernes pasado la vio en una fiesta. Oye, güey, si quieres que te lleve a Querétaro date prisa. Se está haciendo tarde.

ALBERTO: Será difícil irme sin haber hablado bien con ella.

FERCHO: O llévatela tranqui. Déjaselo al tiempo, tú la buscaste. Ella fue quien no respondió.

ALBERTO: Es una pinche vieja hija de su chingada madre. Neta, no sé qué hacer.

FERCHO: Mejor me voy para que pienses con calma, cualquier cosa me avisas.

Se despiden y ALBERTO se va a la cocina, BRENDA aprovecha que se queda sola y sale muy enojada de debajo de la cama. Se sienta.

DIEZ

Regresa Alberto de la cocina más tranquilo. Ella “cambia” de actitud.

BRENDA: (*Hipócrita.*) Mi amor.

ALBERTO: ¿Qué haces aquí? ¿Cómo entraste?

BRENDA: ¡Perdóname! ¡Perdóname, por favor!

ALBERTO: (*Desesperado.*) Brenda no, no llores, no llores.

BRENDA sonríe arrepentida. Saca de su bolso una pequeña caja de regalo.

BRENDA: Perdón por alejarme así. Me sentí muy mal. Pensaba que no me querías, pero vi tus llamadas y tus mensajes y...

ALBERTO: (*Seco.*) ¿Cómo estás?

BRENDA: Muy bien. Bueno, estoy feliz.

ALBERTO: Tenemos que platicar. ¿Te ofrezco agua, refresco...?

BRENDA: Gracias, estoy bien. (*Fingiendo interés.*) ¿Tú cómo estás?

ALBERTO: En pocos días termino la investigación y he pensado que...

BRENDA: Amor, perdón, perdón que te interrumpa. Pero es que no puedo de la felicidad. Mira. (*Le da la cajita de regalo.*) Es una sorpresa... para ti. ¡Ábrelo!

ALBERTO abre la caja y saca una prueba de embarazo casera con resultado positivo.

BRENDA: ¡Estoy embarazada! Bueno, “¡estamos embarazados!”, como dicen ahora.

ALBERTO: ¿Qué? ¿Estás segura? ¿Hace cuánto lo sabes?

BRENDA: Ahí está la prueba. Tenía sospechas desde antes de irme, pero apenas esta mañana lo comprobé.

ALBERTO se para desconcertado, no sabe qué decir.

BRENDA: Qué bueno que ya casi terminas, porque tendremos que casarnos ya, antes de que se me vaya a notar.

ALBERTO: ¿Casarnos? Pero preparar una boda lleva casi un año o más.

BRENDA: No pensarás que voy a esperar. No quiero que mi familia y conocidos empiecen con sus fregaderas de “¡niño de compromiso!” y todos esos chismes.

ALBERTO: (*Empieza a flaquear.*) Pero, es que es muy precipitado.

BRENDA: (*Aprovecha la confusión de ALBERTO.*) No me quieres. ¿Entonces para qué me estabas buscando? No lo haces ni por nuestro hijo. Necesito que vayas a hablar con mis papás. Tenemos que arreglar todo esto. No quiero un hijo sin padre y, si no te casas conmigo, simplemente no lo verás. No lo vas a conocer. Es más... es probable que prefiera darlo en adopción. Yo no voy a ser madre soltera. Lo correcto es

casarnos, por lo menos por el civil, algo muy íntimo. La fiesta en grande la hacemos ya que nazca el niño. Y podemos decir que la decisión de casarnos por la iglesia fue de él.

ALBERTO ríe nervioso y, ofuscado por lo que escucha, dice que sí.

ALBERTO: *(Más con duda que con ganas.)* Pues... Bueno, sí... Está bien.

BRENDA: ¡Ya ves que es lo mejor! Te amo *(Le da un beso rápido.)* Me voy. Quedé en platicarles en persona a mis amigas la noticia. Ve comprando mi anillo *(Saca una nota de presupuesto de la joyería.)* Éste es el que quiero. Aquí está el presupuesto. En cuanto nos casemos, me regreso a vivir contigo. Bye.

Sale BRENDA feliz. Ahora es ALBERTO quien queda solo y pensativo. Oscuro.

ONCE

Los tres personajes hablan al público.

FERCHO: Llevan un mes de casados y el matrimonio no funciona.

BRENDA: Necesitamos buscar otro lugar donde vivir, quizá una casa en alguna zona residencial.

ALBERTO: En cuanto comience a trabajar y tenga un sueldo seguro, empezamos a buscar.

FERCHO: Ella exigía, exigía y exigía.

ALBERTO: Ya dejé solicitudes y currículos.

FERCHO: Con unos amigos, dueños de un bar, le conseguí trabajo los fines de semana.

BRENDA: ¡Mesero de un bar: jueves, viernes y sábado!

ALBERTO: Será el pago del día más las propinas.

BRENDA: Me va a dejar sola en las noches. Si quiero salir el fin de semana con él no se va a poder y además todo el tiempo va a estar atendiendo viejas zorras, y yo sola con los antojos.

ALBERTO: Claro que la voy a respetar, será la madre de mi hijo.

BRENDA: Me respeta solo por el bebé. Se le olvida que estamos casados. Si no fuera porque estoy embarazada, seguro permitiría las coqueterías de otras.

FERCHO: Nada la tenía contenta.

BRENDA: (*Sarcástica.*) También voy a buscar trabajo en un bar, al fin que aún no se me nota la panza; todavía me veo bien, igual y saco buenas propinas.

FERCHO: Alberto se había comprometido con los papás de su mujer a cuidarla. Se sentía responsable. Una vez fuimos por unos tragos y no podía con la culpa.

ALBERTO: Está en los meses más riesgosos. No quiero que tengamos problemas. Yo puedo sacar adelante esta familia.

BRENDA: ¿Por qué en un bar? ¿Por qué no les pide dinero a sus papás? Ellos tienen la manera de apoyarnos.

ALBERTO: Estar con Brenda eran discusiones, pleitos, peticiones...

FERCHO: Y pese a la culpa y el arrepentimiento... esa noche fue libre... (*Sale.*)

ALBERTO voltea a ver a BRENDA y le grita, furioso.

ALBERTO: Ya estoy hasta la madre, ya no puedo. Ninguna de mis opciones te parece. Quieres comodidades, lujos, dinero. Salgo a buscar trabajo para poder darte lo mejor que pueda, y tú solo sabes hacer reproches. Me pides que traiga dinero pero también quieres que esté aquí todo el tiempo. No te entiendo, Brenda.

BRENDA: Y yo no entiendo por qué quieres vivir como mediocre, pudiendo tener algo mejor.

ALBERTO: No a costillas de mis papás.

BRENDA: Ellos nos van a ayudar. Tu papá me mandó decir que buscara una casa. Nos van a regalar unos muebles nuevos del negocio y me van a depositar mensualmente para ir con un ginecólogo privado.

ALBERTO: (*Asombrado.*) ¿Qué? ¡No puede ser! ¿Hablaste con mis papás? La mueblería está casi en quiebra.

BRENDA: Hablé con tu mamá y le dije que estamos bien, pero no en las mejores condiciones para el bebé.

ALBERTO: ¿Para el bebé?

BRENDA: Le mandé fotos del cuartito, para que vea que no le miento y le expliqué que a ti te da mucha pena pedirles ayuda.

ALBERTO: Esto es el límite. En serio, te pasaste. Voy a llevar una papelería al bar, te veo en la noche.

BRENDA: Espero que cuando regreses hayas pensado mejor las cosas. Nuestro hijo no va a crecer en esta pocilga. Si sus abuelos tienen dinero, que lo apoyen. No seas egoísta, ni conformista.

ALBERTO: (*Al público.*) Entonces le acepté un toque a Fercho y escuchamos The Beatles hasta el amanecer. (*Sale.*)

DOCE

ALBERTO, Al volver, entra con FERCHO.

BRENDA: ¿Por qué tan tarde? ¿Y qué hace este tarado contigo?

FERCHO: Buenas noches.

BRENDA: Días.

ALBERTO: Vengo por mis cosas.

BRENDA: ¿Qué?

ALBERTO: ¡Me tienes hasta la madre! Esto estuvo mal desde el principio y yo no supe ponerte un alto.

BRENDA: ¿Estás borracho? Le voy a llamar a tus papás...

ALBERTO: No, Brenda. Ya basta. Esto no lo van a arreglar ellos.

BRENDA: Entonces le voy a hablar a los míos para...

ALBERTO: No le vas a hablar a nadie. Esto lo va a arreglar un abogado. Te va a llegar la solicitud de divorcio.

BRENDA: ¿Qué te pasa? ¡Eres un idiota! (A FERCHO.) Fuiste tú, imbécil. Nada más envenenando a la gente con tus estúpidas ideas de libertad y respeto.

FERCHO: Y de amor a sí mismo...

BRENDA: ¡No te voy a firmar nada! Y no vas a volver a saber nada de mí, ni de nuestro hijo. Te voy a hacer la vida imposible.

ALBERTO: Te haré llegar la demanda de divorcio. No importa el tiempo que tarde. Tengo pruebas para anularlo.

BRENDA intenta golpearlo. FERCHO comienza a grabar, sin que ella se dé cuenta.

BRENDA: No vas a ver al niño, ya te dije, y le voy a decir que tú nos abandonaste porque querías andar de pirujo. Todo porque no acepté que trabajaras en el bar.

ALBERTO: Primero vamos a hacer una prueba de ADN. Si es mío, tendremos que llegar a acuerdos.

BRENDA: ¿Quién te dijo tanta estupidez? (Voltea con FERCHO.) Fuiste tú cabrón, mayate de mierda. Tú y tu pinche título de abogadito. ¡Felicidades, Alberto! Por fin aceptaste que eres un puto. Haz lo que quieras. El niño no sabrá de ti y me voy a encargar de que te odie. ¡Qué vergüenza que cambió a su madre por un maricón!

ALBERTO: Primero me vas a comprobar que es mío.

BRENDA: Eres un estúpido.

ALBERTO: (Saca su celular.) ¿Quién es este güey que te tiene abrazada? La foto es del día que te fuiste.

FERCHO: Todo lo tengo grabado, todo.

ALBERTO: Si te resistes a aceptar mis condiciones, le haré llegar el vídeo a tus papás.

BRENDA: Son unos cabrones. ¡Todos los hombres son unos cabrones!

FERCHO: No te quieres, Brenda. Por eso estás amargada y quieres embarrar con tu mierda a quien se te ponga en frente...

BRENDA: ¡Ay, ya cállate! Tú no tienes vela en este entierro. Eres un irresponsable, Alberto. ¿Me vas a dejar sola el resto del embarazo?

ALBERTO: Si el niño es mío y tú no aceptas mis condiciones, claro que me va a doler. Pero yo no dejaré de apoyarte y encontraré la manera de hacerle saber que existo. Un día va a crecer y no siempre lo vas a poder manipular.

FERCHO: Se te depositará lo correspondiente a la pensión alimenticia en el juzgado, para que tú y Alberto no se tengan que ver. Si no recoges el dinero, en un futuro puede ser peor para ti.

BRENDA: ¡Borra ese maldito vídeo! Iremos a la prueba, pero bórralo.

FERCHO: No voy a borrar el vídeo. Ni tampoco la conversación que tuvimos cuando me invitaste a venir. ¡Ya basta!

BRENDA: ¡Habló la nueva señora de la casa! decidida a pelear por su “macho”.

FERCHO: (*Con impotencia.*) Hace años, yo te amaba Brenda y sabes bien que era neta. Hasta que la experiencia ya no me dejó confiar en ti ni en las... de tu tipo... A ver (*Pensativo y con duda.*) ¿Por qué este bebé sí lo quieres tener?

ALBERTO: (*Sacado de onda.*) ¿Cómo? ¿Qué fregados, Brenda? ¿Qué chingados está pasando aquí? (*Intenta jalarla del brazo. Brenda se zafa.*)

BRENDA: ¡Putra madre! (*A FERCHO.*) Se trataba de sacar tu frustración, ¿no? A la chingada con los dos. (*Hace el intento de ir por la maleta. ALBERTO y FERCHO se observan contenidos en sus emociones.*)

Oscuro.

Cada personaje en su cenital, en la luz de su propia soledad. ALBERTO escribe, FERCHO fuma un churro de mota y BRENDA toma una copa de vino. Solos, terriblemente solos.

ALBERTO: Los matrimonios prematuros generalmente fracasan porque las parejas no se conocen. (*Con ironía.*) Realmente, ni siquiera se conocen a sí mismos.

BRENDA: Solo unidos por nuestros propios intereses.

FERCHO: Unidos por la atracción física.

ALBERTO: O por el temor de no encontrar a alguien más.

BRENDA: Temor a comunicar lo que en realidad queremos.

FERCHO: En la falsa emoción, excitación del momento.

BRENDA: O por llenar el vacío con el acompañamiento del otro.

FERCHO: Incapaces de la mínima tolerancia.

BRENDA: Incapaces de respetar.

FERCHO: De respetarse.

BRENDA: De darnos cuenta que no sabemos amar.

ALBERTO: Dicen que somos animales racionales, pero cuando encierras dos animales de distinta especie en la misma jaula...

FERCHO: Si no aprenden a convivir con igualdad, se matan.

Oscuro.

Se escucha fuerte "Let it be" de The Beatles.

EN LOS OJOS DEL BUITRE
MARIANA DE LA PEÑA

PERSONAJES

SUSY: niña de 9 años

DON JOEL: anciano de 80 años

MAMÁ DE SUSY: mujer de 35 años

HOMBRE 1: joven de 20 años

HOMBRE 2: joven de 20 años

BUITRE: ave negra

Todos los personajes son títeres, de diferentes estilos: de varillas, de mano, de hilo, de guantes, mojangas, etcétera. Excepto en determinados momentos donde SUSY y DON JOEL adquieren forma humana.

ESCENA 1

Al abriese el telón, vemos el escenario como un gran teatrino: nubes grises, árboles secos, una banca vieja y despintada. Desde el árbol más viejo, un buitre acecha al anciano. Aparece DON JOEL, títere del tamaño real de una persona, con bastón, ropa vieja, y cansado, pidiendo limosna a la gente que pasa. Varias personas cruzan enfrente de él.

DON JOEL: *(Se dirige a un hombre joven que cruza rápidamente.)* Buenas tardes. ¿Me ayudaría con una moneda? *(El joven se detiene y le da una moneda.)* Gracias. Dios lo bendiga. *(Se dirige a una pareja de enamorados.)* ¿Me ayudarían con una moneda? *(La pareja no voltea a verlo.)* Entiendo, no se preocupen. Que Dios los bendiga. *(BUITRE mueve sus ojos.)* Ya no aguanto estas piernas, me duelen tanto. ¡Cómo quisiera que fueran fuertes para poder trabajar! Pero, es lógico, a esta edad. *(A sí mismo, enojado.)* ¡Ya basta, Joel! ¡Deja de estarte quejando! Agradece que aún puedes caminar, aunque sea apoyado de este bastón, que bien o mal puedes moverte y conseguir unas moneditas

para el pan de cada día. (*Se sienta en una banca, suspira. BUITRE lo observa.*) Vamos a ver cuánto dinerito junté hoy... (*Cuenta el dinero.*) ¡Cincuenta pesitos! ¡Me fue muy bien! Me alcanza para comprarme algo de comer. (*Voltea al cielo.*) Gracias, Dios. (*Se intenta parar de la banca. Las piernas no le responden y cae al piso, saliéndose las pocas monedas de la bolsa de su pantalón.*) ¡Ay, Dios! ¡Alguien que sea tan amable de ayudarme por favor!

BUITRE vuela desde el árbol y va a atacar al anciano.

BUITRE: ¡Es la hora!

Entra una niña en forma humana, que contrasta con aquel mundo gris. Los colores de sus ropas son vivos, así como su piel y sus ojos. BUITRE detiene su vuelo y empieza a rondar encima de ellos. La niña no nota la presencia de BUITRE.

SUSY: ¿Está bien?

DON JOEL: ¿Me podrías ayudar pasándome mi bastón?

SUSY toma el bastón. Con el simple hecho de ser tocado por la niña, el bastón cambia de color: brilla hermoso. Después, la niña levanta las monedas y le entrega el bastón a DON JOEL. Él se levanta, apoyado en el bastón, y se sienta en la banca.

Don Joel: Muchas gracias, hermosa.

Susy: ¿Qué le paso? (*Toma el bastón y empieza a jugar con él. Como si fuera bastonera.*)

Don Joel: Estas piernas que me duelen, y a veces ya no me responden como yo quisiera.

Susy: Sí. Le tiemblan como *Bambi*, el venadito.

DON JOEL ríe divertido.

DON JOEL: No hay mejor comparación. Pero, dime: ¿cómo te llamas, linda?

SUSY: Susana, pero me dicen Susy.

DON JOEL: Yo soy Joel.

SUSY: Aquí están sus monedas que se le cayeron. (*Tapando las monedas con sus manos.*) ¿Águila o Sol?

DON JOEL: (*Ríe.*) Sol.

SUSY: (*Emocionada.*) ¡Usted gana! (*Le entrega las monedas.*)

DON JOEL: Sí, salió el sol. (*Abriendo sus brazos.*) Pero dime: ¿qué andas haciendo tú solita? ¿Y tus papás?

SUSY: Vivo en la esquina. Todos los días, a esta hora, salgo a jugar. Pero a usted nunca lo había visto por aquí.

DON JOEL: Es porque nunca había venido a esta plaza.

SUSY: ¿Vive por aquí?

DON JOEL: No, en realidad no. No vivo ni aquí ni allá, pero puedo ser de aquí o de allá.

SUSY: ¿Cómo?

DON JOEL: No tengo dónde vivir por ahora. Ya veré dónde quedarme más tarde, eso es lo de menos.

BUITRE: Puedes venir a mi casa.

DON JOEL: No, aún no es tiempo.

SUSY: No le entiendo.

DON JOEL: Hablaba con alguien que hace mucho tiempo está pendiente de mí.

SUSY: ¿Y eso no es bueno?

DON JOEL: No. Huele mal, no se baña...

SUSY: Usted huele bien.

DON JOEL: ¿Para qué están ahí los ríos? Para purificarnos.

Se escucha que una mujer le grita a Susy: "¡Susy, ya ven!"

SUSY: ¡Es mi mamá! ¡Ya me tengo que ir!

DON JOEL: Cuídate mucho y gracias por todo.

SUSY: Bueno, ya no se vaya a caer, porque ya me voy, y luego: ¿quién lo ayuda?

SUSY coge el bastón y se lo entrega al anciano.

DON JOEL: Ten por seguro que ya no me va a pasar.

SUSY: Nos vemos después.

DON JOEL: Así será. Adiós, Susy.

Sale SUSY. BUITRE intenta acercarse a DON JOEL, y él lo espanta con su bastón. BUITRE regresa al árbol.

DON JOEL: Ya no me voy a caer.

BUITRE vuela cubriendo con sus alas la luz del sol, haciéndose el oscuro.

ESCENA 2

El sol, despacito y travieso, se asoma por entre las nubes oscuras y salen sus rayos de luz que iluminan a SUSY que está sentada en la banca de la plaza, llorando.

DON JOEL: (Sorprendido.) ¿Por qué estás llorando? (Se acerca a ella y le entrega una flor hermosa: un gran girasol amarillo.)

SUSY: (Limpia sus lágrimas.) Hoy en la mañana se murió mi perrito Max.

DON JOEL: Cuánto lo siento. No me gusta verte así. Mira, esta flor era la más bonita. La elegí para ti, pero qué te parece si ahora es para Max.

SUSY: Sí. La pondré en mi jardín donde lo enterró mi papá. Y estoy segura de que le encantará.

DON JOEL: Yo sé que estás triste, pero sus hermosos recuerdos siempre estarán contigo.

Vuelve a aparecer BUITRE. Vuela en círculos por encima del anciano. Se posa en el árbol seco. De su plumaje, saca una lima enorme para pulirse las uñas y espera paciente-mente a que el anciano caiga.

SUSY: ¿Por qué nos tenemos que morir? Eso me da mucho miedo.

BUITRE ríe.

BUITRE: A mí me da un gran placer.

DON JOEL: No debes tener miedo. Todos tenemos una misión y, cuando la terminas, se van los miedos y estás listo.

BUITRE: Para mí...

DON JOEL: (*No lo toma en cuenta.*) Para abordar ese tren que te llevará a un mundo mágico.

BUITRE: Directo a mí.

DON JOEL: (*Coge una piedra y se la avienta al BUITRE, que huye enojado.*) Perdón, hija.

SUSY: ¿Por qué?

DON JOEL: ¿No viste al buitre que me anda rondando? (*La niña pone cara de extrañada.*) Olvídalo...

Se escucha el aletear de una pareja de palomas blancas, que se posan sobre el árbol donde estaba BUITRE. Se hacen arrumacos y una de ellas empieza a cantar tiernamente.

DON JOEL: Te decía que, para poder abordar tranquilo ese tren, sin pendientes, es muy importante siempre demostrar el afecto a las personas que queremos. No desaprovechar cada momento con los seres queridos y siempre recordarles lo importante que son. Así todos los momentos

lindos quedarán guardados en nuestro corazón y en los corazones de las personas que amamos. También es importante no hacer el mal a nadie. Ni con hechos ni con palabras. Tenemos que llenar las manos de buenas obras para que el viaje sea bonito y tranquilo.

Las palomas blancas vuelan plácidamente en el cielo que poco a poco se va pintando de azul.

SUSY: (Llorando.) ¿Entonces todos tenemos que hacer ese viaje?

DON JOEL: (Le limpia las lágrimas a Susy.) Claro, solo que unos terminan su misión antes que otros, pero todos tienen que subir a ese tren y, al final de ese viaje, todos se encuentran, porque siempre nos estará esperando alguien que nunca olvidamos.

SUSY: Nunca olvidaré a Max. Siempre lo extrañaré.

DON JOEL: Él está muy feliz y se siente muy afortunado porque tuvo a la niña más linda como mejor amiga. Así que él no quiere que estés triste. Quiere que lo recuerdes con una sonrisa en tu carita. Anda, ve y dale la flor a Max.

SUSY: Estoy segura de que le gustará tanto como a mí.

Se escuchan los ladridos de Max. Las palomas separan dos nubes y descubren el rostro risueño del perro. La niña sonríe imaginando la escena.

SUSY: ¡Así será!

Todo se transforma. BUITRE vuela. Aparecen mariposas y pájaros cantando. La banca toma un color brillante. A los árboles le salen hojas y sale el sol, pintando todo de colores.

DON JOEL: Así será.

SUSY: (Saca una frazada de su mochila). Le dejaré mi

frazada. Siempre la traigo en mi mochila, porque es mi favorita. Sé que hoy hará frío.

DON JOEL: Gracias, linda. Esta noche no tendré frío.

SUSY: Adiós. *(Sale corriendo y todo vuelve a ser gris. El sol huye encarrerado.)*

ESCENA 3

La luna toma su lugar en la noche: se mece en su gran columpio de estrellas. Se escuchan grillos, los sonidos clásicos. Don Joel, acostado en la banca del parque y cubierto con la frazada.

DON JOEL: Ya viene el frío, no le basta con sacudirme cada noche en mis sueños. Frío es el que tengo internamente día a día, aunque el sol esté en todo su esplendor, ese frío que cada vez congela más mis huesos hasta entumecerlos y no me permite mover libremente. *(Mira al cielo. La luna le guiña un ojo, fría y distante.)* Yo no sé por qué nunca me quieres escuchar, todos los días te pido lo mismo y siempre me ignoras. No tengo motivo para seguir. Ya no tengo nada, solo andar batallando. ¡Escúchame! Quiero mi pasaje para el tren. Necesito ese viaje. ¿Cuánto más tengo que esperar? Mi misión está terminada.

DON JOEL se cubre con la frazada y duerme. Se acercan dos hombres: títeres oscuros, enormes como mojigangas.

HOMBRE 1: ¿Ya viste quién es?

HOMBRE 2: ¡Mira nada más! ¡Es el viejillo que anda pidiendo dinero en esta plaza!

HOMBRE 1: ¿Crees que traiga dinero?

HOMBRE 2: Vamos a averiguar.

Lo empiezan a mover para que despierte. BUITRE empieza a volar sobre ellos.

HOMBRE 2: ¡Despierta, viejo asqueroso!

HOMBRE 1: ¿Cuánto robaste hoy?

DON JOEL despierta.

DON JOEL: ¿Qué es lo que quieren?

HOMBRE 1: ¡Te pregunté algo!

DON JOEL: Yo no he robado nada.

HOMBRE 2 le quita la frazada.

DON JOEL: ¡Devuélvemela! ¡No te pertenece!

HOMBRE 2: (*Corre con la frazada.*) Ven por ella.

DON JOEL: Por favor, regrésamela. ¿Qué es lo que quieren?

HOMBRE 1: Enséñanos cuánto dinero te dieron hoy.

DON JOEL: No sean injustos. Este dinero lo uso para comprar algo de comer. Ustedes son jóvenes, pueden trabajar, yo no puedo por eso pido dinero. No es que me guste hacerlo.

HOMBRE 1: ¡Ya me desesperaste! ¡Dame el dinero que tengas!

HOMBRE 2: (*Tira la frazada lejos. Se acerca a DON JOEL y lo tira al piso.*) Ya escuchaste lo que te estamos pidiendo y no haces caso.

DON JOEL se queja por el dolor en su pierna, mete su mano a la bolsa del pantalón y les da las poquitas monedas que tiene.

HOMBRE 1: ¿Solo tienes esto?

HOMBRE 2: ¡Viejo muerto de hambre!, ¡para nada sirves!
(*Le da una patada.*)

HOMBRE 1: Vámonos, ahí déjalo.

DON JOEL: ¿Pueden ayudar a levantarme?

HOMBRE 2: (*Ríe.*) Que le ayudemos... Ándale, ayúdale.

HOMBRE 1: ¡Que le vamos a andar ayudando! (*Le tira su bastón más lejos. Ambos ríen y salen.*)

DON JOEL: ¡Dios mío! ¡Ayúdame! Estos muchachos ingratos ya me dejaron aquí tirado. (*Se arrastra hasta su bastón y se levanta.*) ¡La frazada! ¿En dónde está? (*La busca y la levanta.*)

Se escuchan truenos y lluvia. DON JOEL se sienta en la banca, abrazando la frazada, y BUTRE se para junto a él. Oscuro.

ESCENA 4

Entra SUSY y todo se vuelve de colores.

SUSY: (*Gritando.*) Don Joel, ¿en dónde está? Quiero enseñarle lo que me regalaron mis papás. (*No lo encuentra. Se pone sus audífonos y se sienta en la banca para esperarlo.*)

Llega DON JOEL por atrás de la banca y le tapa los ojos.

DON JOEL: Adivina...

SUSY: ¡Don Joel!

DON JOEL: (*Ríe.*) ¡Sí! ¡Adivinaste!

SUSY: Supe que era usted por las arrugas de sus manos. ¿En dónde estaba? Lo busqué mucho.

DON JOEL: Perdóname. Lo que pasa es que fui a la iglesia y me encontré una grata sorpresa.

SUSY: ¿Qué encontró?

DON JOEL: A un sacerdote que es mi amigo desde hace muchos años. Me ofreció un lugar en un cuartito de la iglesia para que no tenga que pasar las noches en esta banca y no me moleste nadie.

SUSY: (*Enojada.*) ¿Quién lo molesta?

DON JOEL: ¡Los zancudos! ¡Pero desde hoy ya no más!

SUSY: Me alegra que no tendrá que dormir en la calle. Entonces, ¿ya no vendrá a la plaza?

DON JOEL: Sí, claro. Estaré viniendo por aquí seguido. ¿Y para que me estabas buscando?

SUSY: Para enseñarle el celular que me regalaron mis papas. (*Se lo muestra.*) No es muy nuevo, pero aquí puedo escuchar mis canciones para practicar los pasos de baile.

DON JOEL: (*Sorprendido.*) No sabía que te gustaba bailar.

SUSY: Huy, sí. Me encanta. En la escuela pronto tendremos una presentación.

DON JOEL: A ver, baila un poco.

SUSY: Bueno, pero usted baila también.

DON JOEL: Ay, hija. Sabes que no puedo.

SUSY: Apóyese en mí. (*Tocándose el hombro.*) Yo puedo ser como su bastón.

DON JOEL: (*Ríe.*) Es mejor que esté sentado.

SUSY: Está bien, pero no se vaya a reír.

DON JOEL: Jamás lo haría.

SUSY pone una canción en su celular y comienza a bailar.

DON JOEL baila sentado moviendo sus pies y su bastón. Aparecen luces de todos colores. Los pies de DON JOEL y la mitad de las piernas se vuelven de colores, humanas, ya no son grises. Repentinamente SUSY para de bailar.

DON JOEL: (*Angustiado.*) ¿Qué pasó?

SUSY: (*Cansada.*) Ya me cansé.

Entra MAMÁ DE SUSY.

MAMÁ DE SUSY: (*Enojada.*) ¡Susana! ¿Qué estás haciendo aquí con este viejo?

SUSY: Mamá, él es don Joel, mi amigo. Le estaba enseñando mis pasos de baile.

MAMÁ DE SUSY: ¡Estás loca! ¡Él no puede ser tu amigo!

Es un desconocido. Vámonos para la casa inmediatamente.

DON JOEL: No la regañe, por favor. Yo nunca le haría nada malo.

MAMÁ DE SUSY: (*Enojada.*) Usted ni me hable y no se vuelva a acercar a mi hija.

Sale SUSY con su MAMÁ.

DON JOEL: (*Triste.*) Yo no quería que la regañaran por mi culpa.

En silencio extiende su mano para pedir limosna.

Oscuro.

ESCENA 5

En el panteón. Todo en gris. Entra DON JOEL, con unas flores. Se sienta en una banca junto a una tumba. Cierra los ojos y se pone a escuchar el canto de los pájaros.

DON JOEL: Mi hora favorita del día, cuando ya todos los pájaros se andan durmiendo. Hasta parece que todos platican poniéndose de acuerdo en qué rama quedará dormido cada uno. Recuerdo cómo nos gustaba escuchar juntos el canto de las aves. Cómo te extraño, mi Lucía, mi querida esposa. A veces, me gusta imaginar cómo sería todo si aún vivieras. Sé que no estás muy orgullosa de lo que soy ahora, pero desde tu muerte yo lo perdí todo y, ahora, soy un pobre muerto andando casi a rastras, que solo vive sin motivo. Los días pasan y pasan. Solo espero el día que Dios me escuche y me regrese de vuelta a tu lado. ¿Sabes? Conocí a Susy. Es una niña maravillosa. (*El ambiente se vuelve de colores.*) Es tan linda de sentimientos y se preocupa por mí, dándole luz a esta vida casi apagada. ¿Te imaginas si un día hubiéramos tenido una

hija como ella? Mi mundo fuera otro. Aquí estoy como siempre que puedo. No me olvido de ti. Mira, te traje esta gerbera. Son tus flores favoritas. Sabes que siempre estás en mi mente y corazón. Te quiero tanto, mi vida. Nos vemos pronto. (*Sale.*)

ESCENA 6

Todo de colores, DON JOEL cantando “Bésame mucho”.

DON JOEL: Bésame, bésame mucho. / Como si fuera esta noche la última vez. / Bésame, bésame mucho. / Que tengo miedo a perderte, perderte después.

Entra SUSY.

SUSY: (*Emocionada.*) Que bonito canta.

DON JOEL: (*Sorprendido.*) Susy... no te esperaba.

SUSY: Tenía ganas de verlo.

DON JOEL: Mejor ve a tu casa, no quiero que te regañe tu mamá.

SUSY: Yo quiero estar con usted; además, mi mamá me dio permiso de salir. Mejor cuénteme: ¿a quién le cantaba tan bonito?

DON JOEL: Esa canción era la favorita de mi esposa. La escribió, en 1940, una compositora mexicana llamada Consuelo Velázquez.

SUSY: (*Sorprendida.*) ¡Hace muchisisísimos años! Usted sabe muchas cosas. Pero, ¿en dónde están su esposa y su familia?

DON JOEL: Mi esposa murió y era mi única familia. Pero le sigo cantando porque sé que ella me escucha.

SUSY: ¿Cuántos años tiene usted?

DON JOEL: (*Bromeando.*) Tengo cuarenta. (*Ríe.*)

SUSY: (*Sorprendida.*) ¡Tantos!

DON JOEL: (*Ríe.*) Susy, tengo el doble de cuarenta.

SUSY: Sí que está viejito.

DON JOEL: Tantos años que he vivido y es por eso que sé muchas cosas.

SUSY: Le quiero preguntar algo.

DON JOEL: Claro, dime.

SUSY: ¿Quiere ser mi abuelito?

Don Joel: (*Sorprendido.*) ¡Claro que quiero ser tu abuelito! Es la propuesta más bonita que me han hecho.

SUSY: Siempre he querido tener uno, porque yo no conocí los míos. Me siento feliz de que ya tengo uno.

DON JOEL: Desde ahora serás mi preciosa nieta. (*Se abrazan.*)

SUSY: Al fin tengo un abuelito que me va a contar historias, me cuide y juegue conmigo. Quiero que todos mis amigos lo conozcan. Por eso tiene que ir por mí un día a la escuela. Y yo también le contaré mis travesuras.

DON JOEL: ¿Qué travesuras haces Susy?

SUSY: Seguido le mandan hablar a mis papás. La última vez, le hice un collar de chicle a mi amiga. No se lo podían despegar porque se le embarró hasta en el cabello. Usted puede ir cuando les manden hablar, cuando me porte mal. Porque mi abuelito no me va a regañar tanto como mis papás.

DON JOEL: (*Ríe.*) Claro que yo voy. Me sentiré muy orgulloso.

SUSY: Aunque últimamente no sé porque ya no me regañan. Anoche me quedé dormida sin hacer la tarea y no me dijeron nada.

DON JOEL: Me alegra que no te hayan regañado.

SUSY: Hablando de eso. Tengo mucha tarea y mucho sueño.

DON JOEL: Descansa, mi niña.

SUSY: Adiós, abuelito.

Susy sale y regresa corriendo.

SUSY: Lo olvidaba. (*Le da un beso y sale corriendo.*)

Oscuro.

ESCENA 7

DON JOEL: (*Hablando solo.*) Mi querida nieta, ya va una semana que no vienes a verme. Has de andar muy ocupada con la escuela. Sólo espero que no te hayan regañado por la última vez que nos vimos. Mañana te buscaré en la escuela. (*Se pone a pedir limosna.*) Buenas tardes, ¿me ayudaría con una moneda? ¡Gracias! Que Dios lo bendiga.

Entra MAMÁ DE SUSY como títere.

MAMÁ SUSY: Don Joel.

DON JOEL: (*Sorprendido.*) Dígame.

MAMÁ DE SUSY: Susy me pidió que viniera, ella no puede porque...

DON JOEL: ¿Qué pasa?

MAMÁ DE SUSY: Le detectaron una enfermedad cardíaca. Por eso siempre andaba cansadita.

Todo se vuelve gris. Aparece BUITRE.

DON JOEL: (*Sorprendido y angustiado.*) ¡No puede ser! Ella tiene que estar bien. ¿En dónde está?

MAMÁ DE SUSY: Está en el hospital. No deja de preguntar por usted: dice que es su abuelito.

DON JOEL: Sí. Es mi nieta.

MAMÁ: Quiero pedirle una disculpa por pensar mal. Susy me ha contado muchas cosas sobre ustedes. Es por eso que estoy aquí para agradecerle que quiera a mi hija como una nieta y sea el abuelito que nunca tuvo.

DON JOEL: (*Desesperado.*) ¡Lléveme a verla por favor!

MAMÁ: Hoy ya se acabó el horario de visitas, pero puede ir mañana.

DON JOEL: Mañana será lo primero que haga. Muchas gracias por avisarme. Primero Dios, ella estará muy bien.

Oscuro.

ESCENA 8

Todo se transforma. Se escucha el canto de las aves; el sol, resplandeciente; el cielo se torna de diferentes colores. Nacen flores. Los árboles son frondosos. BUITRE se convirtió en un hermoso búho. Todo es alegría. Entra SUSY en forma de títere y DON JOEL en forma humana.

SUSY: ¡Don Joel!

DON JOEL: (*Sorprendido.*) ¡Susy, pero que linda estás!

SUSY: Cuanto lo extrañaba, abuelito.

DON JOEL: (*Triste.*) ¡Mi niña! Ya no te alcancé.

SUSY: Pero si estoy aquí, con usted, y siempre lo estaré. En sus pensamientos y en su corazón, como me enseñó.

DON JOEL: Estás en un lugar mágico, tan hermoso como tú.

SUSY: ¡Me encanta este lugar! Estoy muy feliz y usted no debe de estar triste. ¡Tenía razón! ¡Max me estaba esperando!

DON JOEL: Susy, tú cambiaste mi mundo. Llegaste a mi vida a darme felicidad.

SUSY: Te quiero, abuelito.

DON JOEL: Siempre vivirás en mí. Te quiero mucho más, mi querida nieta.

SUSY: Siempre juntos.

DON JOEL: Siempre juntos, mí Sol.

Se abrazan. Se escucha la canción “Here Comes The Sun” de The Beatles.

EN UN LUGAR LLAMADO ZIMBÁNGUARO
JOSÉ GUADALUPE TORRES

PERSONAJES

ULISES MEDINA: profesor de primaria (30 años)

PEDRO GARCILAZO: campesino
y encargado del orden (50 años)

ERÉNDIRA GARCILAZO: hija de Pedro (20 años)

PROFESOR ZÁRATE: inspector escolar (50 años)

Lugar de la acción: Zimbánguaro, Michoacán.

Época: a mediados de los años sesenta.

ESCENA I

PREÁMBULO

Aparece el maestro ULISES MEDINA. Lleva una maleta. De fondo se escucha el tema “Jucheti Florentina”, versión del Conjunto “Erandi”. (1 min. 30 seg. a M.V. a F.O.)

ULISES MEDINA: ¡Zimbánguaro...! ¡Zimbánguaro...! Me sonaba a mañanas azules y aire limpio y fresco. A cantos de aves al atardecer. A noches tranquilas y perfumadas. Había un riachuelo de aguas transparentes e imaginaba canciones sencillas y entrañables. Yo venía de los desiertos del norte, del extenso reino de la lechuguilla y los cactus, de la cardenche dolorosa. Y traía espinas, como si fueran de cardenche, clavadas. Esperaba arrancármelas, una a una, poco a poco. Una espina era el dolor de la ausencia, del desarraigo. Y otras espinas... ¡otras espinas...!

PROFESOR ZÁRATE: (*En off.*) Maestro Medina, usted va a esa comunidad pero condicionado. De su desempeño y disciplina depende su permanencia en ese lugar. Sobre advertencia no hay engaño.

ESCENA II

Entra PEDRO GARCILAZO.

PEDRO GARCILAZO: ¿Y de onde viene usté?

ULISES MEDINA: Hoy por la mañana salí de Morelia, pero soy de más lejos.

PEDRO GARCILAZO: ¿Y viene aquí nomás o va a seguir su camino?

ULISES MEDINA: Vengo a quedarme.

PEDRO GARCILAZO: (*Riendo.*) ¡Ah, caray! Y aquí... ¿pa' qué?

ULISES MEDINA: Soy profesor. Vengo a reabrir la escuela.

PEDRO GARCILAZO: (*Sonriente.*) Ándeale, por ahí hubie-ra empezado. ¡Hasta que se acordaron de nosotros! Hace como dos años que la escuela está abandonada. Ya se ha de afigurar cómo están los escuincles... muy atrasados. A'í se la pasan nomás de vagos, corriendo por las barranquillas y las milpas. Ora sí se podrán componer los canijos. Y... ¿cómo se llama usté, maestro?

ULISES MEDINA: Ulises... Ulises Medina.

PEDRO GARCILAZO: Yo me llamo Pedro Garcilazo. (*Se dan la mano.*) Así sí... No que hace rato hasta me cisqué. Es muy raro que vengan fuereños.

ULISES MEDINA: Necesito ver al presidente, para que reciba y firme el oficio que manda el inspector.

PEDRO GARCILAZO: No, no puede verlo.

ULISES MEDINA: ¿Y eso por qué, don Pedro?

PEDRO GARCILAZO: Porque orita no hay presidente.

ULISES MEDINA: ¿Y entonces...?

PEDRO GARCILAZO: (*Sonriendo.*) No se preocupe. Yo lo recibo y lo firmo.

ULISES MEDINA: Pero, es que...

PEDRO GARCILAZO: Es que aquí yo soy autoridad... Soy el encargado del orden.

ULISES MEDINA: Ah, pues asunto arreglado. (*Saca una carpeta de su mochila.*) Aquí tiene.

PEDRO GARCILAZO: Bueno... ta' bien. Pero más tarde lo veo y firmo. Al fin que ya sé quién es usted.

ULISES MEDINA: Y otra cosa, don Pedro. ¿Dónde podré pasar la noche y comer algo?

PEDRO GARCILAZO: Junto a la escuela está la casa del maestro, pero necesita una arregladita. Así que, si gusta lo invito a mi casa, pa' que cene y descanse.

ULISES MEDINA: Muchas gracias, don Pedro. Ojalá no sea mucha molestia.

PEDRO GARCILAZO: ¡No! ¡Qué va! Usted es bienvenido. Vámonos pues.

Salen. A media voz van platicando ad libitum. Se escucha, de fondo, la melodía michoacana "Jucheti Florentina", versión de guitarra del Conjunto Erandi.

Oscuro.

ESCENA III

En casa de PEDRO GARCILAZO, después de cenar. Los personajes descansan, sentados en rústicos bancos de madera al pie de una pared de adobe con una ventana pequeña, afuera de la cocina. Se alumbran con una lámpara de petróleo que cuelga de un palo incrustado en la pared. ULISES MEDINA tiene su mochila a un lado.

PEDRO GARCILAZO: ¿Le gustó la cena, maestro?

ULISES MEDINA: Sí. Esos pichoncitos con mole estaban muy sabrosos.

PEDRO GARCILAZO: Eran huilotitas, así les decimos aquí. Creo que en otras partes les dicen tortolitas. Bueno, pero ¿qué le parece si, pa bajar la cena y luego platicar a gusto, nos tomamos unos tragos de charanda?

ULISES MEDINA: ¿Charanda? No la he probado, pero sí, le acepto el trago.

PEDRO GARCILAZO: Ándele, eso mero. Le va caer bien. (*Se levanta y le habla a su hija.*) ¡Eréndira, hija! A'í tráeme la botella que está en el trastero y dos vasos.

ERÉNDIRA GARCILAZO: (*Desde la cocina.*) Sí, papá. Orita se los llevo.

PEDRO GARCILAZO: (*Se sienta.*) ¡Vamos a brindar por el puro gusto de que ya tenemos maestro! Y ojalá nos dure.

ULISES MEDINA: Dios lo oiga, don Pedro. Dios lo oiga.

ERÉNDIRA GARCILAZO: Aquí tiene, papá. (*Da la botella a PEDRO, y a cada uno su vaso. Dirige una mirada a ULISES y le sonríe. ULISES le corresponde. PEDRO se da cuenta de las miradas y las sonrisas, pero disimula.*) Si se le ofrece otra cosa, papá, a'í me dice. Voy a estar en la cocina.

PEDRO GARCILAZO: Yo creo que no, *mija*. Acabe sus quehaceres y se va a descansar.

ERÉNDIRA entra a la cocina.

ULISES MEDINA: Muy bonita su hija, don Pedro.

PEDRO GARCILAZO: Mi única compañía. Mi mujer murió hace algunos años. Tengo otros dos hijos, pero se fueron pa' los yunaites. Ya hace tiempo que no vienen... Pero, ándele maestro, vamos a probar la charandita. (*PEDRO sirve los vasos y brindan.*) ¡Salud!

ULISES MEDINA: ¡Salud, don Pedro! Y que sea una buena amistad entre usted y yo.

PEDRO GARCILAZO: Así será, maestro. Y ora platíqueme de usted. La mera verdá, ¿de ónde es? Porque así como habla, no se me hace que sea de por aquí cerca.

ULISES MEDINA: Soy del estado de Coahuila. Allá nací hace treinta años.

PEDRO GARCILAZO: ¿Y por qué vino a dar hasta acá?

ULISES MEDINA: Cosas de la vida, don Pedro. A veces, por

una razón o por otra, tenemos que cambiar de rumbo, de aires, de lugar.

PEDRO GARCILAZO: Deben haber sido muy malas razones.

ULISES MEDINA: Perdí a mi esposa al poco tiempo de casados. Murió en un accidente. Ni un hijo alcanzamos a tener, y sigo viudo.

PEDRO GARCILAZO: La ha traído de malas.

ULISES MEDINA: Luego tuve otros problemas. Hace cosa de un año.

PEDRO GARCILAZO: ¿Qué le pasó?

ULISES MEDINA: Pues nada, anduve apoyando a unos ejidatarios que habían sido despojados de unos terrenos por un político poderoso. Y a resultas de eso hasta fui amenazado de muerte.

PEDRO GARCILAZO: Y ¿pa qué se metía en esos líos?

ULISES MEDINA: Es que aparte de ser maestro, me he interesado en ayudar a la gente que tiene problemas, sobre todo a los que sufren injusticias de parte de los poderosos.

PEDRO GARCILAZO: Sí, pero “el que se mete a redentor, sale crucificado”.

ULISES MEDINA: Hay muchos crucificados, don Pedro: por la pobreza, por el hambre, por la ignorancia, por las injusticias.

PEDRO GARCILAZO: Tiene razón... (*Pausa, pensativo.*) De mi parte quiero contarle cómo estamos aquí. Pero antes, vámonos echando otro trago. (*Sirve y beben de nuevo.*)

ULISES MEDINA: ¿Tienen una vida tranquila, don Pedro?

PEDRO GARCILAZO: En parte sí, porque aquí la gente es muy pacífica. Por *a'i* de vez en cuando algunos que parrandean, pero nomás. No se desordenan. Lo malo viene de afuera, maestro.

ULISES MEDINA: ¿De dónde?

PEDRO GARCILAZO: Hay una gavilla de malosos que son de un rancho, cerca de la villa, y no se sabe si son protegidos del presidente municipal, o a él también lo tienen amenazado. El caso es que nadie les pone un alto, nadie los castiga.

Se meten a los ranchos como Pedro por su casa.

ULISES MEDINA: Y ¿qué hacen?

PEDRO GARCILAZO: Roban animales, arman escándalos cuando andan borrachos, han violado mujeres y se sabe que han matado a algunos cristianos.

ULISES MEDINA: ¿Han venido aquí?

PEDRO GARCILAZO: Sí, dos veces. En la primera llegaron de noche, echando bala y se llevaron varias vacas del corral de Pancho Cervantes. La segunda vez asaltaron a unos pobres amigos que venían de cosechar. Se robaron seis cargas de maíz, con todo y mulas. A ellos los dejaron todos golpeados.

ULISES MEDINA: ¿Y nadie hizo nada?

PEDRO GARCILAZO: No, maestro. La verdá es que nos han metido miedo. Nadie quiere enfrentarlos.

ULISES MEDINA: ¿No los han denunciado?

PEDRO GARCILAZO: ¿*Pa* qué? Las autoridades no hacen caso de nosotros.

ULISES MEDINA: Están abandonados, como quién dice.

PEDRO GARCILAZO: Y sentimos que así vamos a seguir, quién sabe por cuánto tiempo más.

ULISES MEDINA: Dice el dicho que el valiente vive hasta que el cobarde quiere. Llega el momento que, de tanto y tanto, se pierde el miedo.

PEDRO GARCILAZO: Ojalá llegue ese día. (*Pausa.*) Y bueno, maestro, ya platicamos un rato. Después, vamos a tener tiempo de contarnos más cosas. Si quiere descansar, está lista su cama en el cuartito de al lado.

ULISES MEDINA: Gracias, don Pedro. Mañana será otro día. Hay que hacer una junta con los padres de familia.

PEDRO GARCILAZO: No se preocupe. Yo me encargo de re-convenirlos.

ULISES toma su maleta y sigue a PEDRO. Oscuro.

ESCENA IV

Suena la melodía “Jucheti Florentina” a F.O. Han pasado seis meses desde la llegada de ULISES. ERÉNDIRA está desgranando maíz. Voces espaciadas de aves y animales de corral. Mañana temprana. Se escucha el trote de un caballo, se detiene. Aparece PEDRO.

PEDRO GARCILAZO: *(Agitado.)* ¡Eréndira, hija!

ERÉNDIRA GARCILAZO: ¿Qué pasa, papá? Lo hacía en la parcela.

PEDRO GARCILAZO: Allá andaba, pero...

ERÉNDIRA GARCILAZO: ¿Qué le pasó? ¿Por qué viene así?

PEDRO GARCILAZO: *(Respira hondo.)* ¡La de malas, hija!

ERÉNDIRA GARCILAZO: ¡No me asuste! ¿La de malas qué?

PEDRO GARCILAZO: ¡Tenemos un dijunto!

ERÉNDIRA GARCILAZO: ¡Válgame Dios! ¿Quién se murió?

PEDRO GARCILAZO: ¡Secundino! ¡Secundino Coria! ¡Lo mataron!

ERÉNDIRA GARCILAZO: ¡Virgen Santísima!

Se escuchan pasos apresurados. Aparece ULISES.

ULISES MEDINA: ¿Qué pasa, don Pedro? Vi mucha gente que iba para la entrada del rancho.

PEDRO GARCILAZO: Hubo un asesinato. Habíamos estado en paz, pero en cualquier chico rato pasan las cosas malas. *(Carraspea. Se dirige a ERÉNDIRA.)* Hija, tráeme un jarro de agua. Secundino...

ULISES MEDINA: ¿Ya vio usted el cuerpo?

PEDRO GARCILAZO: Sí. De allá vengo. Temprano fui a la parcela y cuando venía de regreso me contaron lo que pasó.

ERÉNDIRA GARCILAZO: *(Vuelve con el agua. Da el jarro a PEDRO.)* Tenga, papá. Cálmese. Está muy nervioso.

PEDRO GARCILAZO: No, hija. ¡Qué me voy a calmar! Si nomás vieran cómo dejaron a Secundino... (*Bebe el agua.*)

ULISES MEDINA: ¿Cómo lo mataron?

PEDRO GARCILAZO: ¡A golpes! ¡Casi le destrozan la cabeza!

ULISES MEDINA: ¡No me diga que fueron...!

PEDRO GARCILAZO: Sí. Esos hijos que usted está pensando. ¿Quién más?

ULISES MEDINA: ¿Alguien los vio?

PEDRO GARCILAZO: Sí, un muchacho. Dijo que Secundino estaba en la tienda de Pablito, tomando cerveza. Traía dinero. Había vendido unas cargas de frijol. Llegaron esos tipos y Secundino, al verlos, hizo por irse. Sacó los billetes *pa* pagar lo que había tomado. Aquellos los vieron y ya no dejaron que se fuera. Le invitaron más cervezas y, cuando estaba bien borracho, se lo llevaron *pal* camino. Secundino ya no regresó. (*Pausa.*) Voy *pa* allá. Nomás vine por el libro de actas, *pa* dar fe.

ULISES MEDINA: Lo acompaño. Vaya por el libro.

PEDRO va por el libro.

ERÉNDIRA GARCILAZO: ¡Ay, maestro! ¡Qué desgracia!

ULISES MEDINA: Sí, Eréndira. Cuando estábamos tan tranquilos...

PEDRO GARCILAZO: (*Regresa con el libro.*) Vamos, maestro... (*Se dirige a Eréndira.*) Y usted, *m'ija*, no vaya *pa* allá, porque puede asustarse con el cadáver. Ya irá después al velorio. (*A ULISES.*) Me ayuda con el escrito, *pa* que quede bien.

ULISES MEDINA: Sí, don Pedro. Vamos. (*Salen apresurados.*)

Oscuro. Se escucha la secuencia inicial de "Redes" de Silvestre Revueltas (1:30 min. a F.O.)

ESCENA V

En casa de PEDRO. Éste, sentado en un banco de madera, afila un machete. Aparece ULISES.

ULISES MEDINA: Buenas, don Pedro.

PEDRO GARCILAZO: Buenas, maestro. Pásele. ¿Qué anda haciendo?

ULISES MEDINA: Estuve platicando con tío Pancho, lo visito con frecuencia.

PEDRO GARCILAZO: Es un buen viejo con mucha experiencia.

ULISES MEDINA: Ya no sale. No puede andar, por sus reumas. Me preguntó que si ya habíamos hecho algo por la muerte de Secundino. Le dije que no.

PEDRO GARCILAZO: ¿Y qué le contestó?

ULISES MEDINA: Que no fuéramos dejados. Que los de antes eran de otra casta y sabían defenderse. ¿De eso usted qué piensa?

PEDRO GARCILAZO: Que tiene razón. Ora estamos acobardados.

ULISES MEDINA: Creo que debemos organizar a la gente... No sé...Una guardia armada.

PEDRO GARCILAZO: ¿Con qué armas? Aquí no tenemos más que unas dos o tres pistolas y unos rifles viejos. Y ni modo que compremos: ¿con qué ojos?

ULISES MEDINA: Pues de perdido que nos oigan. Hay que denunciar. ¿Ya llevó el acta de los hechos?

PEDRO GARCILAZO: No. Ahí la tengo guardada.

ULISES MEDINA: Don Pedro, hay que hacerla llegar a los medios legales. Es un registro de lo que sucedió aquí. ¡Vamos a moverla!

PEDRO GARCILAZO: ¿Pa dónde?

ULISES MEDINA: Ministerio Público de La Villa.

PEDRO GARCILAZO: No. Quién sabe si nos hagan caso.

ULISES MEDINA: ¡Anímese, don Pedro! No hay peor lucha que la que no se hace.

PEDRO GARCILAZO: Bueno pues, vamos a hacerlo como usted dice.

ULISES MEDINA: Aparte del acta que levantamos hay que presentar una denuncia contra quienes resulten responsables. Vamos a la escuela para escribirla y tráigase el acta para poner los datos necesarios.

PEDRO GARCILAZO: Está bien, maestro. Hay que buscar una salida.

Oscuro.

ESCENA VI

Afuera de la escuela.

ULISES MEDINA: ¿Cómo la vio, don Pedro?

PEDRO GARCILAZO: Nos fue mal. Topamos en piedra.

ULISES MEDINA: Los papeles los tomaron de mal modo. Ni siquiera los leyeron.

PEDRO GARCILAZO: Nos corrieron. Y afuera de la oficina estaban los malhechores, armados. ¿Los vio?

ULISES MEDINA: No. No los conozco.

PEDRO GARCILAZO: Yo sí, a dos de ellos.

ULISES MEDINA: Don Pedro, ya empezamos. Hay que seguir.

PEDRO GARCILAZO: ¿Y ora' *pa* dónde?

ULISES MEDINA: Voy a ver al señor inspector. Le voy a exponer la situación. A ver si él nos puede ayudar a llegar más arriba.

PEDRO GARCILAZO: Puede ser por ai. *Pa* que el gobierno sepa.

ULISES MEDINA: A veces los gobernadores no saben de muchas cosas malas que pasan en los lugares alejados. Se les ocultan las carencias, las injusticias. Pura conveniencia política.

PEDRO GARCILAZO: Ojalá no vuelvan esos jijos.

ULISES MEDINA: Por eso hay que ir pronto a Morelia. Y usted va conmigo.

PEDRO GARCILAZO: No se diga más profesor. Así quedamos.

ULISES queda en el lugar, pensativo. Luego dirige la mirada a lo lejos y sonríe.

ESCENA VII

Aparece ERÉNDIRA llevando un cántaro de agua sobre el hombro.

ULISES MEDINA: (*Sonriente.*) ¡Eréndira! Estaba esperando que regresaras.

ERÉNDIRA GARCILAZO: ¿Para qué maestro?

ULISES MEDINA: Quiero platicar contigo.

ERÉNDIRA GARCILAZO: Dígame: ¿de qué?

ULISES MEDINA: De aquello que hace días te estaba diciendo, cuando llegó tu padre y nos interrumpió. ¿Te acuerdas?

ERÉNDIRA GARCILAZO: (*Descarga el cántaro.*) Sí. Me acuerdo. Usté se puso muy nervioso.

ULISES MEDINA: (*Sonríe.*) Estaba emocionado. A punto de confiarte algo muy importante para mí. Tan importante como tú.

ERÉNDIRA GARCILAZO: ¿Yo?

ULISES MEDINA: Sí, Eréndira. Eres muy importante para mí.

ERÉNDIRA GARCILAZO: (*Apenada.*) Ay, maestro. ¿Por qué soy importante para usted?

ULISES MEDINA: Porque estoy enamorado de ti. Porque sé que eres una buena muchacha, y deseo compartir mi vida contigo.

ERÉNDIRA baja la mirada y esboza una leve sonrisa.

ULISES MEDINA: Perdón, Eréndira... si te he ofendido.

ERÉNDIRA GARCILAZO: No, maestro. Es que... así... de repente.

ULISES MEDINA: Tal vez quieras pensarlo un poco. Podemos vernos de nuevo.

ERÉNDIRA GARCILAZO: Pues, sí. Otro día...

ULISES MEDINA: ¿Mañana?

ERÉNDIRA GARCILAZO: *(Pausa.)* Sí...mañana... *(Ve a ULISES y le sonríe.)*

ERÉNDIRA toma su cántaro y se retira. ULISES la ve alejarse. Suspira y sonríe esperanzado. Oscuro.

ESCENA VIII

En casa de PEDRO.

PEDRO GARCILAZO: *(Lleva a ULISES, quien camina con dificultad. Éste se toca un costado, donde aparecen manchas de sangre.)* ¡Eréndira! ¡Eréndira! ¡Ayúdame, hija!

ERÉNDIRA GARCILAZO: *(Sale alarmada.)* ¡Válgame Dios! ¿Qué pasó, papá?

PEDRO GARCILAZO: ¡Lo que nos faltaba! Esos desgraciados lo agarraron a golpes y le tiraron navajazos, a'i enfrente de la escuela. Eran dos. El maestro se defendió como pudo, pero alcanzaron a hacerle una herida en las costillas. Orita ayúdame a recostarlo y, mientras lo cuido, vete por Tía Güencha. Que traiga sus yerbas y remedios. *(Llevan a ULISES al interior de la casa.)*

Oscuro.

ESCENA IX

Se escucha la secuencia inicial de "Fronteras" de Luis Herrera de la Fuente a F.O. (1:30 min.) En casa de PEDRO, ULISES es atendido adentro por la curandera.

PEDRO GARCILAZO: (A ERÉNDIRA.) ¿Qué dice Tía Güencha? ¿Cómo ve la herida?

ERÉNDIRA GARCILAZO: Que se va a poner bien. Le ha estado poniendo parches de árnica y pomadas de peyote.

PEDRO GARCILAZO: Hay que cuidarlo mucho.

ERÉNDIRA GARCILAZO: De eso yo me encargo. (Pausa.) ¿Por qué esos hombres se vinieron contra Ulises? Digo, contra el maestro.

PEDRO GARCILAZO: Cuando fuimos a llevar la denuncia a Villa Morelos, esos cabrones lo vieron junto conmigo. Y yo creo que vinieron a matarlo. Pero no se les hizo, porque la gente empezó a salir, y a gritarles, y se fueron de juida.

ERÉNDIRA GARCILAZO: Me duele mucho lo que le pasó a Ulises... ¡al maestro! Papá, quisiera decirle algo, pero mejor después.

PEDRO GARCILAZO: Oye, hija: ¿y de onde acá le dices Ulises?

ERÉNDIRA GARCILAZO: Es que... no... Después le digo.

PEDRO GARCILAZO: Hija, no será que...

Se escucha a ULISES que los llama.

ULISES MEDINA: ¡Don Pedro! ¡Eréndira!

PEDRO GARCILAZO: A'í después me cuentas. Vamos a ver al maestro.

PEDRO y ERÉNDIRA entran a la casa. Oscuro.

ESCENA X

ULISES convalece en casa de PEDRO. Está sentado a la orilla de un catre. ERÉNDIRA, junto a él.

ULISES MEDINA: Amor, quiero agradecerte tus cuidados. (La toma de una mano, la acaricia.)

ERÉNDIRA GARCILAZO: Lo hago con todo mi cariño. Quiero que te alivies pronto.

ULISES MEDINA: Así será, contigo a mi lado. Tan pronto como salga de esto, voy a hablar con tu padre para pedirle tu mano.

ERÉNDIRA GARCILAZO: No creas que va a ser fácil.

ULISES MEDINA: ¿Por qué?

ERÉNDIRA GARCILAZO: Primero tienes que buscar tres padrinos de pedimento. Así es la costumbre. Tienen que venir dos veces con algunos regalos y... una tercera con una co-bija para la novia. Entonces el padre ya dice que sí.

ULISES MEDINA: (*Sonríe.*) Hay que hacerlo así. (*Entra PEDRO, seguido de PROFESOR ZÁRATE.*)

PEDRO GARCILAZO: Maestro Ulises, mire nomás quién vino a verlo.

ULISES MEDINA: (*Sorprendido.*) ¡Maestro!

PROFESOR ZÁRATE saluda de mano a ULISES. PEDRO le ofrece una silla. Se sienta. ERÉNDIRA se aparta un poco y escucha.

PROFESOR ZÁRATE: Mi visita ya era necesaria, maestro. Lamento encontrarlo así, espero ya se encuentre mejor.

ULISES MEDINA: Sí, ya estoy recuperándome.

PROFESOR ZÁRATE: Hace quince días, un maestro del rancho “La Luz” me enteró de lo sucedido. Ya usted me había puesto en antecedentes de las cosas que han venido ocurriendo y decidí hacer algo de mi parte.

ULISES MEDINA: ¿Y qué logró maestro?

PROFESOR ZÁRATE: Busqué la ayuda de ciertos funcionarios del gobierno, amigos míos, para hacer llegar al gobernador la gravedad de los hechos que se han presentado en este municipio, solapados por el alcalde. Hubo consecuencias favorables. El gobernador ordenó de inmediato una investigación. Se puso en claro todo. El alcalde renunció y ya se encuentra procesado junto con los delincuentes que él protegía.

ULISES MEDINA: Siempre tuve la esperanza de que las cosas iban a cambiar.

PEDRO GARCILAZO: Lo malo es que a usted por poco lo matan.

ULISES MEDINA: Pues no se les hizo. Ahora a seguir adelante. Quiero lograr mejoras, una nueva escuela, la luz eléctrica... En fin. Tengo ideas.

PROFESOR ZÁRATE: Eso está muy bien, pero tengo otros planes para usted.

ULISES MEDINA: ¿Qué planes, maestro?

PROFESOR ZÁRATE: Debo decirle que su trabajo escolar ha sido muy bueno. Sus informes así lo dicen. Otra cualidad es su alto sentido social. Por eso quiero destinarlo como director de una escuela de organización completa. La escuela de Copándaro de Galeana. ¿Qué le parece?

ULISES MEDINA: (*Titubea.*) Me parece bien, pero quisiera permanecer en Zimbánguaro un tiempo más, para poner en marcha mis planes.

PROFESOR ZÁRATE: Sus propósitos coinciden con los proyectos que muy pronto se iniciarán en este municipio por parte del gobierno del estado: mejores escuelas, electrificación, caminos. De mucho sirvió que usted moviera el tapete. Hay que organizar a la gente para la mano de obra. Se les pagará bien por su trabajo.

ULISES MEDINA: Para eso cuente conmigo. Y aquí se le apoyará también. ¿Verdad, don Pedro?

PEDRO GARCILAZO: Claro que sí. Yo siempre a sus órdenes. Y ora' con más ganas, señor inspector, porque aquí el maestro quiere ser mi yerno. ¿Cómo ve? Ya nomás falta el pedimento de mano. Lo voy a hacer sufrir un rato. (*Ríe.*) Pero yo creo que sí se le hace. ¿Vedá, mija?

ERÉNDIRA GARCILAZO: (*Un poco apenada, pero sonriente.*) ¡Ay, papá!

PROFESOR ZÁRATE: (*Sonríe.*) ¡Otra buena sorpresa! ¡Felicidades! Me invitan a la boda.

ULISES MEDINA: Desde luego, maestro.

PEDRO GARCILAZO: *Pa que se eche unos buenos tragos de charanda conmigo, y hasta una bailada con alguna morenita o güerita, que también las tenemos.*

Ríen todos.

PROFESOR ZÁRATE: *Creo que todo va a seguir bien por aquí. Y, maestro, mi propuesta sigue en pie. Espero que al final del año volvamos a hablar. Y perdonen que me retire. Tengo que ir a otros lugares. (Les da la mano a ERÉNDIRA y ULISES.)*

ULISES MEDINA: *(Se pone de pie, un poco adolorido.)* Hasta luego, maestro.

PEDRO GARCILAZO: *Permitame. Lo acompaño.*

ERÉNDIRA se acerca a ULISES y lo abraza. ULISES corresponde, amoroso.

ERÉNDIRA GARCILAZO: *¿Te duele, amor? / ¿Te duele? ¡Amor!*

ULISES MEDINA: *No. Ahora ya no me duele nada.*

Prolongan su abrazo. Se escucha la pirecua “Male Rosa”, versión de Los Folkloristas a F.O. La iluminación va disminuyendo poco a poco hasta el oscuro.

EL ENGAÑO
CIRILO RECIO DÁVILA

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICIÓN

BENJAMÍN GUERRERO

ARÍSTIDES CADENA

MUJER 1

MUJER 2

OFICIAL 1

OFICIAL 2

MICAELA GONZÁLEZ

COMPA

MINISTERIO PÚBLICO

ACTO ÚNICO

Todas las escenas transcurren en la morgue.

PRIMERA ESCENA

Bajo una luz azul tenue, la mesa de un anfiteatro, una plancha. Sobre ella un cadáver cubierto por una sábana. Música surreal ambiental. Standing in motion. Nostalgia 20-25 segundos. El cuerpo cobra vida con un balazo en la frente. Sale la música. El muerto relata su historia, para sí mismo.

BENJAMÍN GUERRERO: ¡Vaya! Estaba... ¿Cómo lo diré? Preso. En prisión. Mi compañero hablaba. Quieres descansar... y llega un compañero hable y hable. Ciertas cosas no comprendo. ¡Pobrecito! Aristides, Aristides Cadena. Aristides. Todo un caso. *(Comienza a cantar.)* Dónde vas Román Castillo... *(Juega y corre por el anfiteatro.)* La nave va vacía, no sé cuándo vendrá, lararí, larará. Soy Aristides el bueno, el orto se murió... ¡No! Yo soy el orto, el que vivió, soy Benjamín Guerrero y a veces no, lararí, larará. Se lanzó de la azotea un día, nada le pasó. Soy puro mexicano y, cuando yo vivía, Aristides yo fui. *(Toma la sábana y baila)* Aristides, corre, corre, corre. No te vayas a caer. La nave ya va llena a

Miami llega ya y Benjamín Guerrero te espera en Veracruz. *(Deja de cantar y sigue hablando.)* Yo no podía dormir. Dormir, dormir, píldoras para dormir. Ah, Arístides, ya recuerdo. Lo suplanté. Arístides siempre tan osado. Hoy sí me harán la autopsia; ayer no pudo ser, no puedo yo dormir. No sé Román Castillo a dónde irá, irá con los enanos, el avión de los locos, el circo cruzará. Arístides Cadena mi nombre será. Soy Benjamín Guerrero. *(Ríe.)*

Se hace un oscuro. Encuentro entre Arístides y Benjamín.

SEGUNDA ESCENA

Arístides, en la barra de un bar, conversa con el cantinero que no aparece. Del otro lado, Benjamín en la mesa con dos mujeres beben ron con coca cola. Música ambiental. “Vete de mí”, con Bola de Nieve, de fondo.

ARÍSTIDES: No puedo hablar mucho. Me compromete. Usted parece una buena persona. Yo necesito hablar, que alguien me escuche para resolver cosas de mi conciencia. Éramos un grupo que buscaba la libertad, las libertades en Cuba. No era que estuviéramos precisamente en contra de la Revolución. Buscábamos libertades. Descubrieron al grupo... tuvimos que huir. No todos tuvimos la misma suerte. Algunos fueron arrestados. Yo no. No estuviera aquí. Fueron fusilados. Los que pudimos huir, salimos a México. Nos dispersamos. Alguien nos delató. ¿Usted me entiende? No, ya sé que no. No puede entenderme. Sirvame otro mojito, por favor...

BENJAMÍN: Pueden pedir lo que quieran. Tengo todo el dinero del mundo. Acabo de cobrar. Mis servicios son valiosos para gente importante. No es que lo sean, tienen dinero, yo cumplo.

MUJER 1: Deja de decir esas cosas, goza el momento. No se vive para siempre...

MUJER 2: Vámonos de aquí.

BENJAMÍN: Disfrutar la vida, el momento. ¿Para qué es la vida? Vámonos. Vamos al hotel. Vivamos el momento. ¡Messero! La cuenta. Nos llevamos el ron. Vámonos. Ah, cantinero: sírvale al señor de la barra lo que esté tomando. Estoy contento.

Benjamín y las mujeres salen. Aristides Permanece.

TERCERA ESCENA

ARÍSTIDES: Hablar me compromete, pero necesito hablar. Cuando salí de Cuba, entiéndame, sólo pensaba en mis compañeros. Los capturaron, lo supe después. Algunos llegamos a México. Libertad es lo que buscamos. Libertad para crear, hablar, hacer... Ahora lo que me importa es Micaela, mi pareja. Tuvimos que separarnos. No sé dónde está. Me dieron un mensaje. Debemos encontrarnos aquí.

Entran dos oficiales de migración y se dirigen a Aristides.

OFICIAL 1: ¿Es usted Aristides Cadena?

ARÍSTIDES: Sí.

OFICIAL 2: Tendrá que venir con nosotros.

ARÍSTIDES: ¿Por qué? No he... no he hecho nada.

OFICIAL 1: Eso lo decide el juez. Nosotros sólo cumplimos órdenes.

ARÍSTIDES: Por lo menos tendrán una orden...

OFICIAL 1: ¿Una orden? Nosotros cumplimos órdenes... Se va con nosotros.

ARÍSTIDES: Déjenme terminar mi ron.

OFICIAL 1: Acábase su ron.

Sale la música.

CUARTA ESCENA

Los OFICIALES se llevan a ARÍSTIDES. El bar permanece. Ingresa MICAELA GONZÁLEZ, la amante de ARÍSTIDES. Se sienta en la mesa que ocupaba BENJAMÍN. Pide una bebida. El MESERO lleva su trago. En seguida llega un COMPA de MICAELA.

MICAELA: ¡Qué bueno que llegas! Me cité con Arístides. No tenía mucha certeza de encontrarlo. Le dejé un mensaje en el Hotel Astoria: vernos aquí, en “La Bodega”. No sé si lo recibió.

COMPA: No lo creo. Mira, Micaela. No tengo confianza en Arístides. Supe que fue el primero en salir de Cuba.

MICAELA: ¡Todos teníamos que salir!

COMPA: Personalmente yo no conozco a Arístides. Me contaron que fue muy raro que fuera el primero en dejar la isla.

MICAELA: No puedes dudar de su cubanidad.

COMPA: No es eso, Micaela. Simplemente me parece extraño. El único que no estaba en la lista y el primero en salir.

MICAELA: No estaba en la lista negra porque era el enlace informativo. Arístides iba a dar a conocer nuestro movimiento cuando fuera oportuno. No fue el primero en salir. Tú llegaste a México en el primer avión.

COMPA: Todos teníamos pasaporte, Arístides salió antes.

MICAELA: (Ríe.) Luego de pagar los 25 cuc, cualquiera podía salir.

COMPA: Los 25 cuc son para extranjeros. No voy a discutir contigo... Cualquiera que discuta con una mujer, sale perdiendo.

MICAELA: Ah. No sabía que fueras tan misógino. Ari es tan leal como cualquiera de nosotros. Si no vino fue por causas de fuerza mayor.

COMPA: O porque es un traidor.

MICAELA: Estás equivocado. Oye, compa. Perdona que cambie de tema. Quiero pedirte una opinión. Si una persona enga-

ña a otra, traiciona su confianza... ¿debe confesarle que lo ha engañado o es preferible que calle y conservar su confianza?

COMPA: Me estás diciendo que Aristides es un traidor, ¿verdad? Porque, en ese caso...

MICAELA: No, compañero. Nada de eso. De lo que hablo es una cosa hipotética. Vamos, por ejemplo, una infidelidad. Es el caso de una... (*Duda.*) amiga. No sé qué aconsejarle.

COMPA: Yo soy auténtico, Micaela. No sé por qué me preguntas. En cualquier caso, el engaño, cuando es descubierto, lleva a una pérdida de confianza. Puede ser muy grave. La imagen de la persona, se derrumba...

MICAELA: Entonces, ¿es mejor que no le diga nada?

COMPA: No sé qué es mejor. Depende de cada persona. Si confiesa, puede que la relación se vaya al carajo o, por el contrario, hacerse más fuerte. Es importante saber lo que sentimos.

MICAELA: Mira. Se trata de una relación de mucho tiempo. Ella tuvo ocasión de encontrarse con un antiguo amigo, su pareja estaba fuera, y sucedieron las cosas...

COMPA: ¿Así nomás?

MICAELA: Un antiguo amigo sentía por ella algo que no había confesado. A ella le da ternura. Una cena, bebidas, el compañero lejos, ¿entiendes? Una sola noche...

COMPA: Le da ternura... Mh... ¿Y qué más?

MICAELA: Ella no puede decidirse a decirle nada a su compañero.

COMPA: Decías que era un caso hipotético... Estoy viendo que es algo más bien real. ¿Quién es tu amiga? ¿La conozco?

MICAELA: Mira, compa. Te pregunto, porque quiero saber. No quiero decir algo comprometedor, sólo saber...

COMPA: Ya sé, perdón. Es una pregunta que no debí hacer...

MICAELA: ¿Qué consejo le puedo dar?

COMPA: Micaela, tiene que tener muy en claro qué quiere con su pareja.

MICAELA: ¿Cómo?

COMPA: Conocerlo bien. Sobre todo, saber plenamente cuál es su fuerza interior. Conocerse a sí misma. Saber qué quieren construir con su relación. Si se basa en la confianza o en la inseguridad. Una pareja puede estar unida por sus temores...

MICAELA: Ella puede querer que las cosas sigan adelante, aunque él tal vez se sentirá tan dolido que preferiría dejarla.

COMPA: Mira, si sus sentimientos por él son lo suficientemente fuertes, desde un enfoque ético, hablar con la verdad será lo mejor, pero puede perder la relación. En el caso de que él no se sienta seguro, si la ve sólo desde el aspecto sexual, si no le dice nada, puede mantenerse su vínculo. Ella, en el fondo, cargará con un secreto. El dormirá tranquilo, ella no.

MICAELA: ¿Y en el caso de que se entere por fuera?

COMPA: Puede ser terrible. Una desgracia, incluso. Esas cosas pueden llevar a la violencia. ¿Qué reacción puede tener? Romper con ella o callar. Entonces el ídolo que él construyó habrá caído y sus vínculos se basarán en otra cosa: miedo, obsesión, hasta pasión o, en el peor de los casos, costumbre...

MICAELA: ¿Y ella? ¿Dónde queda ella?

COMPA: Desde un punto de vista hipotético, lo que no es real, ella salva la cara si dice la verdad y si calla salva la relación.

MICAELA: A fin de cuentas, depende de ella. ¿Verdad?

COMPA: Mira, por lo menos no salí perdiendo contigo.

MICAELA: ¡Hombre! No estamos discutiendo. Te pedí un consejo.

COMPA: Hipotético, Micaela. Hipotético.

MICAELA: Compa, muchas gracias. Eres un sabio, compa. Volvamos a lo nuestro. Tengo que encontrarme con Arístides.

COMPA: No, Micaela. No soy un sabio, simplemente tengo sentido común. ¿Sabes que cuando salimos de La Ha-

banas apresaron a varios de los nuestros? Los mataron... Había un traidor entre nosotros. ¿Aristides? Debes encontrarte con él, ¿verdad?

MICAELA: Sí. Es el único que puede darle sentido a nuestro movimiento.

COMPA: Aristides es tu pareja, ¿verdad?

MICAELA: Sí, compa. Es mi compañero. Mira, te digo. Aristides sabe todo de nuestra causa. Es mi compañero desde hace años. Tenemos que contactarlo. Aristides conoce lo que debemos hacer para nuestro movimiento.

QUINTA ESCENA

Oscuro. BENJAMÍN GUERRERO duerme con la MUJER 2 en un hotel. Intempestivamente ingresa la MUJER 1 con un oficial de policía.

OFICIAL 1: Salga de la cama. Está usted arrestado.

BENJAMÍN: ¿Por qué? Usted no puede hacer esto.

OFICIAL 1: Presunto narcotráfico, corrupción de menores, robo a mano armada, secuestro, lo que resulte.

BENJAMÍN: ¿Trae usted una orden?

OFICIAL 1: No la necesito.

El OFICIAL esposa a BENJAMÍN, y lo saca del cuarto. Permanece la MUJER 2.

MUJER 2: *(Rompe la cuarta pared y se dirige al público.)*
¿Y ahora qué?

Oscuro.

SEXTA ESCENA

En la cárcel BENJAMÍN y ARÍSTIDES aparecen sentados uno al lado del otro.

ARÍSTIDES: Me trajeron para acá. Uf. Debe ser un error. Mis papeles están en regla. Yo soy cubano. Tengo todo en orden. Usted, ¿cómo se llama?

BENJAMÍN: Benjamín Guerrero. Perdone, quisiera dormir un poco.

ARÍSTIDES: Me llamo Aristides Cadena. Yo también quiero dormir. Déjeme le platico: tengo que salir de aquí.

BENJAMÍN: Por favor, quiero dormir.

ARÍSTIDES: Mi pareja, Micaela, me espera. Micaela González. Ella confía en mí. Yo no hice nada. Cuando salí de Cuba, todo estaba por hacerse: la libertad, libertades. Estoy seguro que el comandante hubiera estado de acuerdo. Cuba ha evolucionado, ya no es el periodo especial. Estados Unidos sigue teniendo el control por el bloqueo.

BENJAMÍN: El hubiera no existe...

ARÍSTIDES: Usted no sabe. Estamos con la Revolución, pero existe la conciencia... Mis amigos... No debo decir mis amigos. Usted no sabe. Mis camaradas éramos un grupo que queríamos, queremos, generar cambios en el gobierno. Puedes hacer lo que quieras y, sin embargo, no te puedes salir del carril. Está la cartilla para alimentos, el racionamiento, el periodo especial... Tenemos que hacer cambios en el gobierno.

BENJAMÍN: Eso no se puede.

ARÍSTIDES: ¿Perdón? ¡Claro que se puede! Es lo que le estoy diciendo. Nuestro grupo sabe cómo. La libertad individual no tiene por qué contraponerse con el gobierno general.

BENJAMÍN: Eso no lo entiendo. Para mí, cualquier clase de gobierno es inaceptable. Mire, estamos usted y yo en esta prisión por cosas que son arbitrarias.

ARÍSTIDES: ¡Exacto! Puede usted tener razón. ¿Por qué estamos aquí? En primer lugar.

BENJAMÍN: Por arbitrariedad.

ARÍSTIDES: Tómese un mojito. Sí. Estoy de acuerdo con usted.

BENJAMÍN: Ya ve.

ARÍSTIDES: Escuche, déjeme le platico.

BENJAMÍN: La verdad es que quiero descansar. Aunque bueno, dígame.

ARÍSTIDES: Cuando yo era un niño soñaba en el patio de mi casa con ser Superman.

BENJAMÍN: ¿Superman?

ARÍSTIDES: Soñaba con ser Superman. Me subí a la azotea de mi casa en La Habana. Huy, usted no sabe lo que es La Habana. ¡Qué libertad! ¡Qué vida!

BENJAMÍN: Era usted un niño...

ARÍSTIDES: Sí. Hablamos de la libertad. Entonces me lancé de la azotea, como Superman.

BENJAMÍN: Y se partió el hocico...

ARÍSTIDES: ¡No! Cuando iba a caer, hice el salto del tigre y no me pasó nada. Ve, es lo que le digo. La libertad. Nadie me dijo lo que debía hacer o no. No me pasó nada. Como usted dice, la libertad no está sometida a nada... Micaela. Yo viví con Micaela la magnífica libertad de La Habana. Mis amigos y yo formamos luego un periódico: *El Melaito*. Era un pasquín satírico. Ahí poníamos todo lo que nos daba la gana en forma un tanto burlona: burla ingenua, si usted quiere.

BENJAMÍN: No es exactamente lo que yo digo. Le concedo que la infancia es ingobernable. La infancia no tiene gobierno.

ARÍSTIDES: No me entiende. Hay algo en lo que estamos de acuerdo. La anarquía. Todo gobierno aspira a controlar la vida. Eso, eso es algo que no es posible.

BENJAMÍN: De acuerdo. Para mí todo gobierno es una imposición artificial. Un grupo de personas que encuentran el modo de controlar a los demás, hacerles creer que la vida es como ellos piensan... La vida es de otra manera. Es más grande, más profunda, más amplia... Yo soy un cínico, si usted quiere, pero pienso... Ahora, por favor, quiero descansar.

ARÍSTIDES: Sí. Lo comprendo. Perdone usted. Descanse. Solamente hablábamos.

BENJAMÍN: No sabemos a dónde vamos, mientras este-mos aquí todo está bien: vivos, quiero decir. La vida es lo que realmente importa.

ARÍSTIDES: Oiga, amigo. Tengo hambre. Quisiera comer algo. ¡Guardia!

El guardia aparece.

OFICIAL: Tienen suerte de que esté por aquí. ¿Qué quieren?

ARÍSTIDES: Comer. ¿Tendrá algo de comer? Por favor.

OFICIAL: Les traigo un poco de chocolate, es lo único que hay.

ARÍSTIDES: Está bien.

BENJAMÍN: Oiga, señor. ¿Cómo dijo que se llama? Arís-tides. Sí. Dígame. ¿Por qué querrán buscar la libertad en Cuba; si, como dijo, en La Habana se respira libertad?

ARÍSTIDES: Porque puedes tener toda la libertad del mun-do, pero no puedes colocar tus productos fuera de la isla.

BENJAMÍN: El bloqueo.

ARÍSTIDES: No. El bloqueo es una realidad. Todos lo aceptamos como un destino, una imposición de los Estados Unidos. No. Conoces a tu gente, tu mercado. Yo estudié *El Capital*. ¿Sabes? Lo que pasa es otra cosa.

BENJAMÍN: Dígame usted, ¿qué es lo que sucede en su bendita isla?

ARÍSTIDES: Es la falta de expresarse... Mira, deja te digo. Conocí un músico que vino a México. Jaime Carrasco. Tenía en Cuba su familia, sus hijos, su mujer... Sin embargo, se vino a vivir a México. Ahora trabaja en un bar común y co-rriente: "La Rumba del Barrio". Lo que quería era salir de un sistema, y también un hogar, donde todo lo tenía... la tierra de la leche y de la miel.

BENJAMÍN: Lo tenía todo, entiendo. De todas maneras, si se vino a México debió ser por algo.

ARÍSTIDES: Entiendes, pero no comprendes. Quería conocer lo que la vida en una burbuja no nos permite. Entre nosotros había una corriente de comunicación que nos unía. No podría precisar su naturaleza, una especie de abrazo que se rompió de pronto, cuando nuestros compañeros quedaron sin protección en Cuba... ¡No puedes comprenderme!

ARÍSTIDES le da la espalda a BENJAMÍN. Se cubre con una manta. Pretende dormir. Dos oficiales conversan.

OFICIAL 1: ¿Dices que mañana liberan al cubano?

OFICIAL 2: Sí. Órdenes superiores, ya sabes. Como que alguien no supo quién era este wey. Creo que es cercano de Fidel Castro.

OFICIAL 1: ¿Cómo dices que se llama?

OFICIAL 2: Aristides Cadena.

OFICIAL 1: ¿Cadena? ¿En serio?

OFICIAL 2: Así se llama: Aristides Cadena.

OFICIAL 1: No, pos con madre. 'Tons Mañana hay que sacarlo.

OFICIAL 2: Exactamente.

OFICIAL 1: No se preocupe mi sosteniente, yo me encargo.

OFICIAL 2: Más le vale. Y no sea tan igualadito.

OFICIAL 2: No, teniente. No se preocupe.

OFICIAL 1: Más le vale, sargento.

OFICIAL 2: Mi teniente.

OFICIAL 1: ¡Ya!

OFICIAL 2: ¡Aquí está su chocolate!

ARÍSTIDES bebe. Deja un momento la taza. Cuando ARÍSTIDES no mira, BENJAMÍN pone un somnífero en el chocolate.

BENJAMÍN: ¿Qué tal si salgo yo en lugar de éste? Duerme. Duerme, Arístides. ¡Qué tu sueño sea bueno!

Oscuro.

SÉPTIMA ESCENA

Al día siguiente.

OFICIAL 2: ¡Arístides Cadena!

BENJAMÍN: ¿Qué pasa?

OFICIAL 2: ¡Estás libre!

BENJAMÍN: ¿Cómo?

OFICIAL 2: Estás libre. Pagaron tu fianza.

BENJAMÍN: ¿Cómo?

OFICIAL 2: Micaela González.

Oscuro.

OCTAVA ESCENA

BENJAMÍN de nuevo en la morgue.

BENJAMÍN: Para mí lo valioso era salir. No entendía muy bien qué me decía Arístides. Además, yo estaba libre.

Oscuro.

NOVENA ESCENA

En Veracruz, MICAELA con el COMPA. Sonido de mar, gaviotas.

MICAELA: Pagué la fianza de Arístides.

COMPA: Hiciste bien.

MICAELA: Tengo sus papeles.

COMPA: Necesito esos documentos.

MICAELA: ¿Por qué?

COMPA: Para proteger la causa.

MICAELA: Ari es leal. Está comprometido con la libertad.

COMPA: (*Le sigue el juego.*) Ya lo sé.

DÉCIMA ESCENA

Aparece BENJAMÍN vestido como dandi o alguien de medios, un turista.

BENJAMÍN: Compañeros, qué bueno que los encuentro. La causa sigue en pie. Cuba tiene que liberarse de formas caducas. Tenemos el deber de la libertad.

COMPA: ¿Tú quién eres?

BENJAMÍN: Arístides Cadena. Por la causa a la libertad. A sus pies, señorita.

MICAELA: (*Ve el engaño de Benjamín, finge que no.*) Tenemos que ir a la embajada. Hay que tener los pasaportes en regla.

COMPA: Me acabas de decir que tienes sus papeles.

MICAELA: Hay que refrendar el pasaporte.

COMPA: (*Suspica.*) ¿Sabes qué pasó con el buen Carrasco, que bebía coñac Courvoisier? ¿El músico que salió de Cuba para buscar una libertad que tenía en Cuba?

BENJAMÍN: Claro que sí. Encontró trabajo en un café literario: el “Chicha la Bemba”, “El Barrio del Ritmo”, algo así.

COMPA: ¿Arístides? ¿Eres Arístides?

BENJAMÍN: Desde luego que sí, ¿quién pensabas?

COMPA: Eres un traidor.

Le dispara, lo mata.

MICAELA: ¡Estúpido!

COMPA: ...

MICAELA: No sabes lo que haces.

COMPA: ¿Qué?

MICAELA: Creíste que mataste a Aristides. Te equivocaste.

COMPA: No importa la muerte, sino la causa...

MICAELA: ¿Y cuál es la causa? Dime tú: ¿la libertad de expresarse en Cuba? ¿Vivir sin censura? ¿Disentir? ¿El *statu quo*...?

COMPA: No lo sé. Yo sólo cumplo órdenes... Me equivoqué de personaje. Fue un accidente en el universo de la causa.

MICAELA: ¿Y tú qué piensas?

COMPA: Pienso que debo cumplir mi deber. Pudo ser un error, nada más que él se presentó como Aristides. A mí nunca me enseñaron a pensar, lo aprendí por mí mismo.

MICAELA: ¡Tu deber es estúpido!

Sale el COMPA y el sonido de mar. Oscuro.

ONCEAVA ESCENA

MICAELA se presenta ante el juez.

MICAELA: Aristides Cadena es al que tienen preso. Aquí están los papeles que lo demuestran.

OFICIAL 1: ¡Aristides Cadena! ¡A la reja con todo y chivas!

ARISTIDES y MICAELA salen de la prisión. Se abrazan apasionadamente. Se besan. Entra sorpresivamente el COMPA.

DOCEAVA ESCENA

COMPA: ¡Ah! Eres el traidor.

Le dispara y lo mata.

Micaela: ¡Estúpido! No sabes lo que hiciste.

El sicario mata también a Micaela.

Oscuro.

TRECEAVA ESCENA

Mientras permanece el oscuro en la morgue, BENJAMÍN GUERRERO dice desde su plancha.

BENJAMÍN GUERRERO: ¡Vaya! Estaba... ¿Cómo lo diré? Preso. Era mi compañero. Hablaba. No paraba. A mí me pesaba. Quieres descansar... ¡Llega un compañero! Hoy sí me harán la autopsia, ayer no, no puedo dormir. No sé Román Castillo, a dónde irá, irá con los enanos a donde vale el avión de no me pueden tocar. Los locos el Orto cruzará el circo más, Aristides Cadena mi nombre será, soy Benjamín Guerrero.

Ríe.

Llega una camilla con ARÍSTIDES, luego llega la camilla de MICAELA, muertos. Entra el MINISTERIO PÚBLICO. Se enciende la luz tenue azul de la morgue.

MINISTERIO PÚBLICO: ¿Y cuál de estos muertos es el verdadero Aristides Cadena? ¿Tendrá eso ahora alguna importancia? (*Sale el MINISTERIO PÚBLICO.*)

Ingresa música: "Testamento" de Silvio Rodríguez para finalizar la pieza.

LA MARCA DEL DESTINO
LEIDY ALEJANDRA ORTIZ ARIZA

PERSONAJES

ALEJANDRA, joven migrante

LUCERO, madre de Alejandra

MIGUEL ARIZA, abuelo de Alejandra

LUIS, sobrino de Lucero, primo de Alejandra

ESTEFANÍA, mujer del aeropuerto

GERARDO, esposo de Alejandra

PALAFox, amigo de Gerardo y Alejandra

AMIGOS DE GERARDO

ESCENA I

EN CASA DE LUCERO, 1978

LUCERO: Soy de Santafé de Bogotá. Nací en el Barrio México. Es un barrio pobre. Pero eso sí, ahí vivimos gente honrada, echada *pa lante*, que no se arruga con nada. Soy hija de don Miguel Ariza y doña María Regalado, de las familias fundadoras de mi barrio. Siempre he estado orgullosa de eso; del carácter de mi papá no mucho. Es muy fuerte, machista, rudo, tiene problemas con el alcohol y, aunque usted no me lo crea, es estrictamente protector de su familia. Casi como el pastor de su rebaño, nada se hace sin su consentimiento y aprobación. Siempre nos ha inculcado el trabajo honrado y la idea de que la familia es lo más importante que tenemos en la vida: “No hay nada más importante que la familia”, dice don Miguel con su voz ronca y resonante por toda la casa. Mi madre es una mujer noble, tremendamente amorosa. Una mujer hermosa que, a pesar de parir a cuatro hijos, tiene una figura esbelta, de caderas prominentes y cintura muy marcada, senos firmes, cabello ondulado y ojos verdes, como del color de las esmeraldas. Así como somos todos los colombianos felices.

Se escucha una melodía colombiana y LUCERO danza.

LUCERO: Es que aquí, en Colombia, nos encanta bailar. Traemos el ritmo en la sangre, en los hombros (*mueve los hombros*) y en las caderas. (*Mueve las caderas de forma coqueta.*) Gueeeepaaaa. Y más cuando la música está rica.

DON MIGUEL: (*Solo escuchamos su voz.*) ¡Lucero! ¡Armadillo!

LUCERO: Armadillo soy yo. Así me dice mi padre. Por la conchota que me cargo de no hacerle caso a los problemas.

DON MIGUEL: (*Entra con un ramo humilde de flores.*) Y porque sabe defenderse por sí sola. Y porque le ha tocado duro, camellando desde los trece años. Y porque nunca se ha quejado de la pobreza. Ni cuando tuvo que dejar la escuela, porque ya no cabía un remiendo más en su uniforme. Y porque estoy feliz de que hoy cumpla quince años de ser mi hija.

LUCERO: Así es mi padre. No sé de donde arrancó esa docena de rosas. Ni de cuanto se espinó *pa* cortarlas, pero me festeja y, luego así de fácil, se pierde con la tarde, después de su trabajo de conductor, a echarse unas polas, tomar con sus amigos.

DON MIGUEL: Armadillo, prenda la victrola, y búsqueme en la radio el programa de “Tres voces en el cielo”. Para escuchar a Pedro Infante, Javier Solís y Jorge Negrete. ¡Qué verraquera como cantan!

ESCENA II

EN EL RESTAURANTE

DONDE TRABAJA LUCERO

LUCERO: (*Atendiendo las mesas del restaurante “La Estación”. Habla como siempre, como si tuviera a Vicente Fernández a un lado de ella.*) Aquí trabajo, mi Chente: en el restaurante “La Estación”. ¡En pleno centro de Bogotá, jum, papito! Éste no es cualquier restaurante.

LUIS: ¡Pss, Pss! Lucero, venga. (*Entra corriendo y la toma del brazo.*)

LUCERO: No piense mal, Vicente. Él es mi sobrino. (A Luis.) Ay, Chino Hijuemadre. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Cómo se vino? Si su mamá se da cuenta le va a dar una muenda. ¡Eso sí! ¡Quién le manda! No me vaya a echar la culpa después. ¿Qué pasó? ¿Tiene hambre? ¿Ya almorzó?

LUIS: (Riendo.) Sí, tía, ya almorcé. Pero vea, vea lo que me ganó. (Le enseña unas boletas de entrada para el cine.) La vine a invitar porque yo sé que a sumercé le gusta mucho la música del Chente.

LUCERO: Luis, ¿de dónde sacó eso?

LUIS: El viejito Marco, el de la chichería, estaba Jincho, en una borrachera. Y yo iba a comprar 200 de pan, cuando me le acerqué. Vi que el viejito no sabía ni donde estaba y tenía las boletas ahí tiraditas al lado... no... pues yo las cogí y me las guardé rapidito. Vi que nadie se diera cuenta. ¡Eso sí le dije que muchas Gracias!

LUCERO: ¡Ay, Luis! ¿Usted por qué hace eso? Eso no es lo que le hemos inculcado en la casa... Pero, ¿seguro que nadie lo vio?

LUIS: No, tía. Nadie.

LUCERO: Bueno, pero ¿cómo vamos a hacer para escaparnos y poder ir? Usted sabe que mi papá y Julio mi hermano de todo se dan cuenta y, luego, si nos pillan nos matan. Julio es capaz de decir que yo andaba con algún mozo o quién sabe qué. Usted ya sabe cómo son.

LUIS: No, tía. Vea, está breve esa vuelta. Mire: su mercé puede decir que don Carlos me necesita para que venga a lavar carros, y nos venimos desde temprano. Me lavo hartos carros. Los de aquí al lado, también. Y así me sale más platica. Salimos a la una. El teatro queda aquí cerquita. No nos demoramos nada en llegar. Yo averigüe: no se demora tanto la película, salimos empatados de tiempo. Corriendo llegamos al paradero de buses y esperamos la 039. ¿Qué dice? ¿Se le mide?

LUCERO: ¡No sé, Luchito!

LUIS: Ay, Tía. Hágale. Ayúdeme a hacer el cuarto. Es que si no es así yo no puedo ir.

LUCERO: ¡Juemadre! Bueno, hágale. Así quedamos. Ahora que pase por casa de su mamá le digo. Ojalá que me lo preste, porque ¿qué tal que no? Que me diga que otro día. (*Ríen.*)

LUIS: Su mercé vaya, dígame, y yo le ruego si dice que no.

LUCERO: Bueno, pero se porta bien estos días y no le vaya a contar a nadie. Chao, papito. Váyase corriendo para la casa, antes que se den cuenta que no está y lo regañen.

LUIS: Sumercé sí que es calidad. Gracias, tía. Así quedamos.

LUCERO: (*Sonríe, juega con sus manos y su delantal, nerviosa y avergonzada.*) Chente, no vaya a pensar mal de nosotros. Usted sabe que el viejito Marco no iba a ir y yo no me puedo dar estos lujos. Así que pues ni modo, papito. Allá nos vemos.

Le manda un beso al imaginario Vicente Fernández.

ESCENA III

**SÁBADO 21 DE MARZO DE 1978,
EL DÍA DEL TEATRO**

Se escucha una lluvia fuerte con vendaval y la voz de LUCERO en el baño.

LUCERO: ¡Jueputa, está lloviendo! (*Sale del baño, se da una vuelta frente al espejo.*) Mire, Chentico. Tuve que ponerme un pantalón y chaqueta abrigadora. Ni modos. Otro día estreno el vestido. Ay, don Vicente, le cuento que estoy tratando de ser lo más discreta posible, de no llamar mucho la atención del ogro de mi hermano. Le confieso que mi corazón se me va a salir de tanta felicidad, no me pierdo por nada ir a verlo. ¡Ay, mi amor! Sería el colmo que no lo vaya

a ver después de tantos años de ser su fan. Es la primera vez que veré una de sus películas. Y no en cualquier teatro. En el teatro México. Sí, así como lo escucha: Teatro México.

ESCENA IV
EN EL TEATRO MÉXICO,
DESPUÉS DELA PELÍCULA

LUCERO está con LUIS en el Loby del teatro, frente a una figura de cartón de Vicente Fernández.

LUCERO: *(Se pone frente a la figura de cartón. Habla con ella.)* Don Vicente, que mujer tan hermosa esa que le pusieron. Cuando tenga una hija le voy a poner así: Alejandra. *(Posa para una foto instantánea al lado de la figura.)*

LUIS: ¡Huy, tía! ¡Quedó relinda! Espere: se la muestro. *(Toma la foto y la sacude para que se aclare. Se la enseña a Lucero.)*

LUCERO: *(A la figura.)* Huy, mi vida preciosa. Cosita bella, cosita linda, cosita bien hecha, papi. Y yo viéndolo solo en fotos, sabiendo que lo puedo tener así tan cerquita. *(Le da un beso a la figura.)*

LUIS: Tía, ¿y si no lo llevamos?

LUCERO: *(Risa nerviosa y picaresca.)* Ay, papito. Lo que a usted se le ocurre. *(Ríe a carcajadas.)* A ver, dígame: ¿cómo le vamos a hacer? ¿No ve que esto está tetiado de gente?

LUIS: Me extraña, tía. Usted no sabe con quién está hablando, ¿o qué? *(Se levanta el cuello de la camisa.)* Vaya y se le para en frente a esos guachimanes y les tira una sonrisa, y yo me lo cargo a la carrera. Nos vemos en la esquina. Disimule, yo veré... ¡Viva, tía!

LUCERO: *(Se persigna.)* ¡Hágale! ¡Lo que sea por este churro precioso!

ESCENA V
EN EL PARADERO DE BUSES

LUIS y LUCERO llegan al paradero del bus, riendo a carcajadas, con la figura de cartón de Vicente Fernández.

LUCERO: ¡Ay, no! Usted está loco. No entiendo cómo hizo para que no lo cogieran esos celadores. (*Risa.*) Yo apenas veía cómo corría por la carrera séptima. Menos mal que no lo cogieron, porque hasta me le hubieran pegado o quién sabe qué me le habrían hecho. Mire, ahí viene el bus. ¿Sí es la 039? ¿Cierto?

LUIS: Si, tía. Ésa es. Ojalá nos recoja con esta vaina.

ESCENA V
EN EL BUS

Se suben al bus. Suena fuerte un vallenato. Hay mucha gente de pie. Se escucha la voz del conductor.

VOZ DEL CONDUCTOR: Siga ahí para el fondo, que hay mucho lugar. ¡Colaboren para irnos rápido!

Se escuchan voces y chiflidos de los pasajeros con mucho alboroto, porque Lucero va con la figura de cartón.

LUCERO: (*Grita.*) ¡Ay, ya! ¡Cállense! ¡Envidiosos! Porque no pueden tener lo que yo tengo. ¡Dejen la envidia y verán que crecen! (*Abrazada a la figura.*) ¿Cierto, don Vicente? (*Ríe.*) Aquí vamos lo más de bien los dos. Bien junticos y nadie nos va a separar.

Le da un beso sonoro en la boca a la figura de cartón.

ESCENA VI
BOGOTÁ, 2016. EN CASA DE LUCERO.
MUCHOS AÑOS DESPUÉS

ALEJANDRA, hija de LUCERO, barre la sala. Se detiene frente a la vieja figura de cartón de Vicente Fernández.

ALEJANDRA: *(A la figura.)* Huy, don Vicente, como que le están cayendo los años. Venga. Le limpio un poquito esas trompas. *(Con voz de niña mimada, mientras le quita polvo a la figura.)* ¡Ay, esas trompitas del viejito este! Sumercé no debería estar aquí, me lo voy a llevar. Camine para mi habitación *(Sonríe y se inclina para cargar la figura.)*

Entra LUCERO. Se nota que han pasado los años en ella. Trae una taza de café.

LUCERO: *(Grita.)* ¡Ay, china marica! ¿Usted qué está haciendo mijita? ¿Para dónde me lleva a mi Chente? *(Lo toma fuerte y lo regresa a dónde estaba.)*

ALEJANDRA: ¡Mami, déjeme! Me lo quiero llevar a mi habitación. Vea, *(señala con la boca a la figura.)* Está todo viejo. ¡Qué pecado!

LUCERO: ¿Qué le pasa, mijita? Ahí me lo deja, que ése no tiene cuentas con nadie más que conmigo. Ha estado años ahí. *(Le da un sorbo a la taza de café, acomodando de nuevo la figura de Chente en el centro de la sala.)*

ALEJANDRA: *(Se retira de la sala.)* Eso me pasa por andar de lambona. Pues que se le dañe su vejestorio.

LUCERO: ¿Qué? ¿Que fue, mijita? ¡Hable duro que no la escucho!

ALEJANDRA: *(Grita desde su habitación.)* Que sí, señora. Que lo que sumercé diga, con mucho gusto.

LUCERO: *(A la figura.)* ¿Cómo la ve, don Vicente? Los pájaros tirándole a las escopetas. A usted nadie me lo mueve de aquí. ¿Quiere un sorbito? *(Le señala la taza de café.)*

ESCENA VII

PRIMER ACERCAMIENTO CON EL DESTINO

ALEJANDRA en la sala, recostada en un sillón, revisando su celular.

ALEJANDRA: ¿Y éste quién es? *(Sonríe y se escucha una notificación de su celular. Camina y se para frente a la figura de cartón de Vicente Fernández.)* Mire, don Vicente. Me está hablando un muchacho que dice que es de su tierra, dizque mexicano, pero más bien parece como árabe... No entiendo por qué me escribe, no tenemos amigos en común, no lo conozco, no sé quién es... Ve a, don Vicente: "Hola, amiga colombiana". Pues... vamos a charlarle al mexicanito, a ver qué dice. *(Risa coqueta.)* Y está bueno el peladito. *(Se escucha la notificación del mensaje en el celular. Lee en voz alta el mensaje que le llegó.)* "¿Cómo estás?" *(Sonríe y escribe en su celular.)* Muy bien, con frío. *(Sonido de notificación del mensaje que lee en voz alta.)* "Acá hace calor, mucho calor: estamos a 30° centígrados". *(Escribe en su celular.)* ¡Bastante caliente! Pero que chévere. ¿Y conoces Colombia? *(Sonido de notificación del celular, lee en voz alta el mensaje.)* "No, ¿y tú? ¿Conoces México?" *(A la figura de don Vicente.)* Que no conoce Colombia. ¿Entonces cómo mierdas lo conozco pues? *(Suelta una carcajada. Escribe en su celular y lee en voz alta lo que va escribiendo.)* No lo conozco, pero me encantaría conocerlo. *(Escribe y lee en voz alta.)* Pero, a todo esto: ¿de dónde nos conocemos? ¿Por qué somos amigos en Facebook? *(Continúa escribiendo en su celular. Se ve una sonrisa picaresca en su rostro. De repente, da un salto y comienza a caminar de un lado a otro por la sala. Corre a la figura de don Vicente.)* ¡Ay, no, don Vicente!

¡Me quiere ver! Me está haciendo video-llamada, don Vicente. ¿Qué hago? ¡Qué nervios! ¿Estoy bien? ¿Me veo bien? (*Se acomoda el escote de su blusa y se esponja el cabello. Se sienta en una silla de la sala, se acomoda de perfil, hace movimientos nerviosos acomodándose la ropa.*) Ok. ¡Vamos a hacer esto ya! (*Contesta la llamada.*) ¡Hola! ¡Mucho gusto!

ESCENA IX
LA DESPEDIDA

LUCERO pone en la vieja victrola el “Vals de Alejandra”. Ve a ALEJANDRA, su hija. Lloro, melancólica.

LUCERO: Alejandra, mi amor. Las mamás sabemos cuándo ha llegado el momento en el que nuestros hijos vuelan del nido. Mi vida, yo sé que sumercé ya no va a regresar.

ALEJANDRA: (*Abraza a LUCERO.*) ¡No, mamita! No me diga eso. Yo solo voy de vacaciones. Le prometo que yo regreso en unos días. No la voy a dejar solita.

LUCERO: ¡Ay, mi amor! Nadie puede engañar al corazón de una madre. (*Acaricia con sus manos la cabeza de ALEJANDRA.*) Pórtese bien, mi muñeca. Sea comedida con ese muchacho, plánchele la ropita. Atiéndalo y cuídeseme mucho, mi reina hermosa. Nunca se le olvide que aunque pasen todos los años del mundo, ésta siempre será su casa.

ALEJANDRA: (*Con la mirada hacia abajo.*) No, mamita. No me diga eso. Yo voy a regresar pronto ya verá que sí.

LUCERO: Espere, mi amor. Déjeme darle algo. (*Se levanta de la silla y se dirige hacia la figura de cartón de Vicente Fernández. Toma unas tijeras de la mesa. Disculpándose con la figura.*) Bueno, don Vicente. Hasta acá llegamos usted y yo. (*Con las tijeras le recorta la cabeza a la figura.*)

ALEJANDRA: ¡No, mami! ¿Qué hace? ¿Por qué me va a dar una cabeza? (*En voz baja para ella misma.*) ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza!

LUCERO: El Chente me la va a cuidar. (*Pone la cabeza de la figura en la maleta de viaje de ALEJANDRA.*)

LUCERO y ALEJANDRA se abrazan. ALEJANDRA sale de la casa.

LUCERO: (*Se levanta de la silla, desarma tristemente lo que queda de la figura de cartón.*) ¡Hasta aquí llegamos, don Vicente! ¡Hasta aquí!

Suspira desconsolada y se queda sola, totalmente sola en la casa.

ESCENA X
CIUDAD DE MÉXICO,
21 DE JULIO DE 2016

ALEJANDRA, sentada en una de las salas de espera del aeropuerto de Ciudad de México.

ALEJANDRA: (*Voltea hacia su lado derecho y se dirige a una mujer que está sentada ahí, a su lado.*) Disculpe, me puede decir la hora por favor.

MUJER DEL AEROPUERTO: Las 12:30, señorita.

ALEJANDRA: Muchas gracias.

Se escucha fuerte la voz de una mujer por el alto parlante de la sala de espera: “Se les informa a los pasajeros del vuelo 039 en conexión México-Monterrey, que presentamos retardos en el vuelo, debido a problemas operativos.

MUJER DEL AEROPUERTO: (*Ve la angustia de ALEJANDRA.*) ¿También ibas a tomar este vuelo?

ALEJANDRA: Sí, me está esperando alguien aquí, pero no tengo cómo avisar que se retrasará el vuelo, ni en la sala

en la que estoy. Es que no soy de acá. No tengo número de acá. Soy extranjera.

MUJER DEL AEROPUERTO: Si, lo noté, por tu acento. ¿De dónde eres? Ah, perdón. Que mal educada soy. Mucho gusto. Soy Estefanía. Por cierto, si quieres te puedo prestar mi celular para que hagas tu llamada.

ALEJANDRA: Muchísimas gracias. Se lo agradecería mucho. El gusto es mío, me llamo Alejandra y soy colombiana.

ESTEFANÍA: ¿Y qué haces aquí? ¿Por qué estás tan lejos de tu tierra?

ALEJANDRA: ¡Huy! Es una larga historia. Tengo una cita con el destino. (*Ríe nerviosa.*) Conocí una persona por internet. Hicimos clic desde el primer momento y, luego, sin darme cuenta ya era alguien importante para mí. Al comienzo ni yo creía lo que estaba pasando dentro de mí, pero así fue...

ESTEFANÍA: ¿Y luego? ¿Él te invitó o vienes de vacaciones o qué onda?

ALEJANDRA: No pensábamos conocernos tan pronto; pero, de un momento a otro, cancelaron el proyecto en el que trabajaba y cuando ya llevábamos como seis meses de hablarnos, literalmente todos los días... un día, por pura casualidad, encontré a un viejo amigo que era director de una agencia de viajes, Pipe se llama. ¡Es un loco! Me metió en la cabeza la idea de viajar a conocerlo y me ofreció el viaje. Me dijo: “pero tienes que viajar prácticamente ya. Estos tickets son para viajar dentro de 15 días”. Y bueno, aquí estoy.

ESTEFANÍA: Ay, muchacha. ¡De verdad qué aventada! ¡Y qué susto! ¿No te dio miedo?

ALEJANDRA: Mucho. ¡Estoy cagada de miedo! (*Risa nerviosa.*) Pero, pues no sé. Algo dentro de mí me empujaba lejos de Bogotá desde hace rato. Bueno, a ver qué pasa.

ESTEFANÍA: ¿Y si te resulta un loco? ¿O un violador? ¿O un asesino en serie como esos que salen en las películas? ¿O un tratante de blancas?

ALEJANDRA: *(Visiblemente nerviosa, cambiando de tema.)*
¿Me regala la llamadita para avisar por favor?

ESTEFANÍA: ¡Ay, sí amiga, perdón! Mira aquí está *(Le da su teléfono y ALEJANDRA se retira para hacer la llamada.)*

ALEJANDRA: ¡Aló! Hola... *(Camina nerviosa mientras habla por celular.)* Estoy en la sala 3. Ok, ok...

ALEJANDRA: *(A Estefanía.)* Dice que ya está aquí. *(Entrega el celular y se sienta.)*

Llega GERARDO con un ramo de flores y pone su mano en el hombro de ALEJANDRA.

ALEJANDRA: *(Se levanta y le da un abrazo.)* ¡Hola! *(Lo abraza nuevamente.)*

GERARDO: *(Toma el rostro de Alejandra delicadamente con sus manos. La besa.)* Estás preciosa.

VOZ DE CHENTE: *(El bolso de mano de ALEJANDRA se mueve rápidamente.)* Hey, espérate, sácame de aquí, muchacha. Quiero conocer a ese cabrón.

ALEJANDRA: *(Abre poquito la bolsa y habla bajito a su interior.)* Tranquilo, don Chente. Se ve buena persona.

VOZ DE CHENTE: Ni madres. No nos movemos de aquí hasta que le vea la jeta a ese güey.

Alejandra cierra la bolsa, toma su maleta y sonríe a Gerardo.

ALEJANDRA: ¡Lista!

ESCENA XI

MONCLOVA, COAHUILA, 2016

Aparecen en escena ALEJANDRA y GERARDO, en casa de PALAFOX, amigo de Gerardo. Suena música banda y huele a carne asada.

PALAFox: *(Hombre Mexicano con acento Norteño muy marcado, con sombrero y botas, voz ronca. Habla muy rápido y enredado, generalmente corta las palabras. Tiene una lata de cerveza en su mano. Grita.) ¡Iraaaaa! (Silba y hace gestos con sus manos.) ¡Llegó Cigarrín y la colombiana, raza!*

GERARDO: *¿Qué onda, carnal? (Estrechan la mano y se abrazan.)*

PALAFox: *(A ALEJANDRA.) ¡Hola! (Mueve su mano de un lado a otro saludándola.) ¿Cómo te llamas?*

GERARDO: *(A Alejandra.) Así habla este pinche duende, pero es a toda madre este hijo de su chingada madre. No te asustes, que es buena persona. (Risas.)*

ALEJANDRA: *(A PALAFox.) Hola, mucho gusto. Me llamo Alejandra.*

PALAFox: *¿Y sí eres de Colombia? (Risas.)*

ALEJANDRA: *¿Usted qué cree?*

PALAFox: *(Recargado en una barra de concreto. Le da un sorbo a su cerveza.) No, pues sí te escuchas de allá. A ver: ¿cómo se dice hijo de su chingada madre en colombiano?*

ALEJANDRA: *Pues... “malparido”, creo.*

PALAFox: *¿Cómo? (Risas.)*

ALEJANDRA: *Mal-pa-ri-do.*

PALAFox: *(A Gerardo.) ¡Eh, tú, pinche malparido, pásame otro bote! (Risas.)*

GERARDO: *(A Palafox.) ¡Sh! ¡Cálleseme a la verga!*

ALEJANDRA: *(Camina hacia Gerardo.) Oye, ¿por qué se hablan así de feo ustedes? Parece que se fueran a pelear. No seas grosero.*

GERARDO: *(En el asador, dándole vuelta a la carne. Sonríe.) N'ombre, así nos hablamos nosotros. No estamos enojados.*

ALEJANDRA: *Pues que raros son. Oye, ¿a qué hora iremos a la fiesta?*

GERARDO: *¿Cómo? Pues es ésta, amor. (Con cara de desconcierto.)*

ALEJANDRA: ¿Qué? (*Con tono de asombro. Risas.*) O sea: ¿esto es una fiesta para ustedes? No, mijito, en Colombia se baila, se azota baldosa, se sacuden los pies. ¿No? ¿Nada?

GERARDO: ¿Eh? No, pues no.

PALAFX: (*A Alejandra.*) ¿Y luego? ¿Cómo estuvo tu viaje?

ALEJANDRA: (*A PALAFX.*) Bien, gracias a Dios. Tenía miedo que me pusieran problema al entrar a México. Había escuchado que estaban jodiendo mucho a los colombianos. Pero la verdad, gracias a Dios, no pasó nada. Me jodieron en mi país. (*Risas.*) Al pasar por migración, en Colombia, me la montaron y no me dejaron hasta que me hicieron pasar por el *body scan*.

PALAFX: (*A ALEJANDRA.*) Te oyes como las de las novelas que ve mi amá.

ALEJANDRA: (*Suelta una carcajada y se dirige a PALAFX.*) ¿Su qué? (*Risas.*) ¡Ay, no! Perdón, pero es que usted habla muy chistoso. (*Risas.*)

ALEJANDRA se recarga en la barra y empuja su bolso sin querer. El bolso cae y de él sale la cabeza recortada y doblada de la figura de Vicente Fernández que le dio su mamá.

PALAFX: (*Con tono de asombro.*) ¡Ay, wey! (*Se quita el sombrero y se rasca la cabeza.*)

PALAFX: (*A GERARDO.*) Ira, compare: pórtate bien, porque el próximo que va en esa bolsa eres tú. (*Sonríe y le da una palmada en la espalda a Gerardo.*)

VOZ DE CHENTE: (*Que solo escucha ALEJANDRA.*) Por fin libre, para partirles la jeta a todos esos cabrones si te hacen algo, mijita.

ALEJANDRA: (*Pega una carcajada y se agacha para recoger la cabeza de la figura.*) ¡Ay! ¡Bobo tan pendejo!

PALAFX: (*Grita.*) ¿Cómo? (*Imita a ALEJANDRA en tono risueño.*) ¡Bobo pendejo!

Todos ríen y comienzan a bromear con esa palabra.

GERARDO: (A ALEJANDRA.) ¿Cómo? ¿Cómo, mi amor?

PALAFox: (A GERARDO, *en voz baja*.) Aguas, compare. No te vaya a salir una pinche vieja loca, de esas que acostumbras traer.

VOZ DE CHENTE: No estés hablando entre dientes, cobarde... Contéstale, muchacha. Párteles su madre.

ALEJANDRA: (A PALAFox.) ¡No, mijito! Ningún pinche ni ninguna loca. Si algo tenemos las colombianas es que somos verracas, somos bien paradas. ¿O usted cree que, porque soy de allá, ya tengo el muertico ahí guardado?

VOZ DE CHENTE: Ándele, le salió el tiro por la culata.

PALAFox: (A GERARDO.) No compare, pues ésta sí está cabrona. ¡Aguas! (A ALEJANDRA.) ¿Y luego allá qué hacen? ¿Qué toman cuando se reúnen? ¿También hacen carne asada?

VOZ DE CHENTE: (A PALAFox.) ¡Pues sí, ni modos que coman muerto, güey!

ALEJANDRA: Sí. También comemos carne Palafox, pero no es como ésta. Colombia es un país que tiene muchas culturas en una. Cada región tiene su plato típico.

PALAFox: (A ALEJANDRA.) ¿Y tú por qué no hablas como Pablo Escobar?

ALEJANDRA: (*En tono un poco molesto*.) Porque gracias a Dios no soy nada de ese señor.

PALAFox: (A ALEJANDRA.) ¿A poco no lo quieren allá?

VOZ DE CHENTE: Esto es un interrogatorio, ¿o qué? (*Le grita a GERARDO*.) Ya intervenga, pinche moco.

GERARDO: (*Interviene con un grito desde el otro lado de la mesa*.) ¡Ya, cabrón! ¡Pinche puñetas!

ALEJANDRA: (A los dos.) Palafox, ¿usted se sentiría orgulloso de un tipo que masacró a miles de personas inocentes? Claro que no. Y si me dice que sí, en este mismo momento doy media vuelta y me voy de su casa. (*Silencio y miradas incómodas*.) ¿Sí? ¿No? Pues que puto miedo si están de acuerdo con esa vaina.

VOZ DE CHENTE: Órale, culeros, o les parto su madre aunque sea a mordidas.

GERARDO: (A ALEJANDRA.) Bueno. ¡Ya, morrita! Túmbate ese rollo. Vamos a cambiar de tema mejor.

ALEJANDRA: (A GERARDO. *Con cara de confundida.*) ¿Morrita?

PALAFox: (A ALEJANDRA. *Grita.*) ¡Ya, Colombianita! (*Imitando el acento colombiano.*) Vamo'a pone' un vallenatico para la parcerica.

ALEJANDRA: (*Risas.* A PALAFox.) ¿Cuál parcerica? (*Risas.*) ¡Parcerita! Y, sí, póngame “La Reina”, de Diomedes Díaz.

PALAFox: (A ALEJANDRA.) ¿La qué? ¿De que qué? (A GERARDO.) No le entiendo ni madres, güey. (*Le pasa su celular a ALEJANDRA.*) Ira, ponlo tú.

ALEJANDRA sonríe y pone la canción. Alejandra baila.

ALEJANDRA: ¡Ay, Hommbé! Ése es el folcklore de mi tierra.

GERARDO: (A ALEJANDRA.) Ale, ven. Cuéntale a Pala lo del vallenato, en lo que yo corto la carnita que ya está.

ALEJANDRA se acerca a PALAFox. Sube la música, mientras ellos hablan.

ESCENA XII

MONCLOVA, COAHUILA,

NOVIEMBRE, 2016

Aparece ALEJANDRA en toalla de baño, sentada en la cama de GERARDO. Abre su bolso y saca la cabeza recortada de la figura de don Vicente Fernández.

ALEJANDRA: (A la figura.) Don Vicente, estoy tan lejos. (*Rompe en llanto.*) Es que, como dicen aquí, apenas me está cayendo el 20 de lo lejos que estoy. A mí no me gustan las tortillas,

no tengo trabajo, la gente me mira como bicho raro. Mi suegra no me quiere y este *man* ni sabe qué es lo que quiere con su vida, pero lo único que me queda claro es que me ama. Me ama de verdad. Ya llevo tres noches llorando en silencio. Me tapo la boca con la almohada para que no me escuchen. Usted sabe que soy toda miona por las noches y aquí, pues no puedo salir a hacer chichi porqué a mi suegra le molesta. A ver si más adelante no me enfermo de los riñones por estarme aguantando. Don Vicente, usted es lo único que me queda de mi territa. Gracias por estar conmigo siempre. Solo usted conoce mis penas y mis angustias (*Abraza la imagen.*)

GERARDO se asoma por la puerta de la habitación y escucha lo que ALEJANDRA habla con la cabeza de Chente.

GERARDO: (*A ALEJANDRA.*) Ale, ¿qué pasa, preciosa? (*Se acerca a ALEJANDRA.*) ¿Te sientes sola conmigo? ¡Aquí estoy, ven!

Toma la cabeza de la figura recortada con la punta de los dedos, como pinzas, y lo deja a un lado. Hace gestos de escalofrío cuando la suelta, como si le diera miedo la imagen. Abraza a ALEJANDRA.

ALEJANDRA: (*A GERARDO con tono de melancolía.*) Es qué, dígame: ¿qué vamos a hacer? Usted se quedó sin trabajo, su mamá no me quiere, yo no puedo trabajar y se me acabó la plástica que traía de Colombia. Dígame: ¿qué vamos a hacer, por Dios?

GERARDO: No sé, Ale. Algo se nos ocurrirá. Tranquilízate, amor. Todo estará bien.

ALEJANDRA: ¿Y si vendemos algo?

GERARDO: (*Se pone inquieto.*) ¿Algo? ¿Cómo qué?

ALEJANDRA: Algo... Lo que sea. Tú eres muy bueno con la cocina. Vamos a ... eh... y ¿si vendemos tacos? Yo me acuerdo que cuando mis papás tenían negocios había un

montón de gente que pasaba vendiendo de todo: empanadas, jugos, arepas, pero pues aquí la gente solo quiere tacos. ¿Qué tal? ¿Te suena?

GERARDO: (*Indeciso y titubeante.*) Pues sí, está bien. ¿Pero en dónde? ¿Por la calle? (*Susurra.*) ¡Qué vergüenza!

ALEJANDRA: Manos a la obra. Vamos a alistar las cosas y ver bien todo.

GERARDO: Pero ya no hables con esa cabeza, que me da miedo.

ALEJANDRA: (*Risas.*) Es don Vicente. Me lo dio mi mamá. Es como cargar su recuerdo conmigo.

GERARDO: Ah, su pinchi madre. ¡Qué miedo!

VOZ DE CHENTE: Téngale miedo al hambre cabrón. Ándele, mueva sus nalguitas y a chambear, que ya tiene vieja. Y los mexicanos somos hombres que sabemos mantener a su mujer.

GERARDO voltea boca abajo la cabeza de Chente.

GERARDO: ¡Chinga tu madre!

VOZ DE CHENTE: La tuya. Me volteaste, pero no estoy sordo. ¡Pinche mariguano!

ESCENA XIII

CALLE DE MONCLOVA

Aparecen ALEJANDRA y GERARDO caminando con una hielera llena de tacos.

ALEJANDRA: (*A GERARDO.*) ¡Que hijueputa calor de mierda éste! ¿A qué puto infierno me vino a traer usted, mijito? No están los jardines hasta el tope de flores, ni las guitarras dispuestas a cualquier provocación, ni los charros cantan en el lomo de su caballo por los grandes llanos. Ni la prosperidad viste de colores bonitos estas tierras. ¡Solo es el hocico del Infierno!

GERARDO: (*Sonríe.*) No, peor. Dicen que cuando el diablo llega a Monclova se pone chamarra, porque le da frío. Tampoco nos ha ido muy bien con las ventas, como que a la gente no le gusta mucho el chicharrón en salsa verde para desayunar.

ALEJANDRA: (*Se seca el sudor con papel higiénico.*) ¡Qué puto calor de mierda tan infernal! Se me quemaron los pies. Es que, amor, Bogotá es muy frío. El día más caluroso allá es de 22 grados y la gente a esa temperatura ya se está muriendo de calor. Ave María, se me está escurriendo el alma en puro sudor.

Se detienen un poco en la sombra. GERARDO ve a ALEJANDRA y suelta una carcajada.

ALEJANDRA: ¡Ay, bobo pendejo! Veste, ¿por qué se bula de mí?

GERARDO: Tienes la cara toda llena de pedacitos de papel. (*Le limpia la cara a Alejandra con sus manos.*) Bueno, vamos a apurarnos que ya solo nos quedan los de chicharrón en salsa verde. Los de carne asada ya los vendimos.

ALEJANDRA: ¿Y cuántos nos quedan de chicharrón? A mí ya no me quedan. Mi lonchera está vacía.

GERARDO: No sé, amor. A ver, fíjate.

ALEJANDRA: (*Se agacha, abre la lonchera para revisar.*) ¡Ay, jueputa! No. Mirá! (*Ve a GERARDO con cara de angustia.*)

GERARDO: (*Se agacha, angustiado.*) ¿Qué pasó?

ALEJANDRA: (*Saca una pila de tacos.*) Se nos remojaron y se pegaron. (*Se agarra la cabeza.*)

GERARDO: ¡A ver! (*Abre la lonchera con angustia y apuro.*) ¡Chingada madre! Lo que nos faltaba en este perro día. (*Comienza a sacar todos los tacos.*)

ALEJANDRA se sienta en la banqueta y comienza a reír a carcajadas.

GERARDO: ¿De qué te ríes? ¡Estás loca, mujer! (*Arma una bola con todos los tacos pegados.*)

ALEJANDRA: *(No para de reír.)* ¿Qué haces? ¡Para!

GERARDO: *(Risas.)* Tú, vieja loca que te burlas de nuestras desgracias.

ALEJANDRA: *(Tumbada en la banqueta no deja de reír.)* Es que tengo un ataque de risa. Me da cuando tengo mucha preocupación o estrés.

GERARDO: *(Le da un mordisco a la bola de tacos que hizo. Habla con la boca llena.)* Pues prefiero comérmelos a que se pierdan.

ALEJANDRA: *(Sigue riendo.)* Y tan ricos que estaban. No sé ahora qué haremos. Ya no tendremos para hacer los de mañana.

De la bruma del calor brota Vicente Fernández, cantando una canción romántica.

ALEJANDRA: *(Entre llanto y risa.)* ¡Es Chente! ¡Es Chente!

GERARDO: *(Se levanta, extiende su mano hacia ALEJANDRA.)* ¿Baila, señorita?

ALEJANDRA: *(Levanta su mirada con ternura hacia GERARDO.)* Por supuesto que sí, caballero.

GERARDO: Te amo, Alejandra.

Se abrazan y bailan. ALEJANDRA llora.

GERARDO: ¿Y por qué llora?

ALEJANDRA: Porque se nos acabó la ganancia, porque no tenemos con que seguir, porque te amo, Gerardo.

ALEJANDRA y GERARDO se abrazan y bailan abrazados. Vicente Fernández se quita el sombrero y vemos que en realidad es un imitador, que canta en la esquina, se quita el sombrero de charro y va hacia ellos.

IMITADOR DE VICENTE: ¡Ahí lo que sea su voluntad

ESCENA XIV
MONCLOVA, COAHUILA,
DICIEMBRE 2016

GERARDO y ALEJANDRA, ahora ya dueños de un carrito de tacos.

ALEJANDRA: *(Picando la carne con un gran cuchillo en una madera.)* Gera, tengo que decirte algo. Quiero que sepas que estoy profundamente enamorada de ti. Eres un ser humano hermoso. Pero... en Colombia tengo todo: amor, en unos días será Navidad, Año Nuevo y en enero vence el término de estancia legal aquí para mí. Sinceramente, no creo que sea buena idea que yo me quede acá por más tiempo. Ya llevo casi seis meses sin ver a mi familia. Creo que me iré pasando Navidad.

GERARDO: ¿Estás segura? ¿Te vas?

ALEJANDRA asiente con la cabeza, apretando los labios. Suspira y se da la vuelta para acomodar la carne en los tacos.

GERARDO: Falta el cilantro y la cebolla. *(Saca un anillo de su mandil. Lo pone en un taco y se pone de rodillas.)* No te vayas, quédate conmigo, sin ti no soy nada. ¿Te quieres casar conmigo?

ALEJANDRA: *(Abraza a GERARDO y llora. De la bolsa de mano sale rodando la cabeza de cartón de Chente.)* Claro que sí, mi vida. *(Lo besa.)* Solo tengo dos condiciones.

VOZ DE CHENTE: Yo soy el representante legal de la familia. Tienes que pedirme primero su mano.

ALEJANDRA: Una, nos vamos a casar por lo civil, porque mi familia no estará presente; y dos, vamos a intentarlo aquí un tiempo prudente, y luego nos vamos a ir a vivir a Colombia. ¿Sí?

VOZ DE CHENTE: Pídeme su mano...

GERARDO: Si es contigo, ¡hasta el mismísimo infierno, mamacita!

VOZ DE CHENTE: Pues aunque sea sírveme una orden de tacos: tres de bistec y dos de tripa bien doradita.

Sonríen. Se abrazan y GERARDO sirve dos shots de tequila. Brindan.

GERARDO Y ALEJANDRA: *(Con los shots arriba.)* ¡Salud!

Se los beben de una sola tomada. La cabeza de cartón logra saltar hasta llegar a la barra del carrito de tacos.

VOZ DE CHENTE: ¡Salud!

ESCENA XV

14 DE ENERO DE 2017

LA FIESTA DE MATRIMONIO

Todo desaparece: el puesto de tacos, llegan los dos amigos de GERARDO y les quitan los mandiles de taqueros. Los visten de novios.

GERARDO: *(A quienes lo visten. Con la copa en alto.)* Primero que todo quiero agradecerles a todos por ser parte de este lindo momento. Winnie, gracias por organizarnos esta fiesta sorpresa y a todos, en serio, muchísimas gracias. Nunca nos imaginamos que harían esto tan bonito para nosotros. Esta mañana, Ale y yo solo contábamos con que iríamos a casarnos a la Oficialía de mi madrina. Los quiero mucho a todos. *(Grita.)* ¡Amá, ya me voy de la casa!

ALEJANDRA: *(A quienes la visten de novia.)* Muchas gracias por todo, amigos. Por aguantar mis berrinches, por ser mi familia acá, por acogerme y abrazarme cuando lo he necesitado. Gracias por esta fiesta tan hermosa. Jamás me imaginé esto. *(Levanta la copa.)* ¡Salud!

TODOS: ¡Salud!

Entran con un pastel y con una imagen nueva de Vicente Fernández. ALEJANDRA se acerca a la imagen de cartón. Saca de su bolso la cabeza recortada de la figura que le dio su madre, está vieja y ajada. La pega encima de la cabeza de la nueva imagen.

ALEJANDRA: (A la imagen.) ¡Me casé, don Vicente! Gracias por acompañarme. Sumercé no me podía faltar como invitado en primera fila. Es extraño, ¿sabe? Ser migrante es como vivir en dos mundos al mismo tiempo. Por un lado está la vida que dejamos allá. En mi mente todo quedó en pausa. No sé cómo serán las cosas ni cuando regrese. Es más, no sé ni siquiera si vaya a regresar. Y por más que quisiera, ya no soy esa Alejandra que salió de Bogotá, toda pendeja, llena de miedos. Pero lo importante es que usted está aquí conmigo. Usted es mi testigo, mi compañero. Gracias. (Abraza la imagen.)

GERARDO: (Ve a lo lejos lo que hace Alejandra y se acerca a ella.) ¡Amor! (La toma del hombro. Se asusta al ver la cabeza recortada vieja pegada en la nueva imagen.) ¡Ay, güey! Alejandra, ya no andes haciendo eso. Te pusimos una imagen nueva para que ya tires esa chingadera. ¡Está bien fea!

VOZ DE CHENTE: Fea tu chingada madre, cabrón.

ALEJANDRA: ¡Es don Vicente! Nunca entenderías la conexión que hay entre nosotros.

GERARDO: (Hace cara de asombro.) Pues... como digas.

VOZ DE CHENTE: (Estrenando cuerpo nuevo de cartón.) Más te vale pedazo de chingaderita. (Suena el vals de Alejandra.) Agradece que me toca cantar, si no te acabo a puñetazos, que ya tengo brazos.

GERARDO: Ándale, vamos. Nuestro primer baile oficial, señora Alejandra. (La toma de la mano y bailan.)

Se ven a los ojos y se abrazan. ALEJANDRA recuesta su cabeza sobre el hombro de GERARDO. La figura de cartón canta.

GERARDO: Te amo, Alejandra.

ALEJANDRA: Te amo, Gerardo.

Todo se detiene. ALEJANDRA se separa de GERARDO y se dirige a la figura de Chente, que ahora está sentado en la sala de un auditorio.

ALEJANDRA: *(Parada frente a la figura, con la mirada perdida. Mientras habla, comienza lentamente a quitarse unas almohadillas que rellenan sus senos y sus nalgas.)* Uno nunca se termina de ir. Hay días en los que los recuerdos invaden los sentidos. Cierro los ojos y veo las calles de mi barrio, la vecina de la tienda, la calle destapada que lleva directo a la panadería. Hay olores que percibimos a través del olfato, pero que penetran hasta el alma. Nos transportan, nos llenan de nostalgia. Hay colores, hay sonidos que nunca nos dejan ir. Permanecen intactos en nuestra mente. Son sensaciones únicas. Recuerdos tan presentes que llenan mis ojos de lágrimas, me hacen nudos en la garganta y anhelo tanto ese abrazo, esa calle, ese olor, esa comida... *(Suspiro.)* Es que uno nunca se termina de ir...

Se deshace de su vestido de novia y queda en un vestido cómodo, mientras camina lentamente hacia una silla solitaria. Se sienta. Todos los invitados a la boda se han ido. Solo quedan ella y la figura de cartón de Chente.

ALEJANDRA: ¡Migrar es una vaina muy berraca! Dicen que cuando uno es migrante tiene dos días de nacimiento, el día que nuestra madre nos parió en nuestra tierra y el día en el que nos recibe el país que escogimos. Nunca olvidaré aquel 20 de julio de hace ya muchos años, cuando con un beso mojado por las lágrimas, me despedí de mi familia. Recuerdo me anclé con un abrazo de mi hermanito. Sentí cómo mi corazón se partía en dos pedazos cuando crucé la

puerta de Migración y ya no pude verlos más. Nunca volví a ser la misma. Migrar es un camino sin regreso. ¿Qué por qué me quedé? ¿Por amor, don Chente?

Se levanta, va por la figura de Vicente Fernández, y se sientan en el filo del escenario. Sale por la puerta principal del teatro.

ALEJANDRA: ¿Y ahora qué sigue? ¿Seguir migrando o esperar sentada a que la vida te zangolotee a su antojo?

SÓLO TÚ
SIDDHARTHA GALVÁN

Un bar atrapado en las sombras, entre el humo de cigarrillos, entre la nostalgia; un bar donde los contrastes de claros a oscuros refuerzan la presencia de figuras que aparecen y desaparecen, dependiendo de la luz con la que se topan. Un hombre maduro, de cuarenta años, está sentado en la barra, bebiendo. El bar está hasta el tope de sombras, de figuras que se dibujan solo para verlo a él, para darle presencia y se borran como si usáramos el borrador en una hoja blanca y quedara la mancha ensuciando el ambiente. Tres mujeres lo observan con detenimiento. Están como ausentes, confirmandose en el sitio en el que se encuentran. Una canción se escucha una y mil veces.

ESCENA 1

JAQUELINE: Siempre aquí...

SAMANTA: Siempre...

JAQUELINE: En el bar de la esquina...

SAMANTA: El de la puerta de madera carcomida.

JAQUELINE: Donde eternamente sale una neblina de espeso humo de cigarro.

SAMANTA: Donde noche tras noche suena a ritmo de Etta James.

JAQUELINE: Pero es porque está él, Fernando.

SAMANTA: Todas las noches aquí, en este bar: bebiendo, celebrando.

FERNANDO: Por mi vida eterna.

SAMANTA: Dice cada que se lleva su copa a sus labios.

ERÉNDIRA: Mientras sus ojos se llenan de lágrimas al recordarla, con la canción de At Last de Etta.

JAQUELINE: Al final de la canción levanta su vaso, brindando por Rita.

SAMANTA: Su madre.

ERÉNDIRA: Muerta, desde hace dos años, por ese cáncer de seno.

SAMANTA: Y luego habla solo entre murmullos. Tiempo tardé en entender sus palabras.

FERNANDO: Por ser el más pequeño, el más incomprendido y con falta de atención.

ERÉNDIRA: Dicen que la madre le dejó mucho dinero.

JAQUELINE: Por el tiempo que la cuidó, al menos difunta fue más agradecida.

SAMANTA. ¿Y nosotros?

JAQUELINE: Nomás testigos...

ERÉNDIRA: ¿Qué más podemos ser?

JAQUELINE: El humo de su cigarro.

SAMANTA: Recuerdos revueltos con vino.

ERÉNDIRA: O la hora exacta en que llega aquí.

JAQUELINE: Somos sus nueve de la noche. Siempre puntual a las nueve de la noche.

SAMANTA: Somos sus ojos desvanecidos en los vasos de whisky.

ERÉNDIRA: Somos las únicas que recuerda cuando el whisky le atropella el cerebro.

JAQUELINE: Hasta que pone de nuevo la canción en la vieja vicrola para que aparezca ella.

ERÉNDIRA: Y desde allá, desde el fondo del bar, del lugar más oscuro aparece ella, Rita.

RITA, la MADRE se acerca a él. Le habla al oído.

MADRE: ¡Me encanta esa canción!

La madre y el hijo cantan: And here we are in heaven / For you are mine at last.

FERNANDO: Déjame en paz, ya estás muerta.

ERÉNDIRA: Y el mismo ritual.

SAMANTA: Huye al baño.

JAQUELINE: Con Rita pegada como sombra siniestra a su espíritu.

ERÉNDIRA: He sido testigo de que corre a lavarse la cara con agua fría.

SAMANTA: Yo también, de cómo se restriega los ojos para quitarse esa imagen.

JAQUELINE: Cómo se ve en el espejo, tratando de encontrarse. Pero solo la veía a ella.

JAQUELINE: Siempre le grita las mismas palabras, y siempre se inquietan las sombras y las penumbras que habitan este lugar.

MADRE: No sé qué hacer contigo. Eres un problema. ¿Qué va a pasar el día que yo no esté aquí? ¡Mírate: eres un desperdicio!

JAQUELINE: Se moja la cara. Pero ella continúa en el espejo.

MADRE: Pobre de la mujer que se quede contigo. No sabes hacer nada. (*Risas.*) Ni siquiera pudiste darme el gusto de ser doctor.

ERÉNDIRA: Fernando, paga la cuenta del bar. Y del espejo que noche a noche rompe. Escapa a su casa, con la voz de la madre revoloteándole en la cabeza.

SAMANTA: La única forma de callarla es cuando al fin esta en casa y escupe en la entrada de la habitación de Rita.

Oscuro.

ESCENA 2

Todos han desaparecido. Ni siquiera está el barman. Se abre la puerta del bar fuertemente y aparece FERNANDO.

MADRE: Sigues escupiendo a la entrada de mi cuarto. Pero yo escupí desde que naciste. Y cada que tomas una copa escupo en ella. ¡Y aquí vas de nuevo!

FERNANDO: Ni muerta me dejas en paz.

MADRE: Ya ni razón tienes del tiempo. Estoy viva: enferma, pero viva. No tienes consideración, a pesar de cómo estoy.

FERNANDO: Ya, ya. Regreso al rato.

MADRE: Quizás no me encuentres.

FERNANDO: Seré un hombre feliz el día que pase eso.

Fernando entra al bar. Se para frente a la barra, golpea fuertemente. La madre desaparece en la sombra de una esquina.

FERNANDO: ¿Dónde están todos?

Atrás de la barra se empieza a formar la sombra de ERÉNDIRA.

FERNANDO: ¿Eréndira?

ERÉNDIRA: Hola, Fernando. Hace tanto...

FERNANDO: ¡Sí! ¡Eres tú! No has perdido el brillo de tu mirada.

ERÉNDIRA: Jamás.

FERNANDO: ¿Realmente estás aquí?

ERÉNDIRA: Si tú lo crees.

FERNANDO: Sí... Todo huele a ti. Me gusta mucho tu perfume. Es idéntico a...

ERÉNDIRA: El mismo de siempre.

FERNANDO va atrás de la barra. Se acerca a ERÉNDIRA, la besa.

MADRE: ¡Fernando! ¡Ya es muy tarde! ¡Es hora de tomar mis medicamentos!

FERNANDO y ERÉNDIRA se besan apasionadamente. La luz del bar se concentra en ellos, ahí en el centro, acariciándose

frenéticamente. Fernando desnuda a ERÉNDIRA lentamente. Atrás de ellos aparece la madre.

ESCENA 3

Se escucha la canción “Cien años” con Pedro Infante. ERÉNDIRA, totalmente desnuda, fuma un cigarro. FERNANDO ha desaparecido entre las sombras del bar.

MADRE: Dime que no extrañas a Fernandito. Eréndira...

ERÉNDIRA: (Ríe.). Claro, señora. Mucho. (Sarcástica.). Me demostró todo su amor ese día.

MADRE: El muy maldito...

ERÉNDIRA: Llegamos a su casa, pero solo bajó él, y trajo unos libros consigo. Le pregunté: “¿Cuándo voy a conocer a tu madre?” El, enojado, dijo: “no”. Supongo que había discutido con usted. Llegamos aquí y le entregó a Joaquín, el barman, unas bolsas. Joaquín le dijo que las dejara en la bodega. Me pidió que lo ayudara a bajar las bolsas. Cuando bajábamos el tercer escalón, me golpeó con una botella en la cabeza. Desperté en una mesa, atada de pies y manos. Fernando sacó un martillo... Después del quinto golpe dejé de sentir.

La MADRE ayuda a ERÉNDIRA a vestirse con la bolsa negra de la basura.

ERÉNDIRA: Mi cuerpo quedó dentro de una bolsa de basura. Así que, señora, su pregunta obtuvo respuesta. No lo extraño.

La MADRE, en silencio, ve a ERÉNDIRA. Mientras, se escucha fuerte la carcajada de SAMANTA desde otra mesa.

SAMANTA: ¡Joder, Joaquín! Traite otra ronda de tequilas, ya se pusieron serias las señoras. (Ríe fuertemente, mientras

brinda con RITA.) Dígame, señora: ¿cómo pudo crear un ser humano así? *(Su risa es hueca, falsa, como si estuviera a punto del llanto.)* Cuando conocí a Fernando, era gentil. Pero en ocasiones tenía arranques. Se lo atribuía a que discutía con usted. En una de esas tantas veces, de hecho en aquella mesa. *(Señala la última mesa del bar.)* Discutíamos, era tarde, y él estaba tomando.

MADRE: Pusilánime, como siempre.

FERNANDO, desde la mesa que señaló SAMANTA, le grita enfurecido.

FERNANDO: *(Totalmente ebrio.)* Dime que no valgo la pena, que ninguna carrera pude terminar. Ahora resulta que tú, porque ya estás por recibirte, tienes derecho a tratarme así.

MADRE: Y fuiste a su mesa...

SAMANTA: *(Lo toma del brazo.)* Cálmate, estás haciendo un espectáculo.

MADRE: Pudiste evitarlo.

FERNANDO: *(Grita.)* Suéltame, Rita. Siempre jodiendo.

SAMANTA: Soy Samanta, pero te veía en mí y vi cómo se iba transformando poco a poco en ti.

MADRE: Que no te hable así. Joaquín, cierra la puerta.

SAMANTA: No sé por qué, esa noche el bar estaba totalmente solo. Ni el barman, solo él y tu maldita presencia asfixiándolo.

JOAQUÍN: Anda, trata de psicoanalizarme. ¿Qué esperas, maldita? *(La escupe.)*

SAMANTA: ¡Suéltame, Fernando! *(Le grita y trata de zafarse.)*

FERNANDO la toma con más fuerza. Se torna más violento y le golpea la cabeza en la mesa.

FERNANDO: *(Mientras golpea a Samanta.)* Ahora, dime quién es el más fuerte.

SAMANTA: ¡Por favor, detente! (*Logra coger uno de los vasos y lo golpea en la cara.*)

FERNANDO se enfurece más. La toma y la avienta contra la pared. SAMANTA se desprende de la pared donde queda tatuada su sangre.

FERNANDO: ¡Maldita perra! (*La escupe con desprecio.*)

SAMANTA: Y ésa fue la última vez que lo vi. Cuando Joaquín entró al bar, ya no había ni huella de mí.

FERNANDO enciende un encendedor y lo acerca lento a su rostro para prender su cigarro.

SAMANTA: Mi cuerpo fue quemado lejos de aquí.

Oscuro.

ESCENA 4

En un extremo de la barra del bar se encuentra JAQUELINE vestida de rojo, tomando una copa de vino tinto. Saca de su bolso un labial. Se pinta los labios. En el otro extremo de la barra, FERNANDO ve detenidamente cómo se pinta. Ella levanta su copa y brinda con él.

JAQUELINE: Gracias por el trago.

FERNANDO: De nada. Me gusta ver que una mujer se arregla para ella.

JAQUELINE: Eres muy lindo. Pero, ¿qué tal si nos vamos por ahí?

FERNANDO: Aquí hay un sótano muy privado, el dueño me conoce, no hay problema... ¿Vamos?

Cuando JAQUELINE asiente, se ve un fuerte movimiento.

Hay sombras que corren angustiadas que tratan de protegerla, que la cubren oscureciendo el lugar.

Oscuro.

En el oscuro se escucha el gemido de JAQUELINE, acompañado de un grito de terror. Cuando vuelve la luz, vemos a JAQUELINE vestida con una bolsa de basura y una copa de vino rojo en sus manos. A un lado de ella está Rita, la madre de Fernando.

JAQUELINE: No volví a ver la luz del sol nunca más. Mi cuerpo esta mutilado por sus fuertes mordidas, dentelladas. No tuvo piedad. Al final me dijo...

En la penumbra logra verse a FERNANDO, parado en la puerta que da al sótano, desdoblando lentamente una gran bolsa de basura.

FERNANDO: Eres una zorra.

MADRE: El color rojo solo lo utilizan las putas.

FERNANDO: Eso decía mi madre.

MADRE: Que Dios te tenga en su santa gloria.

ESCENA 5

SAMANTA: El bar vuelve a sonar al ritmo de Etta James.

ERÉNDIRA: Y las penurias nos apoderamos de nuevo del lugar.

La MADRE se retira a la mesa donde está FERNANDO tomando un vaso de whisky, que llena constantemente. Al terminárselo de un trago, la MADRE se sitúa a su espalda.

MADRE: ¿Fernando? ¿Me oyes? ¡Fernando!

De las sombras de la barra brota JOAQUÍN. Trae otra botella más de Whisky. Está igual de ebrio que Fernando.

FERNANDO: ¿Escuchas, Joaquín?

JOAQUÍN: No señor, no oigo nada.

MADRE: Soy yo... pedazo de desperdicio.

FERNANDO: ¡Deja de joderme la existencia! ¡Déjame en paz!

JOAQUÍN: (*Lo ve, desconcertado.*) Señor, cálmese.

FERNANDO: ¿No oyes acaso? Es la voz de esa maldita, intento de madre. Aquí está seguramente, siempre trepada en mi cabeza. Siempre rondándome.

La puerta del sótano se abre violentamente. De ahí brotan las risas y voces de SAMANTA, JAQUELINE, ERÉNDIRA, como un coro siniestro. FERNANDO intenta correr fuera del bar, pero la madre cierra bruscamente la puerta de entrada.

CORO DE MUJERES: ¡Fernando!

MADRE: ¡Eres un desperdicio humano!

CORO DE MUJERES: ¡Fernando! ¡Fernando! Dime a quien amas ahora. Ven y danos un beso. Quédate con nosotras, Fernando.

SAMANTA, ERÉNDIRA y JAQUELINE salen corriendo ensangrentadas por la puerta del sótano. Las tres mujeres quedan detrás de FERNANDO. Lo sujetan fuertemente. JOAQUÍN, desconcertado, no sabe qué hacer para calmarlo. La MADRE avanza hacia FERNANDO, su hijo.

FERNANDO: ¡Joaquín, ayúdame! ¡Quítamelas de encima!

JOAQUÍN: ¿A quién, señor?

FERNANDO: ¡A esas malditas!

JOAQUÍN: No veo a nadie.

FERNANDO: ¡Están muertas! Yo las maté, por ser unas cualquiera. Todas se parecían a ella.

MADRE: Por Dios, Fernando. Siempre has sido el dolor más grande que tengo. Yo no sé de dónde me saliste así: débil, pusilánime...

FERNANDO: ¿Por qué tanto odio, madre?

MADRE: Desde que naciste te detesto. Desde que ese cabrón te engendró en mí. Desde que huyó de nosotros. Mejor te hubiera abortado.

FERNANDO: Cállate. Si lo único que tenías que hacer era ser mi madre. Amarme, como lo haría cualquiera.

MADRE: Eras igualito a él, en su cara, en sus modos, en sus miedos. Intenté salvarte de su mediocridad. Te dejé todo lo que junté en años para verte diferente. Y no serviste ni para ser un buen hijo. Me dejaste morir de hambre cuando ya no podía caminar. Te llamaba y te escuchaba que ahí estabas con el oído pegado a la puerta para escuchar mi última respiración. Te escuchaba escupir cada que pasabas frente a mi puerta y te pedía de comer. Y brincar de gusto cuando ya no escuchaste ni un ruido en mi cuarto. Abriste la puerta despacio para comprobar mi muerte. Los gusanos que recorrían mi rostro, que salían de mis ojos te lo confirmaron. Pero guardé mi última maldición en mi boca para escupírtela cuando llegaras, mi último aliento. Nunca serviste, siempre serás nada. No sirves. No eres nada. Jamás serás nada.

FERNANDO: Yo solo quería que me amaras. Joaquín, pásame otra botella de whisky.

Joaquín ha desaparecido.

FERNANDO: ¿También tú, Joaquín? ¡También tú me traicionas!

MADRE: Ahí vas de nuevo, a tomar. Mejor muérete. Nunca te amé.

CORO DE MUJERES: ¡Muérete, Fernando! ¡Muérete! Nosotras nunca te amamos...

MADRE: ¡Muérete, desperdicio!

FERNANDO saca un arma que tenía JOAQUÍN en uno de los cajones de la barra.

FERNANDO: *(Dispara en todas direcciones.)* ¡Ya! ¡Cállense!

Se pone el arma en la sien. JOAQUÍN sale de su escondite y trata de detenerlo. FERNANDO le dispara. Joaquín cae muerto. Le cierra los ojos.

FERNANDO: Perdón, papá. Eras el único que me amaba, perdón.

Llora desesperadamente.

FERNANDO: ¿Dónde estás, madre? Mira lo que me hiciste hacer. Maté a mi papá.

MADRE: Al final de cuentas terminó amándote, rogándote que perdonaras su olvido. Es lo mejor que has hecho por mí. Tu único acto de amor. Bravo.

FERNANDO: Cállate. Déjame en paz, Rita.

MADRE: ¿Por qué hasta eso me negaste? Los años que estuvo pidiéndote perdón. Nunca me lo dijiste. Nunca supe que te arropó en este bar de mala muerte, que fue lo único que pudo hacer en la vida.

MUJERES: Fernando, míranos. Somos tus mujeres. ¿Acaso quieres estar con nosotras?

FERNANDO toma la pistola y se dispara, pero ya no quedan balas en ella.

MADRE: ¿Y ahora qué vas a hacer?

Se escucha de nuevo la canción de Etta.

SAMANTA: Fernando arroja la pistola lejos de él.

ERÉNDIRA: Va y se sienta en el mismo lugar de siempre, frente a la barra.

JAQUELINE: Joaquín se levanta. Coge un trapeador y limpia su sangre y su propia muerte. Va a la barra y le sirve el whisky de siempre a Fernando.

MADRE: Y ahí están ellas bebiéndose su propia sangre, Ocupando la misma mesa de siempre.

FERNANDO: ¿Qué hora es?

JOAQUÍN: Las nueve de la noche, señor.

CORO DE MUJERES: Las mismas nueve de la noche.

MADRE: Las horas de siempre.

FERNANDO: Salud.

Oscuro. Suena, muy bajito, el final de la canción.

LABERINTO SIN LUZ
DEYANIRA ROMERO

PERSONAJES

ALEXA (58 años) y **ALEXA ESPEJO**

Época: 1998

Escenografía: Una recámara austera, una cama, lámpara, un buró, teléfono, espejo, mecedora, petaca, mesa, silla, fotos, florero, coronas, muñecos.

PRIMERA ESCENA

Música / The Four Seasons (Summer-Presto) / Vivaldi / Anne-Sophie Mutter. ALEXA sentada en la cama agarrándose la cabeza. Muy molesta cuelga el teléfono con varios golpes.

ALEXA: ¡Qué los perdone su chingada madre! (*Se mira al espejo llorando y trata de tranquilizarse.*) De nuevo se disculpan los cabrones. No merezco ni quince minutos de su tiempo. Pinches hermanos. *Pa* pura madre que los necesito. Siempre que estaban en problemas estuve para ellos. (*Suspira profundamente.*) ¡Ya que me cargue la chingada para que se acabe todo!

ALEXA Y ESPEJO: (*Gritando.*) ¡Pronto!

ALEXA respira profundamente, se queda pensativa y se mira al espejo aún sentada en la cama. En el espejo aparece su imagen, perfectamente arreglada, hermosa, le indica con el dedo que se calle.

ALEXA ESPEJO: Es el maldito karma que desde niña te persigue.

ALEXA se levanta a duras penas y va sorprendida hacia el espejo.

ALEXA: ¿Qué pasa?

ALEXA ESPEJO: Nada...

ALEXA: ¿Quién eres?

ALEXA ESPEJO: Nadie, un espejo, tu espejo.

ALEXA: ¿Soy yo verdad?

ALEXA ESPEJO: Soy tu verdad, tu conciencia. ¿Qué te pasa?

ALEXA: No sé, no me gusta estar sola. No vinieron mis hermanos a verme.

ALEXA ESPEJO: No les interesas. Prefieren estar con sus amigos.

ALEXA: Yo siempre hice por ellos.

ALEXA ESPEJO: Y ahora les cobras.

ALEXA: Desde que mi madre murió, nos dejó a todos chiquitos. Yo tenía siete años. ¿Recuerdas?

ALEXA ESPEJO: Con un padre machista que no sabía de sus hijos. ¿Pues cómo?

ALEXA: No es que fuera malo, simplemente en aquella época los hombres no se hacían cargo. La madre era la que cuidaba a los hijos

ALEXA se mueve del ESPEJO y camina por el escenario.

ALEXA ESPEJO: No te vayas, no alcanzo a verte.

ALEXA: Dime que no estoy loca. ¿Verdad? Yo estoy aquí y ahí no hay nadie.

ALEXA ESPEJO: Estoy yo. Estás tú... Bueno, nadie. Si quieres me voy...

ALEXA: No, con quién más hablo que conmigo misma...

ALEXA ESPEJO: (*Siguiéndole el juego.*) Ha de haber sido difícil criar a cinco hijos.

ALEXA: Pero nunca faltan las acomodidas, los metiches, las beatas.

ALEXA ESPEJO: Solo dicen palabras bonitas y promesas falsas.

ALEXA: Rápido se repartieron a los niños.

ALEXA ESPEJO: Mano de obra gratis.

ALEXA: Entre las madrinas y las tías se llevaron a las niñas; al hombre, no. Ése se quedó con papá para que le ayudara en el trabajo.

ALEXA ESPEJO: Tu papá era un hombre bien parecido, grandote de ojo azul. No le faltó quien se le ofreciera, anduvo con una y con otra hasta que cayó en las redes de una charrita que le robó el corazón.

ALEXA: Como el diablo, la condenada. Con su vocecita de chingaquito.

ALEXA ESPEJO: Tu papá se le cuadraba.

ALEXA: ¡Hija de su madre!

ALEXA ESPEJO: ¡Te hizo ver tu suerte!

Suspiran y cierran los ojos. Sonríen con una mueca de tristeza.

ALEXA: *(Con dolor.)* Recuerdo cuando nos hicieron los liachos las tías y las madrinas para llevarnos a sus casas.

Arrastrando los pies, ALEXA se dirige a la petaca, deslizando su mano por los bordes.

ALEXA ESPEJO: ¡Todavía tienes la petaca!

ALEXA: Cuando quería escapar del mundo, me escondía en la petaca de mi mamá. Se volvían locos buscándome. Salía de ahí cuando dejaba de llorar o me quedaba dormida. Cuando me encontraban me sacaban a punta de golpes.

Suspira profundamente. Se abraza a sí misma, sentada sobre la petaca.

ALEXA ESPEJO: Pero no todo fue malo.

ALEXA: A mí me tocó irme con mi madrina de bautizo.

ALEXA ESPEJO: Era una señora copetona. *(Ríen.)*

ALEXA: Muy bonita y elegante.

ALEXA ESPEJO: Pero te dejó ir a la escuela.

ALEXA: En las tardes pagaba mi estancia. Limpiaba, recogía, lavaba, planchaba, cuidaba el jardín.

ALEXA ESPEJO: Pero te enseñaba a cocinar platillos de alta cocina, a servir una mesa, a comportarte en sociedad, cosa que fue una herencia invaluable para enseñar a tus hijos.

ALEXA: (*Suspirando.*) Hasta que se acabó mi sueño. Se murió de una dolencia cuando yo tenía doce años y tuve que regresar a la realidad.

Suena el teléfono varias veces y ALEXA contesta de mala gana. ALEXA ESPEJO desaparece.

ALEXA: ¿Bueno?... (*Escucha lo que le dice la amiga.*) Sí, me estoy tomando las medicinas... Sí, aquí estoy encerrada, ya no sé qué es lo peor si la enfermedad o el encierro... Eso trato, de no desesperarme. Ya nomás que me alivie, nos vamos a echar unos vinos... ¡Sí, claro! Vamos a donde tú quieras, nomás no te vayas a poner muy loca, porque luego te vas con los pelados y me mandas a la chingada y me dejas sola como la vez pasada. (*Ríe.*) Ándale, pues. Tú también cuídate. Adiós.

Cuelga, riendo a carcajadas.

ALEXA: ¡Esa Débora! Nos conocemos desde niñas. Yo para no estar en la casa de mi papá con su otra familia, me la pasaba en casa de ella. Eran muchos de familia, pero como yo era bien acomodada siempre me invitaban a comer y a cenar. Fueron buenos tiempos. (*Vuelve a reír.*) Quiere que vayamos a pagar la manda que le hice a San Pascual Bailón. Le prometí, cuando se me perdió mi anillo, que si lo encontraba iría al primer baile que me invitaran y bailaríamos hasta que se terminara la fiesta. (*Ríe.*) Ahora tengo que cumplir... No sabe que el santo para las cosas perdidas es San Antonio de Padua. ¡Pero es más divertido san Pascual Bailón! (*Ríe. Se queda en silencio un rato.*)

Busca su imagen. Se da cuenta que no está ALEXA ESPEJO.) ¿Dónde estás? ¿A dónde fuiste? Si aquí estabas. Si no estoy loca, canijo. Pos no, Diosito. No estoy loca. Porque yo la vi, me vi ahí en el espejo, bien bonita. No como ahora, sana y siempre huérfana de todo, de todos... Nunca estuviste ahí. Yo nomás en este cuarto huérfano también de visitas. Nadie más. (Se sienta en la cama muy triste y habla en voz baja.) Cuando regresé a casa de mi papá no les cayó en gracia la noticia. Poco a poco nos iban regresando a las huérfanas. Nos daban apenas de comer, porque éramos un estorbo. (Sonríe al recordar una travesura.)

Se escucha una canción infantil melancólica: “La muñeca fea” / piano. Primero tararea ella y luego se integra ALEXA ESPEJO.

ALEXA ESPEJO: Una noche nos castigaron y nos mandaron sin cenar. Teníamos mucha hambre. Esperaste a que se durmieran todos. Fuiste al corral, mataste una gallina y la hiciste en caldo. Despertaste a tus hermanas. Nos fuimos al traspatio a comernos la gallina. (Ríe.) Nos supo a gloria. Escondimos la evidencia. Las plumas se las echamos al perro. ¡Al otro día le metieron una chinga! (Ríen las dos.)

SEGUNDA ESCENA

ALEXA se queja de fuertes dolores sobándose la espalda parada cerca de la mesa, apoyándose.

ALEXA: ¡Ay, Diosito!

ALEXA ESPEJO: ¿Qué te pasa?

ALEXA: Bien lo sabes... estos malditos dolores.

Se sigue quejando. Se levanta y se dirige al buró y busca una inyección, no la encuentra.

ALEXA ESPEJO: Ahí está.

ALEXA: No la encuentro. Pinches dolores me joden el alma.

ALEXA ESPEJO: Tranquila, respira... Pronto va a pasar.

ALEXA ESPEJO sale corriendo de su prisión de vidrio, va con ella y empiezan a respirar juntas. Encuentra la ampollita, prepara la inyección y se la pone en la pierna. Las dos se dejan caer en la cama, quejándose.

ALEXA ESPEJO: *(Suspira.)* Ya parece que se está pasando.

ALEXA se sienta en la cama, mira al ESPEJO y se sorprende al ver a la otra a un lado.

ALEXA: Mira nada más, ¡qué jodida estoy! Hasta te saliste de ahí.

ALEXA ESPEJO quiere correr a su lugar, pero ALEXA se lo impide, deteniéndola de un brazo.

ALEXA: No te vayas, quédate un rato aquí. Quiero verte como cuando no estaba enferma... *(Viéndola.)* Pensar que cuando era joven sacaba suspiros y se paraba el tráfico para que pasara la reina. *(Sonríe.)*

ALEXA ESPEJO: ¡Todavía paras el tráfico! *(Ríe.)* Pero porque dicen: “Dejen pasar a la viejita”. *(Ríen las dos.)*

ALEXA: Todos los muchachos del barrio suspiraban por las hijas de don Paco. Todas éramos bien bonitas, con unos cuerpazos que robaban el sueño a cualquiera.

ALEXA ESPEJO: A veces es una desgracia ser bonita...

ALEXA: Muy chica me puse a chambear.

ALEXA ESPEJO: ¿Cuántos años tenías?

ALEXA: Creo que trece o catorce... *(Se queda pensando y lentamente habla.)* Un día saliendo del trabajo me siguió un hombre. Todo el camino me fue diciendo cosas. Yo cami-

naba rápido por las vías del tren. Agarré con fuerza la llave de la casa, por si me hacía algo: darle un golpe. Mi corazón latía muy fuerte. (*Asustada.*)

ALEXA ESPEJO: Cerca de los vagones te alcanzó y lo golpeaste fuerte con la llave en la cabeza. Le salió sangre de la frente y te fuiste corriendo, pero te atrapó. Te tumbó en la grava, te golpeó y abusó de ti.

ALEXA: Agarré una piedra y se la estrellé en la cabeza, tan fuerte que quedó desmayado o muerto. Nunca lo supe.

ALEXA ESPEJO: Cómo pudiste te lo quitaste de encima. Lo dejaste tirado, con la bragueta abierta. Le diste unas patadas y te fuiste corriendo. (*Las dos cierran los ojos, niegan con la cabeza, tratando de arrancar ese recuerdo.*) ¿Cómo sacar eso de la cabeza?

ALEXA: ¿Cómo?

ALEXA ESPEJO: El asco de tu mente.

ALEXA: ¿Cómo?

ALEXA ESPEJO: El asco de tu cuerpo.

ALEXA: ¿Lo maté?

ALEXA ESPEJO: Estabas asustada

ALEXA: Ni a quien contarle.

ALEXA ESPEJO: Tu papá, como siempre, andaba fuera de la ciudad con tu hermano.

ALEXA: Mi madrastra no arreglaba ni un café... Además, en peligro y si le contaba, me hubiera echado la culpa a mí.

ALEXA ESPEJO: Duraste horas en el baño, tallándote para sacar de tu mente y cuerpo el olor del maldito...

ALEXA se reconforta. Se pone de pie y empieza a acomodarse tiernamente en la cama a varias muñecas, como si fueran sus hijas.

ALEXA: Pobres de mis hijas, como las jodí. Era obsesiva con ellas, no las dejaba andar solas en ningún momento. Quería que se comportaran y se vistieran muy decentes.

Siempre atenta a los pretendientes y amigos. Que ellas no sufrieran lo que había vivido yo. Por culpa de ese cabrón nunca pude confiar en los hombres.

ALEXA ESPEJO: Y vaya que anduviste con varios. (*Sonríe.*)

Alexa suspira, sonriendo.

ALEXA: Donaciano, ay sí, era guapo ese cabrón. Ponchado, grandote, de ojos grandes, de dientes parejitos, que cuando reía se le hacía un pocito en el cachete. (*Suspira.*) Ése fue mi primer novio. Besaba tan rico: con una ternura y delicadeza como si fuera yo una flor. (*Sonríe.*) Acababa de cumplir los quince, él era mayor que yo como tres o cuatro años. Trabajaba en la herrería con su papá.

ALEXA ESPEJO: Pero un día te mandaron al pan...

ALEXA: Lo vi platicando muy acaramelado con una muchacha. Ahí mismo se me rompió el corazón. Me le paré en frente y le dije: “¡Qué poca madre! ¡No quiero volver a verte nunca más!” Y así fue.

ALEXA ESPEJO: Por culpa de Donaciano caíste en las redes del papá de tus hijos.

ALEXA: ¡Ay, tan estúpida!

Alexa espejo se va a su recinto. Queda inmóvil en el espejo.

ALEXA: Ya no duele... (*Ve el reloj de la pared.*) Tienes razón, ya no tardan en venir mis hijos.

Apaga la lámpara que está a un lado de la cama y se hace el oscuro.

TERCERA ESCENA

ALEXA ESPEJO abre las cortinas del cuarto, va hacia la petaca y saca una bata.

ALEXA ESPEJO: A ver, ven para acá. Te voy a cambiar de bata. Ya llevas varios días con ella. Cuídate, quiérete, quiéreme. Ni en mis peores sueños pensé verme así.

ALEXA: Mis hijos piensan que no sé que me estoy muriendo.

ALEXA ESPEJO: Te quejas de que te dejan sola.

ALEXA: ¿Para que los quiero aquí? Me agobian con sus atenciones.

ALEXA ESPEJO: Entonces no estés hablando sola y reprochando todo.

ALEXA: No me gustan con su mirada de miedo, de lástima y de preocupación.

ALEXA ESPEJO: Es como si murieras más rápido. (*Termina de cambiarse de bata.*) Este color siempre me ha gustado.

ALEXA: Pobres de mis hijos. Bastante los chingué para que estudiaran, para que fueran hombres y mujeres de bien. No toda la vida íbamos a estar jodidos. Conmigo bastaba y sobraba.

Se queda pensativa. Sonríe.

ALEXA ESPEJO: Son buenos tus hijos, eso sí hay que agradecerle al difunto.

ALEXA: (*Ríe.*) ¡El difunto!

ALEXA ESPEJO: Eso dijo él, cuando se desentendió de todo.

ALEXA: Que hiciéramos como si estuviera muerto y, bueno, ¡se hizo su voluntad!

ALEXA ESPEJO: Desde entonces lo llamas el difunto.

Coge un cepillo y empieza a peinarla.

ALEXA: (*Se pone seria de pronto.*) Recuerdo cuando conocí a Ramón.

ALEXA ESPEJO: Acababa de llegar a la ciudad, venía becado de su país.

ALEXA: Era un hombre ordinario, nada espectacular, pero tenía una lengua de dos metros. (*Ríe.*)

ALEXA ESPEJO: Desde que te vio pasar por la Plaza de Armas no te dejó. Te siguió por todo el Centro, diciéndote palabras bonitas que no estabas acostumbrada a recibir.

ALEXA: (*Empieza a peinar a ALEXA ESPEJO, repiten los movimientos del peinado con brazo diferente.*) Un día me siguió hasta mi casa.

ALEXA ESPEJO: Luego al trabajo otro día.

ALEXA: Me lo encontraba hasta en la sopa.

ALEXA ESPEJO: Te escribía poemas...

ALEXA: Que me dejaba en la casa y en el trabajo...

ALEXA ESPEJO: Un día te llevó serenata...

ALEXA: Y mi papá sacó la escopeta y lo corrió.

ALEXA ESPEJO: (*Sonríe.*) Así anduvo detrás de ti como dos meses.

ALEXA: Hasta que volví a ver al Donaciano con la mujer.

ALEXA ESPEJO: Ese día en la noche le dijiste que sí a Ramón. (*Sonríen. Se sientan en la orilla de la cama añorantes.*) ¡Pobre! No podía creer que le hubieras dicho que sí. Desde ese día se desvivió en atenciones.

ALEXA: Estábamos en vísperas de Navidad. Había una publicidad de una relojería en un auto parlante, que iba por todas las colonias anunciando que en la compra de un reloj te regalaban un pavo.

ALEXA ESPEJO: Ya era tiempo de tener una Navidad como Dios manda.

ALEXA: Di el primer abono del reloj y me dieron un pavo enorme que preparé como lo hacía mi madrina.

ALEXA ESPEJO: Esa Navidad fue inolvidable.

ALEXA: (*Burlándose.*) Cuando llegó el cobrador por el abono, yo ya no tenía ni dinero ni trabajo. Tuve que regresar el reloj. El pavo no podíamos regresarlo. (*Dicen las dos riendo.*) Ya lo habíamos cagado.

ALEXA ESPEJO: Tu papá se enojó mucho. Le respondiste que

lo habías hecho porque no cumplía con sus obligaciones. Te golpeó fuerte en la cara y te fuiste a casa de Ramón.

ALEXA: Brinqué de la sartén para caer en la lumbre.

ALEXA ESPEJO: Ramón estaba muy sorprendido por tu decisión, asustado porque eras menor de edad; además, sabía que tu papá tenía una escopeta y era de armas tomar. Pero estabas decidida.

ALEXA: Papá se volvió loco buscándome dos días y, cuando me encontró en casa de Ramón, lo amenazó con meterlo al bote y a mí me llevó a punta de chingazos a la casa. Por más golpes que me dio, no hubo manera de retenerme y, en la primera oportunidad, me escapé y regresé con Ramón.

ALEXA ESPEJO se va a su recinto y ahí se queda inmóvil hablando dolorosamente en susurros.

ALEXA ESPEJO: Los primeros meses fueron puro amor y dulzura. Cuando se acabó el dinero de la beca empezaron los problemas, como suele suceder.

Solo se ve su figura en el espejo. El resto del cuarto empieza a oscurecerse.

CUARTA ESCENA

Vestida con otra bata, ALEXA entra a su recámara con una taza de té, soplándole.

ALEXA: ¡Qué buen regalo y justo hoy! ¿Por qué no me contestas? Sé que ahí estás, en el espejo, espiándome.

ALEXA ESPEJO: Sabes que no debes andar caminando por la casa, tus hijos te pueden ver, se preocupan.

ALEXA: Se murió... *(Riéndose.)*

ALEXA ESPEJO: ¿Quién?

ALEXA: La viejilla chingada se murió. Mira que morirse el día de mi cumpleaños: la mamá de Ramón.

Baila, baila y ríe. Pone música en la grabadora: “Vals de la viuda alegre” y/o “Vals sobre las olas”. Baila al ritmo, mientras está narrando. ALEXA ESPEJO, muy molesta, la observa.

ALEXA: Sal de ahí y bailemos juntas.

ALEXA ESPEJO: Estás enferma. No puedes moverte así. Los muchachos...

ALEXA: Están trabajando, ahorita no vendrán; además, ya me inyecté.... ¡Viejilla chingada! ¡Nos hizo la vida imposible!

ALEXA ESPEJO: Hasta que logró separarlos.

ALEXA: (*Sonríe.*) Cuando Ramón terminó su carrera, con honores, jera inteligente el cabrón!, tuvimos que regresar a su tierra. La mamá no sabía que su hijo mayor se había casado, menos que tenía dos hijos. (*Baila de acuerdo al ritmo de los recuerdos.*) Cuando nos presentamos ante ella, su reacción fue muy violenta. Lo golpeó ante nosotros y toda la gente que había ido a recibirlo. ¡Ésa fue la bienvenida! ¡Pobres! Ella tenía la esperanza que le ayudara a sacar adelante a sus hijos. Hasta novia le tenía. (*Ríe.*) ¡Se chingó! (*Deja de bailar y va hacia la mesa le da un trago al té y deja la taza en la mesa.*)

ALEXA ESPEJO: Ramón tenía que pagar su beca con trabajo al gobierno. Fueron cinco años en tierra extraña.

Una en el espejo, la otra se sienta en la cama.

ALEXA: Gracias a Dios que ganaba bien y no tuvimos que verle la cara a la maldita vieja. ¿Cómo un hombre frustrado y manipulado puede hacer tanto daño?

ALEXA ESPEJO: Te menospreciaba, te insultaba y te golpeaba a la menor provocación.

ALEXA: Nunca me dejé. Nos dábamos duro.

ALEXA ESPEJO: Lo que más te dolía es que se burlara de tu ignorancia y de tu cuerpo; que las chiches se te habían colgado, por haber amamantado a cuatro hijos.

ALEXA: No hay mujeres feas, solo hay esposos jodidos que no valen madre.

ALEXA ESPEJO: ¡Le mentabas la madre! (Ríe.)

ALEXA: Le decía que era un pelele sin voluntad. ¡Ése era el detonante!

ALEXA ESPEJO: Cuando empezaron los disturbios y la violencia en las calles de El Salvador, aprovechaste para convencerlo de regresar a México. Al fin y al cabo, en México había sido libre y feliz. Los mandó primero, con la promesa de que terminando su contrato se reuniría con ustedes.

ALEXA: ¡Sí, cómo no! Ya sin nosotros, fue más fácil para la vieja manejar a su antojo al hijo.

ALEXA ESPEJO: Lo volviste a ver dos veces a escondidas de su mamá. Y jamás volvió.

Levantán los hombros.

LAS DOS ALEXAS: A pesar de las penurias, cosiendo ajeno, logré sacar adelante a mis hijos.

Cada una coge un hilo de la parte de debajo de la falda de otra y empiezan hacer una costura con sus hilos, se escucha una música nostálgica. “El sueño olvidado” / Forgotten Dream-Di Evantile, como si estuvieran elaborando en costura la vestimenta de la otra. Sonríen. Se escucha fuerte un trueno y se va la luz. Oscuro.

QUINTA ESCENA

Las dos sentadas, una al lado de la otra, emulando el cuadro de las dos Fridas, viendo fotografías del álbum familiar.

ALEXA: ¡Tan guapos mis hijos!

ALEXA ESPEJO: Rebeldes como su madre.

ALEXA: ¡Cómo lamento no haberles podido dar una figura paterna que valiera la pena!

ALEXA ESPEJO: Roberto siempre te reclamó que, por tu culpa, su padre los había abandonado.

ALEXA: Se fue de la casa. Ya lo tenía harto. Le exigía que estudiara, que trabajara, que llegara temprano, que no anduviera con locas. ¿Qué más podía hacer?

ALEXA ESPEJO: Se te perdió un mes. ¡Te quisiste volver local! Hasta que un día unos compadres te hablaron para avisarte que tu hijo había ido a buscar a su papá.

ALEXA: ¡Dios me lo cuidó! Sin un centavo en la bolsa y sin papeles cruzó fronteras: la de México, la de Guatemala y la de El Salvador en época de Guerra.

ALEXA ESPEJO: La familia del difunto no fue para avisarte que Roberto estaba con ellos.

ALEXA: Eso no le perdono a la mujer, a la abuela de mis hijos. Tan católica de hueso colorado, se daba golpes de pecho: que si Dios, que si Jesús, que si la Virgen, hum... ¡Hija de la chingada! ¡Tragaba santos y cagaba diablos!

ALEXA ESPEJO: Pagó con creces cada una de las que te hizo.

ALEXA: ¡Maldita! Yo no iba a permitir que esa gente se quedara con *mijo* y lo envenenaran. Como pude, conseguimos dinero, arreglamos papeles y fui por él.

ALEXA ESPEJO: Cuando te vio se le cayeron los calzones. Siempre creyó que era el patito feo y que no lo querías.

ALEXA: Cómo no lo iba a querer si era mi pollo, mi corazón de oro, tan parecido a mí que por eso chocábamos.

ALEXA ESPEJO: El Cónsul de México te aconsejó: “Mande a estudiar fuera a este muchacho, verá cómo se compone: el pan ajeno hace al hijo bueno” ¡Y así fue!

ALEXA: En cambio, Benny nunca me reclamó; pero, en el fondo, sé que le hizo mucha falta el padre. ¿Cómo enseñar a un hombre las cosas de hombres?

ALEXA ESPEJO: Casi se le cae el pito por una infección. ¿Recuerdas? No te quería decir.

ALEXA: ¡Qué difícil fue para mí! Me encanta la relación que tengo con él. Es mi cómplice, platicamos por horas.

ALEXA ESPEJO: Con sus respectivos cigarros y una jarrota de café.

ALEXA: Le encanta que lo consienta, que le haga tortillas de harina.

ALEXA ESPEJO: Pero también lo volvías loco por querer saber dónde andaba cuando se te perdía con las putas.

ALEXA: Cuando salió de la escuela se fue lejos de mí a buscar la vida.

ALEXA ESPEJO: ¿Que podías esperar de tus hijos? Lo que veían alrededor eran familias disfuncionales, sin padre la mayoría.

ALEXA: Como mujer abandonada del marido no era bien recibida en las familias de matrimonios sólidos.

ALEXA ESPEJO: Tu círculo de amigas eran solteras, madres solteras, divorciadas, viudas y abandonadas.

ALEXA: Pero son unas guerreras que se esforzaron por sacar adelante a sus hijos, estoy orgullosa de ellas.

Sacan del álbum un corazón de cristal y se lo colocan cada quien en su pecho. Quedan inmóviles, como atrapadas en una fotografía o en una pintura. Oscuro.

SEXTA ESCENA

ALEXA acomoda unas flores en el florero, sonriendo.

ALEXA: ¡Tan lindas, mis hijas! Siempre procurándome. Se van hasta que no me dejan surtida, limpia y arreglada.

Hoy me preguntó *mija* Dany que por qué trato tan bien a los yernos. ¡Cómo si se lo merecieran!

ALEXA ESPEJO: ¡Pues cómo no! ¡Para que te las traten bien! (*Sonríe.*) Siempre han sido tu apoyo. ¿Qué te dice Lola? Usted no se comporta como nuestra madre, sino como nuestra hija.

ALEXA: (*Sonríe.*) ¡Pues claro! Nunca tuve mamá. Así que les toca a ellas practicar conmigo. (*Ríe.*) Si no les convenían los amigos o los pretendientes, se los espantaba. Se los mandaba a la chingada.

ALEXA ESPEJO: No ibas a permitir que anduvieran con cualquiera.

ALEXA: Siempre les dije que estudiaran y se prepararan, por si les tocaba un hombre que no les convenía, le dieran una patada en el trasero y a volar.

ALEXA ESPEJO: Gracias a Dios que te hicieron caso.

ALEXA: (*Ríe.*) Yo hacía cada loquera con mis amigas y se enojaban mis hijas.

ALEXA ESPEJO: “¿Por qué nos regaña tanto?”, te decía Lola. “¡Mírese usted!”

ALEXA: ¡Ah, chingado!

LAS DOS ALEXAS: ¡Haz como digo; no como hago, pendeja!

ALEXA se pone seria. Se dirige a la cama y se acuesta pensativa. ALEXA ESPEJO saca de la petaca dos muñecas y las acomoda a cada lado de ALEXA.

ALEXA ESPEJO: Cómo lamento las golpizas que les diste a tus hijos cada que cometían un error. Te desesperabas porque no tenías dinero, ni de comer; y ellos desperdiciando o haciendo tonterías. (*Va a la petaca y saca dos muñecos que también acuesta en la cama junto ALEXA.*)

ALEXA: Los golpeaba hasta que descargaba toda mi frustración.

ALEXA ESPEJO: Pobrecitos. Así te habían educado. ¡A golpes!

ALEXA: (*Acurruca a los muñecos con ella. ALEXA ESPEJO va y se queda viendo a través de la ventana.*) En las noches,

cuando estaban dormidos, les pedía perdón, llorando. Los abrazaba y los besaba. (*ALEXA ESPEJO llora en silencio.*)

ALEXA ESPEJO: Golpes y más golpes: eso recibían tus hijos de ti. La última golpiza que le diste a Lola fue cuando te dijo José que iban a venir sus papás a pedir su mano, porque ya se querían casar. La golpeaste porque quería ser feliz.

ALEXA: (*Tomando con fuerza una muñeca y hablándole como si fuera su hija.*) ¿Me vas a decir por qué se quieren casar tan rápido? Todavía te faltan dos años para salir de la escuela. ¿Cuál es la prisa?

ALEXA ESPEJO: Después de dos horas de estarle gritando, pegándole, presionándola, te gritó que era porque estaba embarazada.

ALEXA: (*A la muñeca.*) ¿En qué fallé? Tantas esperanzas que tenía en ti. (*Va a aventar la muñeca, pero se lo impide ALEXA ESPEJO.*)

ALEXA ESPEJO: José, su marido, es buen hombre. Muy callado y trabajador y la hace feliz.

La cama se va llenando de muñecos, que lleva ALEXA ESPEJO y acomoda al lado de ALEXA, cada que menciona a uno de ellos: yernos, nietos...

ALEXA: Lo bueno de toda esta tragedia fue que nació mi novio. ¡La cosa más preciosa! Es divertido mi Lalito. La otra vez estaba muy triste porque fue a un baile y las niñas no habían querido bailar con él. (*Sonríe.*) No se me agüite, *mijo*, ahorita no quieren bailar con usted porque esta chiquito, pero ya las verá el año que entra: van a andar mordiendo calzón y suspirando por este güero tan guapo todas las lepillas. Ande, deje la tristeza y vamos a bailar. Tiene que aprender porque a las mujeres nos gusta que los hombres sepan bailar. (*Ríe.*)

ALEXA ESPEJO: ¿Y Dany? Tu niña linda. Bien luchona, casada con ese junior fortachón. (*Niega.*) ¿Recuerdas cuando se iba a casar? Lucía como una princesa. Entre todos le

bordaron el vestido con perlas y lentejuelas, para que luciera espectacular el día de su boda

ALEXA: El estúpido cuando la vio, en lugar de decirle que se veía hermosa, le preguntó por qué se había pintado tanto. ¡Pendejo! Eso no se le dice a una novia faltando minutos para casarse.

ALEXA ESPEJO: Ya van a cumplir seis años de casados y no han podido embarazarse. ¿No será alguna señal de Dios que este hombre no es el indicado?

La luz de la ventana se concentra en la cama donde está acostada ALEXA rodeada de muñecos, como si fuera un gran retablo, un gran altar.

ALEXA: La pongo en manos de Dios para que dirija e ilumine su camino.

SÉPTIMA ESCENA

ALEXA cuelga el teléfono, rodeada de flores y muñecos. ALEXA ESPEJO en la mecedora.

ALEXA: Era Socorrito, mi amiga. Pobre. Le sacaron todos los muebles a la calle, junto con sus hijos. Los dueños tenían miedo de que se quedara con la casa porque tenía más de veinte años viviendo en ella. Iban sacando sus cosas y tirando los techos para que no se volvieran a meter. La Socorrito, para sacar adelante a sus hijos, les daba asistencia a estudiantes.

ALEXA ESPEJO: Ahí conociste a Ramiro. Era muy bueno, considerado y amable contigo y con tus hijos. Te robó el corazón. Iban al cine, a la Alameda, a la feria. Hacían días de campo. Era tierno. Te divertías mucho con él. (*Sonríe.*)

ALEXA: Cuando se pusieron las cosas serias fue cuando iba a ser su graduación.

ALEXA ESPEJO: Te pidió que te casaras con él.

ALEXA: ¡Qué disparate! Cómo me iba a casar con un hombre más chico que yo diez años, soltero, sin hijos. El hijo mayor de una familia de doce que lo estaban esperando para que ayudara a sacarlos adelante.

ALEXA ESPEJO: ¡Nunca lo iban a permitir, ni tu tampoco! Él se merecía tener una familia sin complicaciones, no una mujer con cuatro hijos, que no tenía en qué caerse muerta. Que ni siquiera estaba divorciada.

ALEXA: No les iba a dar un padrastro a mis hijos, ni que sintieran lo que yo había sufrido.

ALEXA ESPEJO: Con todo el dolor de tu corazón terminaste con él. (*Suspira.*)

ALEXA: De repente, hablamos por teléfono. Me cuenta su vida y yo la mía. Formó una bonita familia, ayudó a sus hermanos, tiene un buen trabajo. No era justo que yo le quitara todo eso, aunque nos sigamos amando.

Se acurruca en la almohada donde encuentra otro muñeco. Lo abraza. Mientras ALEXA ESPEJO se acuna interminablemente en la mecedora.

OCTAVA ESCENA

Tocan la puerta varias veces. ALEXA ESPEJO deja la mecedora y va a abrir.

ALEXA: Son mis hermanas. No las quiero ver. No abras. Ahí están otra vez. Ya han de saber que me estoy muriendo. ¡Hipócritas! Cuando Anabel tuvo el accidente en el que casi se moría, ahí estuve para ella, hasta que pudo caminar. Ahora me sale que si me muero no me puedo quedar en la tumba de papá. ¡Hazme el favor! ¡Cómo si me importara! La Isela tuvo un chingo de hijos con el César. Yo la ayudaba cada vez que paría. La Soco, siempre presumiendo de la relación con su marido, muy persignada la muy santurrona.

¡Cómo si no supiera su vida! (*Se queda pensativa agarrándose la cabeza.*)

ALEXA ESPEJO: ¿Qué se puede esperar de mujeres que han sufrido tanto como tú? (*Dicen las dos: ¡Perdóname, Dios! Y perdónalas a ellas.*)

ALEXA: ¡Ya estoy cansada! Ojalá que mis hijos cumplan mi última voluntad cuando muera. Quiero que me cremen. No quiero ser alimento de gusanos. No quiero misas. Ni flores. Ni funeral ni nada. Que mis cenizas las suelten al viento.

ALEXA ESPEJO: Allá, en el Cerro del Pueblo, para ser alimento de pájaros, de hormigas o abono para la tierra.

ALEXA: Toda mi vida ha sido un interminable laberinto sin luz. Quiero ser libre. (*Suspira.*) Estoy cansada, tan cansada...

Se acuesta y se duerme. Tocan más fuerte. ALEXA ESPEJO abre y solo se ven las manos de una persona que entrega una corona de muertos. La lleva hasta donde está acostada ALEXA. Tocan de nuevo y, una vez más, le entregan coronas y más coronas. Se escucha una melodía: “Contigo aprendí”, piano Hugo Bear.

ALEXA ESPEJO: (*Repitiendo el nombre como en un eco.*) Ramiro... Mi Ramiro...

Toma de la petaca un velo negro y cubre el rostro de ALEXA muerta.

ALEXA ESPEJO: Cuánto siento que te hayas enterado por *mijo* después de un mes que ya no era de este mundo. Tantas cosas inconclusas quedaron entre nosotros, tantos abrazos, tantos besos, tantos te quiero, tantos momentos felices... Toda una vida añorándonos. Algún día, si Dios lo permite, estaremos juntos de nuevo.

Coge otro velo negro y cubre el espejo, mientras lentamente se hace el oscuro.

EL VALLE DE LOS ELEFANTES
JUAN JOSÉ GARZA

El asilo

Tres ancianos sentados al frente. Atrás de ellos vemos las caras de otros ancianos, algunos ya fuera de este mundo, otros con mucha vitalidad, la mayoría llenos de tristeza y abandono. Todos ven al frente, al horizonte. Silencio.

JAVIER: *(Dirigiéndose a JORGE.)* Bolsas miadas. *(JAVIER sonríe, se queda callado. Pausa, silencio.)*

JORGE: *(Dirigiéndose a JAIME.)* Pito flácido. *(JORGE sonríe, se queda callado. Pausa, silencio.)*

JAIME: Culo chueco.

JORGE sonríe, se queda callado. Nadie reacciona. Pausa.

JAVIER: Viejo tullido.

JORGE: Nalgas Guangas.

JAIME: Pito chico.

Se quedan callados. Nadie reacciona y, de pronto, los tres ancianos sueltan la carcajada. Se burlan de ellos mismos. Los ancianos de atrás voltean a verlos. Después de un tiempo sueltan la carcajada también. De pronto, todos se callan y, en silencio, siguen viendo al frente, al infinito.

JAVIER: Si ya estamos aquí, qué más da. Ahora a pasársela de lo mejor. No voy a estar llorando en mis últimos años.

JORGE: ¡Y por eso se vinieron a chingarme!

JAIME: No había nada mejor qué hacer.

JAVIER: Además, tienes fama de enojón.

JAIME: Y que vives los días en tristeza y abandono.

JORGE: Pues sí: rumiando la desesperanza de la ingratitude de los hijos.

JAIME: Después de darles todo te avientan en este lugar.

JAVIER: Porque les estorbas.

JAIME: Porque ya somos de mucha edad.

JAVIER: (*Hablando a la pared, como si estuviera ante el público. Pero realmente todos están viendo una televisión apagada.*) Yo me llamo Javier.

JAIME: (*A la pared.*) Mi nombre es Jaime. Mucho gusto.

JORGE: Soy Jorge. ¿Qué quieren conmigo?

JAIME: Éste es un lugar sombrío, olvidado.

JAVIER: Me gusta platicar con la gente. Ya saben, contarnos nuestras mentiras de juventud, historias de mejores tiempos.

JORGE: Aquí no encontrará lo que busca.

JAIME: Sólo verá largos corredores, fríos y tristes. Paredes ocre y el tiempo transcurriendo en el olvido en el que nos han dejado.

JAVIER: No voy a estar todo el día aquí sentado, viendo ese televisor apagado, esperando a que alguien me venga a ver.

JORGE: A veces, creo que me voy a morir de melancolía. A mí la vida me ha pagado mal, por eso me ve así, tan deprimido, tan lleno de tristeza y desesperanza... Ni por eso se largaron, ni dejaron de molestarme. Par de rucos entumidos, secos, apestosos.

JAIME: Es imposible platicar con este señor. Nunca se puede. Así que mejor me retiro, no tengo por qué soportar su mala educación y sus insultos.

JAVIER: Espérate, Jaimito, luego luego te sientes.

JORGE: Pinche viejo joto.

JAIME: No tiene educación.

JORGE: Mi nombre es no me chingues.

JAVIER: ¡Que nombre tan original! Seguro le dicen “don Chinguetas”.

JAIME: Muy chistoso. Viejo menso entelerido.

JORGE: Nada más porque no me puedo mover, si no te partía tu madre.

JAIME: Le dije, don Javier, que era imposible entablar conversación con este hombre tan mal educado.

JORGE: Mal educada tu pinche madre, que castigó al mundo trayendo a la vida a un ojete como tú, escoria.

JAIME: Lo ve, inmediatamente muestra su estulticia y malas formas. No tengo por qué aguantar a este señor. Me retiro.

JAVIER: Pérese, Jaimito. Aguante. Usted, amigo, no haga berrinches. No le vaya a dar un soponcio. ¿Y luego qué hacemos don Jaime y su servidor?

JORGE: Con una chingada, déjenme en paz, par de viejos cascajos. Escupitajos de la vida.

Entra una ENFERMERA guapísima. Cruza por en medio. Los hombres voltean a verla embelesados. La ENFERMERA prende la televisión y sale rápidamente. Se escucha fuerte el sonido de la televisión anunciando que está a punto de empezar la radionovela Alicia, una flor en el pantano. JAVIER y JORGE van a sus lugares. Todos los ancianos están en silencio, solo iluminados por la luz del televisor. JAVIER se desprende de ellos y habla al frente.

JAVIER: Y así nos conocimos los tres. Tres viejos, ahí abandonados a su suerte: hijos de la perra vida, arrumbados en este agujero. Yo no quería platicar de eso, de que todos los días nos bañamos de tristeza, del abandono o ausencias de nuestras familias. Si no de cosas más agradables. De nosotros, chingao, que todavía estamos vivos. Viejos sí, pero con chingos de ganas de hacer muchas cosas. Javier Lascuráin Mendieta. Ése es mi nombre completo, y fui durante muchos años abogado litigante. Tuve un despacho que con el tiempo se convirtió en notaría, hasta que ya no pude trabajarlo, por la edad, ustedes saben.

JORGE: Yo fui albañil durante toda mi vida. Llegué a tener mi cuadrilla de trabajadores: hasta siete gentes. Hice desde casas pequeñas, hasta grandes mansiones. Era de

los buenos. Ganaba bastante bien. Mis hijos trabajaron conmigo hasta que lograron sus carreras: uno es arquitecto, el otro es ingeniero industrial... Cuando mi señora murió me trajeron *pa* acá y me arrumbaron como traste viejo.

JAIME: *(Se peina con la mano, se faja la camisa.)* Bueno, yo soy Jaime Saldívar Buenrostro *(JORGE se carcajea ruidosamente. JAIME voltea a verlo molesto. Carraspea. Coloca su voz engolada y continúa su presentación, observando de reojo a JORGE.)* Estudié para maestro en la Normal de Coahuila, “la Benemérita”. Fui uno de los mejores alumnos de mi generación. Después, consagré mi vida al magisterio, no sin dejar de estudiar. Tengo dos especialidades: Lengua y Literatura e Historia. Durante más de cuarenta años formé muchas conciencias. Muchos de mis alumnos son ahora hombres y mujeres de bien.

JAIME espera el reconocimiento. Nadie lo hace. Se sienta de nuevo en su silla y queda en silencio, como el resto de los ancianos.

JAVIER: Y volvimos a nuestro eterno silencio, a nuestros recuerdos, a nuestro lugar... Así pasaban las horas, los días, solo viendo el televisor, esperando en la cama sin conciliar el sueño, o comiendo a sorbos las horas del día en sopas de fideo, que se enfriaban por la vergüenza de no poder sostener una cuchara o que se escurriera la comida por la comisura de los labios... El silencio, nomás el silencio, porque a veces hasta los recuerdos se escapan.

II

El plan

Entra JAVIER a la sala de televisión, se dirige hacia JORGE y JAIME que juegan una partida de dominó. No lo toman en cuenta.

JAVIER: Par de viejos bolsas miadas. ¡Háganse pendejos! Si ya saben que estoy aquí.

JORGE: Con ésta te cierro el juego, y te chingo.

JAIME: Es hora de la novela. Se está poniendo muy interesante.

JORGE: ¿Otra partida?

JAIME: Después. Déjame espantar un moscardón que anda rondando por aquí.

JAVIER: Tu madre en pelotas.

JAIME: Ella siempre iba muy bien vestida, siempre a la moda.

JAVIER: Déjense de pendejadas. Quiero comentarles algo.

JORGE: ¿Qué es más importante que una partida de dominó? ¿O que la novela que hace llorar a Jaimito, chingao?

JAIME: No me gustan los diminutivos. Jorgito.

JAVIER: ¿Y si aplacamos tantito el encierro?

JAIME: No entiendo.

JAVIER: Se me está ocurriendo darle un poquito de sabor al caldo, *pa* darle emoción a este encierro. Hay una manera de darse una escapada. Ustedes saben, por pura diversión, nomás *pa* emocionar tantito el asunto. Nos pelamos un día por ahí. Hasta podemos ir a ver a algunas muchachonas. ¿Cómo ven?

JAIME: Mi estimado colega.

JAVIER: ¡Ah, chingao! ¿Por qué colega?

JAIME: Porque somos de la PGR.

JAVIER: Si me sales con una mamada...

JAIME: Sí. Pura Gente Ruca. (*Ríe, a JAVIER no le hace gracia el chiste.*) Es que mi abogado, con eso de las muchachonas ni la burla perdona. No vayamos a confundir una erección con un infarto. (*Solo ríe JAIME.*)

JORGE: ¡Ya le está saliendo lo peladito al poeta!

JAVIER: Bueno, ¿le entran o se rajan?

JORGE y JAIME: Le entramos

JORGE: La verdad necesito una oreada.

JAIME: No se diga más. ¿Cuál es el plan?

JAVIER: Cuando llegué al asilo, noté que hay una puerta que solo abre por dentro. Creo que es por donde sacan la basura. Por ahí podemos pelarnos.

JAIME: ¿Así de sencillo? Solo es decir sí, vernos a qué horas y en donde y ya.

JORGE: Te estás rajando cabrón.

JAIME: No, solo que no creo que sea así de fácil. Van a extrañarnos. Si todo el día estamos ahí sentados, viendo la tele o jugando dominó o gritando porque nadie viene a vernos.

JORGE: Jamás grito. Nunca. Jamás me quejo que mi hijo no tiene el tiempo suficiente para venir a verme, que a los nietos les valgo madre, que *pa* las nueras ni existo. Que no tengo a nadie que me esté esperando allá afuera. Que lo único que hicieron fue repartirse lo poquito que tenía, la casa de bloques y ladrillos que me tardé diez años en construir, las joyas de mi vieja. Se llevaron hasta el pinche marrano que estaba engordando para la Navidad pasada.

JAIME: Está gritando, don Jorge. Y me molesta. Tengo vértigo. Los ruidos se me meten al oído medio del oído izquierdo y me retumban y me ponen de mal humor y les puedo partir su cara o agarrarlo a golpes cuando duerman o... Se los dije. Ya me está dando vueltas todo. Es el vértigo.

JAVIER: Cállate, Jaimito. No están tus novios para que te den té de tila... perdón, tus sobrinos.

JORGE: Y tienes muchos, ¿verdad?

JAIME: Los suficientes. A mí sí me visitan.

JORGE: Les das sus domingos.

JAVIER: Ya, pongan atención: después de la merienda, que es a las siete de la tarde, nos llevan a dormir. Apagan las luces como a las ocho de la noche. Nos esperamos a que esté oscuro y nos vemos aquí mismo. Esta parte del corredor está alejada de la sala donde se reúne el personal, pero se traen pañal, cabrones, no quiero andar batallando con ustedes, por aquello de que se les aflojen los esfínteres.

JORGE: El que necesita pañal es otro, con eso de que siempre la vives cagando.

JAVIER: Los espero aquí a las ocho quince. Puntuales.

JORGE: Pero necesitamos un plan. ¿A dónde nos vamos a ir?

JAVIER: A donde se nos ocurra. Ya que estemos afuera, vemos. Las cosas improvisadas siempre salen mejor. Mucho plan echa a perder la emoción.

JAIME: No sé por qué confío, pero aquí nos vemos a las ocho y cuarto.

Se retiran JORGE y JAVIER. JAIME queda solo.

JAIME: Esto es un chiste, una travesura de niños. Lo sé. ¿Entonces por qué acepté? Porque ya no había otra cosa que hacer en mi vida, solo esperar que las horas pasen: la rutina, el baño temprano, los almuerzos, las comidas, las horas viendo televisión, el tiempo acumulándose en mis arrugas, maniatando mis articulaciones. Nada. Solo esperando que amanezca para poder dormir. Porque en la noche, solo estoy acostado, con los ojos fijos al techo, gritando que vengan a atenderme y ninguno llega, solo las pesadillas, solo los malos recuerdos... Ya nadie viene a verme. Ni los sobrinos. Porque cada vez se me agotan los recursos. Me duermo sentado, esperando. Una espera que a nada conduce.

III

El escape

Llegan corriendo al mismo tiempo JAVIER y JORGE.

JORGE: A tiempo.

JAVIER: Lo sé.

JORGE: Las ocho y cuarto.

JAVIER: Puntuales.

JORGE: ¿Dónde está Jaime?

JAIME: Aquí estoy.

JORGE: No hables tan fuerte.

JAIME: ¿Y cómo me escuchan si están sordos?

JORGE: A señas.

JAVIER: Síganme. Aquí donde termina el corredor hay una ventana para brincarnos al jardín, y ahí está la puerta que les digo.

JORGE: ¿Crees que podamos brincar la ventana? Traigo bastón.

JAVIER: ¿Que pasó, Jorge?

JORGE: Siento que no la hago.

JAIME: Decía mi abuelo: “tengo un rancho de culebras y busco caporal”.

JAVIER: ¿Te vas a rajar, cabrón?

JORGE: No me rajo, cabrones, y menos soy culebra.

JAVIER: Pos ándale: miren. Vénganse *pa* acá. Ahí está la ventana. Deja me salgo. Lo bueno es que la dejaron abierta por el calor.

JAVIER se sale por la ventana y ayuda a JAIME a salir, y entre los dos ayudan a JORGE.

JORGE: Está muy alto, me voy a caer.

JAVIER: Son como cincuenta centímetros de altura, che albañil tan llorón. ¿Pos que no te subías a las escaleras cuando eras joven?

JORGE: Sí, pero hace treinta años. Denme la mano y no me vayan a soltar, que si me caigo me parto el queso.

JAVIER: Órale, Jaimito. Ayúdame con el betabel este. (*Entre los dos ayudan a bajarlo al jardín.*). Deja te paso el bastón, Jorge.

JORGE: Bueno, ya estamos casi llegando a la puerta. ¿Pero qué vamos a hacer? ¿A dónde y en qué nos vamos a ir?

JAVIER: En un ubre... de esos que pides por el teléfono,

JORGE: Un uber.

JAVIER: Míralo al arquí, no está tan güey como parece.

JORGE: Si me siguen chingando me regreso y los delato, cabrones.

JAVIER: Con tan poco pinole se ahoga, mi arquí. ¿Qué nunca le echaron carrilla en la obra?

JORGE: Ya, cabrones...

JAVIER: Ya estamos llegando a la puerta, no hagan ruido.

JAIME tropieza con un objeto. Hace un ruido fuerte. Se enciende una luz en la oficina del personal.

JAVIER: Agáchense, nos van a pescar y se acaba la aventura. A escondernos atrás de los toneles.

JAIME: *(En voz baja.)* Ya salió la señora que nos cuida, a ver si no nos descubre.

JORGE: Está bien buena la desgraciada, pero de una mirada muy gacha.

Javier: Sí muy rara. Pero ya cálese, arquí, que viene para acá. Ya ve, mi poeta: más cuidado.

Los tres ancianos se quedan en silencio observando a la ENFERMERA, que cruza y regresa a la oficina.

JAVIER: Órale, ya se fue la carcelera. Vamos *pa* la puerta.

JORGE: Ayúdenme a levantarme: ya me intriqué.

JAIME: A mí ya me volvieron las palpitaciones, ya se me apagó la máquina del marcapasos. Dame la mano, Jorge. Para ayudar a levantarte.

JORGE: ¿Cómo? Si a mí me duele la rodilla, pero ahí voy. Listo. Vámonos.

JAVIER: *(Saca una lupa para poder ver mejor, ya en la puerta.)* A ver, aquí está la traba, pero tiene un candado. Chin, ya bailó Bertha. Esto...

JORGE: No, güey. El candado no está sobre la cerradura, nada más está sobrepuesto. Deja le abro.

Abre la puerta lentamente. Se escucha como cruje la vieja madera y entra una luz muy intensa. Ellos se quedan parados, viendo hacia afuera. Ninguno se atreve a salir.

JAIME: Ya quedó abierto.

JORGE: Sí, ya quedó...

JAVIER: Pues vamos...

JAIME: Claro...

JORGE: Tú primero.

JAIME: Fuiste el de la idea.

JAVIER: ¿Listos?

JORGE: Con una chingada, ya vámonos.

JAIME: Nada más no vayas a pedir que corramos.

JORGE: Porque va a estar muy cabrón.

Pero siguen sin moverse. Ninguno se atreve a dar el primer paso.

JAIME: Lic, ¿ya pediste el uber?

JAVIER: Vámonos a la esquina. Ahí agarramos carro.

JORGE: Nos van a descubrir.

JAIME: Ya nos descubrieron.

JAVIER: ¡La enfermera!

ENFERMERA: Buenas noches, señores. ¿A dónde tan de prisa?

IV

En el carro con la enfermera

Todos apretados en el pequeño coche de la ENFERMERA.

JAIME: No, no sé si es buena idea. No estoy muy seguro.

JORGE: *(Se dirige a la ENFERMERA.)* Dele *pal* estadio de beisbol. Creo que hay juego. Vienen Los Diablos Rojos del México.

La ENFERMERA solo sonríe y los ve por el espejo retrovisor.

JAVIER: Enfermera, ya oíste al arquí. Dale para allá. Dijiste que a donde quisiéramos ir.

JAIME: No lo sé. No lo sé.

JAVIER: Hoy es noche de juego. ¿Verdad, enfermera?

JORGE: Todas las noches de temporada oigo los juegos por el radio. Estoy seguro que hay juego.

JAVIER: Hay una fila enorme para comprar boletos.

JORGE: Sí hay juego, lo sabía.

JAIME: ¿Y traen dinero para los boletos?

JORGE: Pues yo traigo veinte. No tengo un peso más.

JAIME: Pues no que tenías una notaría.

JAVIER: Tenía, ahora es de mis hijos.

JAIME: Mi pensión la tengo comprometida.

JAVIER: Con tus sobrinos, ya sabemos.

JORGE: Mis hijos nomás esperan que cierre los ojos y son capaces de enterrarme vivo.

JAVIER: Pues yo pensaba que ustedes por tener más tiempo en el asilo ya tenían una lana guardada.

JORGE: Bueno, pero ya de perdido estamos aquí. ¿Qué hacemos?

JAVIER: Nos quedamos como perros de carnicería.

JAIME: Bueno, ya de perdido. Tenía mucho tiempo que no salía a la calle y menos venir a un estadio de beisbol. Ya de perdido estamos aquí.

Los ancianos se ponen tristes y se miran unos a otros.

ENFERMERA: Señores, vénganse al juego, yo invito. ¿A poco creyeron que se iban sin ver el juego?

La ENFERMERA acelera el coche.

JAVIER: ¿Vamos *pa* adentro?

JORGE: Tranquilos, seguro va a buscar otra entrada.

JAIME: No, solamente hay una...

JAVIER: Enfermera, ya pasa de las once. Vámonos al asilo.

ENFERMERA: ¿Cómo crees? El juego apenas empieza. Los escucho a diario: sus pláticas, sus miedos, sus deseos de escapar del asilo, sus dolores, sus olvidos, sus tristezas, su soledad... ¿Alguno de ustedes conoce el desierto de noche?

Se escucha el sonido del coche acelerando, tomando un rumbo desconocido.

EL ABISMO DE LOS LAMENTOS
ALEJANDRA GUARDIOLA

ESCENA 1

Un hombre, sostenido por un bastón, que en realidad es una rama vieja de un árbol, está parado en una piedra, al borde de un abismo, recibiendo los rayos intensos del sol a pleno mediodía. Sonríe al horizonte como agradecido. Carga un paliacate rojo en sus manos, con el que se limpia el sudor.

PORFIRIO: *(Llega atrás de él.)* ¿Qué haces ahí Manuel? Te vas a caer...

MANUEL: *(Mientras PORFIRIO intenta ayudarlo a bajar de la piedra.)* Déjame aquí, Porfirio.

PORFIRIO: ¡Ten cuidado! ¡Es muy peligroso! ¡Estás cerca del barranco!

Los rayos del sol dibujan dos sombras en el suelo. PATY y CARMEN que abren sus blusas para que se seque su sudor.

PATY: Esto va a ser pan comido.

CARMEN: Ya sé quién es la mujer de quien habla Manuel.

PATY: Sin querer voy a entrar a la familia. Le hablo al oído a Manuel y me quedo con Martín.

MANUEL: ¿Escuchas, Porfirio? ¿Escuchas como el aire se trae las voces hasta aquí?

PORFIRIO: *(Intenta escuchar.)* Nada, solo el viento arrasando hojas y remolinos.

MANUEL: No, voces y pensamientos.

PORFIRIO: No, solo rayos cabrones del sol.

MANUEL: Sombras y malos augurios.

CARMEN: Ya supe de los amoríos que trae con Martín. El otro día le dejó una carta, donde se burlaban de mi hijo. ¿Por qué quiere hacerle daño a mi muchacho?

PATY: Se nota que jodidos no están. Sin tragar no me voy a quedar. ¡Gracias, Dios! Después de tantas manoseadas ya tengo al que quiero y hasta una casa donde vivir, y cerquita de él.

CARMEN: Pero no la voy a dejar. ¡Desgraciada! Primero la mato a que dañe a mi chamaquito que ya ha sufrido tanto.

PORFIRIO: No escucho nada y solo veo tu sombra aplastada por el Sol.

PATY: Me da un poquito de asco, pero que le hace. Nunca verá mis caras porque está ciego.

MANUEL: A lo mejor son mis malos pensamientos y mis dudas.

CARMEN: ¡Desgraciada! No ha conocido a una madre enojada. Me volveré perra brava para defenderlo.

PATY: Ya veré después qué hacer con la vieja.

Las nubes cubren el sol provocando las sombras de PATY, CARMEN y MARTÍN, que avanzan rodeando a MANUEL. El calor es insoportable. Las ropas de todos los personajes están pegadas a sus cuerpos por el sudor.

PATY: Manuel, ¿te gusto? Bésame, Manuel.

CARMEN: Hijo, no es buena muchacha. Solo quiere sacarte dinero.

MANUEL: Paty, estás suavcita: como piel de durazno.

PATY: Tócame así. Mira: así se toca a una mujer.

MARTÍN: Seguro ha de querer que la preñes, para enjaretarte al huerco.

MANUEL se espanta las sombras a manotazos.

MANUEL: ¡Fuera! ¡Fuera...!

PATY: ¿A quiénes?

MANUEL: Puros susurros y miedos.

PATY: No los escuches. Yo te quiero, Manuel.

MANUEL: ¿Verdad que sí?

CARMEN: No dejes que te envuelva. Escúchame, chama-co. Esa cabrona es una víbora.

MARTÍN: Enrédalo como el remolino. Me vale madre lo que hagas. Nomás respóndeme, cabrona.

MANUEL: Paty, diles que se callen. Vámonos lejos, aquí no tenemos nada que hacer...

CARMEN: No dejes que te engañen.

PATY: Yo te quiero, Manuel.

MARTÍN: Ya te cargó la chingada.

Las sombras desaparecen, solo se quedan MANUEL y PORFIRIO en el centro del medio día.

ESCENA 2

MANUEL: Déjame, Porfirio. Déjame seguir viendo las sombras, divisar lo hermoso del paisaje.

PORFIRIO: ¿De qué tonteras hablas? ¡Hace mucho tiempo que no ves, muchacho! Bájate. Te voy a ayudar.

MANUEL: Ni *pa* que te preocupes tanto. Conozco mejor que nadie estas tierras, las huelo. Y así, despacito, cuando escucho el sonido de las pisadas, clarito sé que eres tú. Tu andar te delata. Eres bien atrabancado *pa* caminar, pero también escucho mis dudas, y esas me dan miedo... ¿Llevas prisa? ¿*Pa* qué labor vas?

PORFIRIO: Ahora es el rosario de la Señora de la Medallita, ahí en la iglesia. Después nos vamos a ir *pa* la plaza. Se pone buena la fiestecita. ¿No quieres ir? ¡Vamos! No te quedes aquí tan solo, pues.

MANUEL: Si, pero pos *pa* qué voy. Todos me ven como “el pobre Manuel”. Desde que me salió esta bola en la cabeza me ven extraño. Aparte, ahí traigo unos demonios luchando. Por más que le he pedido a la Señora de la Medallita, nomás no me ayuda con esto, que me hace ver como un monstruo. (*Sonríe suavemente.*) Pero no es tan malo, Porfirio. Ya me han hecho varios corridos, me han inventado algunas leyendas. (*Ríe.*) ¿No has escuchado la

del hombre de dos cabezas? El otro día la escuché y hasta miedo me di.

PORFIRIO: ¡Anda! Quítate de esas cosas. Vamos a echar-nos un refresquito y te alivianas. Es más, vámonos juntos, despacito, y te invito los refrescos.

MANUEL: Hace tiempo que no voy donde hay mucha gente. Me tienen miedo y yo a ellos ¿No te da vergüenza que te vean conmigo? Estoy ciego, pero no sordo. Alcanzo a escuchar los murmullos y el sonido clarito de su asombro. Hasta parece que los veo a todos abriendo la boca y viéndome pasar.

PORFIRIO: Un día, me dijo tu papá que no comprendía qué te había pasado. Tú tampoco lo comprendes. Nadie de aquí del pueblo lo va a entender nunca. Los doctores te dijeron clarito que eso ya no tenía *pa tras*. Así te tocó. Deja de esconderte y deja que tu madre te vea contento algún día. Ya han pasado por mucho, hombre. ¿Entonces qué? ¿Te animas?

MANUEL: Vámonos, Porfirio. Vámonos a ver que más me toca.

ESCENA 3

Se escucha música de fiesta, algarabío de gente y el sonar de las campanas de la iglesia. La pequeña feria del pueblo se lleva a cabo en la plaza principal. Los hombres y las mujeres pasean al lado contrario alrededor de la plaza para poder toparse de frente y conocerse. Una banca solitaria, vacía, parece esperar a los recuerdos de MANUEL, quien le muestra la banca a PORFIRIO.

MANUEL: Ahí la conocí. Escuché sus pisadas desde lejos. Son como pasitos chiquitos, ligeritos para tocar el piso, titubeantes para avanzar. Me llamaron la atención. Es inconfundible su caminar. Ese contoneo suave al avanzar parece

no tocar el suelo. Son tan de ella que, desde que escuchas su paso, sabes si tiene enojo, si está contenta o triste.

PORFIRIO: Vamos a acercarnos. La música invita.

Atrás de MANUEL aparece PATY sonriendo ampliamente.

PATY: Di una vuelta y otra y otra... Hasta que vi que tu amigo se retiró a comprar algo en un puesto lejano. ¿Me puedo sentar?

MANUEL: Claro que sí, señorita.

PATY: Qué calor hace, ¿verdad? Y hay muchas moscas. A lo mejor va a llover.

MANUEL: No. El zumbido es más fuerte. Creí que eran avispas.

PATY: Es que son avispas también. Estamos cerca de los raspados. ¿No te has dado cuenta? Mejor vamos a movernos de banca.

MANUEL: Pero no quiero molestar.

PATY: Nos vamos a llenar de piquetes y ya no estaremos a gusto.

MANUEL: ¿A gusto conmigo?

PATY: Estamos platicando, ¿qué no?

MANUEL: Sí, ¿verdad? Me llamo Manuel.

PATY: Todo el pueblo sabe cómo te llamas. Siempre andas vagando, pareces fantasma. ¿Qué no tienes casa?

MANUEL: Sí. Vivo cerca de San Tadeo; ahí, bajando tantito el cañón. Cualquier cosita más adelante.

PATY: ¿Tu papá es el dueño de todas esas vacas y guayabos que se alcanzan a ver desde la carretera?

MANUEL: Él ya murió. Nomás quedamos mi mamá y yo.

PATY: ¿Entonces por qué andas camine y camine si tienes tantos bienes? Y loco no estás.

MANUEL: (Ríe.) ¿Y cómo te llamas? Ni siquiera me has dicho.

PATY: Te voy a decir mi nombre, pero me vas a guardar el secreto. ¿Lo prometes?

MANUEL: De verdad te lo prometo.

PATY: Voy a confiar en ti. Me llamo Patrocinio, pero todos me dicen Paty. No me gusta mi nombre pero mis papás me lo pusieron por una manda. Y pues así me tocó, ¿qué más le hago? Ya me voy. Mi casa todavía está lejos, allá por el Cuervero. Ahí nos vemos después. Perdón, perdón, perdón... No quise decir eso.

MANUEL: No te preocupes. (*Sonriendo.*) Ya nos veremos después.

PATY se retira y MANUEL sigue sentado en la banca. Se acerca PORFIRIO.

PORFIRIO: ¡Ya te vi!

MANUEL: No le importaron mis dos cabezas. Ni siquiera que andaba sucio. Su sombra se fue alejando y sus pies ya descansados, daban paso relajado, libre, libre...

PORFIRIO: Uta, te fue mejor que a mí. Vámonos, que ya es tarde. Tu mamá debe de estar preocupada y mañana es día de trabajo.

MANUEL: Cuanta razón tienes, Porfirio. ¿Para qué ando por ahí tan solo?

Salen.

ESCENA 4

En la pequeña cocina de su casa se encuentra CARMEN, envuelta en un rebozo, cociendo unas tortillas y preparando la comida.

MANUEL: ¡Qué rico huele, madre! Desde la entrada huele a tortillita.

CARMEN: Ya no te iba echar ninguna. Es bien tarde y ya tengo sueño.

MANUEL: No se enoje. Me fui con Porfirio un rato a la plaza.

CARMEN: ¿Pero así de marrano? ¡Qué vergüenza! Han de decir que no te lavo. A tu papá siempre lo traía limpiecito, impecable... Pero después ahí andaba de coqueto el desgraciado.

MANUEL: *Pa* que lo ponía tan curro, si ya sabía que la cabra tiraba *pal* monte.

CARMEN: Manuel, respeta la memoria de tu padre. Aquí *pa* decirle cosas al hijo de su santa madre nomás yo.

MANUEL: ¿Quién la entiende?

CARMEN: Allá Dios que lo perdone. ¿Te divertiste? Me imagino que había mucha gente. En esas fiestas conocí a tu papá: muy alto, con su sombrero y sus botas. Se puso a caminar conmigo, y ya no me soltó el muy desdichado. Me acuerdo que tu abuela no me dejaba ir, me decía: “¿A dónde vas toda garriente?” Como éramos bien pobres, me dijo: “Nadie te va a voltear a ver”. Pero tu papá tuvo buen ojo.

MANUEL: Conocí a alguien. Se llama Paty. Es de allá arriba. Platicó conmigo un rato y, ¿sabe, madre? Se me olvidó que estoy enfermo.

CARMEN: (*Sorprendida.*) ¿De verdad, hijo?

MANUEL: Se fueron las punzadas, los dolores, el peso del bulto y hasta estuve contento. Usted siempre habla de la guapura de mi papá. No salí como él, aunque hoy me sentí como él.

CARMEN: Cuando naciste, eras de esos niñitos tiernitos, tiernitos. Y se te fue poniendo tu cabello quebradito como borrego y tus ojitos eran color miel fuerte. Todos te querían cargar. De pronto, empezaste a llorar tanto por las noches. Apenas habías cumplido tus tres añitos, te caías mucho al caminar y nosotros, ignorantes, no nos dimos cuenta. El doctor nos dijo que tenías un tumor en tu cabeza que oprimía tu cerebritito. ¡Y cuántas operaciones has tenido! ¡Lo que has vivido! Pero hoy lo olvidaste. ¡Ya tenemos la cura!

MANUEL: Mi padre nomás nos dejó puros problemas con esas malditas tierras. Por eso nadie nos quiere. Dicen que les robamos lo que les pertenece, que yo soy el castigo de mi padre. Si no fuera por usted, no estuviera aquí.

CARMEN: A ti que nadie te toque *mijo*. Eres la luz de mis ojos. ¿Y qué? ¿No vas a cenar?

MANUEL: No, ya hasta el hambre se me quitó.

ESCENA 5

Por uno de los caminos de las huertas se encuentran MANUEL y PATY, muy temprano por la mañana.

PATY: Manuel, ¿qué traes en esa bolsa?

MANUEL: Pitayas. Están bien sabrosas, fresquecitas. Las acabo de cortar. ¿Gustas?

PATY: Gracias, pero me caen mal. Ya sabrás: me da el córrrele y ve...

MANUEL: (*Ríe.*) No quiero que corras, quiero que te quedes.

PATY: No todos me ven con buenos ojos.

MANUEL: Alcanzo a ver tu sombra y te imagino.

PATY: ¿Y cómo, Manuel?

MANUEL: Que tienes los ojos grandes y que eres desesperada. Lo digo por tu caminar. ¿Por qué nunca te dejas el cabello suelto? Nunca se refleja en tu sombra. Lo has de tener rizado, como el heno que tienen los árboles. Hueles bien.

PATY lo interrumpe.

PATY: ¿Te gusto, Manuel?

MANUEL: Nunca nadie me había hablado como tú. Yo no soy deforme por dentro, soy un hombre que siente, y te agradezco que no te espantes conmigo.

PATY: Yo no soy bonita. Estoy dada de carnes y morena, muy morena. No te creas lo que imaginas. Además, para

que no te cuenten, no tengo muy buena fama, pero también te agradezco que no te espantes conmigo. Tengo que irme. Me esperan.

PATY sale y MANUEL se queda observando la sombra de PATY, que se pierde entre las sombras que no logra ver MANUEL.

ESCENA 6

Las sombras de las nubes se disipan. Descubren a MARTÍN y PATY abrazados, desnudos a un lado del río. Acaban de hacer el amor. Están en esa fragilidad que queda después de un orgasmo. Prácticamente hablan para sí mismos, en susurro.

PATY: Me fui con un muchacho a los trece años. A esa edad, todavía me gustaban las muñecas. No tenía ninguna. Nunca tuve una. Dormía en el piso con mis hermanos y tenía que recogerme el pelo, porque las ratas y los alacranes se me podían subir. Mis padres murieron muy jóvenes; bueno, mi madre. Mi padre... Ese cabrón se fue. Después supe que también se murió pronto. Unos tíos nos recogieron por lástima, una lástima de perro, porque ni de tragar nos daban. Ya con solo tener un techo para dormir era suficiente. Preferí irme con el muchacho antes que mi tío me metiera mano, ya me traía ganas. De que me agarre un viejo a que me agarre un joven, *pos* ni la duda cabe, ¿verdad? La vida no es fácil. Hay que sobrevivir.

MARTÍN: Mi padre se volvió loco, después de que mi tío don Manuel lo dejara en la calle. Se ahogaba en alcohol. No dormía. Deliraba diciendo que tenía grandes cosechas de guayabas y cuadras de caballos. A mi tío, todos lo creían un santo, pero era un hijo de la chingada. Les mintió a todos, diciéndoles que firmaran unos papeles para hacer las escrituras de las tierras; y, ¿pos cuáles? Las hizo *pa* él. Ya no tuvimos vida, golpe tras golpe. El alcohol lo embrutecía.

Mi madre, para que no nos pegara, nos metía en las puertas del trinchador, y ella se iba *pal* monte, para que tampoco la alcanzara. Le tengo miedo a la oscuridad, porque ahí viví, escondido, escuchando todos los ruidos, los llantos de mi madre, los gritos de mi padre, las botellas.

Voltean a verse. Se besan tiernamente y poco a poco las caricias se tornan violentas.

MARTÍN: Eres mía, putita. No se te olvide. Ya te vi muy pegada con el loco de mi primo. Se te anda pegando. ¿También te lo andas cogiendo? Hacen bonita pareja los raros y horribles.

Ella intenta retirarse de él, pero se aferra más a sus labios, mordiéndolos.

PATY: No, papacito. Al que le quiero dar cariño es a ti. Nomás quiero “esto” dentro de mí.

MARTÍN: ¿Te gusto, fea? ¿Te encanto, fea?

PATY: Nomás te quiero sobre mí, besándome, cogiéndome, escupiéndome.

MARTÍN: ¿Así, fea? ¿Así?

PATY: No pares, no pares.

MARTÍN: Si mi primo viera lo horrible que eres, ni se te acercaba. Está más bonito él.

Paty: Pero no soy cualquier agujero.

Martín: Estás prieta, gorda, me das asco.

PATY: ¿Pero qué tal cojo?

MARTÍN: Sí. Te conozco bien. Enamora al monstruo, cógetelo y le bajamos la lana que queramos. Andamos bien jodidos los dos. Mira, pago unas deudas, y con gusto te cojo hasta el fin del mundo.

PATY: Mato dos pájaros de una sola pedrada: le quito su lana al ciego y me quedo con el primo. Qué bueno que eres igual de mierda que yo y nos podemos entender.

MARTÍN: Mira, perra, no estoy jugando. Desde siempre he tenido que aguantar a ese pinche ciego. Dale una buena cogida y chingatelo; porque, si no, te vas a chingar tú. Al fin que a nadie le importas. Así que si amaneces tirada como perro muerto a la orilla de la carretera, va a ser otro perro más.

PATY: ¿Por qué no te chingas tú a tú primo? Te faltan huevos, ¿verdad?

MARTÍN: A la familia no se le toca, pero tú si puedes hacerlo.

PATY: Sí, pero no te salgas de mí; sí, pero no me dejes; sí, pero vente completo dentro de mí... Si no, con la fuerza de mis piernas te la arranco, ¡cabrón!

Oscuro.

ESCENA 7

MANUEL está en la misma piedra de siempre, frente al precipicio. Llega PATY solo cubierta por una sábana blanca. Trae su pelo suelto.

MANUEL: Aquí me gusta venir siempre.

PATY: Está muy lejos, Manuel. Yo creo que mejor nos regresamos.

MANUEL: ¿Por qué tienes miedo? Lo siento cuando toco tu mano. Yo estoy contigo. Desde niño venía aquí. Aquí nadie escucha cuando lloras. Aquí nadie te oye cuando pides ayuda. Aquí solo el eco te responde con el mismo ahogo del grito que lanzas al vacío.

PATY: ¿De qué hablas, Manuel?

MANUEL: De los días y tardes en que cada palabra talaraba mi cabeza; de las burlas, las carcajadas, los gritos, de los desprecios. Aquí donde muchas veces el vacío me tentaba, me hablaba al oído diciendo que acabara con esta vida, llena de lástimas, de latigazos, de crueldad. Aquí vine a gri-

tar, como lobo herido, todo lo que los infelices vociferaron sacando su escarnio, su basura. Yo soy lo que ellos odian de sí mismos. Soy el vómito de sus sentimientos torcidos.

PATY: No solo tú has sufrido. Hay días y noches en los que prefieres morir, en los que no quisieras despertar para vivir en la misma miseria. Porque sabes que no hay día que no tengas que estar llena de babas de otro, viéndoles la cara atascada de deseo, y sentir que su sudor se te embarra en la piel. Esos jadeos que sueltan sus resuellos en la cara. No quieren amor. Solo quieren saciar sus instintos animales, esos que satisface la carne, volviéndolos bestias, animales de carroña que se esconden para que no se les note. Me vieron sola, Manuel, y abusaron de mí una y otra vez. Como les daba lástima, cada vez que acababan me tiraban monedas. Era la ofrenda después de su pecado. Así que les agarré el modo y aprendí a sobrevivir. Soy un monstruo, Manuel. Estoy llena de desechos de muchos hombres. No les sirvo más que para vaciar sus ganas de coger.

MANUEL: Yo no te veo así.

PATY: Tú ni siquiera ves.

MANUEL: Entonces, el ciego no soy yo. Hay cosas que otras personas no pueden ver. Creo que tú tampoco las ves. Te has convertido como los demás. Yo he venido a llorar a este abismo, porque ahí se van mis lágrimas y mis dolores. He venido a quitarme el karma que no sé por qué traigo arrastrando, a vaciarme de todo el desecho que llevo dentro. Entonces puedo verte tal cual eres, sin rencores, sin tristezas. Me imagino en tus ojos la inquietud de una mujer bella, con una sonrisa tímida, un cabello rizado volando con el viento y unas manos suaves, listas para ser tomadas y caminar juntos.

PATY acercándose al abismo.

PATY: Yo quiero, como tú, tirar todo al vacío. Olvidarme de todo. Quiero sonreír como dices. Quiero ver más allá

de las montañas, pero ya tengo los pasos cansados de dar tantas vueltas a la plaza, de andar por los caminos. Así se acaban las penas. ¿Verdad, Manuel? Cuando se te acaban los caminos.

MANUEL: Ya no escuché sus pisadas ni su respiración. Ya no veía su sombra, solo había un silencio profundo. El viento y el eco susurraban un gemido ligero, suave, como quien siente paz. ¿Paty? ¿Dónde estás, Paty? ¿Qué has hechoooo? ¡No me dejes, Paty! Se fue al abismo de los lamentos. ¡Espérame!

Llega MARTÍN. Se asoma al barranco.

MARTÍN: ¡Mira lo que hiciste, pinche loco! ¡Ya mataste a esta puta!

MANUEL: ¡Yo no hice nada! ¡Yo no hice nada! Tú no sabes. Ella estaba...

MARTÍN: ¡Cállate! Nomás eso te faltaba. Saliste igual que tu padre: ladrón y asesino. Dejó a mi padre y a mi familia sin nada, *pa* dejárselo a un pinche fenómeno y a una vieja pendeja que lo único que hace es cuidar de su hijo deforme. Por tu desgraciada familia pasé hambre. Mi padre me cinta-reaba porque estaba lleno de rencor. Me mandaba a robar y yo para tenerlo contento lo hacía. Él se sentía poderoso, porque podía quitarle a los demás lo que sabía podía ser suyo. Me robaste mi infancia, mis alegrías. Tú y tu papá me robaron la sonrisa de mi padre. ¡Pero ya te llegó tu hora, cabrón! ¡Hasta aquí llegaste!

Se escucha un disparo.

Oscuro.

ESCENA 8

MANUEL y CARMEN en la cocina.

MANUEL: Alcancé a escuchar unos pasos lentos y, de repente, el sonido de un plomazo, que hizo que rebotara el cuerpo de Martín sobre el mío. No vi la sombra, pero percibí un olor que para mí no es desconocido. Me lo quite de encima. Me dio mucho coraje que se burlara de mí y de Paty. Me levanté y lo arrastré y lo aventé al abismo.

CARMEN: Ya pasó, Manuel. Tú no te preocupes. Ahí donde lo dejaste está bien. Olvida esa mala sombra, aunque siempre te acompañe su olor. Anda, hace tiempo no limpias el rifle de tu padre. Ahí lo puse sobre la mesa.

MANUEL: Gracias, madre, a mí nadie me quiere. Si no fuera por usted, madre. No puedo andar por ahí tan solo.

TAXI

SUSANA TROUSSELLE

PERSONAJES

DON CARLOS: taxista de edad avanzada.

JULIÁN: joven inocente, alto y desgarbado.

ALFREDO LOZANO: “Freddy”,
ladrón de 35 años o más, mal encarado.

LOCUTOR: presentador de noticias. Hombre de buena presencia, excelente voz, dicción y manejo de cámaras.

ROBERTA DE LA O: reportera. Mujer madura, buena presencia, excelente dicción y manejo de cámaras.

DULCE LÓPEZ: la chica del clima.
Joven, buena presencia, nerviosa ante las cámaras.

SEÑOR MARTÍNEZ: empresario, dueño de la joyería,
buena presencia, de carácter fuerte.

El escenario. Totalmente vacío. Lo que define los lugares donde se lleva a cabo la acción es la iluminación, dividiendo el escenario en diferentes áreas: cuarto de DON CARLOS: luz en fondo, izquierdo; calle: luz diagonal de fondo izquierdo a proscenio derecho; tienda: luz en proscenio, derecho; semáforo: luz frontal, a centro proscenio; motel: luz neón en fondo, derecha; cárcel: luz en fondo, derecha; habitación del motel: luz a centro de escenario; televisión: luz de ciclorama a centro escenario; carretera: luz de calle a frente proscenio.

I

Oscuro. Suena fuerte e insistente un timbre de teléfono. Se enciende una luz en el cuarto de DON CARLOS.

DON CARLOS: (*Contesta con voz adormilada.*) ¿Bueno? Sí. ¿Qué se le ofrece?

ALFREDO: (*Con voz agitada, en off.*) ¿Taxi? ¡Necesito un taxi!

DON CARLOS: Sí, claro. ¿En dónde lo recojo?

ALFREDO: *(En off.)* En la calle de Álvarez 345, en el Centro. ¡Me urge!

DON CARLOS: Voy para allá... *(Cuelga y se viste rápidamente viendo el teléfono.)* ¡Son las tres de la mañana! ¿A quién se le ocurre?... Mejor me apresuro.

DON CARLOS apaga la luz de su cuarto. Se escucha que enciende el motor del viejo taxi, el click de encendido del radio. Suena una vieja canción.

II

ALFREDO y JULIÁN corriendo por una calle. Van al encuentro de la luz del taxi.

ALFREDO: ¡Corre, cabrón! ¡Corre! ¿Pa qué quieres esas patas tan largas? Ya no debe tardar el taxi. ¡Ahí está! *(Se detiene asombrado.)* ¡Uta! ¡No! ¡Es un pinche viejo! ¡Ya nos jodió!

JULIÁN: ¡No es tan viejo!

ALFREDO: ¡Cállate, cabrón! ¡A ti quién te preguntó! ¡Súbete!

DON CARLOS: *(En off.)* Buenas noches. ¿A dónde los lle...?

ALFREDO: *(Lo interrumpe.)* Llévenos a... ¡A la Central!

JULIÁN: ¿A la Central?

ALFREDO: ¡Cállate o te meto un tiro! Ya me tienes hasta la madre.

ALFREDO y JULIÁN corren por enfrente del coche para subir, cubriendo con sus cuerpos la luz de los faroles del taxi. Oscuro.

III

Silencio total. Se escucha que arranca el auto y el cambio de velocidades.

ALFREDO: *(En off.)* ¡Párese aquí! Voy por unas cosas.
¡Aquí pérenme!

Se enciende la luz de la tienda. ALFREDO entra. Al poco tiempo sale corriendo por donde entró, cargado de botellas y bolsas de botana. Se escucha una alarma.

ALFREDO: *(Gritando a DON CARLOS.)* ¡Apaga las pinches luces del carro, pendejo!

Oscuro. Se escucha el abrir y cerrar de la puerta cuando ALFREDO sube al auto, un fuerte rechinido de llantas y la voz de todos los personajes.

ALFREDO: ¡Vámonos, vámonos! Dé vuelta aquí. ¡Rápido!

DON CARLOS: Pero es sentido contrario...

ALFREDO: ¡No me chingues! Da la vuelta o te vuelo los sesos de un tiro.

Se enciende la luz roja intensa de un semáforo. DON CARLOS está asustado. Se escucha a lo lejos la sirena de una patrulla.

DON CARLOS: Está en rojo...

ALFREDO: ¡Te frenas y te mato! ¡Acelera! ¡Acelera, pinche viejo! Ya viene la patrulla. ¡Acelera!

JULIÁN: Se apagó el pinche semáforo.

El semáforo se apaga. Se escuchan llantas que rechinan y la sirena de la patrulla cada vez más fuerte. Se enciende la luz neón del "MOTEL".

Entran a un cuarto de motel. ALFREDO empuja con su pistola al taxista, que está muy asustado. JULIÁN tiene las cosas en las manos.

ALFREDO: (*Ríe.*) ¡Qué noche!

JULIÁN: ¿En dónde dejo todo?

ALFREDO: ¡Donde puedas!

ALFREDO le avienta la pistola a JULIÁN.

ALFREDO: ¡Cuida al viejo! Al rato nos encargamos de él. Ahorita estoy hasta la madre. ¡Tres pinches noches sin dormir! ¡Tres! ¡Está cabrón!

ALFREDO toma un buen trago de la botella, y luego otro. Se quedan en silencio. A lo lejos se escuchan autos pasar. Alfredo sigue tomando y empieza a cantar.

ALFREDO: (*Cantando: “No me chingues la vida” de Espinoza Paz.*) “Porque a mí se me olvida / Pronto una persona que me trató mal, muy mal / Otra vez tú / con esa cara de ándale vuelve conmigo / pero ya no / me busques te lo pido”. (*Bosteza, se acomoda y sigue cantando, susurrando...*)

JULIÁN: Si quiere descanse un rato. Ándele, acomódese en la cama.

DON CARLOS: ¿Tu amigo me va a matar?

JULIÁN: ¿A matar?... ¡No! Espero que no. Ya tiene muchos problemas, pero pos, quien sabe. ¡Duérmase un rato!

DON CARLOS: (*Pausa.*) No creo que pueda dormir.

JULIÁN: Duerma tranquilo. Dormido no se lo revienta. No es tan malo. Él me salvó, ya me andaban llevando los narcos. Él no es... narco narco. Sí roba, pero no se droga,

tanto. Lo que le gusta es tomar y cantar. Además... no ha matado a tantos... que yo sepa.

DON CARLOS: ¿A tantos?

JULIÁN: No. Mire, yo aquí sigo. ¡No le digo que me salvó!

DON CARLOS: ¿Cómo que te salvó?

JULIÁN: Es que si le contara... ¡Ni me va a creer! Me pasan puras pendejadas. Ya ni sé qué hacer. De buenas que no estoy en la cárcel; bueno, en la correccional.

DON CARLOS: ¿Pos qué hiciste?

JULIÁN: No, ps... ¡Mire! Yo voy a acomodarme aquí en el suelo, para que duerma usted a gusto. Apague la luz.

Oscuro.

v

Entra ALFREDO a la habitación y enciende la televisión.

ALFREDO: ¡Párense, cabrones! ¡Tú! ¿Por qué dormiste en el suelo? ¡Estás bien pendejo! ¡Ah, pero el viejo, en la cama como rey! ¡El que es wey... es wey!

En la televisión justo está terminando un anuncio que habla de la buena seguridad de la ciudad, y entra la cortinilla de las noticias, Noti-Oro.

PRESENTADOR: Buenos días, le damos la bienvenida a *Noti-Oro, el valor de estar informado*. Empezamos con titulares nacionales... ¡El dólar a la alza! Incrementa un 3% el tipo de cambio interbancario. ¡Gasolinazo! No nos sorprende. Y ahora lo que sigue. ¡Incremento de todo! Escasez de azúcar blanca en toda la república. Suerte para los diabéticos. Locales. Se descomponen las fuentes de la Macro Plaza, agua verde, es foco de infección para los ciudadanos. Robo a mano armada en pleno Centro de la ciudad. Vamos a un

corte y regresamos con los detalles. *Noti-Oro, el valor de estar informado.*

Entran cortinillas y el anuncio de café del Oso. Se baja el volumen. La habitación continúa iluminada por la luz de la televisión.

ALFREDO: ¿Será nuestro robo? (*Ríe.*) ¿Y si nos hacemos famosos? ¡Hijole, no mames! Te dije, cabrón. Péinate. Pero estás bien pendejo...

JULIÁN: Ojalá y salgamos en la tele, para hacernos famosos y que mi mamá que está en el cielo, vea que no soy tan wey y sí tengo futuro.

ALFREDO: ¡Yo te lo dije! Asóciate conmigo y el mundo es tuyo. (*Ríe.*) ¡Ya cállate, que va a empezar!

PRESENTADOR: Regresamos con una aromática taza de café, de nuestros patrocinadores café del Oso.

JULIÁN: Se me antoja un café.

ALFREDO: No empieces. Para eso lo hace: *pa* que se te antoje, si es bien listo...

JULIÁN: Pos sí quiero.

ALFREDO: Shhh. ¡Cállate, cállate!

PRESENTADOR: Vamos con nuestra compañera Dulce López, que nos trae información precisa del clima.

En la televisión se ve que entran cortinillas del clima.

JULIÁN: Ella es mi novia.

DON CARLOS: ¿En serio?

ALFREDO: (*Ríe, burlándose.*) No sé quién está peor, éste o usted. ¡Brincos diera el wey!

DULCE LÓPEZ: ¡Buenos días! El clima de hoy en la mañana de este día, en la ciudad... por la mañana temprano... y no tan temprano, tendremos un hermoso día soleado con sol, pero recuerde que estamos en época de lluvias y llueve,

así que por la tarde no olvide su paraguas, ya que se esperan lluvias aisladas. La temperatura oscilará entre los 14 y 36 grados centígrados. Por la noche se esperan fuertes vientos. Gracias, regresamos al estudio.

En la televisión, volvemos a ver las cortinillas del clima.

JULIÁN: Me voy a hacer famoso, para que un día me volteen a ver. (*Suspira.*)

ALFREDO: Estás güero pero eso no te quita lo wey. (*Ríe y lo calla.*)

PRESENTADOR: Vamos con Roberta de la O, quien nos tiene los detalles del robo a mano armada... ¡Adelante, Roberta!

ROBERTA: Buenos días. Ayer, a las 18 horas, en pleno Centro de nuestra ciudad, se llevó a cabo un robo a mano armada en la joyería “Joyas Lara”, que se encuentra a mis espaldas. Los atracadores fueron dos sujetos, al parecer uno de ellos menor de edad. Nos encontramos con el dueño... Señor Martínez, nos podría explicar cómo sucedieron las cosas...

SEÑOR MARTÍNEZ: Dos sujetos entraron en la joyería. Iban con gorras y lentes...

ROBERTA: ¿Le dio miedo? ¿Le apuntaron con la pistola?

SEÑOR MARTÍNEZ: Bueno, en ese momento yo no me encontraba, solo estaban...

ROBERTA: ¿Cuánto le robaron?

SEÑOR MARTÍNEZ: Aún estamos haciendo el recuento de los daños, pero...

ROBERTA: Bien. ¿Y sospecha de alguien? ¿Ya puso la demanda? ¿Cuántos años de cárcel quiere que den a los atracadores?

SEÑOR MARTÍNEZ: ¡No! No sospecho de nadie. No he puesto demanda y no tengo idea de los años de cárcel.

ROBERTA: Hasta aquí mi reporte. *Noti-Oro, el valor de estar informado.* Con ustedes Roberta de la O, con la información de hoy.

ALFREDO apaga el televisor y prende la luz de la habitación.

JULIÁN: Pos ni dijeron nuestros nombres, ni sacaron nuestras fotos.

DON CARLOS: Pues mejor...

ALFREDO: ¡Sí piensa el viejillo! ¡Y tú, de veras que estás pendejo! Si dicen nuestros nombres, sabrán quiénes somos y derecho al bote. Pero bueno, ya es mucha plática. Hoy mismo nos huimos *pa* Zacatecas. Luego de un buen tiempo nos regresamos. Ten la poderosa. Deshazte del viejo. Cuídala, que solo tenemos dos pistolas. Yo voy por un mueble, no hagas ruido. Llévate en el taxi, lo arreglas, lo metes en la cajuela y nos vemos aquí en cuatro horas.

ALFREDO sale. Se escucha el tic-tac de un reloj muy fuerte y bajan las luces de la habitación lentamente.

VI

Confesiones

En el oscuro se escuchan las voces de JULIÁN y DON CARLOS, el motor del taxi y el radio encendido.

JULIÁN: Aquí párese... ¡Bájese!

DON CARLOS: Déjame apagar el taxi y...

JULIÁN: Así déjelo. Esto es rápido.

DON CARLOS y JULIÁN aparecen caminando por la carretera. A un lado hay unos ladrillos y un tambo con basura encendida. JULIÁN avienta al viejo, obligándolo a que se siente en los ladrillos y, mientras, le apunta con la pistola, nervioso y agresivo. Revisa el tambo midiendo que DON CARLOS quepa adentro. A lo lejos, muy bajo, se escucha la estación de radio.

DON CARLOS: ¿Me vas a matar?

JULIÁN: Pos eso dijo ¿no?

DON CARLOS: Pero, ¿tú nunca has matado a nadie?

JULIÁN: Matado, matado, matado... no. Pero pues ya es hora.

DON CARLOS: ¿A qué te refieres?

JULIÁN: (*Apuntándole y con voz desesperada.*) ¡Ya no me haga preguntas!

DON CARLOS: Para que te arriesgas...

JULIÁN, nervioso, lo avienta y le apunta en la cabeza. Responde gritando.

JULIÁN: ¡Es que si lo hago, voy a ser mejor!

DON CARLOS: ¿Cómo crees eso?

JULIÁN: Pos es que mi mamá siempre me decía: “¡No sirves para nada, cabrón! Ni *pa* matar un pollo. Y nunca he matado un pollo...”

Pausa. JULIÁN respira angustiado.

DON CARLOS: ¡No me mates! Déjame ir y le dices que lo hiciste y yo ni le cuento a nadie.

JULIÁN: Pero... ¡Si se entera me va a golpear! (*Nervioso y enojado.*) ¡Y ya me golpearon mucho!

DON CARLOS: ¿Quién te golpeó?

JULIÁN: Pos mi mamá. Luego, el vecino que era su novio me agarraba a golpes a cada rato. Mis compañeros en la escuela... decían que por güero pendejo... y así. El único que no me ha golpeado es Freddy. Sí dice cosas, pero es bueno, y ya me dio hasta la pistola. Usté vio...

DON CARLOS: ¡No tienes por qué matarme!

JULIÁN: Pero pues... es una orden y me va a pagar.

DON CARLOS: ¿Y no sientes feo?

JULIÁN: Pos sí siento feo. A lo mejor le lloran mucho. Yo

lloré cuando el novio de mi mamá la golpeó tanto que la mató... Usté, ¿tiene hijos?

DON CARLOS: Si, tengo dos... Hace mucho que no los veo. Mi mujer, bueno, ya no es mi mujer, se los llevó, y nunca me dejó verlos.

JULIÁN: ¿A poco les pegaba?

DON CARLOS: ¡No! ¡No, para nada! Ella se fue, pues decía que yo era pobre y quería una vida más... ya sabes, digna. Mi hija, ya debe ser mamá. A lo mejor, hasta soy abuelo y ni sé... No sé nada de ellos, desde hace mucho.

JULIÁN: ¡Pues búsquelos!

DON CARLOS: Los busqué y busqué por años y nunca me dejaba verlos. Hasta que un día me echó a la policía y me prohibieron acercarme a su casa, a su trabajo. Decía que me los iba a robar. ¿Tú crees? Uno no se roba a los hijos, pos son de uno...

JULIÁN: Usté debió ser buen papá. Yo ni conocí al mío, se murió antes de que naciera. Se dio un pasón... Dicen que era un gringo, grandote y muy bueno... Por eso soy güero y güey.

DON CARLOS: No digas eso. Eres buena persona.

JULIÁN: Pos usté es el único que me ha dicho bueno. ¡Ah! Y el Freddy. Que sí confía en mí. Ps... a lo mejor no soy tan pendejo.

DON CARLOS: ¡Claro que no! Eres un buen chico. Estás joven, no seas tonto. Tu amigo es un ladrón y ése no es buen camino.

JULIÁN: Pos no está tan mal, mire: ahora estoy mejor. Andaba pidiendo en la calle y limpiando vidrios de carros. Antes no caí en drogas y vicios. Es que eso me da rete harto miedo por lo de mi papá.

DON CARLOS: Ya ves: sí tienes conciencia.

JULIÁN: Pero Freddy es lo único que tengo. Mi papá se murió, a mi mamá la mataron. Agüelos, pues que yo sepa no tengo... tíos y padrinos y esas cosas menos. Si dejo al Freddy me quedo solo, solo, como usté...

Pausa larga, incómoda. Al hacerse el silencio, sube el volumen del motor del taxi y del radio.

VII

Accidente

JULIÁN sigue apuntándole a DON CARLOS a la cabeza, tratando de tomar valor para disparar. La música del radio suena a todo volumen. Se interrumpe para dar entrada al noticiero.

PRESENTADOR: Tenemos noticia de última hora. Vamos con nuestra reportera Roberta de la O.

ROBERTA: Hace solo unos momentos una camioneta chocó contra un poste. Por la fuerza del impacto, el motor, diversas piezas del vehículo y el conductor volaron a varios metros de distancia. El conductor, quien manejaba bajo los efectos del alcohol, murió al momento del impacto y fue identificado como Alfredo “El Freddy Lozano”, quien hace un par de días realizó varios robos a mano armada en pleno Centro de la localidad.

JULIÁN: (*Grita descontrolado.*) ¡Nooooo! ¡No, no! ¿Qué voy a hacer? ¡Lo voy a matar!

DON CARLOS se agacha y se tapa la cabeza. JULIÁN tiembla.

ROBERTA: La camioneta, que era robada, quedó prensa-da y fue necesario equipo hidráulico para desprenderla del poste.

DON CARLOS: Tranquilo.

JULIÁN avienta la pistola y se agacha junto a DON CARLOS.

ROBERTA: El ahora occiso trató de esquivar un retén de alcoholes dándose a la fuga, lo que ocasionó que se estan-

para contra el poste. Por fortuna no hubo otras personas involucradas en el accidente. Al parecer, el ladrón viajaba solo. Ahora, la policía sólo deberá encontrar al menor de edad que lo acompañaba es sus atracos.

JULIÁN se levanta, recoge la pistola y pasea de un lado a otro. Se apunta a sí mismo a la cabeza y luego a DON CARLOS.

DON CARLOS: ¡Detente, muchacho!

JULIÁN: *(Gritando.)* ¿Qué va a pasar?

DON CARLOS: Pues entrégate.

JULIÁN: ¿Entregarme?

DON CARLOS: Sí. Vas a la policía y les dices que no era tu culpa.

JULIÁN: ¡Pero me van a meter en la cárcel y no quiero! ¡No soy malo!

DON CARLOS: No. No te van a meter a la cárcel, a lo mejor te meten a una correccional. Eres menor de edad, pero como te entregarás y no eres malo y no cometiste errores tan graves, pues a lo mejor solo pagas una multa o algo así.

JULIÁN: ¿Pos con qué dinero? Además, ¿quién me va ayudar? Y, de seguro, usté va a declarar en mi contra. ¡Mejor lo mato!

DON CARLOS: ¡No, espera! Respira tranquilo. A mí nadie me está buscando. Yo no te voy a denunciar. Ni quien sepa que estoy aquí. Tú eres bueno. El que te orilló fue tu amigo. Ojalá y mis nietos sean como tú.

JULIÁN: No ps... Ojalá y yo tuviera un abuelo así, pero ni madres... Solos mi alma y yo... *(Abre la boca y se mete la pistola.)*

DON CARLOS: ¡No! ¡Detente!

Oscuro.

VIII
Libre

Suena el teléfono insistentemente. JULIÁN en la cárcel. DON CARLOS en su cuarto.

DON CARLOS: ¿Bueno? ¿Sí?

JULIÁN: ¡Güelo Charly! ¡Necesito un taxi!

DON CARLOS: ¿Julián?

JULIÁN: ¡Sí, yo! ¿Quién más le dice Güelo Charly? ¡Ya voy a salir!

DON CARLOS: ¿Cómo?

JULIÁN: Me acaban de dar la noticia. No sé cuánto tiempo pasó, pero ya soy libre. Por buena conducta... pero, pues necesita venir a firmar, como mi tutor...

DON CARLOS: Libre, *mijo*... Libre.

La música, que entra por la ventana del cuarto de DON CARLOS, nos prohíbe escuchar la eterna conversación del viejo y el joven. Poco a poco, va desapareciendo la luz del escenario, que ahora se concentra únicamente en sus rostros.

Oscuro final.

EL MUNDO DE LOS BOCONES
CON OREJAS GIGANTES Y MANOS PEQUEÑAS

GRISELDA ELIZONDO

*El mayor problema de la comunicación,
es la ilusión de que se ha logrado.*

—George Bernard Shaw

Obra en español con una escena en
Lengua de Señas Mexicana (LSM).

PERSONAJES

SOFI: niña

MAMÁ

GATO

TÍTERES

(Bocones de orejas gigantes)

MAMÁ

PAPÁ

ABUELA

DON TOMÁS: el señor de la tienda

COMENTARISTA DE TELEVISIÓN

MAESTRA: robot

ESCENA 1

MAMÁ Y PAPÁ

En el suelo hay cajas de cartón, cinta adhesiva, papel metálico y otros materiales que servirán para construir una nave espacial. Aparece el GATO y camina con la cola levantada entre las cosas. Entra SOFI, concentrada en un dibujo que trae en la mano. Revisa que estén todos los materiales y comienza a trabajar en su nave espacial. El GATO trata de llamar su atención, pero no lo consigue. Aparece MAMÁ (títere) y observa a SOFI en silencio.

MAMÁ: Sofi, mi niña. Te noto rara. ¿Te pasa algo?

SOFI mueve la cabeza diciendo que no, mientras une las cajas con cinta adhesiva.

MAMÁ: ¿Te duele la panza?

SOFI: No.

MAMÁ: Te desvelaste jugando videojuegos.

SOFI: No.

MAMÁ: ¡Ya sé! ¡Otra vez te picó una hormiga!

SOFI: No me pasa nada, mamá.

MAMÁ: ¿Estás segura?

SOFI: Sí.

MAMÁ: ¿Sí qué?

SOFI: ¡Qué sí!

MAMÁ: ¿Qué sí te duele? ¿Dónde?

SOFI: (*Detiene su trabajo.*) ¡Mamá!

MAMÁ: Ya. No te molestaré más.

SOFI vuelve a trabajar.

MAMÁ: Te dejaré sola para que sigas con... esa cosa.

SOFI: Bien.

MAMÁ guarda silencio mientras SOFI le pone botones, volante y palancas a la nave.

MAMÁ: Pero a mí no me engañas. Algo te pasa y no me quieres decir.

SOFI prueba el volante.

MAMÁ: ¿Segura que no te picó una hormiga?

SOFI: (*Deja las cosas.*) Mamá, estoy construyendo una nave espacial para ir a la Tierra porque...

MAMÁ: ¡Ajá! ¡Lo sabía! ¡Mi sexto sentido nunca se equivoca! (*Reacciona.*) ¿A la Tierra? ¡Ahorita vengo! (*Sale corriendo y regresa con PAPÁ.*) Ahí la tienes. Que quiere ir a la Tierra. (*Papá guarda silencio.*) ¡Dile algo!

PAPÁ: Espera, necesito pensar.

MAMÁ: No lo pienses, ya dile.

PAPÁ: ¿Qué quieres que le diga?

MAMÁ: Que se lo prohíbes terminantemente.

PAPÁ: Sofi, te lo prohíbo terminantemente.

SOFI: ¿Por qué?

PAPÁ: (A mamá.) Sí. ¿Por qué?

MAMÁ: Porque así son las cosas y ya. ¡Ayúdame, hombre! (En voz baja.) Inventa cualquier cosa.

PAPÁ: Es que no se me ocurre nada... (Pasa una mosca zumbando.) ¡Ya sé! Sofi, en la Tierra viven unas criaturas peludas de enormes ojos que vuelan y echan ácido por la boca y... ¡se frotan las manos con malicia!

SOFI: Papá, estás hablando de las moscas.

PAPÁ: Ah... no. Para nada. (Vuelve la mosca. PAPÁ la espanta.) ¡Vete... shu!

SOFI: Sí, hablas de moscas.

PAPÁ: No.

La mosca revolotea alrededor de PAPÁ, quien manotea nervioso. El GATO la persigue.

SOFI: No me dan miedo.

PAPÁ corre perseguido por la mosca.

PAPÁ: ¡Quítenmela! ¡Me quiere comer!

MAMÁ: Ya basta.

MAMÁ espanta a la mosca, la cual se va. PAPÁ respira aliviado.

MAMÁ: A ver, Sofi ¿Qué tal si construyes otra cosa? Una casita, por ejemplo.

SOFI: Estoy haciendo una casita.

PAPÁ: (A MAMÁ.) ¿Ya oíste? Mi Sofi está haciendo una casita.

SOFI: Una casita que vuela.

PAPÁ: Una casita que... (A *SOFI*.) ¿Cómo?

SOFI: Una nave espacial es una casita voladora.

MAMÁ: Tu-So-fi-quie-re-via-jar-a-la-Tie-rra.

PAPÁ: ¡Ya-lo-sé! (A *SOFI*.) Hija, yo a tu edad construía muchas cosas. Y no necesitaba ir tan lejos para divertirme. Por ejemplo, hacía carritos. Aunque no tenían frenos y terminaba volando por los aires con las rodillas raspadas. (*Ríe.*) Te puedo enseñar a construirlos para que vuelas como yo... (*Mamá carraspea furiosa.*) o... mejor jugamos a las escondidas.

SOFI: No, gracias.

PAPÁ: (A *MAMÁ*.) Se me acaban las ideas. ¿Qué le digo?

MAMÁ: Dile que no tiene licencia espacial.

PAPÁ: ¡Eso! (*El GATO se asusta y salta con SOFI.*) ¡Una licencia! Tu mamá tiene razón... como siempre.

SOFI: ¿Qué es una licencia, papá? (*Acariciando al GATO quien se pone a jugar con las cosas.*)

PAPÁ: Es un permiso que te da el presidente del Sistema Solar para ir a todos sus planetas: Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón... No, espera. Plutón ya no está. Quiero decir, Plutón sigue ahí, dando vueltas, pero no es un planeta: es otra cosa, algo así como... la mascotita del Sistema Solar.

SOFI: ¿La mascotita? ¿Y también se necesita licencia para ir a Plutón?

PAPÁ: ¡Nombre! ¡Es más fácil viajar a Plutón que a la Tierra! ¿Quieres ir?

MAMÁ: (*Toma el teléfono móvil.*) Dios mío, este señor complica todo. (*Al teléfono.*) ¡Mamá! ¡Ven rápido! ¡Es una emergencia! (*Silencio.*) No, el gato está bien. Se trata de la niña. Quiere ir a la Tierra y tal vez a Plutón y si no vienes rápido, llegará hasta el Sol... Bien, te espero.

SOFI: Papá, es muy importante que yo vaya a la Tierra. ¿Te digo por qué?

ESCENA 2
LA ABUELA

Llega la ABUELA apresurada, gritando. El GATO salta de nuevo.

ABUELA: ¿Llegué a tiempo? ¿Dónde está mi nieta?

MAMÁ: Por fin: alguien con sentido común.

ABUELA: ¿Te irás sin darle un beso a tu querida abuela?

SOFI: (*Triste.*) No, porque no tengo licencia.

ABUELA: ¿Solo por eso no irás? Veamos... (*Busca en su bolso y encuentra una tarjeta.*) Toma, querida. (*Le entrega la tarjeta a SOFI.*)

SOFI: ¡Sí! (*Le da un beso a la ABUELA.*)

MAMÁ: No sé qué pretendes, mamá. Pero le diste a Sofi una tarjeta de puntos del supermercado.

ABUELA: Pretendo darle a Sofi una licencia para ir a la Tierra. Cariño, el camino es largo y el espacio es frío: debes abrigarte. ¿Entendido?

SOFI: Sí, abuelita.

MAMÁ: ¡Mamá!

ABUELA: ¿Qué? ¡Si mi nieta quiere ir a la Tierra, que vaya!

PAPÁ: (*Burlándose.*) ¡Alguien con sentido común! (*MAMÁ lo mira enojada.*) Voy a ver la televisión... (*Sale.*)

ESCENA 3
DON TOMÁS

Entra DON TOMÁS cargando bultos sobre su espalda. Los baja.

DON TOMÁS: ¡Buenas! Perdón por entrar a su casa, señorito. Es que vi la puerta abierta y lo que me pidieron está muy pesado.

MAMÁ: ¿Pues qué tanto trajo, don Tomás?

DON TOMÁS: Veamos... (*Revisa la libreta.*) Son dos litros

de leche, una barra de pan y un motor de nave espacial.

SOFI: ¡Es para mí! (Corre por el motor y arrastrándolo lo coloca en la nave.)

MAMÁ: ¿Ya ve lo que provoca?

DON TOMÁS: Óigame, *señito*. No sabía que el motor era para ella. A mí me hicieron un pedido y yo sólo lo surtí. ¿Cuál es el problema?

MAMÁ: Que la nave de Sofi despegará en cualquier momento.

DON TOMÁS: Pos... ¿qué quiere la niña?

MAMÁ: Viajar.

DON TOMÁS: ¿Y *pa* dónde es el viaje?

MAMÁ: A la Tierra.

DON TOMÁS: ¿Por qué no viaja?

ABUELA: Por mamá.

DON TOMÁS: ¿Qué dice su papá?

PAPÁ: (*De lejos.*) Que no.

DON TOMÁS: ¿Qué dice su abuela?

ABUELA: Que sí.

DON TOMÁS: ¡Que viaje Sofía!

MAMÁ: ¡Ya basta! (*Empuja a don Tomás.*)

DON TOMÁS: ¡*Señito!* ¡Esperel! (*Queda fuera de casa.*)

MAMÁ: ¡Adiós!

ESCENA 4 EL NOTICIERO

PAPÁ: (*Entra corriendo con el GATO tras él.*) ¿Qué creen? ¡Tengo algo muy importante que decirles!

MAMÁ: Dejaste entrar a la mosca.

PAPÁ: Sí... digo no. Es otra cosa. Hija, tu viaje se cancela.

SOFI: ¿Por qué, papá?

PAPÁ: Porque hay peligro en el espacio... Espérame, ahora vuelvo. (*Sale y regresa con una televisión. El GATO tras él. La enciende y aparece el COMENTARISTA.*). Escucha esto.

MAMÁ: (*En voz baja a PAPÁ.*) Estoy segura de que algo le picó.

SOFI: ¡Les estoy tratando de decir que no entendí!

MAMÁ: Debe ser culpa de la escuela. Siempre es por la escuela.

PAPÁ: Sus escritorios me dan mala espina.

MAMÁ: ¡Ajá! Y sus paredes... ¿No te parecen sospechosas?

PAPÁ: ¿No serán los cuadernos?

MAMÁ: ¡Los sacapuntas!

PAPÁ: ¡Ándale! ¡Los sacapuntas!

MAMÁ: Hablaré con su maestra. (*Sale.*)

SOFI: ¿Abuela?

ABUELA: Oh. Ven aquí, querida: El señor de la televisión dijo que habrá lluvia de meteoritos. Pero, yo siempre traigo mi paraguas conmigo. Ponlo en tu nave espacial. ¡Ningún meteorito se va a interponer entre mi nieta y la Tierra!

SOFI: ¡Gracias abuelita!

SOFI toma el paraguas y lo coloca sobre la nave.

ESCENA 5

LA MAESTRA

Entra MAMÁ con la MAESTRA.

MAMÁ: ¡Ya llegamos! Maestra, quiero que hable con la niña porque a nosotros no nos hace caso. Está aferrada a ir a la Tierra y dice que no entiende al señor de la televisión. Su papá y yo analizamos las cosas concienzudamente y llegamos a la conclusión de que toda esta locura es por culpa de los sacapuntas.

PAPÁ: Son mala influencia.

MAMÁ: Y provocan callos en los dedos.

PAPÁ: Los usé a diario y mire: todos mis deditos terminaron chuecos.

La MAESTRA emite un pitido y sonidos de impresora. El GATO se asusta y se esconde.

MAESTRA: Prrrrr, prr, pr, prrr, prrrrrrrrr, pr...

MAMÁ: ¿Cómo dice? ¿Que tenemos las orejas gigantes?

PAPÁ: (*A MAMÁ en voz baja.*) No explica nada de los sacapuntas.

MAMÁ: *(Responde en voz baja.)* Quiere desviar la atención.

SoFi: ¿Soy la única que no entiende lo que dice?

MAMÁ: Niña, no me pongas en vergüenza delante de la maestra.

SoFi: Pero mamá...

MAMÁ: Silencio.

MAESTRA: Prrrrr, prr, pr, prrr, prrrrrrrrr, prrrrr....

SoFi: Otra vez no entendí.

MAMÁ: ¿Qué usemos las manos para hablar?

SoFi: Es buena idea.

PAPÁ: ¡Es una locura! Para eso tenemos boca.

MAMÁ: Entonces: ¿hablará con Sofi o no?

MAESTRA: Prrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr...

MAMÁ: (*En voz baja.*) ¡Pero qué grosera!

PAPÁ: (*En voz baja.*) Que se vaya.

La MAESTRA termina de imprimir un documento. Emite un pitido, echa humo y se va. MAMÁ y PAPÁ se van pasando el documento de mano en mano. El GATO divertido trata de tomar el papel al igual que SOFI, pero no les dan oportunidad.

SOFI: ¿Qué es?

PAPÁ: No sé.

MAMÁ: Es la tarea, hombre.

SoFi: Déjenme ver.

MAMÁ: No me gusta.

PAPÁ: Está rara.

MAMÁ: Aquí no hay sumas.

PAPÁ: Ni nada qué leer.

MAMÁ: Parecen garabatos.

SOFI: (*Desesperada.*) ¡Déjenme ver! ¡Por favor!

ABUELA: ¡Échenla para acá! (*Toma el papel y se lo muestra a SOFI.*) Esto es un mapa para llegar a la Tierra y Sofi debe repasar el camino.

SOFI: ¡Me gusta!

MAMÁ: ¡Pero qué tarea tan tonta! Como sea; niña, si no la terminas, no vas a ninguna parte.

PAPÁ: Voy por un sacapuntas eléctrico, por si las moscas. (*Sale.*)

ABUELA: ¿Qué se trae éste con las moscas?

MAMÁ: Nada. Sofi, quiero el mapa bien hecho, limpio, sin manchas de dulces, ni faltas de ortografía.

SOFI: ¡Sí, mamá! (*Toma un marcador, dibuja... y le enseña la hoja a su MAMÁ.*) Acabé.

MAMÁ revisa el mapa. Regresa PAPÁ.

MAMÁ: Te saliste de la raya muy cerca de Júpiter.

PAPÁ: A mí me parece que está bien hecho.

MAMÁ: (*En voz baja.*) Calla. Debemos encontrar más pretextos.

PAPÁ: (*En voz baja.*) Creo que ya es hora de dejarla ir.

MAMÁ: ¿Tú crees? Yo no sé por qué insiste tanto en ir a la Tierra: aquí es feliz. Nos tiene a nosotros, a la abuela y al gato; va a la escuela, juega y hasta construye casitas voladoras ¿Qué más puede pedir? A veces siento que no la entiendo.

PAPÁ: La influencia de los malditos sacapuntas, mujer. No hay nada más qué hacer.

SOFI: Entonces, ¿ya me puedo ir?

PAPÁ y MAMÁ la miran en silencio, mientras que la ABUELA le pone la bufanda.

MAMÁ: Está bien, Sofi. Pero te vas con cuidado. No hables con los marcianos, porque son muy quisquillosos. Te portas bien y regresas antes de cenar.

SOFI: ¡Sí! (*Con el mapa en mano, entra a la nave y la enciende.*)

ESCENA 6
CUENTA REGRESIVA

SOFI: ¡Adiós, abuelita!

ABUELA: ¡Que tengas buen viaje!

SOFI: ¡Diez!

PAPÁ: ¿Quieres el sacapuntas?

SOFI: No papá. ¡Nueve!

MAMÁ: ¡Qué barbaridad, no has desayunado!

SOFI: ¡Ocho!

MAMÁ: ¡Voy por tu lonchera!

Sale MAMÁ corriendo.

SOFI: ¡Siete!

PAPÁ: ¿Segura que no quieres el sacapuntas?

SOFI: Segura. ¡Seis!

PAPÁ: Está bien. Te traeré otra cosa.

PAPÁ sale corriendo.

SOFI: ¡Cinco!

ABUELA: No te quites la bufanda.

SOFI: No, abuela. ¡Cuatro!

MAMÁ llega corriendo con la lonchera.

MAMÁ: ¡Te eché un sándwich y una manzana! (*Le pasa la lonchera a Sofi.*)

SOFI: Gracias, mamá. ¡Tres!

MAMÁ: ¡Espera! ¡Espera! ¡Voy por agua!

MAMÁ choca con papá, quien entra corriendo con un títere y se lo pasa a SOFI.

PAPÁ: ¡Muñequito a la orden!

SOFI: ¡Dos!

PAPÁ: Espera, me equivoqué. Esto es un títere. Bueno, toma.

SOFI toma el títere. Llega MAMÁ a toda prisa con una botella de agua y se la pasa a SOFI.

MAMÁ: ¡El agua!

PAPÁ: Te dejo el sacapuntas, por si acaso.

SOFI: ¡Uno! ¡Los quiero mucho!

PAPÁ y MAMÁ se voltean a ver.

PAPÁ Y MAMÁ: ¡Vamos contigo, Sofi!

ABUELA: ¡Por fin se les prendió el foco a ustedes dos!

SOFI: ¿Vienes abuelita?

ABUELA: Por supuesto que sí. Aguántenme.

MAMÁ y PAPÁ corren a la nave, seguidos por la ABUELA, a quien rebasa el GATO, que de un salto entra a la nave. La ABUELA entra justo a tiempo.

SOFI: ¡Cero! ¡Abróchense los cinturones!

Todos: ¡Despegamos! *(La nave despega.)*

ESCENA 7
EL VIAJE

Durante el viaje espacial, pasan cerca de planetas, cometas, estrellas, etcétera. La nave se detiene con la luz roja de un semáforo, dejando pasar a otra nave que vuela en sentido contrario. Sigue avanzando. Se acerca a la Tierra.

ABUELA: ¡Tierra a la vista!

SOFI: ¡Prepárense para aterrizar!

Oscuro. Se escucha el aterrizaje.

ESCENA 8
ESTOY SOÑANDO

Esta escena se habla en Lengua de Señas Mexicana (LSM) y se puede acceder a ella en el siguiente enlace de la plataforma de youtube: Obra LSM / YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=zKVWtpDZqf0&feature=youtu.be>

En los diálogos que aparecen a continuación, nos atrevimos a alterar la estructura gramatical del español: cambiamos el orden de las palabras y omitimos artículos, conjunciones y la mayoría de las preposiciones. Así mismo, gran parte de los verbos no están conjugados. Todo esto nos aproxima a la gramática de la Lengua de Señas Mexicana (LSM). Estamos conscientes de que la Lengua de Señas Mexicana no se escribe pero, como SOFI es sorda, pretendemos que el lector tenga una idea de cómo habla ella.

SOFI está dormida abrazando un títere de gato. Llega MAMÁ (persona) y mueve a SOFI hasta que despierta.

MAMÁ: Tú dormir.

SOFI: Sí. (*Se levanta emocionada.*) Mamá: yo extraño sueño.

MAMÁ: Cuéntame.

SOFI: Tú, papá, mucha gente, todos títeres. ¡Gato también!

Ríen.

SOFI: Otro mundo todos vivir. También abuela allá.

MAMÁ: ¡También abuela allá! ¿Bonito sueño tuyo?

SOFI: No. Ustedes no Lengua Señas usar.

MAMÁ: (*Extrañada.*) ¿Por qué nosotros no Lengua Señas?

SOFI: Porque todos manos pequeñas tener; tener manos inútiles. Todos títeres.

MAMÁ: ¿Tú también manos inútiles tener?

SOFI: No. Yo sí normal.

MAMÁ: Chistosa.

Ríen.

SOFI: Yo nave espacial construir. Nave espacial manejar. Todos conmigo hasta mundo Tierra viajar.

MAMÁ: (*Aplaude.*) ¡Divertido!

SOFI: ¡Sí! Pero allá sueño, mundo feo. Allá no entender personas sordas. Yo sentir mal. Sentir coraje yo. Porque muchas cosas yo no poder decir, muchas cosas yo no entender, pero yo no tonta. Ellos no ayudar yo. Ellos nunca entender yo. Ellos no entender yo necesitar. Ellos no entender yo sentir. Ellos no entender yo querer. Difícil para mí. ¿Yo mal?

MAMÁ: ¡No! ¡Tú bien! Ellos mal.

SOFI: Por eso yo querer mundo Tierra volver aquí. Aquí sí gente entender yo. Allá, mi sueño, maestra intentar ayudar, pero sólo abuela entender yo.

MAMÁ: Abuela sorda, igual ella tú. Nadie mejor ella entender tú. Ella Lengua Señas enseñar yo para comunicación

ella yo. Ella orgullosa Cultura Sorda. Yo también orgullosa mamá sorda tener. Yo orgullosa tener mamá amorosa ella. Yo orgullosa tener mamá fuerte ella. Yo orgullosa tener mamá éxito ella. Igual ella tú: fuerte tú. Tú también orgullosa Cultura Sorda siempre. Tú lograr cualquier cosa tú proponer. Yo orgullosa tú. Toda familia tuya orgullosa tú; todos apoyo tú para tú éxito lograr.

SOFI: Mamá, tú no sorda, pero ¿tú siempre, siempre, siempre entender yo?

MAMÁ: ¡Siempre, siempre, siempre, yo tú entender!

SOFI: ¡Yo feliz, porque yo siempre, siempre, siempre entender tú!

MAMÁ: Yo sé. Yo no mamá títere manos inútiles.

SOFI: Mamá: yo te amo mucho.

MAMÁ: Yo también amar mucho tú.

Se abrazan.

MAMÁ: Vamos. Hora comer ya.

SOFI: Sí.

MAMÁ sale. SOFI manipula su títere en silencio. Camina. Encuentra un papel en el suelo y lo levanta.

SOFI: ¿Mapa? ¿Mapa sueño mío? Extraño. ¿Cómo mapa aquí?

Voltea a todos lados. Encuentra el paraguas de la ABUELA. Sonríe. Deja el títere al lado del mapa. Abre el paraguas y corre saltando con él.

SOFI: Ningún meteorito entre Mundo Tierra, yo. ¡Nunca! ¡Yo éxito! ¡Siempre yo éxito tener!

Sale.

COLOFÓN
TÍTERES

PAPÁ: Si todo forma parte de un sueño, tengo una duda: ¿nosotros estamos dentro del sueño de Sofi, o ella está en el nuestro?

MAMÁ: ¿Qué no ves? ¡Está clarísimo! Nosotros... ella... aquí... mundo... pues... ¡no sé y ya no me preguntes esas cosas!

PAPÁ: Es que estoy confundido.

MAMÁ: Pues no pienses en eso.

PAPÁ: Está bien, no lo haré... ¿Puedo pensar en el viaje espacial que hicimos?

MAMÁ: Sí.

PAPÁ: ¡Qué bueno, porque fue grandioso!

Entra la mosca y se pone a perseguir a PAPÁ. El GATO viene detrás de la mosca.

PAPÁ: ¡No! ¡Otra vez! ¿Por qué no me deja en paz? ¡Quítamela!

MAMÁ: Manotea, hombre. Manotea.

Salen.



Mamá



Papá



Sofi



Abuela



Cultura
sorda



Planeta



ANEXO

Escena 8: Actrices: Socorro Casillas y Alisson Natasha Molina Casillas.

Fotografías: Marcelo Diego Espinosa Mireles Kretschmar.

LOS AUTORES

Griselda Elizondo (Saltillo, Coahuila, 1969). Educadora con maestría en Psicología Educativa. Actriz, directora y dramaturga. Autora del libro de teatro escolar para jardín de niños *Duendes y juguetes* y de *Flor de Pavimento*, obra ganadora del concurso “Quédate en casa. Escribiendo teatro en corto”, convocado por el Instituto Municipal de Cultura de Saltillo.

Víctor Antero Flores (Saltillo, Coahuila, 1967). Es licenciado en Ciencias de la Comunicación, narrador, dramaturgo y guionista de radio. Ha sido docente universitario e imparte talleres de formación artística y profesional. Ha recibido diferentes premios literarios y menciones honoríficas por distintas instituciones. Tiene textos publicados en una veintena de antologías dentro y fuera de México. Ha publicado dos libros de relatos: *Bardos del Rock & Punk* y *No tenga miedo*. Algunas de sus obras de teatro se han representado en Argentina, Venezuela, México y España.

Siddhartha Galván es actriz, cuenta cuentos y promotora de la lectura. Inició como actriz en 2004 y a la fecha ha participado en más de treinta obras de teatro, películas y cortometrajes, entre los que destacan *Infancia paraíso*, *Sé hombre y dispara*, *Los caminos de la vida*, *El hombre que fue al infierno*, *Divorciadas jajá jajá* y *¿Cómo te quedó el ojo, Lucifer?* Ha trabajado con los directores Gerardo Tort, Luis Monterrubio, Rogelio Palos, Saúl Martínez, Joel López, Efrén Estrada y José Luis Zamora, entre otros.

Juan José Garza Valdés (Saltillo, Coahuila, 1962). Ingeniero agrónomo, abogado, con maestría en Gestión Educativa, docente durante más de treinta años en los niveles de Secundaria, Preparatoria y Normal Superior. Ha participado en la pastorela de Catón durante algunas temporadas.

Luis Arturo Gatica López nació en Saltillo, Coahuila. Tiene 45 años de trayectoria artística. Participa, desde 1973, en seminarios de actuación, dirección y dramaturgia. Estudió Pedagogía Actoral con los maestros Luis de Tavira, Rogelio Luévano y Raúl Quintanilla. Ha participado en sesenta puestas en escena. Actualmente, forma parte del proyecto Dramaturgia de Saltillo, que preside el maestro Medardo Treviño.

Alejandra Azucena Guardiola Ramírez ha sido docente por más de veinte años, actriz y dramaturga. Obras: *Por las entrañas de la tierra* y *El abismo de los lamentos*. Ha participado durante dos años del Taller de Dramaturgia “Teatro Testigo de la Vida”, dirigido por el maestro Medardo Treviño. Creadora del proyecto “Huele a mi tierra”, patrocinado por el Gobierno del Estado.

Aldo Arael Ledezma se ha capacitado como músico y cantante, tomando cursos y talleres con maestros de la talla de Yvonne Garza y Arturo Rodríguez. Ha participado en diferentes agrupaciones musicales, como rondallas, música popular y coros. A partir del 2014, su carrera como solista se ha ido consolidando. Su primer material discográfico, producido por Salomón Robles, ha tenido repercusión nacional. Desde hace siete años pertenece a la compañía de teatro Tequio, participando en diversas tareas artísticas y proyectos nacionales como teatro campesino de SAGARPA, donde realizó las labores de coordinador de logística en diferentes estados de la república. Se desarrolla como productor ejecutivo en obras como *En la esquina de las*

desdichas, *Divine* y *Yugular*, de Medardo Treviño; y en *Las veredas de Dante*, de José Ángel Solorio. Actualmente, trabaja en un ejercicio dramático, en conjunto con Medardo Treviño, en una trilogía, llamada: *Insomnio, resuello y secreto*, que pronto verá su luz en una casa editorial de la Ciudad de México, especializada en teatro. Pertenece al Taller de Dramaturgia “Teatro Testigo de la Vida”, desde hace cuatro años. Imparte talleres de actuación en la Compañía de Teatro Campesino del ejido Palma Gorda y en el CERESO Femenil Saltillo.

Luis Monterrubio Hernández ha trabajado en videoclips, cortometrajes y largometrajes que le han permitido desempeñarse como actor, productor, director, editor, fotógrafo, músico y guionista de cine. Dirigió el largometraje documental *Historia del rodeo en México*, supervisó la musicalización y es autor de varios temas musicales del mismo. Su obra de teatro *Trinidad* es su incursión formal en la dramaturgia.

Leidy Alejandra Ortiz Ariza es originaria de Bogotá, Colombia. Reside actualmente en Saltillo. Es licenciada en Derecho y apasionada por la escritura. Esta obra es su primer acercamiento formal al teatro.

José Domingo Ortiz Montes (San Miguel de Allende, Guanajuato, 1956). Es editor y director escénico. Cursó la licenciatura en Letras Españolas en la Facultad de Filosofía y Letras de la U. A. de C. Entre su obra tiene poesía, ensayo, novela y dramaturgia. Ha publicado en *Punto de Partida*, *Tierra Adentro*, *Cultura Norte*, *Casa del Tiempo*, *Crítica*, *Historias de Entretén y Miento*, *Acento*, *Aries*. Fundó, en 1992, el periódico cultural *De Viva Voz*. Obtuvo el premio Tierra Adentro (1993-1994).

Araceli de la Peña Mora es Maestra en Artes, egresada, en el año 2017, de la Escuela de Arte en Verano. Ha tomado cursos de dramaturgia y teatro con reconocidos maestros como Medardo Treviño, Alberto Estrella, Víctor Carpinteiro y Maribel Carrasco. Autora y directora de la obra *El extraño*, la cual participó en el Festival Saltillo 2018, en el festival Julio Torri 2018 y en el Encuentro Nacional de los Amantes del Teatro “Quetzalcóatl 2019”, del Instituto Nacional de Teatro UNESCO. Autora y directora de la obra *Jamón Serrano*, la cual participó en el Festival Escénico del Noreste 2020. Ambas obras son producto de su participación en el taller de dramaturgia impartido por el maestro Medardo Treviño.

Mariana Alejandra de la Peña Mora estudió Ingeniería Industrial y es Maestra de Artes, egresada de la Escuela de Arte en Verano. Ha participado como actriz en diversas obras con el grupo de Teatro Déjà vu, bajo la dirección de la maestra Dina Duque y José Luis Zamora. Ha incursionado en otras disciplinas como baile folclórico y pintura. Autora y directora de la obra de teatro *Pacto con la luna*, del Taller de Dramaturgia impartido por el maestro Medardo Treviño.

Brenda Peña Vera. Desde temprana edad incursiona en el teatro, teniendo directores destacados como Nancy Cárdenas, Jesús Valdés y Jorge Méndez, entre otros. Ha tenido diferentes cargos en la promoción y asesoría en teatro, por parte de la Secretaría del Estado de Coahuila. Muestra su talento como cuenta cuentos y escritora infantil. Autora y directora de la obra *Menopáusica yo*, la cual participó en el Festival Saltillo 2018 y en el Encuentro Nacional de los Amantes del Teatro “Quetzalcóatl 2019”, del Instituto Nacional de Teatro UNESCO. Autora y directora de la obra *Talco de rosas*, ambas producidas en el taller de dramaturgia impartido por el maestro Medardo Treviño.

Elizabeth Ramírez nació en la ciudad de Saltillo, en 1987. Es licenciada en Trabajo Social, egresada de la Universidad Autónoma de Coahuila. Incursionó en el quehacer teatral, en 2016, dentro del grupo “Siempre los Mimos”. Ha participado en más de diez montajes escénicos, cortometrajes, comerciales para televisión y en la segunda y tercera edición del Taller de Dramaturgia “Teatro Testigo de la Vida” del maestro Medardo Treviño. Continúa con su desarrollo actoral, fungiendo como asistente de dirección del profesor Rogelio Palos, dentro de la Academia “Rincón del Teatro”.

Cirilo Gilberto Recio Dávila intervino como actor, hacia 1985, en las obras *Nada como el piso 16*, de Maruxa Villalta, y *Dos docenas de rosas rojas*, de Aldo de Benedetti, bajo la dirección de Eduardo Arizpe Narro (†). En 2005, participó como protagonista de la película *Sangre* de Amat Escalante. En Saltillo, entre el 2005 y el 2010, participó como actor, bajo la dirección de Jesús Valdés (†), en los montajes *Trágico a la fuerza* y *El canto del cisne*, de Antón Chejov, los *Entremeses Cervantinos*, *En una noche como ésta*, de Luisa Josefina Hernández, *La Pastorela Virreinal*, de Miguel Sabido, *Diablos y pastores*, de Emilio Carballido y, como asistente técnico, en la puesta de *Yerma*, de Federico García Lorca. En 2017, coordinó el taller “Del relato a la dramaturgia”, del cual surgió la pieza *Amor en el fondo*, obra que se presentó en la Feria del Libro Coahuila 2018.

Deyanira Romero nació en Saltillo, Coahuila. Es actriz, bailarina y dramaturga. Se graduó en la UA de C (Universidad Autónoma de Coahuila) de licenciada en Contaduría Pública. Durante más de 25 años ha participado en diferentes obras de teatro amateur. Tiene quince años como bailarina de jazz y danzón, representando a nuestro estado y a nuestro país en las muestras nacionales de danzón e intercambios culturales con otros países. Como dramaturga se estrena con la obra *Laberinto sin luz*.

José Guadalupe Torres Sánchez es licenciado en Ciencias Sociales. Ha sido maestro de grupo y promotor cultural y de la lectura. Ha escrito poemas, cuentos y breves textos para teatro y lectura oral. Se ha interesado también por la historia de la música. Hace un año pertenece al Taller de Dramaturgia “Teatro Testigo de la Vida”. Ha participado como actor en diferentes obras, como *El último sueño del tigre*.

Susana Trousselle es escritora y directora de teatro, además de maestra en Promoción y Desarrollo Cultural, con más de veinte años de experiencia. Creadora, guionista y directora de radio y televisión, especialista en público infantil. Ha publicado libros, cuentos infantiles y audio cuentos, presentados en ferias internacionales del libro y festivales internacionales de cultura. Éstos son algunos de sus trabajos más importantes: *¿Está lloviendo?*, *Las tijeras mágicas*, *Los cuentos de Artemio*, *Los calcetines del gigante* y *Los héroes de Uranopolis*.

Colección Editorial del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo 2018

El perro Pestañas recolector de dientes
José Cruz Almonte

Crónicas y otros casos extremos
Ricardo Bernal

Las tijeras mágicas
Susana Trousselle

Dramaturgia saltillense Vol. 1
Compilador: Medardo Treviño

Abuelo, cuéntame cómo era Saltillo
Javier Villarreal Lozano

México y sus maravillas naturales
Comunidad Mexicana de Fotógrafos
de la Naturaleza

*El saltillense de toda la vida, Armando
Fuentes Aguirre "Catón"*
Compilador: Jesús de León Montalvo

Mínima, antología de microficción
Varios autores

Colección Los relámpagos de Jorge

*¿Cómo crees que se enamoran los
patos?*
Laura Luz Morales

Cactus, nopales y rosas
Livio Ávila

Colección Editorial del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo 2019

Lo que más me gusta
José Cruz Almonte

*Saltillo 442 aniversario. Fotografías en
3D tomadas con dron*
Germán Siller

Dramaturgia de Saltillo vol. 2
Compilador: Medardo Treviño

*Historias del diamante. Antología de
cuento
y crónicas sobre el béisbol*
Autores de Saltillo y Monclova,
Coahuila

Colección Los relámpagos de Jorge

Zarpazos y rugidos
Luis Miguel Valdés Treviño

Las aventuras del cuaderno rojo
Liliana Contreras Reyes

Theos. El vengador aplicado
Juan José Contreras

**Colección Editorial del Instituto
Municipal de Cultura de Saltillo
2020**

*Tito reacciona. Un encuentro con la
música
en Saltillo*
José Cruz Almonte

Carranza, legado y trascendencia
Varios autores

Saltillo sorprende al mundo
Daniel Garza Tobón

Yo carnicero
Mercedes Luna Fuentes

**Colección Editorial del Instituto
Municipal de Cultura de Saltillo
2021**

Yo por la inclusión
Varios autores

Catálogo del Santo Cristo
Amigos del Patrimonio Cultural de
Saltillo, A.C.

Dramaturgia de Saltillo Vol. 3
Compilador: Medardo Treviño

Punkaland. La tierra prometida
Isabel Vázquez Quiroz

El mosquito y el globo
Susana Trousselle

**Colección Los relámpagos
de Jorge**

Historias que le robé al fuego
Francisco Robledo

Monta el rayo y otros cuentos
Erick Rivera González

**Colección Edificios Emblemáticos
de Saltillo**

San Juan Nepomuceno
Valdemar Ayala Gándara

Archivo Municipal
Iván Vartan Muñoz Cotera

Vito Alessio Robles
María Concepción Recio Dávila

Mercado Juárez
Carlos Recio Dávila

Alameda Zaragoza
Marco Flores Verduzco

Casa Purcell
Arturo Villarreal Reyes

Teatro García Carrillo
Arturo Villarreal Reyes

Ateneo Fuente
Esperanza Dávila Sota

Museo Rubén Herrera
Eduardo Elizalde García

Recinto de Juárez
Lucas Martínez Sánchez

Benemérita Escuela Normal de Coahuila
Jorge Tirzo Lechuga Cruz

Catedral de Saltillo
Ana Isabel Pérez-Gavilán

Iglesia San Francisco de Asís
Lucas Martínez Sánchez

Braille

El perro Pestañas recolector de dientes

Las tijeras mágicas

Abuelo, cuéntame cómo era Saltillo

Lo que más me gusta

Tito reacciona.
Un encuentro con la música en Saltillo

El mosquito y el globo

Audiocuento

El perro Pestañas recolector de dientes

Las tijeras mágicas

Lo que más me gusta

Tito reacciona.
Un encuentro con la música en Saltillo

El mosquito y el globo

360° video en realidad virtual

El perro Pestañas recolector de dientes

Las tijeras mágicas

QR Book

Lo que más me gusta

Video cuento

El mosquito y el globo

Dramaturgia de Saltillo. Volumen 3

se terminó de imprimir en abril de 2021
en los talleres de Quintanilla Ediciones.

El cuidado de la impresión estuvo a cargo de
Jesús de León Montalvo. En su composición se
utilizaron fuentes de la familia Bookman Old Style.